

de Ben-Hur

LEWIS WALLACE



Lectulandia

Cuando Ben-Hur, joven judío condenado a galeras, salva la vida de Quinto Arrio, un nuevo destino se abre ante él. Educado como un patricio romano, recorre el imperio en busca de su enemigo Mesala, al que se enfrenta en una mortal carrera de cuadrigas.

Pero tanto en los penosos viajes que emprende, como en el fragor de las batallas, Ben-Hur no olvida su condición de judío. Un día, el mago Baltasar le comunica el nacimiento de un niño que llegaría a ser Rey de los Judíos. A partir de entonces Ben-Hur, con todas sus riquezas y su indomable energía, se pone al servicio de la nueva causa...

Esta es una adaptación para jóvenes lectores perteneciente a la colección Nueva Auriga.

Lectulandia

Lewis Wallace

Ben-Hur (Traducción Raimundo Griño)

ePub r1.0

Titivillus 02.10.16

Título original: *Ben-Hur. A Tale of the Christ*
Lewis Wallace, 1880
Traducción: Raimundo Griño Damians
Ilustraciones: Francisco Miñarro
Diseño de cubierta: Francisco Miñarro
Digitalización: Kirk

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la ESPOSA DE MI JUVENTUD
quien aún habita conmigo.

PRIMERA PARTE

EL JEBEL-EZ-ZUBLCH es una montaña de longitud superior a los ochenta kilómetros, estrecha y alargada, que parece en el mapa la silueta de un gusano que se desliza hacia el Norte. Desde su cima sólo se ve el desierto de Arabia. En la lengua de los árabes la montaña es conocida como «Padre de Muchos Torrentes». Los cauces de estos torrentes cortan la carretera romana y se hacen cada vez más hondos a medida que avanzan en dirección al río Jordán, adonde llevan sus aguas en las épocas lluviosas. El río Jordán transporta el caudal de los torrentes hacia el mar Muerto.

Por el lecho de uno de estos torrentes avanzaba un viajero. Era hombre venerable, de barba entrecana que le cubría el pecho. Tenía el bronceado rostro oculto casi por completo por un turbante rojo. De vez en cuando el viajero alzaba hacia el cielo sus grandes ojos oscuros. Su figura quedaba semiocultada entre los pliegues de una especie de tienda instalada sobre la espalda de un camello blanco. El camello era un animal magnífico, de fuerte musculatura, andar majestuoso y pelaje brillante que denotaba la procedencia antigua de su raza. Llevaba la cabeza sujeta por un cabezal escarlata y de su cuello pendían tintineantes cadenas de las que colgaban campanillas de plata. No llevaba riendas ni ronzal.

Eran las primeras horas del día. El sol aparecía algo velado por la neblina de la mañana. El viajero salió de la última quebrada de un torrente y comprobó que se hallaba más allá de los límites de El Belka, el antiguo Ammón. Allí nacía un camino o carretera. El camello avanzaba sumiso, con pasos rítmicos y ligero balanceo. Las aves del desierto, perdices y golondrinas, levantaban el vuelo y huían en bandadas a su paso. Con menos frecuencia una zorra o alguna hiena saltaba de entre los matorrales y huía hasta colocarse a una distancia prudente, desde donde contemplaba al viajero.

Durante horas interminables el camello avanzó sumiso hacia el Oriente a trote monótono e igual. Ni por un instante cambió de postura el viajero, ni se entretuvo a mirar a un lado o al otro. Ensimismado en sus pensamientos parecía caminar impulsado por una fuerza irresistible. Transcurrieron lentas las horas de la mañana. El sol brillaba en lo alto y había secado el rocío y diluido la ligera niebla de la mañana. Aquel viajero no era un fugitivo, porque jamás volvía la mirada hacia atrás para comprobar si alguien le perseguía. Tampoco viajaba por placer; no se entretenía en contemplar el paisaje que le rodeaba. Ni el temor ni la curiosidad le acuciaban y la soledad del desierto no parecía oprimirle. Su marcha seguía ininterrumpida. Hacía rato que el sol brillaba en lo alto del cielo, indicando que había pasado ya el mediodía, cuando el camello lanzó un gruñido que indicaba su cansancio. El viajero se sobresaltó. Observó el sol pasos rítmicos y ligero balanceo. Las aves del desierto, perdices y golondrinas, levantaban el vuelo y huían en bandadas a su paso. Con

menos frecuencia una zorra o alguna hiena saltaba de entre los matorrales y huía hasta colocarse a una distancia prudente, desde donde contemplaba al viajero.

Durante horas interminables el camello avanzó sumiso hacia el Oriente a trote monótono e igual. Ni por un instante cambió de postura el viajero, ni se entretuvo a mirar a un lado o al otro. Ensimismado en sus pensamientos parecía caminar impulsado por una fuerza irresistible. Transcurrieron lentas las horas de la mañana. El sol brillaba en lo alto y había secado el rocío y diluido la ligera niebla de la mañana. Aquel viajero no era un fugitivo, porque jamás volvía la mirada hacia atrás para comprobar si alguien le perseguía. Tampoco viajaba por placer; no se entretenía en contemplar el paisaje que le rodeaba. Ni el temor ni la curiosidad le acuciaban y la soledad del desierto no parecía oprimirle. Su marcha seguía ininterrumpida. Hacía rato que el sol brillaba en lo alto del cielo, indicando que había pasado ya el mediodía, cuando el camello lanzó un gruñido que indicaba su cansancio. El viajero se sobresaltó. Observó el sol y examinó el lugar. Pareció sentirse satisfecho del resultado de su comprobación, ya que lanzó un suspiro de alivio. Luego cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y oró en silencio. Después se dispuso a descabalar. Lanzó un grito gutural y el camello, al oír la orden, se arrodilló protestando. El viajero posó el pie en el delgado cuello del animal y saltó a la arena.

Observado con más atención, el viajero: mostraba ser hombre admirablemente bien proporcionado, fuerte aunque no muy alto. Apartó los pliegues del turbante y dejó al descubierto su rostro, de expresión fuerte. Su frente baja y ancha, los ojos levantados hacia arriba y el cabello abundante, áspero y de brillo casi metálico le daban un aspecto que recordaba a los faraones o a los últimos Ptolomeos: hacía pensar en Mizraim, el padre de la raza egipcia. El viajero, sin duda, era egipcio.

Llamaba la atención que no llevaba armas para defenderse contra las innumerables fieras del desierto o contra sus crueles moradores. O era singularmente audaz al aventurarse tan indefenso por aquellos parajes, o gozaba de una protección superior extraordinaria. Tenía los miembros doloridos por el largo viaje; se frotó las manos y comenzó a pasearse en torno al camello, cuyos ojos estaban semicerrados, con la satisfacción del descanso y por el alimento que le había dado su dueño. Mientras éste paseaba y desentumecía sus miembros, observaba el desolado paisaje, y a ratos su rostro se nublaba como si hubiera sufrido un desengaño.

Pese a esta sensación, parecía confiar en la llegada de alguien. Entretanto, extrajo una esponja y una calabaza de agua y se dispuso a lavar los ojos y los ollares del camello. Luego plantó un mástil y dispuso las estaquillas para levantar allí una tienda.

Dirigiéndose a continuación al animal le dijo:

—Lejos de casa nos encontramos, oh tú, que te deslizas como los más ligeros vientos. Lejos de casa estamos, sí, pero Dios está con nosotros. Tengamos paciencia.

Dio al animal unos puñados de habas secas y agregó:

—Vendrán. Quien me ha conducido les guía ahora a ellos. Lo tendré todo dispuesto.

Extrajo una cesta que contenía todo lo necesario para celebrar un refrigerio y lo dispuso sobre una alfombra, en el interior de la tienda.

Ya preparadas las agradables provisiones salió al exterior y vio en el horizonte un puntito negro. Aquel punto creció paulatinamente hasta revelar la silueta de un hombre sobre un dromedario. Cuando estuvo cerca del viajero solitario se detuvo, oró, saltó de lomos del animal y se dirigió hacia el egipcio. Se miraron un instante y luego se abrazaron; cada uno posó el brazo derecho sobre el hombro del otro y el izquierdo sobre la cintura y rozaron con el mentón sus pechos, primero a la izquierda y luego a la derecha.

—¡Que la paz sea contigo, oh servidor del Dios verdadero! —exclamó el recién llegado.

—Y contigo, oh hermano en la fe verdadera —replicó con fervor el egipcio.

El otro era alto, enjuto, de ojos hundidos, cabellos y barba blancos y tez bronceada. Tampoco llevaba armas. Vestía a la usanza indostánica, y salvo el calzado,

todo su atavío era blanco.

—¡Sólo Dios es grande! —exclamaron después de abrazarse.

—¡Benditos sean quienes le sirven! —replicó el egipcio, sorprendido al oír de otro aquella exclamación—. Pero esperemos, porque ya viene el otro.

Miraron hacia el Norte, por donde avanzaba hacia ellos un tercer y también solitario viajero, que dijo al llegar:

—¡La paz sea con vosotros, hermanos míos!

El hindú y el egipcio le saludaron a su vez. El tercer viajero era de constitución débil y tez pálida. Tendría unos cincuenta años de edad y su expresión era grave. Por su aspecto parecía provenir de la estirpe de Atenea.

Tras haber saludado a los dos viajeros, el egipcio manifestó:

—El Espíritu me ha conducido aquí el primero y deberé servirlos. La tienda está preparada y en ella tengo dispuesto el pan.

Pasaron descalzos al interior y, después de lavarse, el egipcio añadió:

—Ahora alimentémonos para dar a nuestro cuerpo las fuerzas necesarias para que podamos cumplir nuestros deberes de hoy. Mientras comemos, podemos presentarnos a fin de saber quiénes somos y de dónde venimos.

Inclinando la cabeza, los tres cruzaron las manos sobre el pecho y rezaron a coro:

—¡Oh, Dios, Padre nuestro! Lo que aquí hay, Tuyo es. Acepta nuestra acción de gracias y bendícenos para que podamos seguir cumpliendo Tu voluntad.

Al pronunciar la última palabra se miraron asombrados: cada uno de ellos había orado en su propia lengua nativa y sin embargo se habían comprendido. Les embargó una emoción divina.

Aquel encuentro singular ocurría en el año 747 de Roma. Era el mes de diciembre. Los viajeros estaban hambrientos y comieron con vivo apetito.

—Para mí —dijo el egipcio—, viajero en un país extraño, nada hay más agradable que escuchar mi nombre en labios de un amigo. Ante nosotros se presentan largos días de camaradería. Contemos por turno la historia de nuestras vidas. Oigamos primero la tuya, hermano —dijo indicando al último llegado.

El griego repuso:

—No sé por dónde empezar. Yo mismo no alcanzo a comprenderme. Pero estoy cierto de que cumplo la voluntad del Señor y de que su servicio proporciona la mayor felicidad. Cuando pienso en la misión para la que he sido enviado, me embarga una alegría difícil de explicar y comprendo que se trata de la voluntad de Dios.

Hizo una pausa, mientras los demás, comprendiéndole, inclinaban en silencio la cabeza.

—Muy lejos, hacia el Oeste, se extiende un país cuya cultura resplandecerá eternamente... El país a que me refiero es Grecia. Yo soy Gaspar, hijo de Cleantes, el Ateniese. Mis conciudadanos aman el estudio y yo he heredado de ellos esta noble pasión. De entre las muchas filosofías que enseñan, yo he elegido la que afirma la existencia de un solo Dios y el alma humana. Pero busco algo más, que no encuentro, y por eso he huido de allí.

Una grave sonrisa de aprobación iluminó el rostro del hindú mientras el griego contaba cómo había conocido a un judío. Éste le había hablado de su Dios y el griego había comprendido que aquél era el camino que le conduciría a la Revelación por que tanto soñara.

—Mi fe no había sido inútil. ¡Dios respondía a mis ruegos! —siguió diciendo el griego—. El judío me aseguró que Él aparecería en persona muy pronto. Luego, en sueños, oí una voz que me decía: «¡Oh, Gaspar! ¡Tu fe ha vencido! ¡Bendito seas! Con otros dos que vendrán de más lejos, verás a Aquel que os ha sido prometido y seréis sus testigos. Levántate de madrugada y ve a encontrarles. Pon la fe en el Espíritu y Él te guiará». Entonces me vestí, tomé un navio y llegué hasta Antioquía. Allí compré el camello que me ha traído hasta aquí. Hermanos, ahora que ya conocéis mi historia, permitidme que oiga la vuestra.

El egipcio y el hindú se miraron. Este último, después de inclinarse, empezó a hablar así:

—Podéis llamarme Melchor. Mi lengua, si no es la más antigua, es al menos una de las primeras: es el sánscrito de la India. Mis antepasados fueron los primeros en adentrarse por los caminos del saber. Los Cuatro Vedas son los libros más antiguos del Mundo y enseñan las verdades de la religión. Antes que los sabios griegos, los hindúes proclamaban la existencia de un solo Dios y del alma. Nací brahmán; pero, insatisfecho con la religión de mis padres, busqué durante largos años y llegué a la luz del día. Comprendí el principio de vida, la religión y el lazo que existe entre el alma y el Dios-Amor. La dicha del amor se centra en las obras, en los sacrificios por el prójimo. Pero Brahma había llenado el Mundo de maldad. Fui considerado hereje por mis compatriotas y tuve que ocultarme en la isla de Ganga Lagor. Luego, sediento de verdad, huí a remotos lugares de la India, hasta que un día, tendido en el suelo, oí una voz de infinita dulzura que me decía: «¡El amor ha triunfado! ¡Bendito seas, hijo de la India! La Redención se acerca. Con otros dos, procedentes de alejados extremos del Mundo, verás al Redentor y serás testigo de su Advenimiento. Levántate y ve a su encuentro; y deposita tu confianza en el Espíritu que te guiará». Entonces adquirí un camello y, viajando siempre solo y sin temor, he llegado hasta aquí. ¡Qué gloria para nosotros, oh hermanos! ¡Vamos a ver al Redentor, a conocerle, a adorarlo!

Llegó el turno al egipcio y comenzó su relato así:

—Os saludo, hermanos míos. Habéis sufrido mucho y me alegra vuestro triunfo. Ambos os dignáis escucharme, os diré quién soy y cómo fui llamado a esta empresa. He comprendido, gracias al Espíritu, vuestras palabras. Yo soy Baltasar, el Egipcio.

Hablaba lentamente y con tanta dignidad que los otros se inclinaron involuntariamente al oírle.

—Con mi raza empezó la historia. Fuimos los primeros en perpetuar conocimientos y conservarlos merced a los recuerdos. En vez de poesía ofrecemos certeza. Nuestros antepasados llegaron del lejano Este, y tenían con ellos la historia del Mundo antes del Diluvio, que los hijos de Noé contaron a los Arios. Predicaban un Dios, Creador y Principio de todas las cosas, y la existencia de un alma inmortal. El primer acto de adoración fue una canción, una plegaria natural y espontánea del alma llena de gozo y esperanza, enamorada de su Hacedor.

Aquí el griego alzó las manos y exclamó:

—¡La luz ilumina mi corazón!

—¡También en mí! —agregó el hindú con fervor.

El egipcio, mirándoles con afecto, prosiguió:

—La religión no es otra cosa que la ley que une al hombre con su Creador. Sólo consta de dos elementos: Dios, el Alma y su mutuo reconocimiento, de lo que emana la Adoración, el Amor y la Recompensa. Esta Ley fue perfeccionada desde el principio por su Autor. Así era la religión de la primera familia. Muchas naciones han amado las dulces aguas del Nilo y de todas ellas hemos sido maestros, excepto de los hebreos. La mezcla de pueblos corrompió la fe del nuestro. El Valle de las Palmeras se convirtió en el Valle de los Dioses. Luego se invento a Isis y Osiris, y así se multiplicaron los dioses que encarnaban las cualidades humanas. Pero no desprecies demasiado a los egipcios: confiamos todos los secretos de la religión excepto uno, que ahora diré. Antiguamente tuvimos un faraón que luchó por expulsar el viejo espíritu de sus súbditos. Los hebreos convivían entonces con nosotros, hasta que Moisés pidió al faraón que los judíos esclavos fuesen libertados, a lo que se negó el monarca. Pero entonces el agua de ríos y pozos se convirtió en sangre; las ranas se multiplicaron a extremos fabulosos; la peste azotó Egipto; todo el ganado, exceptuando el de los hebreos, murió de repente; una plaga de langostas devoró los campos; y otras muchas calamidades se asolaron en mi patria. Entonces el faraón accedió a otorgarles la libertad y a que salieran del país. Pero he aquí que al verles partir ordenó a su ejército que les persiguiera. ¿Qué ocurrió entonces? Ante la muchedumbre hebrea el mar Bermejo se dividió en dos mitades y pudieron cruzarlo; pero cuando los soldados egipcios se abalanzaron sobre los fugitivos las aguas se

cerraron y perecieron todos en ellas.

Los ojos del griego brillaban de entusiasmo.

—Conocía la historia por el judío, Baltasar.

—Sí, mas observa que yo hablo por la interpretación de las inscripciones y no por boca de Moisés. Los sacerdotes de aquel tiempo escribieron como supieron estos hechos y su relato ha sobrevivido hasta hoy.

El hindú se estremeció de gozo, y el griego dijo el alta voz:

—El desierto parece como si alabara a Dios...

El egipcio bebió un sorbo de agua de fuesen libertados, a lo que se negó el monarca. Pero entonces el agua de ríos y pozos se convirtió en sangre; las ranas se multiplicaron a extremos fabulosos; la peste azotó Egipto; todo el ganado, exceptuando el de los hebreos, murió de repente; una plaga de langostas devoró los campos; y otras muchas calamidades se asolaron en mi patria. Entonces el faraón accedió a otorgarles la libertad y a que salieran del país. Pero he aquí que al verles partir ordenó a su ejército que les persiguiera. ¿Qué ocurrió entonces? Ante la muchedumbre hebrea el mar Bermejo se dividió en dos mitades y pudieron cruzarlo; pero cuando los soldados egipcios se abalanzaron sobre los fugitivos las aguas se cerraron y perecieron todos en ellas.

Los ojos del griego brillaban de entusiasmo.

—Conocía la historia por el judío, Baltasar.

—Sí, mas observa que yo hablo por la interpretación de las inscripciones y no por boca de Moisés. Los sacerdotes de aquel tiempo escribieron como supieron estos hechos y su relato ha sobrevivido hasta hoy.

El hindú se estremeció de gozo, y el griego dijo el alta voz:

—El desierto parece como si alabara a Dios...

El egipcio bebió un sorbo de agua de un pequeño manantial cercano a ellos y prosiguió:

—Yo nací en Alejandría. Príncipe y sacerdote, recibí la educación de mi clase. Pero pronto surgió en mí el descontento. Hasta que al fin, tras una búsqueda dolorosa de la verdad, se hizo en mí la luz y la prediqué con gran asistencia de estudiosos y gentes diversas. Mis oyentes, tras la primera sorpresa, se burlaron de mí una y otra vez, hasta que al fin tuve que ceder ante ellos.

Al llegar aquí el hindú exclamó con un suspiro:

—El enemigo del hombre es el hombre, hermano.

—Dediqué largas meditaciones a descubrir la causa de mi fracaso. Ascendí Nilo arriba y me detuve en una población humilde y pobre. Reuní a sus habitantes y les prediqué la verdad con gran éxito; luego ellos mismos se cuidaron de esparcir la buena nueva. Desde entonces me dediqué a viajar, practicando el bien y enseñando la verdad. Pero, pensaba yo, ¿qué ocurriría con esta idea de un Dios único, bondadoso y justo que premiara a los buenos y castigara a los malos? Organicé a mis seguidores. Lo hice y fracasé. Las mentes están envenenadas por los ritos y hábitos viejos. Para

redimir la raza humana es menester que Él se manifieste de nuevo. Él en Persona. Pensar que toda mi obra se perdería me causaba profunda tristeza. Marché al interior del África, y estuve entregado a la oración un año entero al lado de una palmera que me suministraba los dátiles necesarios para sobrevivir. Hasta que un día, en la soledad, descendió a mí una estrella de brillo deslumbrador. Caí de bruces, atemorizado, y entonces oí una voz que no parecía humana decirme: «¡Tus buenas obras han vencido! ¡Hijo de Mizraim, bendito seas! La Redención está al llegar. Con otros dos, procedentes de los más remotos lugares del planeta, verás al Salvador y serás su testigo. Levántate por la mañana y ve a su encuentro. Cuando lleguéis a la ciudad santa de Jerusalén preguntad a la gente: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle. Deposita toda tu confianza en el Espíritu que te guiará». Y la luz exterior se convirtió en una luz interior que ha guiado mis pasos en todo momento. Ella me condujo hasta Menfis. Compré un camello y he venido por Suez y Kulieh, sin tomar el menor descanso, a través de las tierras de Moab y Ammón. ¡Hermanos, Dios está con nosotros!

Se detuvo unos instantes y continuó con renovado entusiasmo:

»Existe un designio oculto en la forma en que cada uno de los tres hemos contado nuestra vida y la de estuve entregado a la oración un año entero al lado de una palmera que me suministraba los dátiles necesarios para sobrevivir. Hasta que un día, en la soledad, descendió a mí una estrella de brillo deslumbrador. Caí de bruces, atemorizado, y entonces oí una voz que no parecía humana decirme: “¡Tus buenas obras han vencido! ¡Hijo de Mizraim, bendito seas! La Redención está al llegar. Con otros dos, procedentes de los más remotos lugares del planeta, verás al Salvador y serás su testigo. Levántate por la mañana y ve a su encuentro. Cuando lleguéis a la ciudad santa de Jerusalén preguntad a la gente: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle. Deposita toda tu confianza en el Espíritu que te guiará”. Y la luz exterior se convirtió en una luz interior que ha guiado mis pasos en todo momento. Ella me condujo hasta Menfis. Compré un camello y he venido por Suez y Kulieh, sin tomar el menor descanso, a través de las tierras de Moab y Ammón. ¡Hermanos, Dios está con nosotros!

Se detuvo unos instante y continuó con renovado entusiasmo:

«Existe un designio oculto en la forma en que cada uno de los tres hemos contado nuestra vida y la de nuestros pueblos respectivos. Aquel al que vamos a buscar es el Redentor, no de un pueblo, los judíos, sino de todos los pueblos de la Tierra.

»¿Sabéis de algo más divinamente ordenado? —prosiguió Baltasar—. Cuando hayamos encontrado al Señor, no sólo nosotros nos arrodillaremos ante Él, sino todas las generaciones. Luego nosotros tres, y con nosotros el Mundo entero, habremos aprendido una lección: que al Cielo puede vencérsele, no por medio de la espada ni la humana ciencia, sino por la fe, el amor y las buenas acciones.

En silencio, y a causa del gozo, los tres derramaron ardientes lágrimas. Era la alegría inexpressable de quienes han llegado al Río de la Vida.

Luego salieron de la tienda. El sol declinaba rápidamente. Los camellos dormían.

Poco después levantaron la tienda y montado cada uno en su camello partieron en fila hacia el Oeste, sumidos en el seno de la fría noche, sin hablar una sola palabra. De súbito brilló en el aire ante ellos, sobre la cima de una colina mediana, una luz resplandeciente. Sus almas se estremecieron y exclamaron:

—¡La Estrella! ¡La Estrella! ¡Dios está con nosotros!

En la parte occidental de la muralla de Jerusalén se abren las Puertas de Encina o Portal de Belén. Los tres viajeros descritos en los capítulos anteriores llegaron ante estas puertas el año 747 de Roma, o el cuarto antes de la Era Cristiana.

En un ángulo del callejón que se abre al patio hay varias mujeres sentadas. Van vestidas con un túnica de lienzo que les llega hasta los pies, sujeta a la cintura, y con un velo que les cubre la cabeza y hombros. Venden mercancías que conservan en tinajas. Junto a ellas juegan grupos de chiquillos medio desnudos. Sus cuerpos morenos, ojos oscuros y el pelo crespo revelan al instante su origen hebreo. De vez en cuando, alguna de las mujeres ofrece a gritos a los transeúntes sus mercancías: miel o vino. Sus gritos se pierden en el bullicio de la muchedumbre.

Observemos ahora la puerta y las dos corrientes humanas, una que entra y otra que sale, pues acaban de aparecer dos hombres de aspecto interesante.

—¡Dioses! ¡Menudo frío hace hoy! —exclama uno de ellos, hombre musculoso, cubierto con brillante armadura—. ¿Recuerdas, Cayo, la bóveda de los comicios, en Roma, que según los flaminios constituía la entrada del mundo inferior? ¡Por Plutón! Desearía encontrarme allí ahora.

Ambos desaparecieron entre la multitud. Eran soldados romanos. Entran y salen gentes de toda clase: nazarenos, samaritanos, gladiadores, buhoneros.

Un griego de hermoso aspecto se aproxima a un vendedor de frutas con estas palabras:

—¿Qué tienes esta mañana, oh hijo de Chipre? Estoy hambriento.

—Frutas del Podio, legítimas, tal como las comen los cantores de Antioquía para conservar la voz —replica el vendedor con voz gangosa.

—Me importan poco los cantores de Antioquía —dice el griego—. Tú eres un adorador de Afrodita, lo mismo que yo. ¿Ves esta corona de mirto? Es un gran regalo de Salomé.

—¡La hermana del rey! —exclama el chipriota con una inclinación.

—Tiene un gusto real y un juicio divino. Claro, es más griega que el rey. Pero dame mi desayuno y toma el dinero. Dame uvas y...

—¿Quieres dátiles?

—No, que no soy un árabe.

—Entonces ¿higos?

—Me convertiría en hebreo. No: sólo uvas. Nunca se ha mezclado nada tan bien como la sangre de un griego y la de uva.

Un poderoso caballero seguido de varios criados armados se pasea y escucha mientras su gente discute con los vendedores. Al ver al chipriota se le acerca y le compra unos higos.

De esta forma, hasta el mediodía o más tarde aún, la corriente de compradores y vendedores fluye como un río caudaloso. Jerusalén, cantada por profetas y poetas, la Jerusalén de Salomón en la que corre en abundancia la plata, se había transformado en la imitadora de Roma, centro de costumbres profanas y eje del poder pagano. En tiempos lejanos un rey judío se colocó las vestiduras sacerdotales y entró en el Santo de los Santos del primer templo y salió de él cubierto de lepra. En cambio Pompeyo había entrado en el templo de Herodes, hasta el Santo de los Santos, y salido sin recibir el menor perjuicio, después de descubrir que no había allí más que una sala vacía, sin nada que revelara la presencia de Dios.

Era la hora tercera del día y mucha gente se había alejado del Portal de Belén, aunque seguían transitando por él numerosos grupos de personas. Entre ellos llamaba la atención un hombre, una mujer y un asno.

La mujer iba ataviada con una túnica de lana burda y llevaba cubierta la cabeza y el cuello con un velo. De vez en cuando, atraída su curiosidad por el ruido, voces o ajetreo que reinaba a su alrededor levantaba el velo y observaba; mas este instante era tan fugaz que resultaba imposible distinguir los rasgos de su rostro.

Un hombre se acercó a ellos, preguntando:

—¿No eres tú José de Nazaret?

—Así me llaman. —Luego agregó al reconocer a su interlocutor—: ¡Que la paz sea contigo! Tú eres mi amigo, el rabino Samuel.

—Lo mismo te deseo. —El aludido hizo una pausa, mirando a la mujer, y agregó—: La paz sea contigo, y con tu casa, y con todos los tuyos.

Se saludaron, llevándose cada uno una mano al pecho, con una ligera inclinación.

—Lleváis tan poco polvo encima que deduzco que habréis pasar pasado la noche en esta ciudad de nuestros padres.

—No —contestó José—. Al no poder pasar de Betania, pasamos la noche en la posada que hay allí y continuamos el viaje al amanecer.

—El viaje que os espera es largo, pues supongo que no os quedaréis aquí...

—No; vamos a Belén.

El rabino se tornó suspicaz al oírle.

—Ya comprendo. Naciste en Belén y ahora vas allí a empadronarte con tu hija, según ordena el César. Los hijos de Jacob se encuentran como antaño las tribus en suelo egipcio; sólo que ahora carecemos de un Moisés o un Josué. ¡Cómo han caído los poderosos!

José, sin inmutarse, replicó:

—Esa mujer no es mi hija.

Pero el rabino, lanzado al tema político, prosiguió:

—¿Qué ocurre en Galilea?

—Yo no soy más que un carpintero, y Nazaret es una aldea. Vivo en un lugar apartado y no me queda tiempo para participar en luchas de partidos.

—Pero... eres judío —replicó severo el rabino—. Y de la estirpe de David. No creo que te guste pagar impuestos, excepto el de Jehová.

El rabino prosiguió:

»No me duele la cuantía del impuesto, pues un denario es muy poca cosa, sino la humillación que representa el pagarlo: equivale a tolerar sin protesta la tiranía. Dime, ¿es cierto que Judas asegura ser el Mesías?

—Así lo afirman sus seguidores.

En aquel instante la mujer apartó el velo que cubría su rostro. La mirada del rabino se posó en ella, sorprendiéndose de su rara belleza. Mas ella dejó caer de nuevo el velo.

—Tu hija es muy hermosa —dijo el rabino olvidándose de la política.

—No es mi hija —repitió José—. Es la hija de Joaquín y Ana de Belén, ambos bien conocidos.

—Oh, sí —dijo el rabino con deferencia—. Les conozco y sé que descienden de David por línea directa.

—Los dos han fallecido, pero han dejado una casa para dos hijas, y la ley exige que María, para asegurar la propiedad, se case con su más cercano pariente. Yo, que era antes su tío, soy ahora su esposo.

—Y como ambos nacisteis en Belén, los romanos os obligan a ir allí para empadronarla. —Y muy indignado añadió—: ¡El dios de Israel vive aún! ¡La venganza es suya!

Dicho esto les volvió la espalda y se alejó ante el asombro de José.

Una hora más tarde el grupo cruzó la puerta y tomó el camino de Belén. Por el camino él cuenta a la mujer historias de David. Y ella no siempre le presta atención, pues el relato es tedioso, propio de un hombre rústico.

La mujer no tiene más de quince años. Su figura y gestos corresponden a los de una adolescente, ya casi una joven. Sus facciones son pálidas y perfectas, con un halo de inocencia y ternura.

Así bordearon la gran llanura hasta alcanzar el lago de Elías y a través del valle divisaron Belén, su antigua ciudad natal. Al acercarse a la población les sorprendió una muchedumbre presurosa y José sintió miedo en su corazón. ¿Cómo encontraría una posada con tantos viajeros y mercaderes? Se detuvo frente al portal de una casa situada en la zona exterior de la aldea, en un lugar donde se cruzaban varios caminos.

Las posadas orientales, llamadas «khans», son casas sin cobertizo y frecuentemente sin puertas. Su emplazamiento se escogía teniendo en cuenta la sombra, la posibilidad de defensa o el agua. Los edificadas en las carreteras de Jerusalén o Alejandría eran edificios suntuosos, verdaderas posadas para el viajero, aunque por lo general también estos edificios servían de mercado. En los «khans» no había huéspedes, dueño, criados y cocineros. Los viajeros se acomodaban sin dar cuenta de ellos a nadie y debían procurarse la comida.

El «khan» de Belén era uno de estos típicos lugares que acabamos de describir. Casi rozando la puerta de entrada había un camino.

María contemplaba con un interés disminuido por la fatiga la muchedumbre que acudía a Belén para empadronarse. Un hombre se acercó a ellos y José le preguntó:

—¿Puedo preguntarte cuál es la causa de esta aglomeración de gente?

—Los romanos han ordenado que cada hebreo se empadrone en el lugar de su nacimiento —replicó el extraño.

—También yo he venido por esto. Yo y mi esposa.

El extranjero miró a María y guardó silencio. La mujer contemplaba la desnuda cumbre del Gedor.

—Rabí, ¿no querría tu esposa reunirse con la mía? Está allí, con los chicos, y te digo que el «khan» está lleno; es inútil acercarse.

—Saludaré a tu familia e iré luego a probar suerte con el portero. Volveré en seguida.

Y se adentró por entre la multitud hasta el «khan».

—La paz de Jehová sea contigo —dijo José saludando al portero—. Soy betlemita. ¿No habría habitación para...?

—No la hay.

—Seguramente habrás oído hablar de mí soy José de Nazaret. Ésta es la casa de mis padres. Soy de la estirpe de David.

Ser hijo de Judá era bastante, pero pertenecer a la estirpe de David constituía para un hebreo el máximo galardón. Por eso José dijo estas palabras, que siempre surtían un efecto mágico.

—Rabí, hace más de dos mil años que se abrió esta puerta para alojar a los extraños. Si tal se hace con un desconocido, ¿qué no hacer contigo? Yo te saludo y te invito a entrar para que veas por ti mismo que no hay ni un solo espacio vacío.

José guardó silencio y luego dijo:

—El extranjero que haya vivido contigo será como si hubiese nacido en tu casa y le amarás como a ti mismo. ¿No dice así la Ley, rabí?

—Si ésta es la ley, ¿cómo puedo decirle a uno de los que están aposentados:

Sigue tu camino, que otro va a ocupar tu puesto? Mira cuántos esperan un sitio. Ellos también han venido por la misma razón que tú por el decreto del César. Ayer llegó la caravana que va de Damasco a la Arabia y el bajo Egipto.

—Pero el sitio es muy espacioso —insistió José.

—Sí, pero repleto de paquetes y mercancías.

Al llegar aquí el rostro de José perdió su seriedad y dijo con calor:

—Por lo que a mí se refiere, no me importa; pero viene conmigo mi esposa, y con estas noches tan frías... No puede quedarse a la intemperie. ¡Es tan joven! Si se queda en la colina el frío la matará... Oye, tal vez conociste a sus padres, Joaquín y Ana, de Belén ambos, y de la estirpe de David.

—Les conocí y eran buena gente. Ea, si no puedo darte alojamiento tampoco puedo cerrarte la puerta. Haré por ti lo que pueda. ¿Cuántos sois?

—Mi esposa y un amigo con su familia, de Beth-Dagón; en total, seis.

—Bien. No dormiréis afuera esta noche. Date prisa y tráeles pronto, que el sol descende aprisa y pronto será de noche.

—Te doy ahora la bendición del viajero sin hogar; más tarde te daré la del huésped agradecido.

Muy regocijado se fue José al encuentro de María y del dagonita, y los llevó a todos ante la puerta donde hablara con el guardián.

—Ésta es mi esposa, y éstos son nuestros amigos.

Llevaba María el velo levantado.

—Ojos azules y cabello de oro —murmuró el portero—. Así era el joven rey David cuando fue a cantar ante Saúl. La paz sea contigo, oh hija de David.

Y mirando a los otros les dijo:

—La paz sea con vosotros. Rabí, sígueme —concluyó mirando a José.

Por un corredor pavimentado fueron conducidos al patio del «khan». Oscuros y repletos de gente estaban los sótanos. Volvieron a pasar por otro corredor semejante al de la entrada y salieron al vallado adjunto a la casa, donde se albergaban los caballos, camellos y asnos, apiñados en grupos. Bajaron poco a poco al declive que forma el patio, hasta llegar a un camino que se dirigía hasta una especie de establo al oeste del «khan».

—Vamos a dormir en la cueva —exclamó José lacónicamente.

El guía aflojó el paso hasta que María lo alcanzó.

—La cueva a que nos dirigimos —aclaró el hombre— fue refugio de tu antepasado David. Desde los campos solía conducir los rebaños hasta esta cueva. Los pesebres se conservan intactos.

El polvo y la paja alfombraban el suelo, otorgándole un tono amarillo. Del techo colgaban gruesas telarañas, como largos jirones de tela sucia. Por lo demás la estancia parecía cómoda y limpia como uno cualquiera de los sótanos del «khan».

—Entrad —dijo el guía—. Los montones de paja son para viajeros como vosotros. Utilizad cuanto queráis de lo que encontréis por el suelo.

Luego, mirando a María, le dijo:

—¿Podrás descansar aquí?

—El lugar está santificado —replicó la mujer.

—En este caso os dejo. La paz sea con vosotros.

Cuando el portero salió, los viajeros se dedicaron a ordenar y hacer habitable la cueva.



A determinada hora de la noche se hizo el silencio en el «khan». Los israelitas, levantándose y dirigiendo sus miradas a Jerusalén, muy solemnes en su actitud, cruzaron las manos sobre el pecho y corazón. Era la sagrada hora nona, en cuyo momento se ofrecen los sacrificios en el templo del Moria, y es también el instante en que se supone que Dios se halla en él. Cuando la oración cesó volvióse a reanudar el griterío en vistas a la cena y a la preparación del lecho. Poco más tarde se apagaron las luces y el silencio se hizo general.

A medianoche uno de los que dormían en la azotea del «khan» exclamó:

—¡Despertad, hermanos! ¿Qué es esa luz que se ve en el cielo?

Medio adormilados, los moradores del «khan» se incorporaron y miraron al cielo maravillados. Las voces corrieron y pronto todos hicieron igual cosa.

Se veía un rayo de luz que parecía brotar de las estrellas y descendía, oblicuamente, hasta la Tierra. En la parte más alta no era más que un punto, mientras que en el suelo ocupaba una extensión de muchos estadios. El resplandor era vivísimo y de color rosado. El «khan» recibía parte de la luz, de forma que quienes estaban en el tejado se veían entre sí, estupefactos.

El rayo brilló durante varios minutos, hasta que la sorpresa se trocó en pánico, y los que estaban menos asustados sólo hablaban en murmullos.

—¿Habéis visto jamás nada parecido? —preguntaba uno.

—A lo mejor es una estrella que ha caído, ardiendo, a la Tierra.

—No: los pastores habrán visto un león y han encendido hogueras...

—Sí, eso debe de ser. Precisamente los rebaños están pastando por allí.

—Imposible —dijo otro—. Aunque se juntara toda la madera de los valles de Judá sería imposible crear esta luz tan potente y tan alta que llega hasta el firmamento.

Tras estas palabras se produjo un silencio absoluto.

—¡Hermanos! —exclamó un hebreo venerable—. Lo que vemos es la escalera que nuestro padre Jacob viera en sueños. ¡Bendito sea el Dios de nuestros progenitores!

A una milla y media o acaso dos al sudeste de Belén se extiende una llanura separada de la ciudad por una prolongación de la montaña.

El día que ocurrieron los hechos narrados anteriormente, cierto número de pastores llegó hasta esta llanura. Hablaban de sus rebaños. Aunque rústicos, tenían su sabiduría. Cuando el *chazzan* exhibía el *Torah* nadie lo besaba con mayor ternura, y cuando el *sheilach* leía el texto sagrado nadie escuchaba al intérprete con una fe más ciega. Y como amaban tanto a Dios, y observaban tan rectamente sus leyes, así su sabiduría sobrepasaba a la de los monarcas más poderosos de la Tierra.

Mientras charlaban de sus rebaños, fueron durmiéndose poco a poco, sobre el campo. La noche era clara y fría, y la calma era algo más que un simple silencio. Un pastor velaba por los demás, paseándose entre ellos. Llegada la medianoche se acercó al fuego un momento para acostarse después. De pronto se detuvo; a su alrededor rompía la luz, una luz suave y blanca como la luna, que aumentaba en intensidad. Un frío mayor que el del aire helado —el frío del terror— le invadió. En el cielo habían desaparecido las estrellas. La luz caía de lo alto como saliendo de una ventana. De repente, aterrorizado, exclamó:

—¡Despertad! ¡Despertad!

Los perros empezaron a ladrar como enloquecidos.

Los rebaños se removieron impacientes, y los pastores se pusieron en pie y echaron mano a sus armas.

—¿Qué sucede? —preguntaron.

La luz se hizo tan brillante que no pudieron soportarla y se taparon los ojos. Cayeron de rodillas, víctimas del pánico. Al mismo tiempo se oía una voz fuerte y a la vez sobrehumana, dulce y suave:

—No temáis... He aquí que os traigo una buena nueva que será el regocijo de toda la Humanidad.

Se levantaron sobre sus rodillas y vieron, aureolada, la figura de un hombre vestido con una túnica blanquísima. Dos alas resplandecientes adornaban sus espaldas y sobre la frente brillaba una estrella deslumbrante. Sus manos estaban dirigidas a ellos en actitud de bendecirles. Su rostro era sereno y de una belleza divina.

La voz suave como un susurro apaciguó sus corazones. Más calmados, los pastores se dijeron:

—La gloria de Dios está con nosotros, y éste es el que en la antigüedad se acercó al profeta en las orillas del río Ulay.

El ángel prosiguió:

—Porque para vosotros ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es

Cristo el Señor. Y ésta es una señal para vosotros. Encontraréis al Niño, envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

El heraldo no volvió a hablar, pero permanecía allí en silencio. Entonces la luz que emanaba adquirió un tinte rosado, y en lo alto, hasta donde los ojos alcanzaban a ver, surgió un revoloteo de alas blancas, un ir y venir de formas radiantes y las voces de una multitud que cantaba a coro:

GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS,
Y EN LA TIERRA PAZ A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD

A los once días del nacimiento del Niño llegaron a Jerusalén, hacia la media tarde, los tres Magos. La gente les contemplaba con gran curiosidad. Judea era un punto de tránsito internacional: allí radicaba la ruta de tráfico entre el Sur y el Este, y los judíos estaban acostumbrados a ver hombres de todas las razas atravesar las puertas de Jerusalén. Pero los Magos llamaban la atención a todos cuantos se cruzaban con ellos. Llegaron ante la puerta de Damasco, guardada por centinelas romanos. Al llegar junto a ellos el egipcio se dirigió a un centinela y manifestó:

—Que la paz sea contigo. Venimos desde muy lejos para ver al que ha nacido Rey de los judíos. ¿Dónde le encontraremos?

El soldado dio una voz y apareció un oficial que preguntó:

—¿Qué quieres?

Baltasar repitió su pregunta.

—¿Herodes? —preguntó el oficial, lleno de confusión.

—La realeza de Herodes procede del César. No me refiero a Herodes.

—No hay otro rey entre los judíos.

—Pues nosotros hemos visto la estrella de Aquel al que venimos a adorar.

—Seguid adelante —replicó extrañado—. Yo no soy judío. Preguntad a los sacerdotes, o mejor al propio Herodes.

Los tres Magos cruzaron la puerta. Baltasar dijo a sus amigos al oído:

—Ya nos hemos dado a conocer bastante por hoy: a medianoche toda la ciudad hablará de nosotros y nuestra misión. Ahora vayamos al «khan».

Antes del crepúsculo algunas mujeres lavaban ropa en la parte superior de la escalera que lleva al interior de la Piscina de Siloam. Cada una estaba arrodillada ante un recipiente de arcilla. Una exclamó:

—¿No lo sabéis? Dicen que el Cristo ha nacido.

La reacción de perplejidad fue tan grande que algunas volcaron sus recipientes de agua.

—¡El Cristo! —exclamaron las lavanderas.

—Este mediodía llegaron tres hombres por el río Cedrón. Cada uno montaba un camello blanco, apoyado sobre doseles de seda y ricos ameses. Preguntaban: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Ahora están en el «khan», y muchos cientos de personas han ido y otras van.

—¿Y quiénes son estos tres hombres?

—Nadie lo sabe. Se dice si serán persas, o profetas, acaso como Elias o Jeremías.

Una de las mujeres soltó la risa, diciendo:

—¿Y qué quieren decir con eso del Rey de los judíos?

—Se refieren al Cristo, y aseguran que acaba de nacer.

—Bueno: ¡cuando lo vea, creeré!

—Y yo creeré cuando le vea levantar a los muertos...

Luego el grupo continuó su trabajo mientras seguían comentando el suceso.

Bastante entrada la noche se celebró en el palacio del monte Sion una reunión compuesta por cincuenta personas, por orden expresa de Herodes, con la finalidad de instruir a éste sobre algún hecho o misterio importante. Eran doctores, filósofos, hombres cuya palabra pesaba en el país, y estaban sentados en divanes en uno de los patios interiores del palacio. Eran los venerables miembros del Sanhedrín.

Presidía el venerable Hillel, de ciento seis años, rector del Gran Colegio, con muy pocos cabellos blancos y semejantes a hebras de plata.

Habían sostenido una larga discusión, mas al final se pusieron todos de acuerdo. El venerable Hillel, inmóvil, llamó al paje:

—Anuncia al rey que estamos dispuestos para darle una respuesta.

El muchacho salió. A poco entraron dos oficiales y cada uno se apostó a un lado de la puerta. Tras ellos entró un personaje sorprendente, envuelto en túnica púrpura con bordes escarlata recogida en la cintura por una faja de oro. Las hebillas de sus zapatos centelleaban de piedras preciosas. Era Herodes el Grande y tenía sesenta y siete años. De mente poderosísima y genio parecido al del César, desplegaba un poder tiránico y una crueldad sanguinaria.

Al verle todos se inclinaron en señal de saludo. Herodes se situó frente a Hillel y gritó:

—¡La respuesta! ¿Cuál es la respuesta?

Los ojos del patriarca se animaron con dulzura y dijo con dignidad:

—¡Contigo sea, oh rey, la paz de Dios, de Abraham, de Isaac y de Jacob! Nos has preguntado dónde debe nacer Cristo.

—Ésta fue mi pregunta.

—En este caso, oh rey, en nombre de todos debo decirte que la respuesta es unánime: Cristo ha de nacer en Belén de Judea. Así lo escribió el profeta.

El rostro de Herodes se turbó. Los presentes apenas si se atrevían a respirar. Al fin el rey dio media vuelta y salió de la cámara.

—Hermanos —exclamó Hillel—, ya podemos irnos.

Simeón, el hijo de Hillel, que después sucedería a éste en ciencia, en sabiduría y en el cargo, ayudó a su padre a subir a la litera.

Los tres Magos estaban despiertos en el «khan», a pesar de que la noche era avanzada. Un hombre se acercó a ellos.

—Os traigo un mensaje —les anunció.

—¿De quién?

—Del rey Herodes. Yo soy su mayordomo, pero aquí fuera está su mensajero.

El espíritu de los tres se estremeció.

—Dile que espere. Ya salimos.

Cuando el mayordomo hubo salido, el griego exclamó azorado:

—¡La pregunta que hemos hecho por todas partes nos ha hecho famosos!

Se echaron los mantos al hombro y salieron.

—Os saludo y os pido perdón —dijo el mensajero al verles—. El rey desea hablaros en privado y para ello os invita a verle en palacio.

—La voluntad del rey es nuestra voluntad —dijo Baltasar—. Iremos contigo a palacio.

Siguiendo al mensajero llegaron hasta el palacio de Herodes. Pasaron al interior, hasta llegar a una torre de gran altura. De pronto el guía se detuvo y señalando una puerta les dijo:

—Ahí está el rey: entrad.

La habitación perfumada, suntuosa y de un gusto afeminado contenía un sin fin de riquezas en divanes, jarrones y candelabros. Herodes se hallaba sentado en esplendoroso trono. Al llegar al borde de la alfombra los tres Magos se hincaron de rodillas. El rey tocó una campanilla y acudió un criado con tres sillas.

—Tomad asiento y decidme quiénes sois y de dónde venís.

Los tres Magos contaron por turno sus historias.

—¿Y qué pregunta le habéis hecho al oficial que estaba en la puerta?

—Le hemos preguntado dónde estaba el que ha nacido Rey de los judíos.

—Comprendo por qué habéis despertado semejante curiosidad: la mía no es menor. Pero ¿es que existe otro rey de los judíos?

—Hay Uno que acaba de nacer —replicó sin inmutarse el egipcio.

La faz del monarca se ensombreció de dolor.

—¡No fui yo, no fui yo! —exclamó.

Es posible que las imágenes de sus hijos asesinados cruzaran por su mente. Luego, dominando su emoción, prosiguió con voz más serena:

—¿Dónde está el nuevo Rey?

—Pues esto es, justamente, lo que queríamos saber.

—Habéis desatado mi curiosidad con este enigma superior a los de Salomón. Estoy en la edad en que la curiosidad se torna algo obsesivo. Relatadme todo lo que sepáis acerca de ese niño y yo me uniré a vuestra búsqueda. Pero antes decidme: ¿cómo es posible que, viviendo tan separados entre sí, cada uno de vosotros haya tenido noticias de Él simultáneamente?

—Te diré la verdad, oh rey.

—Habla —repuso Herodes.

—Hay un Dios omnipotente —exclamó Baltasar solemnemente, levantándose. Herodes se estremeció.

—Él nos hizo venir aquí, prometiéndonos que veríamos al Redentor. Como señal se nos permitió ver a cada uno una estrella. Su Espíritu estaba con nosotros.

—Os burláis de mí —dijo Herodes, entre enojado y suspicaz—. De otro modo, ¿qué finalidad tendría el advenimiento del nuevo Rey?

—La salvación de los hombres.

—¿De qué?

—De su maldad.

—¿Y cómo?

—Mediante tres gracias divinas: La fe, el amor y las buenas acciones.

—¿Y esa estrella de que habéis hablado al oficial y a mí mismo?

—Es la estrella del recién nacido.

—¿Y cuándo apareció por vez primera?

—Al ordenársenos a los tres venir aquí.

Herodes se levantó indicando con ello que daba por concluida la audiencia. Luego alentó a los Magos a que siguieran su búsqueda, asegurándoles que no les pondría dificultades. Y, abrigándose en su manto, salió de la habitación.

Poco después salieron a la calle. Al acercarse a la puerta de Joppa vieron en el cielo, a escasa altura, una estrella que brillaba más que ninguna y que se movía lentamente ante los tres.

—¡Dios está con nosotros! —exclamaron llenos de alegría.

Entonces la estrella se elevó del valle Elías y se detuvo, de repente, sobre una casa en la colina próxima a la ciudad.

Amanecía. El guarda tiritaba de frío en el tejado del «khan», cuando vio de pronto una luz que ascendía por la colina en dirección a la casa. Pensó si sería una antorcha de algún caminante o acaso un meteoro, pero el punto luminoso creció hasta convertirse en una estrella. El pánico hizo presa en el guarda, quien rompió a gritar, y pronto subió al tejado la gente de la posada. Con un resplandor que deslumbraba la estrella fue acercándose, hasta situarse justamente encima de la cueva donde había nacido el Niño.

En el mismo momento llegaron los Magos a la puerta y pidieron permiso para entrar. El sobresalto del guarda aumentó aún más al ver a los Magos y su expresión exaltada.

—¿No hay aquí un Niño recién nacido?

—Sí, sí —respondieron boquiabiertos algunos.

—¡Enseñádnoslo! ¡Enseñádnoslo!

El hindú juntó las manos en señal de adoración.

—¡Dios existe! —exclamó—. ¡Apresurémonos! ¡Apresurémonos!

Los que se hallaban en el tejado descendieron de inmediato y siguieron a los extranjeros. A medida que avanzaban hacia la cueva la estrella ascendía al cielo, de forma que cuando hubieron llegado a ella la estrella se diluyó en el firmamento. Esto corroboró la sospecha en las gentes de que existía alguna relación entre la estrella y el recién nacido.

La habitación estaba iluminada por una linterna que permitía ver a la Madre y al Niño, despierto en su regazo.

—¿Es tuyo el Niño? —preguntó Baltasar a María.

María, que había guardado en su corazón todas las cosas que al Niño se referían, lo levantó a la luz y respondió:

—Es mi Hijo.

Los tres Magos cayeron de rodillas y le adoraron.

¡Aquél era el Salvador que buscaban desde tan lejos!

SEGUNDA PARTE

Veintiún años después el principio de la administración de Valerio Graco, el cuarto gobernador imperial de Judea, período recordado como el más agitado políticamente de Jerusalén, señala el instante en que se inician las últimas batallas entre judíos, y romanos.

Herodes el Grande había muerto el mismo año del Nacimiento del Niño. Dejó dividido su territorio entre sus tres hijos: Antipas, Filipo y Arquelaos. Pero el emperador Augusto, en vista de la incompetencia de Arquelaos, le depuso y sometió al pueblo de Israel a un régimen de puro despotismo que suscitó la rebeldía y el odio en los corazones judíos. Así la ciudad, en lugar de ser gobernada por un rey, cayó en manos de un funcionario de segundo grado, denominado procurador. Para hacer más fuerte la humillación el procurador no se estableció en Jerusalén, sino en Cesárea. Además les fue anexionada la tierra de Samaría, odiada por los judíos.

Entre tanto desastre sólo quedaba un consuelo: el sumo sacerdote ocupaba la mansión de Herodes y conservaba en ella la apariencia de una Corte. La justicia era administrada en nombre y de acuerdo con los decretos de Roma.

Con todo, el pueblo de Israel no perdía la confianza en Él. Esperaba... Hacía más de ochenta años que Judea era una provincia romana, lo que había proporcionado a Roma experiencia suficiente para saber que los judíos, no obstante ser tan orgullosos y poco manejables, podían ser gobernados a condición de tolerar y respetar su religión. Los predecesores de Graco actuaron de acuerdo con ese conocimiento, pero éste inició su mandato expulsando a Annás del sumo sacerdocio y encumbrando, en cambio, a Ismael, hijo de Fabio.

Desde aquel momento el malestar fue en aumento. Más de una vez los sagrados claustros del Moria resonaron con los gritos de combatientes enemigos de Graco, quien pronto se quedó sin partido político. Las llamas que durante quince años habían permanecido ocultas por el humo se levantaron muy altas y con gran violencia.

Un mes después del día en que Ismael asumiera el cargo del nuevo título, el romano hizo una visita a Jerusalén. Silbando e insultándole desde las murallas, los judíos observaron cómo su guardia entraba por la puerta septentrional de la ciudad y se dirigía a la Torre Antonia. Habían comprendido la verdadera finalidad de la visita: reforzar militarmente la guarnición de la ciudad, y así... ¡ay del primer rebelde que se atreviera a ofenderle!

Uno de los jardines del palacio del monte Sion estaba limitado a ambos lados por varios edificios, y algunos de ellos eran de dos pisos. Estamos en julio, hacia el mediodía, y reina un calor sofocante.

Dos muchachos jóvenes sostienen una seria conversación. El mayor hablaba al otro con cierta altivez, lo que no debe extrañar, pues procedía de una familia muy noble, incluso en Roma, y un abuelo suyo había sido amigo de Bruto. La silueta del joven romano resultaba severa, mientras que la de su amigo, judío, resultaba voluptuosa.

—¿Has dicho que el nuevo procurador llegará mañana? —preguntó el judío.

—Sí, mañana —replicó Messala, el romano—. Oí cómo el nuevo gobernador se lo decía a mi padre. Y ahora todo el mundo en la guarnición está preparándose para recibirle.

La actitud de Messala era ligeramente irónica, lo que entonces era considerado signo de suprema elegancia. Messala había sido educado en Roma y se conducía como los hijos de esta selecta y privilegiada ciudad.

—Nos despedimos en este mismo lugar. Tú me dijiste: «La paz del Señor sea contigo», mientras yo te respondía: «Los dioses te guarden». ¿Cuántos años han transcurrido?

—Cinco —respondió el judío mirando las aguas del estanque.

—Con razón estarás agradecido a los dioses..., pues te has convertido en un apuesto joven: los griegos te considerarían bello. Pero dime: ¿por qué te interesa tanto si llega el procurador?

La mirada de Judá era grave y meditabunda.

—Cinco años —dijo—, y aún recuerdo el día de tu marcha. Te ibas a Roma y yo lloré de dolor porque te quería mucho. Ahora eres distinto...

Las finas aletas de la nariz del irónico romano se estremecieron.

—Tú eres un oráculo, Judá. Con unas cuantas lecciones de retórica, Delfos te recibiría como el propio Apolo. Ahora en serio: ¿en qué he cambiado? El más grande lógico del Mundo dice: «Procura comprender a tu antagonista antes de contestarle». Intentaré, pues, comprenderte.

El judío se sonrojó ante la mirada cínica del romano y repuso:

—Has adquirido muchos conocimientos y hablas con la desenvoltura de un maestro..., pero en tus expresiones hay como un aguijón. El Messala de antaño no era venenoso y nunca habría herido los sentimientos de un amigo.

—Judá, no estamos ante un oráculo para utilizar ese tono... Abandona ese estilo y dime en qué te he ofendido.

—También yo he aprendido algo en estos cinco años, aunque Hillel no resista una

comparación con el lógico que mencionabas. Pero los que se sientan a los pies de nuestro sabio se levantan simplemente enriquecidos con el conocimiento de Dios, de la Ley y de Israel: la consecuencia de esa enseñanza son el amor y la reverencia para todo cuanto les atañe. Sé, con todo, que Judea no es lo que fue. Su...

Messala le interrumpió con una risa amarga.

—Te comprendo. Todos los hombres y las cosas del Mundo cambian, pero nunca un judío. Aquí te dibujo en la arena un círculo. Dime ahora si la vida de un judío es algo más que esto vueltas y más vueltas. ¡Por el señor de todos los truenos! ¿Es que no hay nada más que valga la pena? ¿Y las artes? Herodes fue un gran constructor y por eso maldecís de él. Todo lo subordináis a la religión. ¿Qué son Hillel, Simeón, Shamai, Abtalión, comparados con los sabios que enseñan que cuanto es digno de ser conocido debe ser enseñado?

El judío hizo un movimiento para levantarse, pero Messala le retuvo.

—Escúchame un poco más. Aprecio mucho tu bondad, que te ha impulsado a salir de la casa de tus padres para darme la bienvenida y proseguir la amistad de nuestra infancia. Mi maestro me dijo «Ve, y para hacer grande tu vida, recuerda que Marte impera y que Eros ha encontrado sus ojos». Lo que significa que el amor no es nada y la guerra lo es todo. La virtud se compra y se vende. Al morir, Cleopatra legó sus artimañas y con ellas se ha vengado: tiene un sucesor en cada hogar romano. El futuro es éste: «Abajo Eros, arriba Marte». Yo seré soldado, pero tú... ¿Qué serás tú? Te compadezco.

Judá contemplaba cómo el orgullo dominaba a su amigo.

—Yo, en cambio... ¡El Mundo no ha sido aún conquistado del todo! En el mar hay muchas islas, y luego... Oriente. ¡Continuar la marcha iniciada por Alejandro! Luego Roma: sus infinitos placeres...

Judá no sabía cómo interpretar a su amigo: unas veces le irritaba, mientras que otras le atormentaba con una mezcla de asombro. A él se le había vedado en su educación usar de la burla o la agresividad.

El romano le contempló con detenimiento y añadió:

—¿Por qué no puede encontrarse la verdad en una chanza, igual que en una parábola? ¡Por Júpiter! Veo que no te he ofrecido aún bastante. Bien, cuando sea prefecto y Judea me haga rico, te nombraré sumo sacerdote.

Judá, irritado, hizo un gesto para marcharse.

—No te vayas —exclamó Messala.

El otro se detuvo irresoluto.

—¡Cómo calienta el sol! —añadió el joven romano observando el asombro del judío—. Busquemos un sitio con sombra.

—Haríamos mejor en separarnos —replicó Judá con frialdad—. Hubiera preferido no haber venido. Creía encontrar a un amigo, y me veo ante un...

—¡Un romano! —replicó Mesala.

Las manos del judío se crisparon, pero se dominó. Messala le puso su mano sobre

los hombros y siguió caminando tras el judío.

—Así solíamos caminar cuando éramos niños. Sigamos así hasta la puerta.

—Tú eres un niño —dijo Judá—; yo soy un hombre. Me permitirás que te hable como tal.

—¿Crees en las Parcas? —preguntó el romano—. Perdona, no me acordaba de que eres saduceo. ¿Por qué te molesta tanto que piense enriquecerme a costa de vuestra Judea? Pero si los otros lo hacen, ¿por qué no podré yo hacer lo mismo?

El judío suavizó el paso.

—Antes de vosotros, otros extranjeros han dominado a Judea —dijo—. Y ¿dónde están ahora, Messala? Judea se libró de ellos. Y lo que se logró una vez, volverá a conseguirse.

—Eres demasiado apasionado, Judá. ¡Cómo se habría enorgullecido de ti mi maestro de poder haberte contado entre sus discípulos! Pero escúchame ahora en serio: te aprecio muy de veras y quisiera ayudarte. Yo voy a ser sol dado. ¿Por qué no te haces tú también? ¿Por qué no saltas ese círculo estrecho de vuestras leyes y costumbres? Dime: ¿quiénes son hoy los hombres más juiciosos? No los que derrochan el tiempo hablando de cosas pasadas y muertas: Baals, Júpiteres y Jehovás, filosofías y religiones. ¿Qué me dices de Herodes, de los Macabeos? Lo que debes hacer es tratar de imitar al primero y segundo César. Y ahora mismo, Roma está dispuesta a prestarte su apoyo.

Judá aceleró los pasos hasta el jardín para deshacerse del romano.

—Sé juicioso; abandona estas locuras de Moisés y mira las cosas cara a cara. Pregúntales a las Parcas qué es Judea y te dirán que es sólo lo que Roma quiere. Roma es el Mundo.

Habían llegado a la puerta. Judá se quitó de encima con suavidad la mano del amigo y le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Yo te comprendo, ya que eres un romano; pero tú no me comprendes porque soy un israelita. Me he convencido de que nunca más volveremos a ser amigos. ¡Nunca! Ahora mismo nos separaremos. ¡Que la paz del Dios de mis padres sea contigo siempre!

Messala le ofreció la mano, que no aceptó Judá, cruzando la puerta. Y el romano, silencioso un momento, se marchó después sacudiendo la cabeza y exclamó:

—Así sea. ¡Eros ha muerto y Marte impera!

De la entrada de la Ciudad Santa parte una calle hacia el Oeste, paralela a la fachada de la Torre Antonia. Sigue hasta la legendaria Puerta del Juicio. Por allí pasó Judá al despedirse de Messala y llegó hasta la plaza del Mercado. Luego enfiló sus pasos hacia la casa de sus padres.

La casa era un edificio cuadrangular, de dos pisos, de aspecto tosco e inacabado en el exterior, pero que producía sensación de poder y estabilidad. Las puertas eran simples aberturas practicadas en la planta baja, cerradas por hojas de recia madera, reforzadas con barrotes de hierro de modo que pudieran resistir cualquier ataque.

Judá se detuvo ante la puerta occidental del edificio y llamó. Abrióse el postigo y el joven entró sin apenas responder al respetuoso saludo del portero.

La puerta daba a un pasillo de paredes de madera, que parecía un túnel estrecho. A ambos lados del mismo podían verse bancos de piedra pulimentada por el uso prolongado de varias generaciones. El pasillo terminaba en un patio interior porticado, y sus paredes estaban rematadas por una gran terraza protegida por fuerte balaustrada. La presencia en el patio de criados afanosos, ropas puestas a secar, gallinas, cabras, vacas y otros animales domésticos indicaba que estaba destinado a corral. Una puerta abierta en el interior daba entrada a otro patio, espacioso y cuadrado, en el que crecían arbustos y parras y donde se alzaba una elegante fuente de mármol. También este patio disponía de pórticos, más altos que los del anterior y sombreados por toldos de listas blancas y rojas. Una escalinata conducía a las terrazas, protegidas del sol por grandes toldos. Otra escalinata terminaba en la azotea, cuya balaustrada estaba rematada por un petrel de ladrillos rojos. La casa espiraba orden y limpieza en todos sus rincones.

El joven Judá ascendió hasta el segundo piso, y tras dar algunos pasos entró en una habitación y se tendió en un diván.

Al anochecer una mujer se aproximó a la puerta de su habitación y le dijo:

—Ya ha llegado el momento de la cena. ¿No tienes apetito, hijo?

—No —fue la respuesta.

—¿Estás enfermo?

—Tengo sueño.

—Tu madre ha preguntado por ti.

—¿Dónde está?

—En las habitaciones de verano, en la azotea.

El joven se incorporó.

—Bien. Tráeme algo de comer. No estoy enfermo, pero sí melancólico. Tú que me conoces tan bien, Amrah, tráeme algo a propósito.

Las preguntas de Amrah, con su voz dulce y afectuosa, revelaban la tierna

relación que les unía.

—Veremos —dijo Amrah.

Regresó a poco con una bandeja de madera, en la que había un tazón de leche, varias rebanadas de pan blanco, un pastel de harina de trigo, un ave asada, miel y un poco de sal. En un extremo de la bandeja había un vaso de plata lleno de vino y en el otro extremo una pequeña lámpara de bronce encendida.

A la luz de la lámpara apareció la habitación, iluminada en todos sus detalles: las paredes estucadas, en el techo robustas vigas de encina, el suelo embaldosado con pequeñas losetas blancas y azules, unas pocas sillas con patas que imitaban las de los leones, un diván muy bajo cubierto con tela azul. En suma, un dormitorio típicamente hebreo. La luz también permitió ver con claridad las facciones de la mujer, de tez oscura y ojos negros, de mirada maternal y dulce. Era una esclava de origen egipcio, a quien ni siquiera la llegada del año sagrado, el quincuagésimo, le había devuelto la libertad. Y es que Judá era toda su vida. Le había cuidado siempre como a un verdadero hijo.

—Amrah, ¿te acuerdas del Messala de años atrás? Fue a Roma y hoy he vuelto a verle.

Una expresión de disgusto se dibujó en el rostro de la esclava.

—Nunca me gustó ese Messala.

—Ha cambiado mucho, y en lo sucesivo nada tendré que ver con él.

Cuando la mujer se retiró Judá se encaminó desde la terraza a la azotea, lugar en que los judíos suelen reunirse para pasar la noche en verano, o para tocar música, reunirse con los amigos, rezar, bailar, contemplar las estrellas o soñar. Pero antes de subir a la azotea su madre le vio.

—Judá, hijo mío.

—Yo soy, madre —contestó él, apresurando el paso.

Se arrodilló ante ella, que le puso los brazos en torno al cuello y besándolo lo estrechó contra su pecho.

—Amrah me ha contado algo de lo que te ha ocurrido. Cuando eras niño podía permitirme que algunas cosas te turbaran. Pero ahora eres un hombre. Y no debes olvidar —dijo su madre dulcificando su voz— que algún día serás mi adalid.

La mujer hablaba en una lengua casi perdida; la lengua en que Rebeca y Raquel cantaban a Benjamín.

—Hoy, oh madre, me han obligado a pensar en cosas que nunca imaginé. Pero dime: ¿qué voy a ser yo?

—Pero ¡si ya te lo he dicho! Tú vas a ser mi adalid. —Y la madre, viendo el preocupado silencio de Judá, añadió—: ¿Qué ha podido decirte Messala para turbarte de ese modo? ¿Ha regresado hecho un auténtico romano?

—Ha cambiado mucho en cinco años.

—Los aires de la Vía Sacra se adaptan bastante a las calles de Egipto y de Babilonia. Mas en Jerusalén —nuestra Jerusalén— habita Jehová.

—Madre, las palabras de Messala fueron duras; pero la forma y el tono en que las ha pronunciado fueron insoportables.

—Creo comprenderte. En Roma todos andan locos tras el ejercicio de la sátira.

—Todos los grandes pueblos son orgullosos. Pero el orgullo de los romanos —replicó Judá— no tiene comparación. De niño Messala se burlaba de los personajes que Herodes respetaba, pero ahora se ha burlado de nuestras costumbres judías y de nuestro Dios. ¿Es que existe algún motivo para justificar esa burla? ¿Es inferior nuestro pueblo al suyo? ¿Por qué no puedo afanarme en alcanzar los honores que ellos logran? ¿Por qué me está vedada la profesión militar o el ejercicio de las artes...?

La mujer dejó caer blandamente una mano sobre la sien de Judá.

—Yo soy una mujer y no puedo responderte a todas tus preguntas, oh hijo mío. Pensaré en ello y mañana consultaré al sabio Simeón.

—Yo deseo algo más que ser informado. Tú, madre, puedes darme algo más importante al otorgarme valor, que es el alma del alma del hombre.

—Ten ánimo, hijo mío. La familia de Messala ha sido ilustre y figuran en ella varios hombres célebres. Pero los romanos, tan orgullosos de su presente y pasado, no podrían determinar el principio de Roma. Nosotros sí podemos hacerlo.

Una expresión de triunfo se dibujó en su rostro.

»Supongamos que un romano nos pone a prueba. Entonces yo le contestaría sin ninguna duda y a la vez sin vanagloria. Existe un Libro de las Generaciones en el que figuran apuntados todos los nombres de padres a hijos a través de tres períodos: desde las Promesas a la apertura del Templo; de aquí a la Cautividad; y de ésta a los tiempos presentes. El ángel le dijo a Abraham: “En tu semilla serán bendecidas todas

las naciones de la Tierra”. Unicamente una vez se interrumpieron los registros, lo que ocurrió al final del segundo período; mas al regresar del exilio Zorobabel restauró los Libros, lo que permitió una vez más reconstruir las estirpes hasta una antigüedad de dos mil años. Y ahora dime: ¿qué queda del ridículo orgullo de los romanos en cuanto a sangre enriquecida por los años? Los hijos de Israel que guardan rebaños en Rephaim son más nobles que los más encumbrados Marcios.

—Y yo, madre, ¿quién soy, según los Libros?

—A eso voy. Tú procedes en línea recta de Hur, el compañero de Josué. ¿No crees, ahora, que puedes enorgullecerte por tu honor? Si así es, toma el Torah y busca el Libro de los Números, y entre las setenta y dos generaciones que siguen a Adán hallarás al progenitor de tu estirpe.

Tras un emocionado silencio, Judá cogió las manos de su madre y dijo:

—Gracias. Te doy las gracias de todo corazón. Pero para que una familia sea noble ¿basta su antigüedad?

—Olvidas lo principal. Nuestro honor no reposa solamente en el tiempo: la preferencia de Dios es nuestra gloria particular.

—Sin embargo, veo que mientras tú te refieres a nuestra raza yo me intereso por nuestra familia. ¿Qué ha hecho la nuestra? ¿Cuáles son sus hazañas?

La mujer vaciló y pensó con angustia que acaso todos sus esfuerzos habían resultado estériles. Diose cuenta que Judá se había hecho un hombre y que convenía responder con cuidado a todas sus preguntas, pues de allí arrancaría nueva dirección en su vida.

—Observo —dijo la mujer dando a su hijo un suave golpecito en la mejilla— que cuanto he dicho ha entrado en lucha con un enemigo imaginario que guardas dentro de ti. Si este adversario es Messala, no me obligues a asestarle golpes a ciegas. Cuéntame todo lo que te ha explicado.

El joven israelita explicó a su madre la conversación sostenida con Messala, deteniéndose muy particularmente en las palabras y el tono de desprecio del romano para con los judíos y el estrecho círculo en el que, según él, se movían.

La madre escuchó en silencio largo rato sin interrumpirle, procurando comprenderle a fondo, consciente de la trascendencia de las dudas y angustias de su hijo, las cuales, mal resueltas, podrían arrojarle en brazos de afanes ajenos a la fe que le había enseñado. El ímpetu de su raza le dio tal fervor y tal pasión que su tono adquirió la elocuencia de un tribuno.

—Nunca pueblo alguno ha dejado de juzgarse igual o superior a los demás. El menosprecio de los romanos hacia nosotros es la misma locura en que han incurrido otras razas con otros pueblos. Pero no hay regla que permita determinar la superioridad de diversas naciones. Los pueblos son hoy poderosos y mañana dejan de serlo. Lo importante no es la expansión imperial de los pueblos, sino lo cerca de Dios que puedan estar. En este punto, hijo, hay que convenir que si Israel ha olvidado a veces al Señor, Roma no le ha conocido nunca. Tu amigo subrayó el hecho de que nosotros carecemos de poetas, artistas y guerreros, lo que pretende demostrar que no hemos tenido grandes hombres. Pero un gran hombre es aquel cuya vida ha sido reconocida por Dios o suscitada por Él. Por otro lado existe la equivocada creencia de que la ocupación no sólo más importante y noble la otorga el servicio de las armas, sino que es la de mayor grandeza. Pero el respeto y el temor por la fuerza revela un alma mezquina y bárbara. En Atenas el orador y el filósofo fueron tenidos en mayor distinción que el guerrero. El lugar de nacimiento de un poeta ha sido disputado por siete ciudades. Contra la brutalidad nuestros padres erigieron a Dios. Judíos y griegos habrían llevado a la Humanidad hacia el progreso y la elevación moral. Mas he aquí que el gobierno del Mundo exige la guerra: justamente por esa razón los romanos han colocado por encima de la inteligencia y de Dios a su César. Los romanos han copiado en todo, menos en la guerra, a los griegos; de suerte que en nada poseen el don de la originalidad. ¡Tan sólo Israel podría discutir la superioridad del griego y llevarle la palma del genio creador!

»Ellos ocupan los más altos lugares en nuestra patria, y podrán aplastar fácilmente a Israel, y nadie sabe cuándo concluirá tal oprobio. ¡Ladrones implacables! ¡Ay, hijo mío, qué doloroso me es decirte todo esto! Sin embargo, la gloria de los hombres de Judea estará siempre en lo alto del firmamento, y sus manos impuras no podrán arrebatárnosla, porque su historia es la historia de Dios. Es cierto que no hemos tenido artistas si el arte se limita a la pintura y a la escultura. Pero la habilidad de nuestras manos fue constreñida a lo mínimo a causa de la prohibición: “No harás dentro de ti ninguna imagen grabada ni copia alguna de nada”, prohibición

que el Sopherim, con gran perversión, extendió excesivamente y más allá de lo debido. Pero ¿quién hizo las dos esculturas del Arca de Noé, las primeras de mano humana?

—¡Oh, qué bien comprendo ahora por qué nos adelantó Grecia! ¡Malditos sean los babilonios que destruyeron el Arca!

—Oh, no, Judá. Has de tener fe. No ha sido destruida para siempre, sino guardada en alguna cueva de las montañas.

—¡Qué buena eres, madre! —exclamó el joven agradecido—. Ni Sammai ni Hillel hubiesen hablado mejor que tú. Soy de nuevo un fiel hijo de Israel.

—¡Qué adulador eres, hijo! Pero ¡si son las mismas palabras que un día le oí a Hillel en presencia de un sofista de Roma!

—Lo admito, pero las cálidas palabras que has empleado son tuyas.

—¿Dónde estaba? La habilidad en arte no lo es todo. Siempre me figuro a los grandes hombres avanzando en pequeñas individualidades pero con armonía plena de conjunto: aquí el hindú, allá el egipcio, más allá el asirio. Por encima, el eco de la música y el esplendor de las banderas; y a ambos lados, en respetuoso silencio, todas las generaciones desde los comienzos del Mundo. Mientras, siguen adelante me imagino a Grecia diciendo: «La Hélade abre la marcha». Luego viene el romano: «¡Silencio! Ahora nosotros ocupamos su puesto». Y durante todo el tiempo fluye una luz, ¡la Luz de la Revelación! ¿Quiénes la llevan en sus manos? ¡La antigua estirpe judía! La vanguardia te pertenece, y no la perderás jamás aunque en cada romano habitase un César.

Estaba Judá profundamente agitado.

—No te detengas, te lo ruego —exclamó.

—Veo venir a un anciano y sus ojos fulguran. ¡Él vio al Señor cara a cara! Guerrero, poeta, legislador, orador, profeta, su grandeza es como el sol de la mañana; le siguen los jueces y los reyes; el hijo de Jesé, un héroe en la guerra y un cantor de canciones eternas...

La voz de la mujer se detuvo.

—Estás fatigado —dijo.

—No, madre; escuchaba el nuevo canto de Israel.

—Pasemos revista a lo mejor de Roma. Contra Moisés pon a César, y a Tarquino contra David; a Sila contra los macabeos; al mejor de sus cónsules contra los jueces; a Augusto contra Salomón. Y basta, porque aquí concluye la comparación. Mas piensa ahora en los profetas, los más grandes entre los mayores. Finalmente, ¿cómo podríamos juzgar a Jehová y a Júpiter a no ser por lo que sus respectivos siervos han realizado? Y ahora sobre lo que tú serás...

Pronunció con cierto temblor estas últimas palabras.

»En cuanto a lo que harás, hijo, sirve al Señor Dios de Israel y no a Roma. Para un hijo de Abraham no hay otra gloria que los caminos del Señor.

—Entonces ¿puedo ser soldado? ¿Por qué no? ¿Acaso Moisés no le pidió al Señor

un hombre de guerra?

—Te concedo mi permiso —dijo la mujer tras un largo silencio— con la condición de que sirvas al Señor en vez de al César.

Judá aceptó gozoso la condición y poco a poco se durmió. Su madre se levantó, puso una almohada bajo su cabeza y tras besarle con ternura salió del dormitorio.

El hombre bueno —lo mismo que el malo— debe morir. Pero de acuerdo con nuestra fe decimos: «No importa, pues abrirá los ojos en el cielo». Lo más semejante a ello que existe en nuestra vida es el despertar de un sueño reposado a la rápida consciencia de una vida rebosante de luz y de gratos sonidos.

Cuando Judá despertó el sol lucía ya sobre los montes. Al borde del diván, muy próximo a él, estaba sentada una muchacha de unos quince años que acompañándose con un *nebel* cantaba con dulzura una bella canción.

Los rasgos de la niña eran regulares como los del muchacho y respondían al tipo judío. Hallábase en su expresión el encanto de la inocencia infantil. Todo en ella era gracia, finura y belleza.

—Muy bonita, Tirzah, muy bonita —dijo el joven.

—¿La canción? —preguntó la hermana de Judá.

—Sí. Y también la que canta. Tiene cierto sabor griego. Dime dónde la aprendiste.

—¿Recuerdas al griego que cantó en el teatro hace un mes? Solía cantar para Herodes y Salomé.

—Pero él cantaba en griego.

—Bien. Y yo en hebreo.

—Estoy orgulloso de mi hermanita. ¿Sabes alguna canción tan bonita como ésta?

—Muchas. Pero escúchame ahora: Amrah me envía a decirte que te traerá el desayuno, pues supone que estás enfermo a causa de algún accidente que ayer debiste de sufrir. ¿Qué fue, Judá? Amrah conoce las curas de los egipcios, que a mi juicio son tontos. Pero yo sé recetas de los árabes... Además, aquí tengo el mejor y más seguro amuleto: este anillo de nuestra familia.

—Pero los árabes son todavía más tontos que los egipcios —replicó Judá moviendo la cabeza—. No creo en los amuletos.

—¿Qué diría Amrah?

—Sus padres cuidaban un huerto en las orillas del Nilo.

—¿Y qué hago con el anillo?

—Puedes llevarlo, hermanita: te favorece, realzando tu belleza, aunque en realidad no lo necesitas.

En aquel momento entraba Amrah con una bandeja en la que llevaba una jofaina para lavarse las manos, agua y toallas.

Después de lavado le dijo a su hermana:

—Tirzah, voy a marcharme.

—¿Vas a marcharte? Pero ¿cuándo, adonde y para qué?

Judá se echó a reír.

—¡Cuántas preguntas! Ya sabes que la Ley exige que uno se ocupe en algo. Nuestro padre me pidió buen ejemplo. Voy a ir a Roma.

—¡Oh, yo quiero ir contigo!

—Oh, no. Tú debes permanecer en casa. Si dejásemos sola a nuestra madre se moriría de pena.

El entusiasmo se diluyó en su rostro.

—Bien, bien. Pero ¿es que debes ir por fuerza? ¿Es que en Jerusalén no puedes aprender todo lo necesario para convertirte en buen comerciante?

—La Ley no exige que no sea lo mismo que su padre.

—¿Y qué otra cosa podrás ser?

—¡Soldado!

Las lágrimas se asomaron a los ojos de Tirzah.

—Pero te matarán.

—Sí, si Dios lo quiere. Mas no todos los soldados mueren.

La muchacha, asustada, le arrojó los brazos al cuello.

—¡Somos tan felices! Quédate en casa, hermano...

—El hogar no puede ser siempre lo que ahora es. También tú te irás, y no transcurrirá mucho tiempo.

—¿Yo? ¡Jamás!

Judá sonrió.

—Un príncipe de Judea o de alguna otra parte vendrá a pedirnos a nuestra Tirzah, y se la llevará en su caballo al objeto de que te conviertas en la luz de otro hogar. Y entonces, cuando tú te vayas, ¿qué será de mí?

Tras un breve silencio prosiguió él:

»La guerra es un negocio; y como para aprenderlo es menester ir a la escuela, iré a un campamento romano.

—Pero no lucharás a favor de Roma, ¿verdad?

—¡La odias tú también! Todos la odian... Roma me enseñará cómo deberé luchar un día contra ella.

—¿Cuándo te marcharás? —preguntó Tirzah, sollozando.

En aquel instante se oyeron pasos y entró Amrah en la estancia.

—¡Chist! —dijo el joven—. Ella no debe saber nada.

La esclava entró con el desayuno y colocó la bandeja sobre una silla. Los dos jóvenes se lavaron los dedos. Entonces se oyó una marcha militar.

—¡Son los soldados del Pretorio! Voy a verlos —exclamó Judá echando a correr.

Se asomó por encima del parapeto de ladrillos; y tan ensimismado estaba en la contemplación que no advirtió la presencia de Tirzah, a su lado, apoyándose en él. Desde allí se ofrecía una panorámica: toda ciudad se dominaba, destacando la Torre Antonia. Pronto el destacamento llegó a la altura de los dos jóvenes de la casa de Hur.

La marcha marcial de los soldados, la cadencia de sus movimientos, el centelleo de las mallas, corazas y yelmos bruñidos, las plumas balanceándose sobre los altos

crestones, la unanimidad del movimiento, todo ejercía en Judá una particular fascinación. El oficial que cabalgaba al frente era objeto de toda clase de vituperios de la muchedumbre.

—¡Tirano! ¡Ladrón! —le gritaban, y no faltó quien le arrojara las sandalias.

El oficial era Valerio Graco y llevaba un laurel en la cabeza. Judá sintió cierta simpatía por Graco al verle objeto de tantos denuestos no provocados. Hizo un gesto para asomarse más al exterior, pero con tan mala fortuna que una teja que parecía sujeta se desprendió. Judá gritó con todas sus fuerzas. Los soldados de la escolta levantaron la vista al tejado. El oficial fue derribado del caballo y cayó al suelo como muerto. El pueblo, creyendo que la teja había sido arrojada a propósito, vitoreó al joven, mientras la cohorte se detuvo y rodeaba al oficial, protegiéndole con sus escudos. Las gentes apoyadas en otros tejados lanzaron una lluvia de objetos sobre los romanos, con gritos e insultos. Pero al fin imperó la disciplina militar.

—¡Oh, Tirzah, Tirzah! ¿Qué será ahora de nosotros?

Aunque la joven no había podido presenciar la escena ocurrida en la calle, oía los gritos y ruidos. Presentía algo horrible.

—He matado al gobernador romano con la teja que se desprendió.

La muchacha palideció al instante. Se abrazó al hermano atemorizada.

—No lo hice a propósito, Tirzah. Ha sido un accidente.

—¿Qué harán ahora?

Se asomó de nuevo sobre el parapeto y vio que el oficial se incorporaba.

—¡Vive! ¡Bendito sea el Señor, Dios de nuestros padres! —exclamó—. No temas, Tirzah. Les contaré lo ocurrido.

Acompañó a Tirzah a su dormitorio. Entonces oyó ruido de pasos sobre el tejado.

—Judá, ¿qué es ese ruido?

Estaban asesinando a los criados. Pero ¿y su madre? Quiso acudir él solo; pero como oyeron un grito de aquélla, los jóvenes decidieron salir en seguida los dos a su encuentro. La galería situada al pie de la escalera estaba llena de soldados, con un tumulto gigantesco. Judá oyó gritos de mujeres y entre ellos distinguió los de su madre. Muy veloz se lanzó hacia ella, pero unas manos fuertes de retuvieron.

—¡Madre, madre!

Alguien gritó que la teja había sido arrojada por Judá. Éste volvió la cabeza y vio que lo había dicho Messala.

—¿Ése el asesino? ¡Pero si es un niño! —dijo un legionario.

—¡Por los dioses! ¿Qué diría Séneca —exclamó Messala con su acento irónico— a la proposición de que un hombre debe llegar a viejo antes de poder odiar lo suficiente para matar? Ahí les tenéis: aquélla es su madre y ésta es su hermana.

—¡Messala! Ayúdanos, acuérdate de nuestra infancia; yo te lo imploro.

—¡Ya no puedo hacer más por ti! ¡Abajo Eros, arriba Marte! —dijo Messala alejándose.

—En la hora de la venganza, oh Señor, ¡sea la mía la mano que sobre él caiga!

Con un gran esfuerzo logró aproximarse al oficial y le dijo:

—Oh, señor, la mujer a quien estáis oyendo es mi madre. Dejad a ella y a mi hermana, pues Dios que es justo os devolverá este favor.

Algo conmovido el hombre replicó:

—Llevad a las mujeres a la Torre. ¡Pero sin hacerles daño! Y a éste atadlo y sacadlo afuera, que el castigo ya le vendrá después.

Las dos mujeres, madre e hija, fueron llevadas al exterior y Judá, después de mirarlas un instante, se cubrió la cara con las manos. En aquellos momentos ocurrió lo que podríamos llamar un milagro. Hasta entonces se había comportado como un niño, cual corresponde a quien, en su edad, ama y es amado. No se advirtió señal alguna, nada que revelara que había sufrido, salvo que cuando irguió la cabeza y extendió los brazos para disponerse a ser atado el arco suave de Cupido que formaran sus labios había ya desaparecido. En aquel instante se había despojado de la niñez y se convertía en un hombre.

Su madre y su hermana fueron conducidas, en unión de toda la servidumbre, por la puerta del Norte. Por el suelo quedaban multitud de objetos de valor, medio destruidos por la soldadesca, que no pudiendo llevárselos los arrojaba. Judá comprendió la intención de venganza del procurador: todo lo que alcanzaba a la familia Hur sería objeto de su ira implacable con severos castigos para dar ejemplo al pueblo de Israel. Si aplastaba de tal forma a una de las más aristocráticas familias de Judea, ¿qué no harían con los demás aristócratas que osaran atacar al jerarca romano?

Entonces una mujer que yacía en el suelo, al parecer muerta, se levantó y, a pesar de la obstrucción de los soldados, se aproximó y le abrazó en las rodillas.

—¡Oh, Amrah, mi buena Amrah! ¡Vive, por mi madre y por Tirzah! Volverán, y...

Un soldado alejó brutalmente a la esclava, quien consiguió desasirse y atravesando el umbral corrió al interior del patio abandonado.

—Dejadla —gritó el oficial—. Sellaremos la casa, y si quiere puede morir de hambre...

Los soldados cerraron el palacio de los Hur y la cohorte emprendió el camino de regreso hacia la Torre. El procurador se dispuso a curarse las heridas y a pensar en la suerte de los prisioneros.

Al día siguiente un destacamento de legionarios selló la casa con cera y clavó un letrero en latín que decía: «Es propiedad del Emperador».

Hacia el mediodía un decurión con diez soldados se dirigía a Nazaret. A su paso las gentes de la población les observaban boquiabiertos. Pronto comprendieron el motivo de su visita y una oleada de odio invadió los corazones de los judíos. Arrastraban un prisionero vigilado por los jinetes. Tenía los pies llagados y se advertía a la legua no sólo su debilidad física, sino que era apenas un muchacho.

Al llegar al pozo el decurión dio el alto. El prisionero se dejó caer, exhausto, sobre el polvo del suelo. Los vecinos, acercándose, se dieron cuenta de que era muy joven y de buen grado le hubieran socorrido.

—¡Mirad! Ahí viene el carpintero.

La gente se agrupó en tomo al tosco carpintero, quien se detuvo.

—¡Oh, rabí, buen rabí, José! Ven, pregunta a los soldados quién es ese prisionero y qué quieren hacer con él.

—¡La paz del Señor sea contigo! ¿Puedo preguntar qué ha hecho vuestro prisionero? Es muy joven —preguntó José al decurión.

—Es un asesino. Su padre vivió en tiempos de Herodes y se llamaba Hur. Éste es su hijo. Intentó matar al noble Graco.

Una exclamación de horror se escapó de la gente.

—No logró su propósito y ahora ha sido condenado a galeras para toda la vida.

—¡El Señor le ayude! —dijo José.

En aquel momento un joven, que había llegado juntamente con José y que se había quedado detrás de éste sin llamar la atención, dejó caer un hacha que llevaba y dirigiéndose al pozo cogió un cántaro y lo llenó de agua. Sus movimientos eran tan suaves que antes de que nadie le detuviera se había acercado a Ben-Hur y le daba a beber el contenido, apoyando una mano sobre su hombro. La cara del joven reflejaba su misma edad, y fue maravilloso e increíble que nadie se atreviera a decirle nada. Luego le tocó la cabeza y pronunció una bendición. Las miradas de todos estaban fijas, absortas, en el joven. El espíritu de Judá, endurecido por los días y noches de sufrimiento y envenenado por sus afanes de venganza, se suavizó bajo la mirada del joven. Después éste se apartó para depositar el cántaro en la fuente y reunirse con José.

Cuando los soldados hubieron calmado la sed volvieron a sus caballos y reanudaron la marcha. Pero ya la compostura del decurión no era la de antes, y él mismo ayudó al prisionero a incorporarse. Los nazarenos volvieron a sus casas.

Así se produjo el primer encuentro entre Judá y el Hijo de María.

TERCERA PARTE

Un grupo de veinte o treinta personas —la mayoría esclavos— avanzaba una noche con antorchas encendidas hacia la muralla de la ciudad de Miseno, cima situada a corta distancia de Nápoles.

Los soldados conversaban de luchas navales, de la conquista de mercados y de ascensos.

—¡Dichoso Quinto! Nuestra enhorauena...

—Este nombramiento presagia tu futuro ascenso.

Entonces Quinto Arrio extrajo de los pliegues de su túnica un rollo de pergamino, indicando que lo había recibido aquella noche, mientras cenaba, de Sejano.

—¡De Sejano! —exclamaron sus amigos, que se afanaron por leerlo en seguida.

Roma, XIX de las Kalendas de septiembre Sejano a. C. Cecilio Rufo, duunviro.

César tiene excelentes informes de Quinto Arrio, el tribuno, y especialmente ha oído hablar de su valor, por lo que su voluntad es trasladarle de inmediato a Oriente. También es voluntad de nuestro César que prepares cien trirremes de primera clase con sus tripulaciones para enviarlos contra los piratas del Egeo, y que sea enviado Quinto para ejercer el mando.

Los detalles son cosa tuya. La necesidad es urgente, como habrás podido ver por los informes adjuntos.

SEJANO

Arrio prestó poca atención a la lectura y los vítores de sus amigos, mientras descendían por el monte hasta el mar, en donde les aguardaba un navio.

—¡Por las Ninfas! —exclamó uno de los amigos—. Ya no podemos decir que nuestro amigo será un hombre importante, porque... ya lo es.

—Lo que acabáis de saber es bien conocido en Roma. Voy a subir a bordo embarcándome para Sicilia. Rogad a los dioses por mí. Ahora iré a conocer a los patronos del barco.

La galera era de la clase llamada *naves libúrnicas*. Era larga, estrecha, baja y muy rápida en la marcha y la maniobra. Los marineros habían recogido en parte la vela. Tenía ciento veinte remos, blancos y pulidos por la piedra pómez, que impulsaban la galera con rapidez.

Sonó un toque de cometa y de las escotas salieron los marineros de guerra, magníficamente equipados, que se alinearon en cubierta. El tribuno, volviéndose a

sus amigos, les dijo:

—Amigos míos, ahora a mi deber.

Luego estrechó a todos sus amigos en sus brazos en señal de despedida.

—Los dioses te acompañen, Quinto —decían todos.

—¡Adiós, amigos! —contestó éste.

Hizo un ademán de despedida, a los que le habían acompañado y subió a la embarcación.

El tribuno se dirigió, con la orden del duunviro en la mano, al *hortator* jefe de los remeros, preguntándole con qué fuerza contaba.

—Doscientos cincuenta y dos remeros, más diez supernumerarios. Hacemos turnos de ochenta y cuatro.

—¿Cómo sueles ordenar los tumos?

—Hasta ahora lo hacía cada dos horas.

—El sistema es duro, pues los remeros no pueden descansar ni de día ni de noche, y por tanto lo reformaré. —Y dirigiéndose al maestro de las velas le dijo—: El viento es favorable; deja, pues, que las velas ayuden a los remeros.

Luego conversó con el piloto y al final le dijo:

—Eres el hombre que yo habría escogido. Después de pasar el cabo de Camponellano iremos a Messina; luego hasta la costa de Calabria... ¿Conoces las estrellas que nos guiarán por el mar Jónico?

—Perfectamente.

—Entonces, desde Melita pondrás proa a Citerea. No echaremos el ancla, si lo permiten los dioses, hasta la bahía de Antemona. Es un servicio urgente y confío en ti.

Arrio era un hombre prudente y creía que el favor de los dioses estaba más en relación con la prudencia y buen tino que con los votos. No se tomó descanso, como buen menino que era, hasta conocer el navio en todos sus detalles.

Hacia el mediodía la galera se adentraba por el mar de Paestum. En el altar del puente, erigido a Júpiter, Neptuno y a todas las Oceánicas, Arrio ofreció solemnes plegarias.

Arrio vigilaba a todos, pero de modo especial a los remeros. Había una sucesión de bancos escalonados. Para acomodar a los remeros a un lado, el espacio que les correspondía permitía situar diecinueve bancos poco separados entre sí, con un vigésimo banco dividido en forma que lo que hubiese sido el asiento superior se encontraba bajo el asiento inferior del primer banco. Los remeros no podían hablar entre sí mientras remaban: el tiempo para descansar lo empleaban en dormir. Nunca reían. Su vida en la cautividad era tan terrible que no lograban soportarla muchos años. Entre ellos se hallaban de todas las nacionalidades. Al cabo de algún tiempo de este ejercicio, que desarrollaba rudamente sus miembros, las mentes se embrutecían hasta descender a un estado de semiinconsciencia que permitía a sus organismos soportar las mayores vejaciones.

Poco aficionado a los dados, Arrio contemplaba hora tras hora a los remeros, conocidos por un número y no por nombre alguno, y los estudiaba uno por uno. Se fijó sobre todo en un remero muy joven, de miembros singularmente perfectos. Su

rostro delataba la procedencia de noble estirpe oriental.

—¡Por los dioses! —exclamó en su interior—. ¡Este hombre es impresionante y promete mucho!

En aquel momento se volvió y le miró.

—¡Es un judío, un muchacho!

El remero se estremeció bajo la mirada del romano, vacilándole al instante el remo. Bajó la mirada; pero al levantarla observó, sorprendido, que el romano le sonreía.

La galera se adentraba por los estrechos de Messina, y después torció el rumbo hacia el Este dejando atrás, humeante, la cima del Etna.

Cada vez que el romano volvía a su camarote se dedicaba a pensar en el remero, y se decía: «El mozo tiene alma. Un judío no es, desde luego, un bárbaro».

El cuarto día de viaje la galera avanzaba por el mar Jónico. Arrio tomaba nota de cuanto se refería al navio, pero cuando quedaba solo volvía a pensar en el remero judío.

—¿Conoces al número sesenta? —preguntó al *hortator*—. Es un judío, por supuesto, y muy joven. ¿Qué carácter tiene?

—Poco conozco a la gente, porque el barco es nuevo. Sólo sé que ese remero es obediente. Una vez solicitó un favor. Pidió que se le cambiase alternativamente del lado derecho al izquierdo.

—¿Dio alguna razón?

—Había observado que quienes están siempre del mismo lado se deforman.

—¡Por Pólux! La idea es original. ¿Qué más sabes?

—Es muy limpio, el más aseado de todos sus compañeros.

—En eso se parece a los romanos —dijo Arrio en tono aprobatorio—. Si estoy en cubierta, cuando acabe el relevo, mándamelo. Y que venga solo.

Un par de horas más tarde el remero se presentó a él.

—El jefe dice que el noble Arrio desea verme.

Arrio le examinó: era alto, elegante y reluciente bajo el sol. Le contempló con admiración y pensó en el circo. Tenía unos ojos más curiosos que desconfiados.

—El *hortator* me ha dicho que eres el mejor remero. ¿Llevas mucho tiempo de servicio?

—El *hortator* es muy amable. Llevo unos tres años de servicio sin descansar un solo día.

—El trabajo es duro —replicó el romano— y pocos hombres resisten un solo año sin enfermar.

—El noble romano olvida que es el espíritu lo que sostiene al hombre. Gracias a él sobrevive el débil, en tanto perece el fuerte.

—Por tu forma de expresarte se conoce que eres de Israel.

—Antes de que existieran los romanos, mis antepasados eran ya hebreos.

—El fuerte orgullo de tu raza no se ha extinguido en ti.

—Nunca pesa tanto el orgullo —dijo el judío, y una oleada de sangre inundó su faz— como cuando uno está encadenado.

—¿De dónde procede tu orgullo?

—De ser judío.

Arrio se sonrió.

—Nunca he estado en Jerusalén, pero he oído hablar de sus príncipes. ¿De qué condición eres tú?

—Mi padre fue un príncipe de Jerusalén. Era conocido y honrado en la sala de los

huéspedes del gran Augusto.

—¿Su nombre?

—Ithamar, de la casa de Hur.

—¿Tú eres un hijo de Hur? —exclamó asombrado el tribuno, levantando una mano—. ¿Qué fue lo que te trajo aquí?

—Me acusaron de intento de asesinato de Valerio Graco, el procurador —replicó el judío inclinando la cabeza.

—¿Tú? —exclamó Arrio más asombrado aún—. ¡Tú el asesino! Roma entera se estremeció al conocer tu historia.

—¡Oh tribuno! ¡Han transcurrido tres años y nada sé de mi madre y mi hermana! Si algo sabes de ellas, dímelo; yo te lo imploro.

Tanto se arrimó a Arrio que rozaba los pliegues de su túnica.

—He pasado tres duros años de cautiverio, sin descanso, sin hablar con nadie. He estado en la guerra, he visto morir a muchos hombres. ¡Si al menos, olvidado de todos, también yo pudiera olvidar! Pero tengo fija en la memoria la mirada de mi madre y mi hermana. Dime, te lo suplico, si viven o si han muerto. Yo las arrastré a esta ruina...

—Así ¿admites tu crimen?

Un brusco cambio se operó en la faz del judío.

—Por la verdad del Dios de mis padres, yo te juro que soy inocente.

El tribuno pareció impresionado.

—¡Oh, noble romano, cree en mí y arroja en mis tinieblas un poco de luz!

—Supongo que fuiste juzgado con juicio y testigos.

—Nada de eso. Me ataron y me encarcelaron en la Torre. Nadie habló conmigo. Desde entonces he sido un condenado a galeras.

—Y ¿cómo te hubieses defendido?

—Pues mostrando fielmente los hechos. Yo era un niño, y de haber deseado matarle no era aquél el momento adecuado. Mi estirpe era muy amiga de Roma.

—¿Quién estaba contigo cuando ocurrió el suceso?

—Estaba en la azotea con mi hermana, cuando de pronto se desprendió una teja que cayó sobre Graco. ¡Qué horror! Creí entonces haberle matado.

—¿Y tu madre?

—Estaba en su cuarto, más abajo.

—¿Qué fue de ella?

—No lo sé —dijo Ben-Hur, retorciéndose las manos con frenesí—. La sacaron de la casa, juntamente con el ganado y todo lo que teníamos. Todo lo perdonaría si a mi madre... Pero no. Un esclavo no puede hablar de perdón ni de venganza.

Arrio le contemplaba estremecido. Por doquier le llamaban «el buen tribuno» por su buen corazón y su afán de justicia y odio a la crueldad.

—Ya es bastante —dijo—. Vuelve a tu lugar.

Judá se apartó, pero al instante volvió la cabeza y pidió al tribuno una palabra

sobre su familia. Pero éste, sin responderle, le admiró una vez más, pensando que sería un excelente hombre para el circo.

—¡Espera! —gritó—. Si consiguieses la libertad, ¿qué te gustaría ser?

—Si el noble Arrio no se burla de mí, responderé que me ocuparía de mi principal deber: saber qué ha sido de mi madre y de mi hermana y lucharía por devolverlas a nuestra casa. Mucho han perdido por mi causa.

—Lo que deseo saber es qué harías si tu madre y tu hermana hubiesen fallecido, o si no las encontraras.

—Quisiera ser soldado.

El romano reflexionó y poco después despidió a Judá, que volvió a los remos. Pero ya un rayo de esperanza había penetrado en el corazón de Ben-Hur.

—¡Oh Dios! ¡Soy un hijo fiel de Judea, a la que tanto has amado! ¡Ayúdame, te lo ruego!

Las cien galeras se reunieron justamente en la bahía de Antemona, al este de la isla de Ceterca. El tribuno empleó un día entero en observarlas.

Después la flota, en perfecto orden, avanzó hacia las costas de la isla. Los piratas procedían de las apartadas costas del Euxino y el pánico reinaba en los mares y en las ciudades costeras, pues aquéllos eran cada vez más fuertes y numerosos. Después de saquear Hefrestia, en Lemmos, el adversario pasaba por entre las islas del archipiélago Thesaliano, desapareciendo en los golfos situados entre Eubea y la Hélade.

Éstas eran las noticias que circulaban.

El tribuno estaba contento, pues veía que los piratas se refugiaban, según noticias recientes, en aguas donde su aplastamiento era indudable.

Consultando cuidadosamente los mapas, Arrio llegó a la conclusión de que los piratas se encontraban un poco más abajo de las Termopilas. Así, pues, los rodeó por el Norte y por el Sur. El monte Ochoa se dibujó bajo el cielo y el piloto anunció la costa de Eubea.

Las fuerzas de Arrio eran inferiores a las de los piratas, pero tenían la ventaja de estar dispuestas no sólo con sabia estrategia, sino con mayor disciplina.

El descanso en la bahía de Antemona había devuelto las fuerzas a Ben-Hur, de forma que el remo no pesaba en absoluto en sus manos.

«El tribuno está en el altar —pensó—. Esto significa que vamos a entrar en batalla». Y su tensión nerviosa aumentó. Había asistido a muchas batallas, mas nunca pudo presenciar nada de ellas.

Siempre remaba en silencio y en la semioscuridad. Para él y sus compañeros las batallas tenían un significado muy especial, pues si eran derrotados acaso podría cambiar la suerte, o cuando menos podría producirse un cambio de dueño.

A una voz de mando del tribuno los soldados se armaron, y a partir de aquel momento todo fueron preparativos para entablar la lucha con los piratas. En la mente de Judá asomó un rayo de esperanza al pensar en el tribuno Arrio, pues acaso éste se acordara de él en el fragor de la batalla y a lo mejor...

El tribuno Arrio se detuvo a contemplar a los remeros. El corazón de Judá palpitaba ansiado y esperanzado. El romano dijo algo al oído del *hortator*.

—¡Qué fuerza tiene! —dijo éste.

—¡Y qué espíritu! —agregó el tribuno—. ¡Por Pólux! Trabaja mejor sin los hierros. No vuelvas a ponérselos.

¡Un rayo de luz después de tres años de oscuridad y de dolor! ¡Vio a su madre y a su hermana en sus brazos! Judá no sentía temor por la batalla, sino sólo alegría y esperanza.

Reinaba la más profunda oscuridad sobre las aguas.

—Los piratas están muy próximos —exclamó Arrio, poniéndose el yelmo, la espada y el escudo—. ¡Vamos, preparaos!

Todos los hombres despertaron. Los oficiales acudieron a sus puestos y los soldados tomaron sus armas. Se encendieron linternas y se llenó de agua buen número de cubos. Ben-Hur no estaba entonces de servicio y oía en rumor de los preparativos: los marineros recogían las velas y colocaban a los lados salvavidas, pez, venablos y flechas.

Luego se produjo un silencio expectante, un silencio que significaba: «Preparados».

A una señal procedente de cubierta, y comunicada al *hortator* por un oficial colocado en la escalera, los remeros se detuvieron.

¿Qué significaría todo aquello?

De todos los esclavos encadenados ninguno se hizo esta pregunta: nada les interesaba. Ni patriotismo ni deber. Sólo el estremecimiento del peligro inminente. Atados con cadenas al banco, en caso de derrota no quedaba, probablemente, otra alternativa que seguir al barco en su hundimiento.

Imposible preguntar quién era el enemigo. ¿Serían compatriotas, hermanos o enemigos comunes? Por esas razones los romanos ataban fuertemente a los remeros a las galeras: para evitar que se identificaran con el enemigo y lucharan contra ellos. Pero poco tiempo les quedó para pensar en estas cosas. Un sordo rumor de remos absorbió la atención de Judá, a la par que la galera se balanceaba. De repente se produjo un violento choque. Los remeros colocados frente al jefe vacilaron en sus asientos y no pocos cayeron de sus sitios. La galera dio un salto hacia atrás y luego avanzó con nuevos bríos. Se oyeron estridentes gritos de terror. Ben-Hur notó que bajo sus pies algo se quebraba, se rompía y se hundía. Un clamor de triunfo llegó desde cubierta. El espolón romano había vencido. La lucha continuaba sin ninguna pausa, pasando a un grado más despiadado. Los marineros descendían para agarrar grandes trozos de estopa que lanzaban encendidos contra las embarcaciones enemigas.

Otra vez la galera se tambaleó sobre un lado con tanta furia que los remeros de aquella parte apenas si podían mantenerse en sus asientos. Se oían los ruidos propios de un barco al deshacerse en astillas y los gritos de marineros moribundos. A menudo traían el cuerpo de algún romano agonizante, cubierto de sangre. También penetraban abajo nubes de humo espeso con olor de carne humana.

De pronto la galera se detuvo. Se oyeron pasos apresurados, gritos y el crujido de dos barcos dispuestos al abordaje. Con seguridad el barco romano había sido abordado. Llegó hasta Judá el cuerpo destrozado de un hombre del Norte, un bárbaro. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Ben-Hur. ¿Y si mataban al tribuno Arrio? ¡Adiós las esperanzas de volver a ver a los suyos! El tumulto tronaba sobre su cabeza.

Los remeros, aterrorizados, se echaron al suelo, afanosos de ocultarse en algún sitio. Sólo el *hortator* seguía impassible en su puesto, marcando a golpes de martillo el compás de los remeros, con lo que ofrecía al Mundo un ejemplo de inigualable disciplina.

Este ejemplo dio a Ben-Hur serenidad para pensar. La lucha seguía en cubierta. Ben-Hur dirigió una mirada al *hortator* y se lanzó afuera, no para huir, sino para salvar la vida del tribuno.

Antes de poder salir del todo afuera vio cubierto el cielo de humo y fuego. La popa del navio se abrió y el mar saltó al interior, haciéndose plena oscuridad para Ben-Hur.

Comenzó a luchar contra las aguas, pero una fuerte oleada le arrojó de nuevo al interior de la bodega; y allí habría expirado, lo mismo que el *hortator* y los pobres remeros, a no ser que la misma fuerza del mar, formando un remolino, le extrajo y le lanzó al exterior junto con infinitad de fragmentos de maderas y otros restos. Judá se agarró a un madero, sosteniendo el aliento, y ya en la superficie del mar se mantuvo firmemente sujeto a él. Pero la muerte, que le había respetado en el seno de las aguas, le amenazaba ahora en la superficie, pues se hallaba rodeado de barcos incendiados y hombres de los dos bandos en lucha, agarrados como él a maderos. Puesto que unos y otros eran sus enemigos, Judá trató de apartarse de aquel infernal escenario.

El rumor de unos remos fue el primer anuncio de una poderosa galera que avanzaba hacia él. Su grandiosa proa surgía amenazadora, y alumbrada por el reflejo de los incendios semejava la cabeza de un monstruo marino.

Intentó esquivarle frenéticamente empujando el tablón hacia adelante. Su salvación dependía de un segundo. Hizo otro esfuerzo y en aquel momento vio aparecer al alcance de su mano un casco dorado. Unos fuertes dedos intentaban asirse al borde de la tabla. El casco desapareció bajo las aguas y reapareció de nuevo unos segundos después; los brazos del romano se movieron con desesperación; apareció la cabeza, iluminada por los reflejos rojizos de los incendios, crispado su rostro por el terror y la agonía. El judío lanzó una exclamación de sorpresa al reconocer aquel rostro. Asió la cabeza e impidió que desapareciera de nuevo bajo las aguas. Luego subió el cuerpo del romano a su improvisada balsa.

Aquel hombre era Quinto Arrio, el tribuno.

El remolino de agua, levantado por los remos y la estela de la nave, estuvo a punto de hundir a Ben-Hur y al romano en las profundidades del mar. El judío consiguió mantener a flote su inestable tabla de salvación.

La batalla naval concluía en medio de esfuerzos desesperados por ambas partes contendientes. ¿Quién saldría vencedor? La vida del tribuno dependía del resultado final de la lucha. Ben-Hur lo sabía y esperaba con ansiedad el término de la contienda.

Cuando la luz volvió a iluminar la escena del combate, el hebreo divisó a gran distancia la línea gris de una costa. Era imposible llegar a ella a nado. Otros

náufragos pugnaban por mantenerse a flote asidos a maderos; restos de embarcaciones humeaban aún en algunos lugares del mar; una galera escorada, con remos y velas destrozados, permanecía cercana a la costa. En el horizonte se divisaban varias embarcaciones, perseguidas o perseguidoras, lo que indicaba que la batalla aún no había concluido.

Transcurrió algún tiempo y Ben-Hur sintió más ansiedad por el romano. Si no llegaba ayuda la muerte de Arrio parecía segura.

Le quitó el casco y la coraza. Sintió nuevas esperanzas al comprobar que el corazón del tribuno latía aún. Pero no podía hacer nada más que esperar. Y esto es lo que hizo mientras elevaba al cielo una fervorosa plegaria.

Todos los que se salvan de morir ahogados sufren luego dolores mucho más intensos que los experimentados en el momento de la asfixia. Arrio los sufrió auxiliado por Ben-Hur, y al fin, con enorme contento de éste, abrió los ojos.

Primero el romano hablaba de modo incoherente, mas pronto recobró sus facultades y pudo decir a Ben-Hur:

—Nuestras vidas dependen del resultado de esta batalla naval, pues aún no ha concluido... De todos modos, me doy cuenta de lo mucho que has hecho por mí: has salvado mi vida arriesgando la tuya. Pero ten la seguridad de que sabré recompensarte. Queda por ver, con todo, si llegado el caso podrías hacerme aún un favor mayor que el que ya me has prestado.

—Si no es algo prohibido, lo haré con gusto —replicó Ben-Hur.

El romano reposó unos instantes.

—¿Eres realmente hijo de Hur, el judío?

—Lo soy, como ya te dije.

—Conocí a tu padre.

Judá se acercó más a él, porque su voz era muy débil.

—Le conocí y le aprecié mucho. Es imposible que tú no hayas oído hablar de Catón y de Bruto, dos hombres tan grandes en la vida como en la muerte. Al morir dejaron una ley: «Un romano no debe sobrevivir a su derrota». Es costumbre entre caballeros romanos llevar un anillo. Toma el mío.

Tendió una mano al judío, y éste lo cogió y se lo puso.

—Este anillo tiene su importancia. Soy rico y tengo muchas propiedades. Si muero ve a Roma y pide a mi mayordomo lo que quieras. Pero si logro salvarme será mayor mi recompensa: con seguiré tu libertad y te devolveré a tu casa y a los tuyos. ¿Me escuchas?

—No puedo hacer otra cosa.

—Entonces hazme una promesa. Por los dioses...

—No... buen tribuno: recuerda que soy judío.

—Por tu dios, en ese caso: júrame que harás lo que voy a decirte.

—Noble Arrio, por la forma de decírmelo sospecho de que se trata de algo muy grave. Dime antes de qué se trata.

—¿Y luego me darás tu promesa?

—Decirte que sí sería tanto como prometértelo ahora y... Pero ¡mira! Por el Norte viene un barco:

—¿En qué dirección?

—Hacia aquí.

—¿Sabes distinguir de qué nacionalidad?

—No, pues sólo he trabajado en los remos.

—¿Lleva alguna bandera?

—No puedo divisarla.

Ambos permanecieron inquietos, sumidos en sus cavilaciones.

—¿Conserva su rumbo el navio?

—Sigue acercándose y... no veo ninguna bandera.

—Entonces no hay duda: se trata de una galera enemiga, pues de ser un buque romano llevaría muy altas las banderas. En este caso habrás de escucharme. Soy muy viejo para soportar el deshonor. Deseo que en Roma se diga que Quinto Arrio se hundió con su barco, y nunca —¡nunca!— que caí prisionero de los piratas. Por tanto, si es de veras pirata ese barco, júrame que arrojarás mi cuerpo al mar. ¿Me oyes?

—¡No lo quiero jurar! La ley me haría responsable de tu muerte. La sentencia romana hizo de mí un esclavo condenándome a perpetuidad a las galeras, pero yo no soy un esclavo. Vuelvo a ser un hijo de Israel y dueño de mí mismo. Toma tu anillo.

Arrio permaneció inmutable.

»¿No lo quieres? Entonces, no con irritación ni desprecio, sino para liberarme de algo odioso, de una obligación que me anularía para siempre, entregaré tu regalo al mar.

Y lo arrojó al mar, tal como decía.

—Has cometido una verdadera locura —prosiguió Arrio—. Los hombres que se deciden a morir no necesitan de nadie, y si yo solicitaba tu ayuda es porque el alma que nos atribuye Platón se rebela ante la idea de la propia destrucción. Por eso quería darte la oportunidad de hacerme un favor. Pero tú has rehusado, y ahora permíteme que te compadezca.

—En tres años de esclavitud tú has sido el primero en dirigirme una mirada amable. Es decir, no, hubo otro... —y guardó silencio con gran reverencia acordándose del joven de la fuente.

—Quizás necesiten remeros —observó Arrio.

Ben-Hur seguía con atención los movimientos de la nave.

—Ahora se aleja.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la galera escorada cerca de la orilla. Se aproxima a ella... Ahora envía hombres a bordo...

Arrio pareció despertar de su indiferencia con un estremecimiento. Luego exclamó:

—¡Da las gracias a Dios! ¡Estamos salvados! ¡Son romanos! Un pirata no obraría de ese modo. Hazles señales y vendrá a recogernos. ¡Pronto! Yo seré duunviro y tú... Conocí a tu padre y le aprecié mucho. Tú serás para mí como un hijo. ¡Aún perseguiremos a los corsarios piratas!

Judá obedeció y poco después la galera enfiló hacia ellos. Arrio fue recibido con todos los honores. Izaron la insignia de almirante y mandó dirigirse hacia el Norte

para reunirse con el resto de la flota. A su tiempo los cincuenta navios que bajaban por el canal se enfrentaron con los piratas fugitivos y les derrotaron por completo. Para redondear la gloria de Arrio se capturaron veinte galeras.

Al regreso de aquella expedición Arrio fue recibido con indescriptible entusiasmo en el puerto de Miseno. A su lado iba siempre Ben-Hur, lo que atrajo mucho la atención. Poniéndole una mano en el hombro Arrio dijo:

—Amigos, éste es mi hijo y mi heredero. Os ruego que le améis como a mí mismo.

Arrio formalizó la adopción, y de esta forma el romano cumplió la palabra dada al judío. Al mes siguiente se celebró el *armilustrum* con la mayor suntuosidad en el teatro Scauro. A un lado de la enorme sala destacaban veinte proas de galeras, entre otros trofeos militares, y una inscripción que decía:

ARREBATADAS A LOS PIRATAS
EN EL ESTRECHO DE EURIPO
POR
QUINTO ARRIO
DUUNVIRO

CUARTA PARTE

Julio del año 29 de Jesucristo. Nos hallamos en Antioquía, reina de Oriente y la ciudad más poderosa, poblada y rica después de Roma.

Una galera mercante, procedente de alta mar, penetraba por la desembocadura del río Orontes. Era cerca del mediodía y reinaba un calor intenso, que obligó a los viajeros de la galera a subir a cubierta. Entre ellos estaba Ben-Hur. Los cinco años transcurridos habían producido notables transformaciones en el joven israelita. Había alcanzado la madurez varonil; era un hombre cortés, reservado, que vestía una túnica elegante y cuyos modales y aspecto despertaban la curiosidad de sus compañeros de viaje.

Al llegar la galera a uno de los puertos de Chipre había subido a bordo un venerable israelita que muy pronto entabló amistosa conversación con Ben-Hur. Al reemprender la marcha la galera se cruzó con otras dos, que desplegaron en sus mástiles gallardetes amarillos. Los pasajeros que viajaban en la misma galera que Ben-Hur se preguntaban a qué nacionalidad corresponderían aquellos gallardetes. Uno de ellos interrogó al anciano israelita y éste respondió:

—Sí, sé el significado de esas banderas. No son de una nación, sino la enseña de un armador particular, propietario de las naves.

—¿Tiene muchos buques ese hombre?

—Muchos.

—¿Le conoces?

—Navegué con él.

Los pasajeros miraban con atención al que así hablaba. Ben-Hur le escuchaba.

—Ese hombre vive en Antioquía. Sus riquezas le han hecho célebre, pero los comentarios relacionados con su nombre no son muy gratos. Años atrás vivía en Jerusalén una familia muy antigua que llevaba el nombre de Hur.

Ben-Hur se contuvo con grandes esfuerzos y procuró mantenerse sereno.

»El príncipe era un mercader genial —continuó diciendo el anciano—. Fundó varias empresas que llegaban al Oriente y al Occidente. El propietario se ahogó en el mar, pero el negocio siguió viento en popa. Después cayó sobre la familia una tremenda desgracia: el único hijo varón del príncipe intentó asesinar al procurador Graco en una de las calles de Jerusalén. Falló en su intento y la ira del romano se cebó en toda su familia, de forma que hoy no queda en vida ninguno de sus elementos.

Los pasajeros rieron.

—O sea que se quedó con todo —dijo uno.

—Eso se dice. Simónides, que había sido el agente del príncipe en Antioquía, se estableció por su cuenta al cabo de poco tiempo, y las cosas le fueron tan bien que

hoy posee la flota más poderosa que pueda conocerse. Esto lo ha logrado en diez años.

—¿Empezaría con mucho capital?

—Sí, pues el procurador sólo se quedó, de las riquezas del príncipe, con lo que pudo echarle mano: camellos, caballos, casas, ganado, mercancías y navios. Pero no encontró dinero, que había en abundancia pero repartido en diversos lugares. Lo que se hizo del dinero es un misterio.

—No para mí —exclamó un pasajero con socarronería.

—Ya sé a lo que te refieres —contestó el hebreo—. Otros lo han pensado también. Todos creen que aquel dinero fue para Simónides el capital inicial; y así lo cree también el procurador, pues dos veces en cinco años le ha sometido a tortura para arrancarle el secreto de dónde guarda el capital. Al pobre no le queda ni un hueso sano: se sienta sobre almohadas y está convertido en un ser deforme.

Judá se agarró con fuerza a la cuerda en que se apoyaba.

—Nada pudieron los sufrimientos. Claro, como trabajaba legalmente no pueden nada contra él... Hace muy poco ha conseguido una licencia firmada por el propio Tiberio.

Así que el transporte llegó al canal del río, Judá dijo al hebreo:

—¿Cómo se llamaba el dueño del mercader?

—Ithamar de Hur. Su hijo, Ben-Hur, era un muchacho que los romanos enviaron a galeras y que sin duda habrá muerto. En galeras sólo se resiste un año como máximo. De su madre y hermana nada se sabe, y lo más seguro es que hayan muerto en una de las fortalezas.

Judá fue al departamento del piloto, y tan sumido estaba en sus preocupaciones que no advirtió las orillas del río ni las bellezas del paisaje y del tiempo.

Cuando ya estuvieron cerca de la ciudad, los pasajeros se agolparon en cubierta ansiosos de ver la orilla.

El anciano hebreo a quien antes hemos conocido no dejaba de comentar cuanto se les ofrecía a la vista, subrayando sus encantos o las incidencias históricas de los lugares.

—¡El bosquecillo de Dafne! —dijo—. Es algo admirable... Fue empezado por Apolo y él mismo lo concluyó: lo prefiere al Olimpo. Y ahí tenemos las murallas de la ciudad. ¡Ésta es la obra maestra de Jerjes! Esta parte fue construida por el primer seléucida y ahora, al cabo de trescientos años, forma parte de la misma roca sobre la cual descansa.

En aquel instante los marinos comenzaron a recoger las velas y el hebreo exclamó gozoso:

—Los que odian al mar y han hecho votos para llegar sanos y salvos pueden cesar en sus maldiciones y plegarias. Ese puente que veis indica el final de la navegación.

La galera se acercó entonces al muelle y todos pudieron ver de cerca la animación de la orilla. Ben-Hur se aproximó de nuevo al hebreo y le dijo:

—Me interesa lo que has contado del mercader. ¿Has dicho que se llama Simónides? ¿Dónde se le puede hallar?

—Voy a ahorrarte un disgusto: no presta dinero.

—Ni lo tomo yo a préstamo jamás —replicó Ben-Hur sonriendo.

—Le hallarás con facilidad. Vive al final de ese puente, en un edificio que parece una de las torres de la muralla. Ante su puerta hay un descargadero enorme. Toda la flota allí anclada es suya.

—Muchas gracias por la información.

—Que la paz de nuestros padres sea contigo.

—Y también contigo.

Dos mozos de carga se hicieron cargo del equipaje de Judá y le llevaron a la ciudadela. Dos anchas calles, cortadas una por la otra perpendicularmente, dividían la ciudad en cuatro barrios. Ben-Hur comprobó la magnificencia de la avenida, pues aun comparado con los de Roma aquel paseo resultaba bellísimo, con árboles frondosos y multitud de fuentes de agua que manaban sin cesar. Pero el estado de ánimo de Judá no le permitía gozar de aquel espectáculo. El relato sobre Simónides le había trastornado.

—No iré esta noche a la ciudadela —dijo a los mozos—. Vamos al «khan» más cercano al puente del camino de Seleucia.

Ben-Hur pasó la noche en la azotea del «khan», y una voz interior le decía a cada momento:

«Ahora mismo voy a saber algo de los míos: de mi madre y de Tirzah. Si aún viven, las encontraré».

Al día siguiente se encaminó sin pérdida de tiempo al encuentro de Simónides. No estaba en su afán pedirle todo su dinero y propiedades, ya que todo ello le pertenecía; su único deseo era saber de su madre y hermana. Siguió las indicaciones del hebreo y se encaminó a la casa. Entró tembloroso en su interior. Un hombre le condujo a través de largos corredores hasta el propio Simónides en persona, que se hallaba apoyado en blandos cojines. A su lado, apoyada en el respaldo del sillón, se encontraba una muchacha. Al verles Ben-Hur sintió que la sangre afluyó a sus mejillas.

—Si eres Simónides, el mercader judío, la paz de Dios sea contigo y los tuyos.

—Soy Simónides y soy judío, y te devuelvo tu saludo invitándote a que me digas quién eres. Esther nos traerá vino.

—Yo soy Judá, hijo de Ithamar, último jefe de la casa de Hur y príncipe de Jerusalén.

—Soy Esther, la hija de Simónides —dijo la joven.

—Entonces, hermosa Esther, tu padre no tomará a mal que rehúse el vino, cuando haya oído lo que voy a decir.

Y dirigiéndose al padre le dijo:

—Simónides, mi padre tenía al morir un fiel servidor y me han dicho que ése eres tú.

El anciano se estremeció y llamó a su lado a Esther. Ésta dejó las copas de vino sobre la mesa y se acercó a su padre.

—Envejecí comerciando con los hombres y te digo que, a pesar de los dolores que sufre este cuerpo maltrecho, me quedan dos motivos de gozo: uno esta niña hija mía, sin la cual no podría vivir... El otro no es más que un recuerdo... el de una familia bienamada...

El rostro de Ben-Hur se encendió.

—¡Hablas de mi madre y de mi hermana!

—Escúchame antes: ¿qué pruebas tienes para demostrarme que eres la persona que pretendes?

Ben-Hur se sintió desconcertado: comprendió que en aquellos años su aspecto había cambiado por completo y que nadie quedaba en el presente que le conociese. Le invadió una angustia desoladora.

—Simónides —dijo—: sólo puedo contarte mi historia.

—Habla —respondió Simónides—. Habla y te escucharé de buen grado.

Ben-Hur relató toda su vida de forma rápida, con gran sentimiento. Al fin concluyó diciendo:

—Quinto Arrio fue para mí como un padre y quiso darme las mejores enseñanzas de los célebres filósofos y oradores romanos. Pero yo soy judío y no puedo olvidar mi

religión. Acepté la generosidad del romano porque esperaba que sus influyentes amistades me sirvieran algún día para averiguar la situación real de mi madre y hermana. Además había otra razón: yo quería dedicarme a las armas y así pude ejercitarme en todas las facetas del ente de la guerra. En cuanto a demostrarte que soy quien realmente soy, no tengo otros medios y veo que mi narración no te ha convencido. Por otro lado debo decirte que al venir aquí no había en mi ánimo el deseo de recuperar tus riquezas, sino exclusivamente el saber dónde están mi madre y mi hermana; lo demás no me importa en absoluto.

Mientras Esther lloraba en silencio, conmovida por el relato de Ben-Hur, el anciano deforme y poseedor de una voluntad de hierro escuchaba impasible.

—Te repito que nada sé de esta familia, a pesar de mis pesquisas.

Ben-Hur, desfallecido, soltó un sordo gemido.

—Entonces... ¡entonces no hay más remedio que perder esta esperanza! —exclamó luchando con sus emociones—. Y sólo me queda vivir para la venganza. Perdóname y adiós.

Cuando llegó a la cortina que tapaba la puerta de la sala se volvió hacia el anciano y la muchacha y dijo:

—Os doy las gracias a los dos.

—La paz sea contigo —replicó el mercader.

Esther no pudo decir nada, pues seguía sollozando.

Y así se despidió de ellos Ben-Hur.

En cuanto Ben-Hur desapareció, Simónides sufrió una extraña transformación. Como si saliera de un sueño, su rostro cobró animación, los ojos empezaron a brillarle de placer y exclamó con emoción que apenas podía contener:

—¡Esther, llama inmediatamente a Malluch!

A los pocos instantes apareció el criado, que hizo una reverencia ante su señor.

—Malluch, tengo que encomendarte una importante misión. Has de cumplirla cueste lo que cueste. Escúchame atento: un joven alto, apuesto y de aspecto hebreo baja ahora a los almacenes camino de la calle. Síguele como si fueras su sombra día y noche. Averigua qué hace y cómo vive, qué amistades tiene y todo lo que se relacione con su vida. Procura entablar amistad con él. Acompáñale en la ciudad y ven cada noche a informarme. Sobre todo, que no llegue a sospechar que trabajas para mí. Si te pregunta, dile lo que quieras, pero en ninguna circunstancia ha de saber que estás a mi servicio.

Malluch hizo otra reverencia y desapareció.

Luego Simónides se volvió hacia su hija, que observaba con asombro la transformación operada en su padre.

—¡Qué día más señalado, hija mía! ¡Bendito sea el Señor!

Luego, ya más calmado, dijo a Esther:

—Voy a contarte, hija mía, algo que ya estás en edad de conocer... Yo nací en una tumba del valle de Hinnón, en la llanura al sur de Sion. Fui vendido en calidad de esclavo a la familia de Ben-Hur, a la sazón el hombre más rico de Jerusalén y amigo del rey Herodes. Le serví seis años y al séptimo fui declarado libre. Después fui una vez huésped de mi señor, quien tenía una criada tan hermosa que me enamoré perdidamente de ella. Se la pedí al señor y éste me la cedió. Pero he aquí que ella no quería casarse conmigo más que a condición de hacerme yo esclavo otra vez y vivir así a su lado en aquella casa. Yo dudé mucho, como puedes comprender... Al fin — ¡tanto la quería!— accedí. El señor me nombró entonces administrador general de todos sus bienes. Los negocios prosperaron rápidamente. Luego naciste tú y más tarde ocurrieron las desgracias que has oído contar al desconocido. Así es que ignoro si han muerto o si viven la esposa y la hija de mi difunto señor.

Los ojos de Esther se humedecieron por las lágrimas.

»Tu corazón es bueno, hija mía, tanto como el de tu madre. Pero sigue escuchándome. Corrí a Jerusalén con la intención de socorrer a mi bienhechor, pero fui encarcelado por Graco, quien me exigió que firmara una letra a su favor, y me negué a las demandas del tirano. Me sometió a tortura una y otra vez, pero siempre salí triunfante aunque mi cuerpo acusara tanta tortura y tanta infamia; lo cierto es que yo nunca me doblegué y así he podido conservar y multiplicar los millones que en

principio poseía la familia de la casa Hur. Con el cuerpo hecho pedazos regresé a casa y me encontré a mi Raquel muerta de terror y de sufrimiento por mí. Así lo quiso Dios. Después conseguí del emperador el permiso para comerciar con todo el Mundo y la fortuna ha alcanzado extremos inverosímiles. Pero ahora que estoy cerca del final de mi vida, ¿qué voy a hacer con estos tesoros?

—Padre mío —contestó la joven bajando la voz—: ¿es que no acaba de venir su propietario a reclamarlos?

—Y tú, hija mía..., ¿te convertirás en una pordiosera? El Señor ha derrochado en mí sus bondades, pero tú has sido el don más soberano.

Y abrazó a su hija contra su pecho, besándola varias veces.

—Ahora, Esther, quiero que sepas lo siguiente: cuando ha venido ese joven me ha parecido ver la viva estampa de su padre cuando era joven, y todo en mí se confabulaba para entregarle su inmensa fortuna. Pero al fin me ha retenido el afán de saber si es realmente Ben-Hur y si, caso de serlo, qué tal hombre ha resultado ser ahora, pues las riquezas pueden empeorar a un hombre o extraviarlo. Esther, por otro lado, ¡han sufrido tanto la madre y hermana de Ben-Hur, lo mismo que yo y mi pobre Raquel, ya difunta! Muchas veces he pensado en la venganza, y eso mismo ha señalado, veladamente, el joven que ha venido a vernos.

—¿Volverá? —preguntó la hija acariciando las manos de su padre.

—Malluch, el criado, va con él, y nos lo traerá cuando yo lo disponga. Entonces le enfrentaré con un testigo y sabremos si es realmente Ben-Hur. Pero ahora estoy fatigado. Llama a Abimelech.

Su hija le obedeció y los dos entraron en la casa.

Ben-Hur salió de la casa de Simónides. En su ánimo flotaba la sensación de haber fracasado otra vez en sus propósitos, lo que hacía más doloroso el amor y recuerdo de su madre y de su hermana.

Por la orilla del muelle regresó al «khan».

Una vez allí preguntó al portero por el camino de Dafne y éste le respondió sorprendido:

—¿Preguntas por el camino que va a Dafne? Si no has estado nunca allí, sabe que hoy será el día más gozoso de tu vida.

Luego le explicó cómo podía llegar hasta allí. Era la hora cuarta cuando entró en los jardines y tropezó con una procesión larguísima que se dirigía hacia el famoso bosquecillo. El ambiente festivo, la belleza del camino y la música y cantos de la muchedumbre hacían del lugar algo maravilloso.

En aquel momento Ben-Hur contemplaba a una extraña pareja.

—¡Qué hermoso es todo esto! Pero ¿adónde vamos? —preguntaba ella a su acompañante.

—Sigue adelante, linda bárbara. Tu pregunta encierra un miedo terrenal. ¿Acaso no acordamos en dejar todo eso detrás de nosotros, al salir de Antioquía?

—¿Y si nos perdiéramos? —volvió a preguntar la hermosa mujer.

—No temas... Nadie se ha perdido en Dafne...

En aquel instante un grupo de bellas muchachas se precipitó alrededor de la pareja y comenzó a cantar al son de las panderetas agitadas por ellas mismas. La mujer se estrechó contra el hombre, asustada; él la rodeó con un brazo por el talle y con el otro brazo hizo gestos siguiendo el compás de la música, sonriente y divertido. Los cabellos de las danzarinas flotaban sueltos, y se adivinaban sus miembros exuberantes bajo las transparentes túnicas que apenas lograban ocultarlos. Se desprendía de la danza una voluptuosidad contagiosa. Al poco rato las muchachas se apartaron.

—Y ahora ¿qué dices? —preguntó él.

—¿Quiénes eran? —dijo ella.

—Son devadasas, sacerdotisas consagradas al templo de Apolo. Hay un verdadero enjambre de ellas, y forman el conjunto de los coros. Viven aquí, pero algunas veces van a otras poblaciones y traen a este lugar todo lo que recogen para enriquecer la casa del divino Apolo. ¿Vamos?

Ben-Hur se internó también en el bosquecillo de Dafne. Por el camino, realmente encantador, se tropezó con diversas esculturas griegas dedicadas a deidades helénicas. Un centauro llevaba en la mano un rollo escrito en griego que decía:

¡OH VIAJERO!
¿ERES EXTRANJERO?

1. *Oye el canto de las fuentes y no tengas miedo del rocío que causan; de esta manera las náyades aprenderán a amarte.*
2. *Las brisas que sirven a Dafne son Céfiro y Austro, suaves ministros de vida, que te traerán dulzuras. Cuando el Euro sopla, está Diana cazando. Cuando el Bóreas ruge, escóndete: Apolo está irritado. Las sombras del bosquecillo son tuyas durante el día. Por la noche pertenecen a Pan y a sus dríadas. Por tanto, no las molestes.*
3. *No comas los lotos que crecen cerca de los arroyuelos, a no ser que quieras verte despojado de la memoria, en cuyo momento te verías convertido en un hijo de Dafne.*
4. *Cruza junto a la araña que teje y no la toques. Es Ariadna, que labora para Minerva.*
5. *Si deseas contemplar las lágrimas de Dafne, arranca una rama de laurel... y muere.*

¡TEN CUIDADO!
¡ENTRA Y SÉ DICHOSO!

Ben-Hur contemplaba con sorpresa y tolerancia respetuosa aquellas fiestas paganas. En el fondo se sentía irritado porque sus esperanzas habían muerto y su alma desolada estaba embargada por la tristeza.

Cuando Ben-Hur oyó en el bosquecillo un coro de cantores —una música lánguida y soñadora— recordó la frase del anciano hebreo que había embarcado en Chipre: «Preferible es ser gusano y nutrirse con las moreras de Dafne, que ser huésped de un monarca». Pero si era tan dulce la vida en el bosquecillo, ¿dónde residía su encanto: en su filosofía, o era algo real y al alcance de los sentidos? Cada año millares de seres humanos abandonaban el mundo y se internaban en el bosque a fin de servir en él. ¿Encontraban lo que buscaban y eran tan felices que desaparecían los motivos de regresar a su vida anterior? Y si aquella felicidad o bien estar estaba a merced de todos aquellos desconocidos, ¿no estaría también a su alcance?

Se dejó caer sobre la blanda y fresca hierba del bosque y dejó que sus sentidos se recrearan en los infinitos motivos de goce. Todo en su derredor era alegría, amor, encanto...

Algo, sin embargo, le distinguía de los que vivían dichosos allí. Ellos carecían de deberes que cumplir, mientras que él...

—¡Dios de Israel! —exclamó en voz alta, levantándose enrojecido—. ¡Madre! ¡Tirzah! ¡Maldigo este momento y este lugar por haberme olvidado de vuestra desdicha!

Se apartó con presteza de la espesura y llegó a una corriente que se deslizaba entre dos riberas de piedra. Al final de aquel camino había un puente. Cruzó por éste y fue al valle más cercano.

Aproximóse a un rebaño de ovejas. La pastora, una muchacha, le hizo un ademán diciéndole:

—Ven conmigo.

Pero Ben-Hur siguió adelante.

Más allá el camino quedaba cortado en dos, y al final de uno de ellos, junto a un altar, una mujer agitó una rama de arce y le dijo:

—Quédate conmigo.

La tentación, en su dulce sonrisa, era la de la juventud apasionada. Más allá se tropezó con una de las procesiones encabezada por un grupo de niñas cubiertas tan sólo por guirnalda de flores, que cantaban con voces agudas. Tras ellas venía un grueso de muchachos, bronceados por el sol, bailando al son de los cantos de las muchachas. Seguidamente venía un grupo de mujeres con cestas de especies y de dulces para los altares, vestidas con túnicas. Al verle se acercaron, tendiéndole sus manos y diciendo:

—Detente, y ven con nosotras.

Una de las mujeres, griega, cantó una poesía de Anacreonte:

Para hoy acepto regalos y los doy, para hoy bebo vino y vivo, para hoy pido o acepto en préstamo. ¿Quién puede saber algo del silencioso mañana?

Mas Ben-Hur prosiguió indiferente su camino, hasta llegar a un bosque exuberante, situado en el corazón del valle, y en el sitio donde éste parecía más grato a los ojos del contemplador. Después vio una estatua de Dafne, y cerca de ella un joven y una muchacha tendidos en el suelo, dormidos.

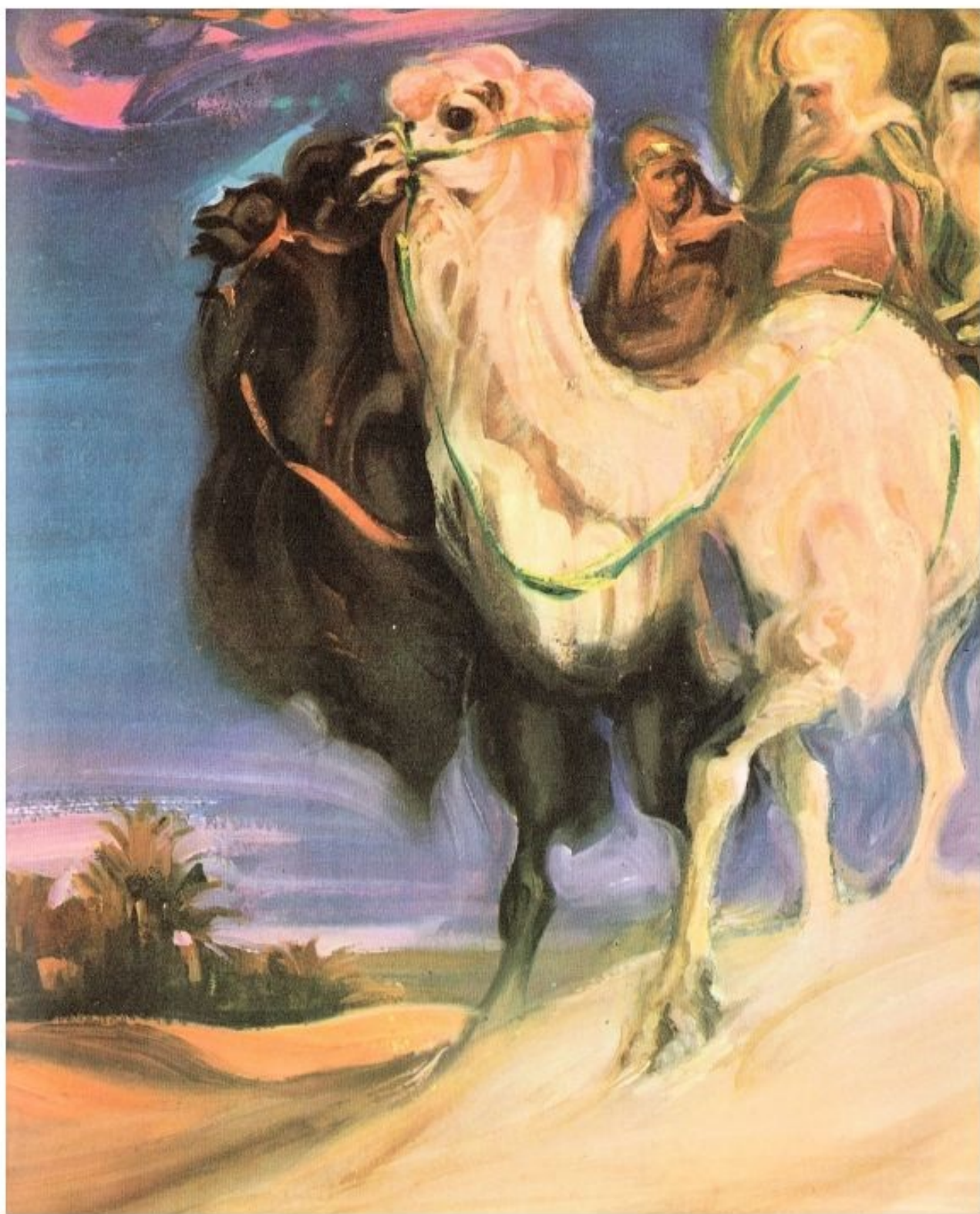
Aquel espectáculo le estremeció, haciéndole comprender que el hechizo de aquella vida en el Bosque residía en la paz libre de temores, y casi se sintió tentado de permanecer allí para siempre, a los pies de Dafne. La ley de aquellos parajes era el amor, mas el amor fuera de la ley.

Y aquél y aquélla era la dulce paz de Dafne.

¡Ése era el único objetivo y el fin de sus ministros! ¡Para sostener aquel estado hacían sus dones los monarcas y los príncipes!

En tanto Ben-Hur seguía su paso y observaba, sus reflexiones ahondaban en la raíz de aquellos hechos. El misterio se le desvelaba. En aquellos tiempos sólo había dos pueblos capaces de experimentar los sentimientos referidos: el pueblo que se sujetaba a la ley de Moisés y el que vivía bajo las leyes de Brahma. Sólo ellos hubieran podido decir:

«Es mejor una ley sin amor que un amor sin ley».



Ante Ben-Hur se levantaba un bosque que de altos cipreses. Adentrándose en la sombra que proyectaban, vio sobre la hierba a un hombre que parecía hebreo. El hombre se levantó y acercándosele dijo:

—La paz sea contigo.

—Gracias.

—Voy al estadio, si es allí adonde tú vas. La trompeta que has oído es un llamamiento dirigido a los competidores.

—Buen amigo —dijo Ben-Hur—, reconozco mi ignorancia de las costumbres del bosquecillo; y si quieres aceptarme como compañero te lo agradeceré.

—Me encantará. ¡Escucha! Ya se oyen las ruedas de los carros; están ensayando la pista.

Ben-Hur escuchó un instante y luego dijo:

—Yo soy hijo de Arrio, el duunviro. ¿Y tú?

—Yo soy Malluch, mercader de Antioquía.

—Bien, buen Malluch. Creo que nos gustará el espectáculo. Tengo alguna habilidad en esos ejercicios. En Roma no soy un desconocido... Vamos, pues, a las carreras.

Malluch le preguntó entonces:

—El duunviro era romano, y no obstante veo que su descendiente viste según la costumbre judía.

—El noble Arrio fue solamente mi padre adoptivo —replicó Ben-Hur.

—Ah, ya comprendo. Perdóname.

Avanzaron a través del bosque hasta llegar a una gran pista cuyas dimensiones eran las habituales en los estadios. La tierra, apisonada, estaba limitada por ambos lados mediante cuerdas tendidas entre una serie de jabalinas clavadas en el suelo. Para situar a los espectadores había varios cobertizos. Los dos recién llegados se acomodaron en una de aquellas graderías.

Ben-Hur contó los carros que pasaban delante de ellos: nueve en total.

—Me parece muy bien —dijo complacido—. Yo suponía que en Oriente se contentaban con carros de dos caballos, pero veo que son modernos y utilizan verdaderas cuádrigas. Veremos cómo se portan.

Cuando pasó la novena cuádriga ante ellos, Ben-Hur exclamó:

—Yo he visto los establos del emperador, Malluch, pero ¡por la memoria bendita de nuestro padre Abraham, jamás he visto una cuádriga comparable a ésta!

Entre los espectadores había un anciano que contemplaba con extrema pasión el paso de las cuádrigas. Su expresión suscitaba comentarios jocosos entre el gentío.

—¿Quién es? —preguntó Ben-Hur.

—Un poderoso jeque del desierto, procedente de más allá de Moab y propietario de numerosos rebaños de caballos. Según dicen, sus corceles descienden de los que tuvo el primer faraón, Es el jeque Ilderim.

Mientras tanto el conductor de la novena cuádriga intentaba sin éxito detener a los caballos pegándoles con el látigo, lo que excitaba al patriarca porque comprobaba su inutilidad.

—¡Maldito romano! —exclamó el jeque, amenazando con el puño al conductor—. Me juró que sabría conducirlos... ¡Estos animales no tienen precio! ¡Qué loco he sido al confiar en un romano!

Ben-Hur se identificó con los sentimientos del jeque y experimentó gran simpatía por él. Los cuatro caballos eran bayos, sin manchas, absolutamente semejantes entre sí, y tan proporcionados que era difícil notar diferencias entre ellos. La agilidad y belleza de sus cuerpos era asombrosa.

Antes de que el patriarca se excitara aún más, una docena de manos sujetaron y agarraron los bocados de sus caballos, interrumpiendo así su absurda carrera. Y en aquel momento apareció sobre la pista otro carro y a diferencia de los demás lo hizo como si se hallara en el circo. Tenía forma extranjera; y cuando llegó a la vista de la gran muchedumbre estalló el entusiasmo general. El carro era una maravilla de construcción, y los caballos muy hermosos en verdad, lo que desató una nube de aplausos. ¿Quién sería su auriga?, pensó Ben-Hur. Algo en él le resultaba familiar, pero no llegaba a identificarle. Por el entusiasmo que despertaba debía de tratarse de un oficial muy conocido, o acaso un príncipe famoso. Ben-Hur se levantó y abriéndose paso por entre el numeroso público llegó hasta la grada inferior, junto a la pista. Por fin toda la figura del auriga quedó al alcance de su vista, lo mismo que el compañero de aquél, un *mirtilo*, como eran llamados los ayudantes de auriga.

Pero Ben-Hur sólo veía al auriga. Su figura era elegante; iba apenas cubierto por una túnica de fina tela de color rojo. En la mano derecha llevaba un látigo y en la otra las cuatro riendas. Su actitud estaba llena de gracia y de movimiento. Recibía las aclamaciones y los estruendos aplausos con estatuaría frialdad. Ben-Hur se quedó boquiabierto; su instinto y su memoria le sirvieron a conciencia. *¡El auriga era Messala!*

Por la selección de sus caballos y el carro y por su actitud, desdeñosa, altiva y fría, Ben-Hur comprendió que Messala seguía siendo el mismo de otros tiempos.

Cuando Ben-Hur descendía los escalones del graderío se levantó un árabe que dijo en voz alta:

—¡Hombres de Oriente y de Occidente! El buen jeque Ilderim os saluda. Ha venido con cuatro hermosos caballos, favoritos descendientes de los que tenía Salomón. Tiene necesidad de un hombre fuerte para conducirlos. Propagad esta oferta: cuando aparezca ese hombre afortunado mi señor le hará rico si conduce su cuádriga.

El anuncio provocó un agitado murmullo entre el gentío.

—Buen Malluch, ¿adónde iremos ahora?

—Puedes hacer como todos los que vienen al bosquecillo: que te revelen el porvenir; o acudir a la famosa fuente que predice el futuro en versos grabados sobre una hoja verde; o puedes ir a los templos griegos.

—Los griegos han sido los maestros de la belleza artística. Pero en arquitectura sacrificaron a veces la variedad a la belleza. ¿Cómo se llama esa fuente a la que antes te referías?

—Castallia.

—Es famosa en todo el Mundo; vayamos, pues, allá.

Malluch observó que poco a poco había desaparecido el buen humor de su amigo. Y es que la vista de Messala había sumergido a Ben-Hur en el rencor y el afán de vengarse. Recordaba las desgracias de su familia por culpa del romano y su ira crecía por momentos.

Al llegar a la famosa fuente Castallia vieron acercarse hacia donde ellos estaban un camello blanco, de altas proporciones, que llamaba la atención a todos los circunstantes por su bella estampa.

—¡Qué camello! —decían las gentes—. ¡Será de un príncipe extranjero o acaso de un rey!

Mas ¿quiénes serían el hombre y la mujer sentados a la sombra de la tienda? En él había la dignidad de un rey y un filósofo a la vez, y mostraba, bajo un turbante, una faz arrugada. La mujer sentada a su lado, entre velos y encajes, sugería una silueta bellísima y joven. Ella ordenó al conductor del camello que lo llevara a la fuente. En aquel momento venía hacia ellos, a toda velocidad, la cuádriga de Messala, a cuya vista la gente huía despavorida, entre gritos y protestas.

—Ese romano va a atropellarnos —dijo Malluch, echando a correr a un lado.

Ben-Hur se volvió y reconoció a Messala. Era demasiado tarde para que la mujer y el camello se apartaran. Ben-Hur se acercó al camello y gritó a Messala:

—¡Alto! ¡Mira por dónde vas! ¡Atrás, atrás!

El joven patricio reía a carcajadas, sin hacer caso de los ruegos. Entonces, dando

un rápido salto, Ben-Hur agarró los bocados de los dos caballos de la izquierda y, tirando con energía de ellos, los obligó a detenerse. Al mismo tiempo, gritó al conductor:

—¡Perro romano! ¿Tan poco te importa la vida de los demás?

Debido a la sacudida, el romano estuvo a punto de caerse; su *mirtilo* no supo conservar el equilibrio y rodó por los suelos. Viendo que el peligro había pasado ya, la gente comenzó a reír a mandíbula batiente por la caída del *mirtilo*. Allí se mostró, sin embargo, la audacia de Messala. Saltando del carro se acercó a la mujer y le dijo:

—Os pido perdón a los dos. Yo soy Messala. Y en cuanto a esta gente que contempla el incidente, ya les he proporcionado ocasión de reír. ¡Que les aproveche!

Y Messala siguió hablando, deseoso de obtener alguna palabra o una sola mirada. Al fin dijo:

—¡Por Palas, que eres muy hermosa! Dime al menos si me has perdonado.

Pero la joven dijo a Ben-Hur, mirándole:

—¿Quieres acercarte? Toma la copa y llénamela, te lo ruego. Mi padre está sediento.

Al volverse hacia ella para complacerle, la mirada de Ben-Hur se encontró con la de Messala, quien no le reconoció. El romano dijo:

—¡Oh extranjera, tan hermosa como cruel! Si no se queda contigo Apolo, volveré a verte. —Y viendo que el *mirtilo* había preparado de nuevo el carro, se alejó hacia él.

Ben-Hur ofreció el agua al anciano. Cuando éste concluyó de beber, la joven mujer le dio la copa a Ben-Hur, diciéndole:

—Guárdala, te lo rogamos. Está repleta de bendiciones para ti.

—Nos has prestado un excelente servicio —dijo el anciano venerable—. Yo soy Baltasar el egipcio. Tras la aldea de Dafne habita en sus tiendas el jeque Ilderim el Generoso. Ven a vemos. Soy su huésped y tú serás recibido con nuestro agradecimiento.

Ben-Hur quedó perplejo ante la dignidad y distinción del anciano. Mientras contemplaba cómo se alejaba vio también a Messala, que reía satisfecho e indiferente.

Malluch observaba entretanto a Ben-Hur, y no acertaba a comprender la relación que pudiese existir entre él y Arrio. Fue el mismo Judá quien le sacó de estas dudas. Llevándole a un lado le habló de su reciente pasado.

—Mi primera lección en la sinagoga fue la Shema y la segunda fue la frase del hijo de Sirach: «Honra a tu padre con todas tus fuerzas y no olvides los dolores de tu madre». —Y tras estas palabras se lo contó todo.

—Me admira —dijo Malluch al final, después de escuchar la dolorosa historia de su amigo— que no le hayas atacado.

—Entonces me habría privado de la posibilidad de que me sea útil. La muerte guarda mejor los secretos que el romano más reservado. No deseo quitarle la vida, sino tan sólo castigarle, y con tu ayuda lo lograré.

Malluch comenzaba a sentir honda admiración y afecto por Ben-Hur.

—Él es romano —replicó sin vacilar—. Yo soy de la tribu de Judá. Te ayudaré. Si lo prefieres exígeme un juramento, el más solemne...

—Dame la mano y esto bastará. Escúchame ahora: ¿sabes dónde está el huerto de las Palmeras? O mejor: ¿a qué distancia se encuentra de Dafne?

Malluch se preguntó si el que llevaba un dolor tan hondo en su alma por el recuerdo de su madre y su hermana podría olvidarlas en brazos del amor.

—El huerto de las Palmeras se halla a unas dos horas a caballo.

—Gracias. Los juegos ¿son muy populares en el país?

Malluch no veía que tan sugestivas preguntas pudieran relacionarse con el motivo de sus preocupaciones. No obstante, contestó:

—¡Ya lo creo! El prefecto es rico y se interesa por ellos; pero aún más, pues quiere llamar la atención del cónsul Magencio, que ha acudido para ultimar los preparativos de la campaña contra los Partos. Los ciudadanos de Antioquía saben que gracias a tales preparativos pueden ganar mucho dinero. Hace ya un mes que los heraldos recorrieron los cuatro barrios de la población proclamando la apertura del circo para la celebración de un festival: Los premios que se ofrecen son regios.

—He oído decir que el circo es el segundo después del Máximo de Roma. Sólo otra pregunta: ¿es seguro que Messala participará en los juegos?

Al oír esta última pregunta se hizo la luz en la mente de Malluch y comprendió por qué deseaba participar Ben-Hur. Pero, como buen descendiente de Jacob, se aventuró a preguntar:

—¿Tienes habilidad en las carreras?

—No temas. Los vencedores del circo Máximo han logrado sus coronas de triunfo cuando yo he consentido que ganaran. Y hasta el propio emperador me ofreció su patronazgo si aceptaba correr en el campeonato del Mundo.

—¿Y no accediste? —preguntó Malluch con interés.

—Soy judío y no me atrevería a hacer algo que empañaría el nombre de mi padre. En las palestras puedo hacer lo que en el circo resultaría inadmisibile. Y si voy a participar en las carreras de Antioquía es seguro que no lo hago por el premio, aun cuando la recompensa sea de diez mil sestercios, fortuna para toda una vida. No. Yo correré para humillar a mi enemigo. La ley permite la venganza.

Malluch sonrió al decirle:

—De acuerdo. Soy judío y te comprendo a la perfección.

»Messala participará en los juegos —dijo luego—. Se ha comprometido a ello de todas las maneras imaginables; de modo que no puede retirarse. Además su nombre aparece en todas las tablillas de las apuestas. Y cada día acude, como has visto, a practicarse.

—¡Gracias, gracias, Malluch; me has sido muy útil! Estoy satisfecho. Ahora acompáñame al huerto de las Palmeras para presentarme al jeque Ilderim, porque si fuésemos mañana podría haberse comprometido ya para que condujera otro su cuádriga.

Malluch reflexionó un instante.

—Lo mejor que podemos hacer es dirigirnos a la aldea y allí encontraremos rápidos camellos.

—Vamos allá, pues.

No les costó mucho trabajo encontrar dos camellos, y a lomo de los mismos se encaminaron hacia el famoso huerto de las Palmeras.

Más allá de la aldea la tierra aparecía ondulada y bien cultivada. Por la extraordinaria belleza y riqueza de la huerta se diría que estaban en el reino de la Abundancia. Los labradores pasaban por entre melonares, melocotoneros, higueras, naranjos, y por doquier asomaba la sonrisa de la paz, que por medio de mil señales alegraba al viajero.

Cruzaron un río y poco después Malluch palmoteo alegremente:

—¡Mira! ¡Mira! ¡El huerto de las Palmeras!

Una escena semejante sólo podía ser contemplada en los más bellos oasis de Arabia o en las granjas situadas a lo largo del Nilo. No se puede contemplar una palmera cuando se halla en pleno desarrollo sin que se sienta poeta quien la mira.

—Cuando vi al jeque Ilderim me pareció más bien un hombre vulgar. ¿Cómo llegaría a ser propietario del huerto?

—Si la nobleza procede de los años, hijo de Arrio, entonces Ilderim es todo un hombre, aunque sea un edomita incircunciso. Además, le sobran motivos para no sentir ninguna simpatía hacia los romanos.

Así que se aproximaron al huerto unas niñas salieron a su encuentro ofreciéndoles cestas de dátiles. Al apearse para recogerlos, Ben-Hur oyó el grito de un hombre encaramado en un árbol:

—La paz sea contigo y bienvenido seas.

Dieron las gracias a las niñas y siguieron adelante.

—Sé muchas cosas del jeque porque las oigo contar en casa de Simónides, quien me honra con su confianza.

Por un instante la imaginación de Ben-Hur voló hacia Esther, la muchacha dulce y hermosa que había mostrado por él viva simpatía.

—Hace pocas semanas —dijo Malluch— el jeque fue a visitar a Simónides y oí la historia más extraña de mi vida.

Y Malluch relató la historia del griego, el hindú y el egipcio que se reunieron desde distintos lugares del Mundo, guiados por una estrella, la cual les condujo a su vez hasta Belén, historia ya conocida del lector.

—Es una historia maravillosa —repuso Ben-Hur—. Es un milagro.

Pero alguien les seguía. Los dos amigos se volvieron y ante ellos pudieron contemplar la figura del propio jeque Ilderim, montado a caballo, seguido por una comitiva en la que participaban los cuatro caballos árabes que tiraban del carro. El mentón del jeque descansaba sobre una blanca y mullida barba.

—¡La paz sea con vosotros! ¡Ah, Malluch, amigo mío! ¡Bienvenido! Vas de paso y no me traes ningún recado de Simónides, ¿verdad? Seguidme; tengo selectas comidas que ofreceros.

Le siguieron y al llegar a una tienda el jeque les ofreció en tres copas licor servido de un recipiente de cuero.

—Bebed —les dijo cordialmente—. Éste es el espantapenas de los hombres de las tiendas.

Así que bebieron el jeque les invitó a entrar. Entonces Malluch llevó aparte al árabe y le habló en voz baja.

Luego volvió a reunirse con Ben-Hur y manifestó:

—He hablado de ti al jeque y he hecho por ti cuanto he podido. Ahora debo irme de nuevo a Antioquía. Mañana volveremos a vemos y te acompañaré hasta el día de los juegos. El jeque te dejará probar mañana sus caballos. De hecho, es ya tu amigo.

Tras dar y recibir la bendición, Malluch partió.

Cuando el cuerno inferior de la luna nueva parecía tocar las almenadas torres del monte Sulpio —hallándose entonces en la azotea casi toda la población de Antioquía —, Simónides se hallaba acomodado en la silla que parecía formar parte de sí mismo. Esther sostenía en una bandeja la frugal cena del anciano: panecillos, miel y leche.

—Malluch llega tarde esta noche —dijo el anciano.

—¿Vendrá?

—Sí, a no ser que el joven partiera al mar o al desierto. Tú deseas que vuelva... ¿verdad, Esther?

—Sí...

—Porque supones que el joven que nos visitó era... nuestro amo. ¿Es ésta la palabra?

—Sí.

—Y tú ¿sigues creyendo que yo debiera dárselo todo: las infinitas riquezas, el crédito todopoderoso que he sabido conquistar con mi nombre, y hasta nuestras propias personas? Todo. ¡Cuán afortunado es nuestro dueño, hija! Obtiene inmensas cantidades de dinero cuando aún es muy joven y sin haber hecho nada para obtenerlas. Pero aún le admiro más porque ha obtenido algo de mucho más valor: te obtiene a ti, hija querida, a ti, que eres cual un capullo mecido por la brisa en la tumba de mi perdida Raquel.

El anciano atrajo a su hija y la besó dos veces.

—No hables así —dijo la muchacha cuando sus manos se separaron del cuello de su padre—. Pensemos mejor en él, que sabe por propia experiencia el sabor de la esclavitud, y nos concederá de inmediato la libertad.

—En ti confío, Esther; en tu instinto para adivinar el bien y el mal en los corazones. Mi cuerpo estará deforme, pero aun así le ofrezco en mi persona un espíritu capaz de ver el oro a una distancia mucho mayor de la que recorrían los barcos de Salomón, y que tiene suficiente poder para traerlo a sus manos. Pero mira, Esther: ¿no te lo dije? Ahí está Malluch...

—La paz sea contigo, bondadoso señor —dijo con una inclinación—. Y contigo, Esther, la mejor de las hijas.

—Buen Malluch, ¿qué puedes decirme del joven?

Malluch hizo un relato completo de lo acaecido aquel día, sin omitir el menor detalle. Mientras hablaba parecía una estatua: nada en él se agitaba, salvo que alguna vez soltaba un suspiro.

—Así es que —concluyó Malluch— toda su aspiración consiste en hallar a su madre y a su hermana. Luego tiene en su pecho un agravio contra Roma en la persona de Messala, ese joven del que te he hablado antes. Desechó el encuentro en la fuente

por considerarlo poco espectacular. El verdadero choque entre ambos tendrá lugar en el circo. Creo que nuestro joven, el hijo de Arrio, vencerá a Messala. Lo sé por lo que él dice y por la fuerza de voluntad que deja traslucir.

—Ya es suficiente, Malluch —dijo Simónides—. Come ahora y vuelve al huerto de las Palmeras mañana por la mañana, pero antes de ir ven a verme; le daré por tu conducto una carta a Ilderim. Y luego... tal vez vaya al circo yo mismo.

Cuando Malluch, después de dar y recibir la bendición, hubo salido, Simónides bebió un sorbo de leche que restauró sus fuerzas y aclaró su cerebro.

—Aparta la comida, Esther, y luego acércate.

La hija obedeció, sentándose en el brazo del sillón que ocupaba su padre.

—Dios es muy bueno para mí. Dios me envía ahora a ese joven con una promesa y me siento ya vivificado. Me parece entrever la salvación en un hecho tan grande que podrá servir para que el Mundo entero renazca. Y veo la justificación para entregar todas mis grandes riquezas. Hija mía, en verdad te digo que me siento revivir de nuevo.

Esther se apretó contra su padre.

»El Rey nació y debe de encontrarse ya muy próximo a la mitad de la vida de un hombre normal. Baltasar dice que cuando le vio no era más que un niño en el regazo de su Madre. Su aparición ya no puede tardar... Ya me parece que veo abrirse la tierra para engullir a Roma en su seno mientras los hombres cantan y ríen mirando al cielo porque la ciudad altiva ha dejado de existir. Esther, siento en mí todo el fuego de un cantor... En mis pensamientos resuena el estruendo de los címbalos y de las arpas y el griterío de una muchedumbre que rodea el nuevo trono. Cuando venga el Rey necesitará hombres y dinero... Y ¿no ves ya en ello un camino trazado para mí y otro para nuestro amo?

Esther permanecía callada, y su padre se preguntaba si su hija tendría en el corazón iguales sentimientos y deseos que él.

—¿En qué piensas, hija?

Esther respondió con sencillez infantil:

—Padre, envía a buscarle esta misma noche y no le dejes ir al circo.

—¡Vaya! —exclamó el padre sorprendido. El zarpazo de los celos había hecho presa en el viejo Simónides. Sólo tenía dieciséis años la muchacha, pero no era imposible que se hubiera enamorado del joven. El demonio, que se complace en torturarnos con temores siniestros e ingratos pensamientos, le había arrastrado, en su vejez, a una dolorosa sorpresa. El espléndido panorama que acababa de trazarse se diluyó y hasta olvidó al Rey, centro y eje de sus pensamientos. Disimuló, no obstante, y preguntó a su hija.

—¿Por qué no debo dejarle ir, Esther?

—No es un lugar apropiado para un hijo de Judea.

—Tu respuesta estaría mejor en labios de un rabí, hija. Pero... ¿lo dices sólo por eso?

Una confusión nueva, extraña y agradable a la vez, invadió a la joven.

»El desconocido tendrá una fortuna: barcos, dinero, todo. Pero yo no me sentía pobre, perdiéndolo todo, porque sabía que me quedaba tu amor. Pero ¿también éste irá a parar a manos del joven?

Tardó en responder la hija.

—Tranquilízate, padre —le dijo, al fin—. Nunca te abandonaré; a pesar de que tenga mi amor, siempre seré yo tu apoyo.

Y tras una pausa le besó.

—Te diré más —prosiguió ella—. Le encuentro bello y me es grato el sonido de su voz, y sufro al pensar que está en peligro. Pero he aquí que el amor no correspondido no es perfecto. Por tanto aguardaré un cierto tiempo sin olvidar que soy tu hija.

—¡Esther, eres una auténtica bendición del Señor!

El palacio que se hallaba sobre el río, enfrente de la casa de Simónides, fue acabado de edificar, según se decía, por el famoso Epifanes. Fue un arquitecto que se aproximaba más a lo grandioso que a lo clásico.

En una sala interior cuelgan del techo cinco candelabros. En las paredes se ven ilustraciones helénicas. Junto a las mesas, en pleno ajetreo o descansando, hay casi un centenar de personas. Son muy jóvenes, hablan latín puro y visten como en la gran ciudad del Tíber. Sobre el diván se ven togas y lacernas abandonadas con descuido.

—Buen Flavio —exclamó uno de los presentes—: ¿ves aquella lacerna? Acaba de salir de la tienda y tiene sobre el hombro una hebilla de oro ancha como la palma de la mano.

—Sí —replicó Flavio, sólo preocupado por el juego—. ¿Qué ocurre?

—Nada, pero la daría por encontrar a alguien que lo supiera *todo*.

—¡Ja, ja, ja! Por menos que esa valiosa lacerna soy capaz de hallarte aquí mismo a muchos que aceptarían tu oferta. Pero juega...

—¡Por todos los dioses, me has distraído y he perdido...! ¿Otra partida?

—De acuerdo.

—Pero ¿y la apuesta?

—Un sestercio.

Siguieron jugando. Eran militares que esperaban la llegada de Magencio y entretanto se divertían tanto como podían.

—¿Un hombre que lo supiese *todo*, dices? Entonces los oráculos se morirían de hambre. Pero ¿qué harías tú con un monstruo semejante?

—Hacerle una pregunta y luego le cortaría la cabeza...

—¿Qué le preguntarías?

—Que me dijera la hora y el minuto en que Magencio llegará mañana.

—Buena jugada, lo admito. Te he cogido. ¿Y por qué el minuto?

—¿Tú no has estado nunca con la cabeza descubierta bajo el sol de Oriente? Pues los fuegos de Vesta no queman tanto y, ¡por Venus!, que desearía expirar, si es que debo morir, en Roma. Esto es el averno. Allí, en la plaza del Foro, se puede estar, y levantando un poco la mano se puede tocar el suelo de los dioses. ¡Por Venus! Flavio, me estás engañando... He perdido...

—¿Quieres que iniciemos otra partida?

—Deseo recuperar mi sestercio.

—Comencemos.

Así jugaban una y otra vez, y la luz del amanecer les encontró aún a los dos. Como la mayoría de los presentes, eran oficiales militares del estado mayor del cónsul, que aguardaban su llegada y trataban de amenizar la espera.

Durante la conversación entró un grupo que llegó hasta la mesa central. Por su aspecto era fácil comprobar que venían de una orgía. Apenas si se mantenían en pie. El jefe del grupo parecía bastante sereno; llevaba una toga blanca, demasiado imperial para un hombre tan joven y que no fuese César. Se abrió paso con escasas ceremonias. Cuando se detuvo ante los jugadores todos volvieron la vista hacia él con unánimes exclamaciones semejantes a una aclamación:

—¡Messala! ¡Messala!

Los que se hallaban apartados también repitieron este grito al oírlo. Messala aceptó la demostración de afecto y de popularidad con absoluta indiferencia.

—Druso, amigo mío, ¡salud! —dijo Messala al jugador que tenía a su derecha—. Déjame ver tus tablas un instante.

Messala observó las tablillas enceradas y luego las arrojó despectivamente.

—Sólo denarios, moneda de carreteros y carniceros —exclamó con una risotada—. ¡Por Semele! ¿Adónde llegó Roma, cuando un César invierte toda la noche aguardando que la fortuna le conceda la gracia de obtener un mezquino denario?

El descendiente de los Drusos se sonrojó, pero los circunstantes ahogaron su respuesta con los gritos de:

—¡Messala! ¡Messala!

—Hombres del Tíber: ¿quién es el predilecto de los dioses inmortales? El romano. ¿Quién administra justicia en todas las naciones? El romano. ¿Quién es el amo del Mundo, por el derecho de la fuerza?

—¡El romano! ¡El romano! —dijeron todos a coro.

—Sin embargo, existe alguien mejor que el romano.

—Hércules —dijo uno.

—¡Júpiter, Júpiter!

—Es aquel que a la perfección romana ha añadido la perfección oriental y sabe disfrutar del poder, rasgo típicamente oriental.

—¡Por Pólux! Pero lo mejor que haya en éste es... romano.

—En Oriente —siguió diciendo— no tenemos dioses; sólo disponemos del vino, de mujeres y de la fortuna, y el más grande de ellos es la fortuna.

Jugaron a los dados entre bromas y apuestas cada vez más atrevidas. De repente Druso preguntó a Messala:

—¿Has visto alguna vez a un tal Quinto Arrio?

—¿El duunviro?

—El hijo de éste.

—Ignoraba que tuviese un hijo.

—No importa —agregó Druso—. Sólo deseo decirte que Pólux no era más parecido a Cástor que Arrio a ti.

Veinte voces lo repitieron.

—¡Exacto! ¡Sus ojos, su cara! —vociferaron.

—El hijo de Arrio es valiente, diestro, atractivo. El emperador le ofreció sus

favores, pero él los rehusó. En la palestra no tiene rival. Al morir el duunviro le dejó una fortuna inmensa. Siente pasión por las armas.

Messala escuchaba cada vez con mayor interés, hasta que dejó el cubilete.

—¿Recuerdas al hombre que te ha hecho caer hoy?

—¿Cómo voy a olvidarlo, si tengo el hombro aún magullado?

—Pues ése es el hijo de Arrio. Una mezcla de romano y judío.

—¿Oyes esto, Cayo? —dijo Messala—. El muchacho es joven, tiene las facciones de un romano, prefiere las vestiduras de un judío y habla varios idiomas...

—Y su historia es como un cuento de niños —replicó Druso—. Cuando Arrio el padre embarcó en persecución de los piratas, carecía de familia. Al regresar volvió con un joven, al que adoptó.

—¿Lo adoptó, dices? —gritó Messala—. ¡Por todos los dioses del Olimpo, has conseguido interesarme! ¿Dónde le encontró y... quién era?

—En la batalla el duunviro perdió su buque, y entonces en plena mar y medio ahogado le salvó un judío que se sostenía sobre un madero.

—Judío y esclavo remero —dijo otro—. Remero de una galera romana.

Messala se separó de la mesa, perplejo.

—Una galera... —repitió mirando a su alrededor.

En aquel momento unos esclavos en hilera entraron en la estancia provistos de pasteles, frutas y vinos.

—¡Hombres del Tíber! Vamos a convertir la espera del jefe en un festín báquico. ¿Quién va a ser el director del festín?

—¿Quién sino el que ha tenido la genial idea? —repuso Druso.

Todos le aclamaron con unanimidad y el festín se desató con furia. Luego coronaron con laurel al más embriagado.

El jeque Ilderim era tan importante como un monarca imperial. Sin embargo, su vida en el huerto constituía, por su sencillez, una continuación de la de los antiguos patriarcas, es decir, la verdadera vida pastoril del antiguo Israel.

—Entra, en el nombre de Dios, y descansa —dijo Ilderim a Ben-Hur—. Yo me sentaré aquí, en este diván, y allí el extranjero.

Los criados trajeron agua del lago y les lavaron los pies.

—Según un refrán del desierto, un fuerte apetito es la mejor promesa para una larga vida. ¿Tienes ganas de comer?

—Si el refrán es cierto yo viviré cien años, pues mi apetito es comparable al de un lobo hambriento.

—Y yo no te apartaré como un lobo, sino que te daré lo mejor de mis rebaños. Ya has probado mi vino y a no tardar mi sal. Pero dime: ¿quién eres?

—¿No se te ha ocurrido nunca que responder a esa pregunta significaba traicionarse uno mismo?

—¡Ya lo creo, por el esplendor de Salomón! No me respondas, entonces.

—Gracias, buen jeque —repuso Ben-Hur—. Jamás una respuesta tuya te honró más. Has de saber que tengo una garantía que darte, la cual tiene vivo interés para ti: no soy romano, sino judío, de la tribu de Judá, y tengo una deuda contra Roma mayor que la tuya cuando los romanos, a través de Herodes, te usurparon inmensas riquezas.

Los ojos del anciano brillaron iracundos ante el recuerdo de aquella afrenta.

—Es más: te juro, jeque Ilderim, por los pactos que el Señor selló con mis antepasados, que si me ofreces los medios para vengarme, tuyos van a ser el dinero y la gloria que pueda obtener al ganar la carrera.

—Ya basta —dijo Ilderim—. Si en la base de tu lengua se ocultara la mentira, ni el propio Salomón se habría escapado de tus artificios. Te creo. Pero ahora dime: ¿cuál es tu experiencia en la conducción de carros? ¿Sabes sujetar, dominar los caballos? Conocí a un rey que gobernaba a millones de seres humanos, pero era incapaz de dominar a su caballo. Y no me refiero a los caballos medio brutos, sino a los míos de pura raza, todo sensibilidad y nervio. ¡Eh, venid!

Entró un criado.

—¡Traed mis caballos!

El criado apartó la cortina de la tienda y dejó a la vista un grupo de hermosos caballos.

—¡Entrad! —dijo Ilderim a los caballos—. ¿Por qué permanecéis parados? ¿Qué hay en mi casa que no sea vuestro? ¡Venid!

Los caballos entraron con manifiesta timidez. Ilderim los acarició con gran ternura.

—Dios otorgó al primer árabe una gran extensión de arena y le dijo: «Ésta es tu tierra». El desgraciado se lamentó de este trozo de tierra, tan grande como improductivo, y entonces el Señor le dijo: «Tranquilízate. Te daré algo dos veces mejor que la bendición concedida a los demás hombres». El hombre, lleno de fe y agradecido, echó a andar por el desierto y nada encontró. Volvió a avanzar en otra dirección y al fin halló, en un oasis, un rebaño de camellos y otro de caballos. Eran dones de Dios. Se apoderó de ellos. Y de aquella isla de vegetación proceden estos caballos maravillosos.

Luego, para demostrar la veracidad de sus afirmaciones, mandó traer los registros de los caballos. Los criados lle varon un cofrecito.

—En la Ciudad Santa, hijo mío, los escribas del Templo apuntan los nombres de todas las personas que nacen. Mis antepasados hicieron lo mismo, extendiéndolo también a los caballos. ¡Todos ellos son pura sangre! En este cofre se conserva toda la historia de mis caballos, a los que amo como si fueran mis hijos. Nunca sobre la arena han perdido una presa en la persecución de alguien; y si han sido perseguidos nunca mis jinetes se han dejado atrapar, gracias a estos caballos. ¡Oh hijo de Israel! Tú serás el hombre.

—Comprendo ahora —dijo Ben-Hur— la causa del gran amor que experimentan los árabes por sus caballos. Pero no aspiro a que me juzgues por mis palabras, sino por mis hechos. Permíteme hacer una demostración.

El rostro de Ilderim se iluminó.

—¡Un momento, buen jeque! Aprendí mucho de mis maestros en Roma. Así puedo asegurarte que tus preciosos caballos fracasarán en el circo, aunque tuvieran la fuerza del león y la rapidez del águila, si no se someten a un entreno.

»En toda cuádriga hay siempre un caballo más lento que otro, y se trata de acomodar el trote de unos al de los otros. Yo entrenaré tus caballos y los dispondré de forma que puedan ganar en la carrera. Y te juro que si corren unidos y bajo mi voluntad, correrán como si se tratara de un solo caballo. Para ti quedará la fortuna y los honores, y yo me habré vengado entretanto. ¿Qué me respondes?

Ilderim le escuchaba sin dejar de acariciarse la barba, hasta que al fin dijo riendo:

—Acabo de formarme mejor concepto de ti, hijo de Israel. Los habitantes del desierto decimos: «A quien quiera guisar la comida con palabras le prometeremos un océano de manteca». Mañana estarán los caballos a tu disposición.

Entonces se oyó ruido en la puerta de la tienda.

—Aquí está la cena, y también mi amigo Baltasar, al que voy a presentarte. Él tiene una historia que contar que ningún israelita se cansaría nunca de escuchar.

Y a los criados que entraron les dijo:

—Llevaos ahora el registro y devolved mis joyas a su estuche.

Así lo hicieron.

Así como la comida de los tres magos —como se ha visto al principio del libro— fue muy sencilla, la que ofreció el jeque Ilderim tenía la misma característica, sólo que en mayor cantidad y el servicio era más rico.

Cuando Baltasar apareció con su amplia túnica negra, Ilderim y Ben-Hur le recibieron de pie. Andaba despacio y todos sus movimientos eran lentos y pesados. Se apoyaba en un bastón y en el hombro de un criado.

—Que la paz sea contigo, amigo mío. Bienvenido seas —dijo Ilderim con respeto.

—Sea contigo también la paz y la bendición del único Dios, el Dios verdadero y amoroso.

El tono digno y noble del anciano impresionó a Ben-Hur, que se estremeció como bajo el impulso de una luz nueva y misteriosa; tanto que varias veces, durante la cena, observó ensimismado el rostro del anciano, deseoso de desentrañar el enigma que encerraba.

—Éste es, oh Baltasar —exclamó el jeque apoyando una mano en el brazo de Ben-Hur—, quien compartirá con nosotros el pan de esta noche. Le he prometido que probaría mañana mis caballos, y si la prueba es satisfactoria los llevará al circo.

Seguía mirándole Baltasar. Al fin dio una explicación.

—Hoy mismo mi vida ha estado en peligro, y la hubiera perdido a no ser que un joven valeroso muy parecido a éste, si no ha sido éste, se interpuso para salvarme cuando todos huían. —Y mirando a Ben-Hur dijo—: ¿Fuiste tú?

—No es posible contestar de esta forma a tu pregunta —contestó con modestia Ben-Hur—. Lo que hice fue sólo detener a los caballos del insolente romano cuando se precipitaban sobre tu camello blanco en la fuente Castallia. Tu hija me regaló una copa.

—El Señor te envió a la fuente para salvarme y ahora vuelvo a verte. Te doy las gracias de todo corazón. Guárdate esta copa. Es tuya.

—¡Cómo! —exclamó el jeque—. ¿Has salvado a Baltasar y no me has dicho nada, cuando ésta era tu mejor recomendación? ¿No sabes que cuanto hagas de bueno o de malo a uno de mis huéspedes me lo haces a mí? ¿De quién habías de esperar y recibir la recompensa sino de mí?

Su voz tenía algo de penetrante y casi de reconvención.

—Perdóname, buen jeque —dijo Ben-Hur—. No he venido a buscar recompensa alguna, y el servicio prestado a tan excelente anciano igual lo habría otorgado al más humilde de tus siervos.

Estas palabras, que nacían de un desinteresado amor a todos, sonaron de grato modo en los oídos de Baltasar, que aproximándose a Ben-Hur le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre judío y quién es tu familia?

Ben-Hur pudo eludir la pregunta porque el jeque Ilderim dijo oportunamente:

—Venid; la cena está preparada.

Baltasar se acercó apoyado en el brazo de Ben-Hur, que se lo había ofrecido. Se lavaron las manos en unas jofainas con agua, y poco después se aprestaron a comer.

—¡Oh, Dios padre de todos! Cuanto tenemos te pertenece. Acepta nuestra acción de gracias y bendícenos para que nos sea posible seguir cumpliendo Tu voluntad.

La mesa aparecía cubierta de delicados platos orientales: pastelillos, verduras, carnes, mezclas de carnes y verduras, leche, miel y mantequilla, Todo ello sin la ayuda de tenedores ni cuchillos, copas ni plato. Siendo éstos los comensales —un árabe, un judío y un egipcio—, ¿de qué hablarían, y quién hablaría sino Baltasar, a quien la deidad se había manifestado directamente, aquel que viera al Señor en una estrella, había oído su voz y sido conducido desde lejanas tierras por su Espíritu?

Baltasar refirió otra vez su relato sobre el encuentro de los tres Magos en el desierto, veintinueve años antes, relato que produjo en Ben-Hur una gran emoción. Desde la infancia había oído hablar del Mesías y estaba por tanto familiarizado con todo lo relativo a este Ser. Se predecía Su llegada, y ésta era tema de frecuentes disputas entre los rabís, en las sinagogas, en los templos y en todas partes. Pero sólo llegaban hasta un punto: ¿cuándo vendría el Mesías?

Ben-Hur había sufrido la influencia de Roma durante los cinco años vividos en la imperial ciudad, que a la sazón era la capital del Mundo en todos los aspectos, y en la que se rendía culto exasperado al placer. Los dioses consagrados en Roma eran incontables, procedían de todas las razas y se adaptaban a todos los gustos. Más de una vez pensó Ben-Hur, mientras contemplaba en el circo Máximo los grandes espectáculos del César, que algunos de aquellos incircuncisos eran honorables personas, con lo que llegaba a una conclusión: el estado deplorable, moralmente, de aquellas masas no tenía su origen en sus religiones, sino en los sucesivos malos gobiernos, tiránicos y corrompidos. La causa primera de gran parte de sus desgracias, así como el extravío de sus actos, era de tipo esencialmente político. Asimismo los cinco años en Roma le sirvieron para considerar y comprender la situación del Mundo, subyugado al dictamen romano y sumido a la condición de seres sin voluntad propia. Por todo esto deseaba Ben-Hur ser soldado: para luchar un día por la liberación mundial del yugo corrupto y tiránico de Roma y poder establecer un orden más justo, más sano y más acorde con los principios de su fe en Aquel que es todo amor.

Conociendo esto es más fácil comprender el estado de ánimo de Ben-Hur al oír las palabras de Baltasar. Se maravilló de que Israel permaneciese tan indiferente a la Revelación y se hizo estas dos preguntas: ¿Dónde estaría el Niño? Y ¿en qué consistía Su misión?

Disculpándose cada vez que le interrumpía, trató de saber el criterio de Baltasar sobre los dos puntos señalados, y éste no se hizo de rogar.

—¡Ojalá pudiese contestar a tus preguntas! ¡Cómo correría a Él si supiese dónde está! —dijo Baltasar—. Intenté volver a Belén, claro, pero Herodes seguía tan sanguinario como siempre y contuve mis deseos. Luego el guardián del «khan» había desaparecido por orden real. Cuando Herodes tuvo noticia de nuestra marcha mandó asesinar a todos los niños de Belén.

—¡Muerto el Niño! —exclamó Ben-Hur.

—No lo creo. Escúchame: la Voz que era Suya y me habló junto al lago dijo: «¡Bendito seas, hijo de Mizraim! La Redención llega. Juntamente con otros dos tú verás al Salvador». ¿Lo comprendes ahora? Hemos visto al Salvador, pero no hemos presenciado la Redención. Por lo tanto, no puede haber muerto el Niño, porque la Redención es la obra para la cual el Niño nació hace veintinueve años.

El anciano hizo una pausa.

—¿No quieres probar el vino? Está al alcance de tu mano —dijo Ilderim.

—Pensemos ahora —prosiguió Baltasar— en los peligros anejos a la vida de un hombre, en el largo intervalo de la niñez a la madurez. El poder reinante, Herodes y Roma, son sus enemigos. En cuanto a Israel cabe la posibilidad de que su propio país no reconociera al Señor. Por tanto, ¿qué medio más eficaz para preservar Su vida de todo mal que permanecer en la oscuridad? Por esa razón es menester tener fe en que cumplirá todo lo anunciado.

—¿Y dónde crees tú que podrá estar ahora? —preguntó con voz vacilante Ben-Hur.

—Hace algunas semanas pensaba que el momento de acción de un hombre llega a partir de los treinta años: es el momento en que sus fuerzas han madurado. ¿Y dónde debe aparecer nuestro Señor y Salvador sino en la misma Judea? ¿En qué ciudad sino en Jerusalén?

—Veo bien claro —dijo Ben-Hur— que Dios te ha favorecido con largueza. Eres en verdad un hombre sabio y no podría expresarte, aunque lo intentara, lo muy agradecido que te estoy por haberme contado todo esto. Sé ahora que se acercan grandes acontecimientos. Cuéntame más cosas, te lo ruego. Dijiste que será el Salvador; pero ¿será también el Rey de los judíos?

—Su misión sólo Dios la conoce. En mis reflexiones lo que mayormente me ha entristecido es la condición miserable, en lo material y espiritual, de las gentes. La Redención no puede, pues, tener un objetivo político: arrancar del mando a unos y poner a otros. Yo te digo que Su misión es más amplia y más profunda: el que Se acerca viene con la intención de salvar las almas.

—Cuando relatas hechos, ¡oh padre mío! —dijo Ben-Hur—, no hay más solución que aceptar cuanto dices; pero en materia de opiniones no acabo de comprender la

clase de rey que según tú debiera ser el Niño, puesto que al llegar a Belén preguntasteis por «el que ha nacido Rey de los judíos».

—Hijo mío —replicó Baltasar—, los humanos sufrimos gran miopía y sólo alcanzamos a distinguir lo que nos queda cerca, mas lo que está distante lo desechamos. Ahora tú sólo pones atención al título «Rey de los judíos». Mira más lejos y ese obstáculo desaparece. Israel conoció días mejores y en aquella época se prometió a los hijos de Israel un Salvador; forzosamente debía hacerse bajo la forma de Rey de los judíos. Por eso ahora, para conservar la palabra dada, se ha presentado con esa expresión.

Baltasar elevó los ojos con devoción.

—Buen jeque —dijo luego con serenidad—: mañana o pasado pienso ir a la ciudad, pues mi hija quiere ver los preparativos para los juegos. Ya volveré a hablarte, y a ti, hijo mío, también volveré a verte. La paz sea con vosotros.

Los tres se levantaron viendo con veneración cómo se alejaba Baltasar. Y Ben-Hur pidió permiso al jeque para pasear un poco por la orilla del lago: había oído cosas extraordinarias y extrañas y deseaba meditar a solas y en silencio.

La noche era apacible. Ni una ola rompía en las orillas, y las estrellas brillaban con todo su esplendor. La voluntad de Ben-Hur estaba trastornada y en su pecho los sentimientos sostenían una lucha incomprensible.

Al fin se calmó la fiebre de su interior y pudo reflexionar. ¿En qué se emplearía cuando alcanzase la graduación de capitán? Pensaba organizar una revolución. Pero para arrastrar a los hombres a la revuelta era menester una causa, un lema y un objetivo práctico por el cual combatir. La causa de la lucha —liberarse de los romanos que sojuzgaban al pueblo de Israel— era justa; pero el objetivo, el fin, ¿cuál habría de ser?

Muchísimas horas se había dedicado a reflexionar este punto y siempre llegaba a lo mismo: una incierta idea de libertad nacional. ¿Era esto suficiente? ¿Podía estar seguro de que unido a él todo el pueblo de Israel triunfase en su lucha contra Roma? Conocía el poder indescriptible de su adversario, y en cuanto a él mismo... ¿podría ser el nuevo Alejandro, conquistador para Judea? Bajo los rabinos era posible que surgiera el valor y le intrepidez, pero ¿y la disciplina? Ben-Hur no olvidaría jamás la frase despectiva de Messala: «Todo lo que conquistáis en seis días, lo perdéis al séptimo».

Tantas veces como pensó en este punto tuvo que darse por vencido y resolvió dejar todo en manos de la suerte. Sólo Dios conocía el futuro. Pero ahora Ben-Hur vislumbraba una esperanza. ¡Se adivinaba el héroe, que debía ser Rey de los judíos para mayor gloria! Detrás del campeón soñado ¡el Mundo entero se levantaría en armas!

El Rey suponía un reino: sería un glorioso guerrero como David, legislador y sabio como Salomón, y contra su fuerza se estrellaría Roma, deshaciéndose en mil pedazos.

El corazón de Ben-Hur palpitó agitado como si ya viera a Jerusalén convertida en la capital del Mundo. Comenzó a pensar que si el acontecimiento de la liberación y la lucha estaba cercano debería ya abandonar la campaña de Magencio y dedicarse a organizar y armar a las tribus, a fin de que el pueblo judío estuviese preparado cuando llegase la aurora del gran día.

Pero... ¿estaba satisfecho Ben-Hur, ahora que conocía la historia maravillosa de labios del propio Baltasar?

No lo estaba. Pesaba sobre él una negra sombra, más relativa al Reino que al Rey. ¿Qué podía ser este Reino? He aquí las palabras de Baltasar:

«En la Tierra, pero no de la Tierra... Y no para los humanos, sino para sus almas: un poder inextinguible, de gloria inimaginable».

Pero esta respuesta no era una aclaración, sino el principio de un enigma aún

mayor. Lo que no comprendía de ningún modo era ese poder que los mortales no habían descubierto todavía: el poder del amor. ¿Cómo concebir que para el gobierno de una nación, para su orden y paz, tuviera más importancia y poder el amor que la misma fuerza?

Mientras se hallaba sumido en sus reflexiones, Ilderim le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Sólo un par de palabras y te dejaré tranquilo... Puedes creer todo lo que te ha contado el anciano Baltasar. Todo menos una cosa: la clase de reino que habrá de instaurar el Niño cuando venga. En este punto harás bien en reservar tu criterio hasta que hayas oído a Simónides, el comerciante, un buen amigo de Antioquía a quien te presentaré. Él podrá citarte los escritos de los profetas. Y nada más. La paz sea contigo.

¡Otra vez oía el nombre de Simónides! Todo el mundo lo tenía en la boca. Pero ¿cómo creer a un hombre que no quería devolverle lo que era suyo? Entonces oyó una canción, cantada por... ¿una mujer o un ángel?

*Suspiro y canto por mi patria legendaria al otro lado del mar de Siria.
Las perfumadas brisas que soplan del desierto
Eran para mí alientos de vida*

Cuando concluyó la canción su cantante femenina se había deslizado ya más allá del grupo de palmeras. La última palabra la sentía Ben-Hur en su corazón repleta de dulzura. El paso de la barca en la que iba la mujer resultaba una sombra más oscura que la misma noche.

—La he reconocido: es la hija de Baltasar. ¡Qué hermoso es su canto y cuán hermosa es ella! —pensó Ben-Hur, suspirando a la par que evocaba sus grandes ojos, sus mejillas redondeadas y ligeramente sonrosadas. Todo en ella era gracia y dulzura, y su silueta era esbelta y elegante.

Pero casi al mismo tiempo otro rostro acudió a su imaginación: un rostro más aniñado e igualmente bello y armonioso, aunque menos apasionado.

—¡Esther! —dijo Ben-Hur sonriendo—. Tal como yo ansiaba, me ha sido enviada una estrella.

Emprendió el regreso a la tienda. Hasta entonces su existencia se había visto aprisionada solamente por un afán de venganza y por el dolor, mas ahora se insinuaba el amor... ¿Significaba aquello que esperaba el preludio de un feliz cambio de vida?

Si tan grato recuerdo le había perseguido hasta el mismo interior de la tienda... ¿cuál de las dos imágenes triunfará en mi corazón?

Esther le había ofrecido una copa. Y lo mismo hizo la egipcia. El recuerdo de las dos se adentró en su corazón al mismo tiempo bajo la sombra de las palmeras.

¿Cuál de las dos sería?

QUINTA PARTE

La mañana después del banquete en el palacio, los divanes se hallaban llenos de jóvenes patricios dormidos. La ciudad entera esperaba a Magencio agolpada en las calles para recibirle. Pero los jóvenes patricios romanos seguían durmiendo en los divanes, sobre los que se habían desplomado o sobre los que los esclavos, indiferentes, los habían arrojado como masas inertes.

Al asomar el día por las ventanas del salón, Messala se incorporó y despojó su cabeza de la guirnalda que le adornaba. Arregló el desorden de su traje, dirigió una mirada a su alrededor y sin ningún comentario salió de palacio.

Tres horas después dos correos recibían de su mano un despacho lacrado con una carta dirigida a Valerio Graco, el procurador, que residía en Cesárea. Tenía grandísimo interés en que aquella carta llegara a manos de su destinatario lo antes posible y adoptó para ello las mayores precauciones. Uno de los correos iría por tierra, el otro por mar y ambos debían hacerlo con la máxima celeridad que sus medios permitieran.

El mensaje, enviado por duplicado, decía así:

Antioquía, XII Kalendas de julio.

Messala a Graco:

¡Oh Midas! Te ruego en primerísimo lugar que no te ofendas por el apelativo que uso al dirigirme a ti, ya que está inspirado en cariño y gratitud y en el convencimiento de que eres el más afortunado de los hombres.

Te escribo con el propósito de referirte un acontecimiento inusitado que, aunque aparezca envuelto en los velos del misterio, atraerá sin duda alguna y con justo motivo toda tu atención.

Deja primero que refresque tu memoria. Estoy seguro que recordarás, pese a los años transcurridos, a la familia de un príncipe de Jerusalén, antigua pero inmensamente rica, que se llamaba Ben-Hur. Aun cuando tu memoria flaqueara, la cicatriz en tu cabeza, si no me equivoco, contribuirá a recordarte a esta familia y despertará tu interés.

Se trata de la familia que fue castigada por atentar contra tu vida, juzgada sumariamente y despojada de sus propiedades.

El hecho recibió la sanción del César, justo y sabio, y no hay inconveniente ni debe avergonzarnos en recordar las cantidades que respectivamente nos correspondieron.

Recuerdo que dispusiste de la familia Ben-Hur, por conveniencia mutua entre tú y yo, de modo que la cosa quedara oculta y que la muerte cortara de

raíz toda complicación futura. Tú recordarás lo que hiciste de la madre y de la hermana del malhechor. Uno de los propósitos de esta carta es pedirte me informes si viven o han muerto, y seguro de tu amabilidad, oh Graco querido, estoy convencido de que corresponderás a esta curiosidad.

Deseo recordarte que el criminal fue enviado para toda su vida a galeras. Así lo dispuso el mandato que yo mismo vi y leí, confirmado por el recibo firmado por el tribuno que mandaba la galera, que hacía constar la llegada y recepción del reo. Por eso mi asombro no tiene límites ante el hecho que voy a relatarte.

Si calculamos el límite que puede alcanzar la vida de un galeote antes de que los genios del mar lo arrebatan a su seno, nuestro hombre hace por lo menos cinco años que debiera dormir el sueño eterno. En virtud del amor que le tuve en nuestra juventud, mi ruego era que hubiese caído en los brazos de las diosas más amables del abismo.

Creía que había muerto y he vivido durante estos cinco años con tranquila confianza, gozando de la fortuna, que en parte debo agradecerte, sin la menor preocupación.

Sin embargo, anoche, en un banquete organizado en honor de unos amigos recién llegados de Roma, me contaron una historia singular. Magencio llegará hoy para hacerse cargo de la campaña contra los partos, entre los que le acompañan en su expedición hay uno que se dice ser hijo del difunto duunviro Quinto Arrio. Me he informado sobre este hombre y he aquí lo que he descubierto^[1]:

Durante la campaña de Arrio contra los piratas, cuya derrota le reportó grandes honores y el duunvirato, el mismo Ben-Hur, el hombre a quien tú enviaste a galeras, le salvó la vida; y Arrio en agradecimiento le hizo su heredero, porque como sabes carecía de familia. Reaparece ahora con una gran fortuna, rango elevado y poseedor de la ciudadanía romana, lo que le coloca fuera de nuestros ataques.

Yo no dudo que ese mismo Ben-Hur, ese hombre que ha alcanzado tan singular fortuna, estará pensando en estos momentos en la venganza. Una venganza que satisfaga los agravios que ha recibido y la pérdida de su madre y su hermana. Una venganza que le dé seguridad futura y le garantice la tranquilidad de verse libre de enemigos.

Querido bienhechor y amigo: si tienes en cuenta el peligro que corren tus sestericios, cuya pérdida sería una calamidad terrible para un hombre de tanta alcurnia como tú, espero que estarás dispuesto a pensar en lo que te expongo en esta carta y a indicarme lo que hay que hacer en estas circunstancias.

La estancia de Ben-Hur aquí durará tanto como la del cónsul, que por más que active los preparativos no podrá terminarlos antes de un mes. Sabes

el enorme trabajo que exige reunir y aprovisionar un ejército, sobre todo cuando tiene que enfrentarse con una campaña en un país desolado y despoblado.

Ayer vi a Ben-Hur en el bosque de Dafne; y si no se encuentra allí no andará muy lejos, lo que me permite vigilarle con facilidad. Si me preguntas dónde habita, creo que puedo asegurarte que en el huerto de las Palmeras, bajo el cobijo de la tienda del jeque Ilderim, traidor redomado que no podrá escapar por mucho tiempo a nuestra mano vengadora.

Te doy todos estos detalles porque creo que es asunto importante para ti y exige que tomemos una resolución sobre lo que hay que hacer con el judío. Como sé que en todo proyecto que implique una acción humana hay que considerar tres elemen

tos, es decir: tiempo, lugar y agente, confío en que si opinas que es éste el lugar de la acción no vacilarás en encargarte el asunto a tu amigo más afectuoso, que es, a la vez, tu más aprovechado discípulo

MESSALA

Casi a la misma hora en que los correos partieron con los mensajes de Messala, Ben-Hur entraba en la tienda de Ilderim. Acababa de bañarse en el lago. Había almorzado con frugalidad y vestía una túnica ligera sin mangas que apenas le llegaba a las rodillas. El jeque árabe le saludó desde el diván en que se hallaba reclinado:

—La paz sea contigo, ¡oh hijo de Arrio! —dijo mientras su rostro expresaba la admiración que sentía ante el tipo de belleza varonil tan perfecta, la fuerza y la confianza que reflejaba en todos sus movimientos Ben-Hur—. Tengo los caballos dispuestos y yo estoy listo. ¿Lo estás tú también?

—Que la paz que me deseas, jeque amigo, sea contigo igualmente. También yo estoy dispuesto.

Ilderim dio una breve palmada.

—Ahora traerán los caballos. Acomódate.

—¿Están uncidos?

—No.

—Déjame que yo mismo los prepare —dijo Ben-Hur—. Es necesario que me dé a conocer a ellos, les llame por sus nombres y les trate con intimidad a fin de someter su temperamento. Los caballos, como los hombres, conviene que sean tratados con severidad si se propasan y con cariño si cumplen su deber. Pide a tus criados que traigan los arneses.

—¿Quieres también el carro?

—Hoy no usaremos el carro. Dispon otro caballo para que yo lo monte sin silla. Procura que sea tan rápido como los del tronco.

Ilderim, con gesto de asombro, llamó de nuevo a sus criados.

—Que traigan los arneses para los cuatro animales —dijo cuando un siervo hizo su aparición— y la brida para *Sirio*.

Ilderim se levantó y manifestó a Ben-Hur:

—*Sirio* es mi amor y yo el suyo. Hemos sido camaradas inseparables durante veinte años, en las tiendas, en el campo de batalla, en jornadas interminables en el desierto. Ven que te lo enseñe.

Levantó la cortina que dividía la tienda en dos e invitó a Ben-Hur a que pasara al otro departamento. Los caballos vivían allí y se acercaron a su amo en grupo. Uno, de cabeza pequeña y ojos luminosos, pecho robusto y cuello gracioso, cubierto de largas crines suaves y finas como la cabellera de una doncella, empezó a relinchar alegremente.

—Caballo mío —dijo el jeque acariciando la cabeza de su favorito—, buenos días. —Volvióse a Ben-Hur y añadió—: Éste es *Sirio*, padre de los otros cuatro. *Mira* es la madre, que está en el desierto esperando nuestro regreso. Su posesión es

demasiado preciosa para arriesgarme a traerla aquí, lugar donde dominan manos más poderosas que la mía. Además dudo mucho —dijo echándose a reír— que mi tribu me dejara traerla. *Mira* es la gloria de mi gente, su diosa, hasta el extremo que si galopara por encima de sus cuerpos, mis súbditos se mostrarían satisfechos. Más de diez mil jinetes hijos del desierto preguntan cada día: «¿Cómo está *Mira*?». Y cuando les contesto que está bien exclaman: «¡Alá es bueno, bendito sea su nombre!».

—*Mira* y *Sirio* son nombres de estrellas, ¿no es cierto? —preguntó Ben-Hur mientras acariciaba al padre de los animales y contemplaba el grupo que formaban.

—¿No has pasado nunca una noche en el desierto? —replicó Ilderim como respuesta.

—No.

—Entonces me explico por qué no comprendes la confianza que los árabes tenemos en las estrellas. Damos sus nombres a nuestros bienhechores en prueba de gratitud. Todos mis antepasados tuvieron favoritos, como yo poseo a *Mira*. Cada uno de sus hijos lleva el nombre de una estrella. Ese el *Rigel*, aquél *Antarés*, ese otro *Altair*, y ese a quien te diriges es *Aldebarán*, el más joven de la yeguada. Por mi fe que te llevaría sobre su lomo más rápido que el viento, hasta que sintieras el aire rugir en tus oídos como un huracán.

Llevaron los arneses y Ben-Hur unció los caballos, los sacó de la tienda y les puso las bridas. Luego pidió que le trajeran a *Sirio*. Ni un árabe hubiera mejorado el salto de Ben-Hur al montar sobre el corcel.

—Ahora las riendas —dijo tomándolas con cuidado y por separado en las manos—. Estoy listo, jeque amigo. Haz que un guía me conduzca hasta el campo y envía después algunos de tus hombres con agua para darles de beber.

Empezó las pruebas sin dificultad. Los caballos se mostraron tranquilos. Entre ellos y su conductor pareció establecerse un acuerdo completo y armonioso. Ben-Hur les hacía ir de un lado a otro con la tranquila seguridad que inspira confianza a los animales. Los dispuso en el mismo orden que tendrían durante la carrera. Ilderim sintió que su confianza en el triunfo se encandilaba. Se acariciaba la barba y sonreía con honda satisfacción. Murmuraba para sí: «No es romano, no. ¡Por la gloria de Dios!».

Había seguido a Ben-Hur hasta el campo de entrenamiento con todos los hombres de su aduar, las mujeres y los niños. En el campo, Ben-Hur empezó a hacer correr a los cuatro caballos en línea recta, a trote corto. Después les hizo describir grandes círculos y poco a poco fue acelerando su paso hasta convertirlo en galope. Luego les obligó a moverse en una y otra dirección sin perder el dominio de los animales.

—Están perfectamente domados —dijo al fin dirigiéndose a Ilderim—. Nada más les falta un poco de entrenamiento en el tiro de la cuádriga. Te doy la enhorabuena por poseer caballos como éstos. Contempla la tersura de su piel —dijo descabalgando—. No se ha empañado de sudor. Respiran con el mismo sosiego que al empezar. Mal tendrán que ir las cosas para que la victoria no sea nuestra...

De pronto se detuvo y enrojeció. Junto al jeque había visto a Baltasar apoyado en el báculo y acompañado de dos mujeres envueltas en velos. Reconoció a una de ellas mientras su corazón latía más de prisa. Pensó para sí: «Es la egipcia».

Ilderim concluyó la frase que Ben-Hur había dejado incompleta.

—¡La victoria será nuestra y también nuestra venganza! Tengo confianza, hijo de Arrio. Eres el hombre que necesitaba.

—Gracias, jeque amigo —replicó Ben-Hur—. Haz que tus gentes abreen los caballos.

Ben-Hur ayudó con sus propias manos a dar el agua a los animales y les dejó reposar algunos minutos.

Luego, de nuevo sobre *Sirio*, reanudó el entrenamiento. Obligaba al tronco de animales a que pasaran del trote al galope, luego les ponía otra vez al paso para volver a empezar. Por último puso a los animales a todo galope y les obligó a alcanzar su máxima velocidad. La habilidad del conductor despertó el entusiasmo de todos los árabes que contemplaban el ejercicio, asombrados ante la docilidad con que los animales obedecían al conductor. Se movían como si fueran uno sólo, en un grupo compacto lleno de potencia y de gracia.

Poco después llegó Malluch, sin apenas ser percibido porque la atención de todos estaba fija en Ben-Hur.

—Traigo un mensaje para ti, jeque —dijo en un momento favorable—. Un mensaje de Simónides el comerciante.

—Simónides —murmuró el árabe—. Bien, que Abadón le libre de todos sus enemigos.

—Me encargó que te deseara toda la paz del cielo —siguió Malluch— y te entregara este mensaje con la súplica de que lo leas tan pronto estuviera en tu poder.

Ilderim abrió los sellos de las cartas sin pérdida de tiempo y las leyó. La primera decía así:

Simónides al jeque Ilderim:

Que la paz sea contigo, amigo mío que ocupas un lugar predilecto en mi corazón.

Hay en tu aduar un joven que se llama hijo de Arrio, pese a ser sólo por adopción. Me es muy querido.

Su vida es una historia maravillosa. El día que vengas por aquí te la contaré y pediré de paso tu consejo.

Entretanto, te ruego atiendas sus peticiones, que estoy seguro serán razonables. Yo te salgo fiador de él.

Te ruego guardes secreto el interés que manifiesto por él. Saluda de mi parte a tu otro huésped y a su hija. Todos ellos y tú, junto con los que elijas para formar tu séquito, deberéis estar dispuesto para acompañarme al circo el día de los juegos. He reservado los asientos.

Que la paz sea contigo y los tuyos.

SIMÓNIDES

La segunda carta decía lo siguiente:

Simónides al jeque Ilderim:

Que la paz sea contigo, amigo mío. Permite que mi experiencia me dicte hoy unas breves palabras. Para aquellos que no somos romanos y poseemos bienes o dinero que perder, la llegada de algún alto dignatario de Roma es siempre peligrosa. Hoy llega el cónsul Magencio. Estemos prevenidos.

Permíteme además otra advertencia:

Se conspira contra ti y entre los que traman tu mal está Herodes. Tienes muchas propiedades que perder en sus dominios. Procura estar en guardia.

Envía a tus fieles servidores hacia el sur de Antioquía y encárgales que detengan todo correo que transite por ese lado. Si encuentran algún mensaje que se refiera a ti o a tus negocios, es necesario que tú lo veas.

Esta carta debieras haberla recibido ayer, aunque creo que no es demasiado tarde, si no pierdes ningún tiempo.

Aunque los correos salieron esta mañana, tus servidores pueden adelantarse a ellos porque conocen los caminos mejor que nadie.

Quema esta carta, amigo mío. Te saluda,

SIMÓNIDES

Ilderim releyó las dos cartas. Luego las dobló y envolviéndolas en un lienzo las introdujo en su cinturón.

El entrenamiento de sus caballos siguió durante algún tiempo. En total estuvieron en el campo de carreras durante dos horas. Al concluir, Ben-Hur puso los caballos al paso y se dirigió a Ilderim:

—Con tu permiso, quiero volver los caballos a la tienda y sacarlos de nuevo esta tarde.

—Los dejo en tus manos, hijo de Arrio, para que hagas lo que gustes hasta después de los juegos. Has obtenido de ellos en dos horas más de lo que nadie hubiera conseguido en muchas semanas. ¡Ganaremos la carrera! ¡Por la gloria de Dios que ganaremos!

Ben-Hur permaneció junto a los caballos mientras los criados los secaban y limpiaban en la tienda. Luego volvió al lago y tomó otro baño. Después se vistió el traje de judío. El jeque manifestaba una alegría incontenible. Ben-Hur y Malluch fueron juntos a dar un paseo por el huerto. Tenían muchas cosas que decirse.

—Quiero hacerte un encargo —dijo Ben-Hur—. Mi equipaje está en el «khan» que hay junto al puente de Seleucis, al lado de acá del río. Tráelo mañana si te es

posible, buen Malluch.

Malluch respondió con protestas cordiales, ofreciendo sus servicios de forma incondicional.

—Gracias, Malluch, muchas gracias. Acepto tu oferta. Somos hermanos de la misma tribu y nuestro enemigo común es un romano. Eres sobre todo un hombre de negocios, cosa que dudo sea Ilderim...

—Los árabes son malos comerciantes —dijo Malluch con gravedad.

—No puedo acusarles de negligencia, pero creo que será una buena medida no perderles de vista ni un momento. Quisiera que me hicieras un grandísimo servicio para evitar toda maquinación o dificultad que pudiera surgir contra mí en las carreras. Entérate en el circo de si mi adversario ha cumplido todas las formalidades. Procura obtenerme un reglamento. Infórmate sobre los colores que he de llevar y dime el número de cripta que ocuparé en la salida. Lo mejor sería estar cerca de Messala, a su derecha o izquierda. Si no es así, procura arreglarlo de modo que mi carro se halle junto al del romano. ¿Tienes buena memoria, Malluch?

—Nunca me ha fallado, hijo de Arrio.

—Entonces voy a encargarte otro servicio. Ayer comprobé que Messala está orgulloso de su carro. Hablaba de él como si sólo un emperador fuera digno de conducirlo. ¿Y podrías averiguar sus medidas exactas y su peso? En cualquier caso, hay un dato que me es imprescindible: la altura exacta de su eje sobre el suelo. Te encarezco que hagas todo lo posible por obtenerlo.

—Comprendo —dijo Malluch—. Lo que quieres es la medida en vertical desde el centro del cubo al suelo.

—Exactamente. Alégrate, Malluch, no voy a hacerte más encargos. Volvamos al aduar.

Poco después Malluch regresó a la ciudad.

Durante su corto paseo un mensajero bien montado había salido hacia el sur de Antioquía. Era árabe y no llevaba ningún mensaje escrito.

Un siervo acudió a la tienda donde descansaba Ben-Hur y manifestó:

—Iras, la hija de Baltasar, me envía a ti con un saludo y un ruego.

—¿De qué se trata?

—Pregunta si te complacería acompañarla a dar un paseo por el lago.

—Dile que yo mismo le llevaré la contestación.

Se calzó al punto y en pocos minutos estuvo dispuesto para salir al encuentro de la bella egipcia. Las tinieblas avanzaban desde las montañas anunciando la noche. Se oía el lejano tintineo de las esquilas, el mugido de las vacas y las voces de los pastores.

Ilderim había partido a la ciudad, después de los ejercicios de la tarde, para entrevistarse con Simónides y no volvería hasta la noche.

Ben-Hur se había entretenido largamente junto a los caballos. Se había refrescado después en el lago y se vistió a continuación con el traje habitual, un túnica blanca, como convenía a un saduceo de pura sangre.

La belleza atraía a Ben-Hur, y en aquellos momentos la exótica belleza de la egipcia le interesaba con poder.

La egipcia era una mujer de extraordinaria hermosura. Aparecía en la imaginación de Ben-Hur tal como la había visto por primera vez junto a la fuente. Recordaba el tono de su voz, acentuado y dulce porque estaba llena de gratitud hacia él. Recordaba sus ojos negros, dulces y rasgados, característicos de las mujeres de su raza. Alta, esbelta, bella y elegantemente vestida con su manto flotante, parecía la sulamita del Cantar de los Cantares.

Seducido por aquella imagen y con la esperanza de conocerla mejor, iba de nuevo a su encuentro.

Llegó al embarcadero, constituido por unas sencillas gradas y una plataforma. Al llegar a la escalera Ben-Hur se detuvo para contemplar el espectáculo que se extendía ante su vista.

Sobre el agua del lago, transparente como el cristal, se mecía una barquichuela ligera como la cáscara de un huevo. Un etíope manejaba los remos. El bote estaba alfombrado en la popa, cubierta de almohadones y telas de brillantes colores. Al timón estaba sentada la egipcia, envuelta en chales de la India semejantes a una vaporosa nube de encajes. Tenía los brazos desnudos, que movía con gestos atractivos. Llevaba los hombros y el cuello protegidos del aire de la noche con un amplio chal que la cubría a medias.

Ben-Hur apreció todos los detalles de una primera ojeada. Recordó de nuevo las palabras de alabanza del Cantar de los Cantares.

—Ven —dijo ella al observar que Ben-Hur se detenía— o pensaré que tienes

miedo al agua.

Ben-Hur se sonrojó. ¿Sabría ella algo de su vida de galeote? Descendió a la barquichuela.

—Temía echar a pique este cascarón —dijo sentándose frente a ella.

—Por lo menos, espera a que nos adentremos en aguas más profundas —contestó la egipcia haciendo una señal al etíope, que empezó a remar alejándose de la orilla.

—Dame el timón —dijo Ben-Hur.

—No —replicó ella—. Fui yo quien te invité a pasear conmigo. Soy tu deudora y quiero pagarte. Habla y te escucharé; o déjame hablar a mí y tú escucha, como mejor te parezca; pero yo elegiré el camino que hemos de seguir.

—¿Dónde piensas llevarme?

—¿Vuelves a alarmarte de nuevo?

—Te hago la pregunta que siempre hace el esclavo.

—Llámame «Egipto».

—Te llamaré Iras.

—Piensa en mí con ese nombre, pero llámame Egipto.

—Egipto es un país y me recuerda a grandes multitudes.

—Sí, sí. Un hermoso país.

—¿Acaso vamos a Egipto?

—Ojalá pudiera disfrutar de semejante placer.

La egipcia suspiró al pronunciar aquellas palabras.

—Si fuéramos allí, veo que te olvidarías de mí —dijo Ben-Hur.

—Veo que no has estado nunca en Egipto.

—No, jamás.

—Es el país en el que no hay ningún desgraciado. El país envidiado por todo el resto de la Tierra. La patria de todos los dioses, bendecido por todos ellos. Allí, hijo de Arrio, la felicidad es doble que en ningún otro lugar de la Tierra, y el desgraciado que bebe por primera vez las aguas del río sagrado ríe y se torna como un niño. Es el mejor país que existe.

—¿No hay pobres, como en todos los lugares?

—Los pobres de Egipto tienen pocas necesidades. No tienen más deseos que satisfacer las más apremiantes. Se contentan con muy poco, con mucho menos de lo que un griego o un latino pudiera sospechar.

—Pero yo no soy ni griego ni latino.

Ella se echó a reír.

—Tengo un jardín lleno de rosales donde existe uno más frondoso que los otros, cuajado siempre de rosas. ¿De dónde crees que fue traído?

—De Persia, la patria del rosal.

—No.

—¿De la India?

—Tampoco.

—Entonces, de alguna isla griega.

—Te lo diré —dijo la egipcia por fin—. Lo encontró un viajero junto a un camino, en la llanura de Refain. Estaba marchito y lo recogió.

—¡En Judea!

—Sí. Lo planté en tierra del Nilo. Allí creció y floreció. Ahora me da su sombra y me demuestra su gratitud con un perfume exquisito. Lo que sucede con mi rosal ocurre con los hijos de Israel. En Egipto alcanzaron la perfección.

—Podemos citar a Moisés como ejemplo.

—Sin duda.

—Los faraones buenos han muerto ya.

—Sí. El río a cuyas orillas duermen los arrulla con sus murmullos. Pero el mismo sol templea la tierra que respiraron y caldea al mismo pueblo.

—Sí. Pero Alejandría es hoy una ciudad romana.

—No, no lo creas. Ha cambiado de cetro. César le quitó el poder por medio de la espada, pero no pudo arrebatárle el cetro del saber. Ven conmigo al Bruchcio. Te mostraré la escuela de las naciones. En el Srapeo verás la función suprema de la arquitectura. En la biblioteca leerás los libros de los inmortales. En el teatro oirás las hazañas heroicas de los griegos y de los indios. En el muelle encontrarás naves de todos los países y el triunfo del comercio. Si vinieras conmigo por sus calles, después que los filósofos hubieran desaparecido con sus discípulos y los devotos se hubieran cobijado en los templos, oirías historias que han alegrado el corazón de los hombres desde los orígenes del Mundo y cantos que jamás morirán, jamás.

Ben-Hur recordó en aquellos momentos que por la noche, en su casa de verano de Jerusalén, su madre le cantaba con el mismo entusiasmo y poesía las glorias del viejo Israel.

—Ahora comprendo por qué deseas que te llame Egipto. Si te llamo con ese nombre ¿me cantarás una canción? Anoche te oí cantar.

—Era el himno del Nilo —respondió la muchacha—. Es un lamento que surge de mi alma cuando respiro los aires del desierto y me parece oír el murmullo de las olas de mi amado río. Te cantaré mejor un himno hindú... Seguramente sabes que Kapila fue uno de los sabios más venerados de la India.

Después, como si para ella fuera la forma más natural de expresarse, comenzó a cantar casi sin transición.

*¡Oh, Kapila, tan joven y sincero,
yo aspiro a una gloria semejante a la tuya!
Al volver del combate te pregunto de nuevo:
«¿Cómo podré emular con mi valor el tuyo?».
Kapila cabalgaba en su pardo corcel;
su porte era tan grave como majestuoso.*

*«Quien lo ama todo —dijo— nada le infunde miedo:
es el amor quien arma mi bravura.*

*Una mujer me dio un día su alma entera
y desde entonces fue como el alma de mi alma.
El valor que me anima a ello lo debo.
¡Haz la prueba, haz la prueba, y ya verás!».*

*¡Oh Kapila, Kapila, tan viejo y tan canoso,
la reina pregunta por mí;
pero antes de partir deseo que me digas por qué medios lograste llegar a
ser tan sabio!*

*Kapila permanece a la puerta del templo
con el tosco sayal de un sencillo eremita.
«No me vino el saber como a los demás hombres:
de la fe me proviene.
Una mujer me dio todo su corazón
y desde entonces fue corazón del mío.
De este modo aprendí la ciencia de la vida.
¡Haz la prueba, haz la prueba, y ya verás!».*

La quilla del bote rozó el fondo arenoso de la orilla sin que apenas Ben-Hur se hubiera dado cuenta.

—Ha sido un viaje corto —exclamó el joven.

—La parada lo será más aún —replicó ella al tiempo que el etíope remaba de nuevo y se adentraban en el lago.

—Déjame el timón.

—De ninguna manera —replicó la egipcia riendo—. Para ti la cuádriga, para mí el bote. Puesto que hemos estado en Egipto, vayamos ahora al bosque de Dafne.

—¿Sin otra canción por el camino? —preguntó él suplicante.

—Cuéntame tú algo sobre el romano de quien nos hablaste hoy —replicó Iras.
A Ben-Hur le desagradó aquella petición.

—Quisiera que éste fuera el Nilo —dijo evadiendo la pregunta—. Los reyes y las reinas surgirían de las tumbas para ayudarnos a bogar.

—Eran colosos y harían zozobrar nuestra navecilla. Háblame del romano. Es muy malo, ¿verdad?

—No quiero decirte nada.

—¿Es de familia noble y rica?

—No quiero hablarte de sus riquezas.

—¡Qué caballos más hermosos los suyos! Su carro era de oro y las ruedas de

marfil. ¡Qué atrevido! Todos reían cuando se marchó. Hasta los que estuvieron a punto de ser aplastados bajo sus ruedas.

La egipcia rompió a reír al recordar la escena.

—Era la plebe —dijo Ben-Hur con amargura.

—Debe de ser uno de esos monstruos que produce Roma —dijo la muchacha, y esperó una respuesta—. Apolos voraces y codiciosos como cancerberos. ¿Vive en Antioquía?

—Tiene sangre oriental en sus venas.

—Egipto le gustaría más que Siria.

—No lo creo —replicó Ben-Hur—. Cleopatra ha muerto.

Divisaron en aquellos instantes unas lámparas que ardían ante las puertas de las tiendas.

—El aduar —exclamó Iras.

—Entonces no hemos estado en Egipto. No hemos visto Karnak, ni File, ni Abidos. Esto no es el Nilo. Sólo he oído un canto de la India y he bogado en sueños.

—File, Karnak..., lamenta no haber visto el templo de Ramsés en Abu Simbel. Es muy fácil al contemplarlo sentir la presencia de Dios, que hizo el Cielo y la Tierra. ¿Por qué te quejas? Acerquémonos a la orilla; y aunque no puedo cantar, porque he dicho que no quiero, podré contarte más cosas de Egipto.

—Empieza y sigue hasta que llegue la mañana y la noche del día siguiente —exclamó con pasión Ben-Hur.

—¿De qué quieres que te hable? ¿De matemáticas?

—Oh, no.

—¿De filosofía?

—No, no.

—¿De magos y genios?

—Si quieres...

—¿Sobre la guerra?

—Bueno.

—¿De amor?

—Sí.

—Voy a contarte una historia que habla del remedio que cura el amor. Es la historia de una reina. Fue escrita en un papiro por la propia heroína y guardado por los sacerdotes de File.

NE-NE-HOFRA

I

Ne-Ne-Hofra moraba una casa próxima a Asuán, cerca de la primera catarata, cuyo ruido llegaba hasta su morada. Era tan bella de joven que de ella decían, como de

las amapolas del jardín de su padre: ¿qué será cuando florezca por entero?

Cada año parecía el comienzo de una nueva canción, más bella que la anterior.

Nacida entre el Norte limitado por el mar y el Sur detenido por el desierto, que se dilataba más allá de los montes de la Luna, recibió de uno su pasión y de otro su genio.

Todos los dones de la naturaleza habían contribuido a su perfección. Al pasear por el jardín, los pájaros parecían saludarla moviendo las alas. Los vientos la envolvían con sus brisas frescas y acariciadoras. Los blancos lotos surgían de las profundidades del agua para contemplarla. El río, solemne, retardaba su paso para que ella pudiera contemplarse en sus cristales. Las palmeras agitaban sus penachos y se inclinaban prestándole homenaje.

El agua, las flores, las aves y todos los seres de la creación parecían decir: «Yo le di mi gracia, yo le di mi pureza». Y así en ella se reunían todas las virtudes.

A los doce años, Ne-Ne-Hofra era la delicia de Asuán. A los dieciséis su fama y belleza habían alcanzado resonancia universal. A los veinte apenas si transcurría un solo día sin que a su casa llegaran príncipes del desierto cabalgando sobre rápidos camellos, o señores de Egipto navegando sobre doradas barcas. Todos partían desconsolados y decían: «La he visto. No es una mujer, es la misma diosa Athor».

II

El rey Menes tuvo trescientos sucesores, dieciocho de los cuales fueron etíopes. Uno de ellos, Oretes, tenía entonces ciento diez años de edad. Había reinado setenta y seis años y su pueblo prosperó bajo su gobierno y los campos se encorvaron bajo la carga de la cosecha. Era sabio porque había visto muchas cosas y conocía los secretos de los corazones. Moraba en Menfis, en un palacio lleno de arsenales y tesoros, pero hacía frecuentes viajes a Butos para conversar con Latona.

El nombre de Oretes siempre era alabado por sus súbditos.

La esposa de Oretes murió. Era muy vieja para poder realizar con ella un embalsamamiento perfecto. La quería mucho y se vistió de luto y quedó desconsolado. Ante su desconsuelo, un habitante de Cólquida se atrevió a hablarle un día:

—¡Oh, Oretes! Nos asombra que un rey tan sabio y poderoso no sepa curarse de su pena.

—Explícame cómo lo harías tú —respondió el rey.

El colquideño besó tres veces el suelo antes de responder y luego dijo con temor de que la muerta le oyera:

—En Asuán mora Ne-Ne-Hofra, bella como la misma diosa Athor. Ve a buscarla. Ha rechazado a príncipes, señores y a muchos reyes. Pero ¿quién puede decir que rechace también a Oretes?

III

Por el Nilo descendía Ne-Ne-Hofra, en una nave magnífica, como nunca se vio otra jamás. Una flota de naves la seguía como escolta. La Nubia y Egipto y más de diez mil almas de Libia, junto a una hueste de trogloditas y macrobios de más allá de los montes de la Luna, se agolpaban en las orillas, llenas de tiendas, para ver el cortejo que descendía impulsado por perfumados vientos y dorados remos.

Al final de una larga avenida de esfinges se hallaba Oretes, ante quien fue llevada la bella Ne-Ne-Hofra, frente a un trono esculpido que se alzaba en el pórtico del palacio. Oretes la cogió en sus brazos y la sentó a su lado. Abrochó el brazalete real en su brazo, la besó y Ne-Ne-Hofra fue la reina de las reinas.

Pero el anciano rey Oretes no tenía bastante con aquello: necesitaba amor. Trató a su consorte con ternura, le mostró sus posesiones, sus ciudades, sus palacios, sus pueblos. Hizo galas y fiestas ante ellos con sus ejércitos y flotas. La condujo de la mano a las cuevas donde guardaba sus tesoros mientras decía: «¡Oh Ne-Ne-Hofra! Dame un beso de amor y todo será tuyo».

Y ella lo besó una, dos, tres veces..., creyendo que podía ser feliz.

Fue feliz los dos primeros años, pero pasaron muy pronto. El tercer año fue desgraciada y transcurrió muy largo. Supo entonces que el amor por Oretes no era más que admiración ante su poderío. Su espíritu quedó abatido y tuvo largos días de lágrimas. Sus esclavas olvidaron su sonrisa. Las rosas de sus mejillas quedaron transformadas en cenizas. Se agostaba y perecía de día en día.

Malas lenguas dijeron que la perseguían las Erinias por su frialdad hacia el esposo. Aseguraban que un dios envidioso de Oretes la había herido. De nada sirvieron los encantamientos de los magos y las prescripciones de los médicos para curarla de su languidez. Ne-Ne-Hofra estaba condenada a morir.

Oretes erigió una cripta para ella y llamó a los maestros escultores y a los mejores pintores de Menfis. Les hizo ponerse a la obra, guiados por los diseños y las creaciones más admirables.

—Bella reina, hermosa como la misma Athor, ¡oh reina mía! —clamaba el rey desconsolado—. Dime, explícate, te lo ruego: ¿qué enfermedad sufres que te hace languidecer de esa forma tan lenta como irresistible?

—Si te lo dijera no me amarías —contestaba la bella Ne-Ne-Hofra presa del temor y la incertidumbre.

—Te amaré más aún. Lo juro por los genios de Amentor, por el ojo sagrado de Osiris. Lo juro. ¡Habla! —exclamó el anciano rey con el ardor de un amante y la autoridad de un rey.

—Óyeme, pues —replicó Ne-Ne-Hofra—. Existe un anacoreta, el más santo y viejo de todos, que habita en una caverna cerca de Asuán. Se llama Menofa. Fue mi guardián y maestro. Manda que vayan a buscarlo y él te dirá lo que quieres saber; te

ayudará a buscar el remedio a mi aflicción.

Oretes sintió que su espíritu se llenaba de regocijo. Que de pronto se sentía joven.

IV

—Habla, dime lo que aqueja a mi reina —dijo Oretes a Menofa en su palacio de Menfis.

Y Menofa respondió:

—Poderoso señor, si fueras joven no me atrevería a responder, porque todavía deseo seguir viviendo. Tu experiencia me permite decirte que la reina paga la pena de su crimen.

—¿Un crimen? —exclamó Oretes enfurecido.

Menofa se inclinó profundamente ante la ira del poderoso rey.

—Sí, un crimen contra sí misma.

—No estoy para soportar enigmas —replicó el rey enfurecido.

—Dejará de ser enigma cuando te lo explique. Ne-Ne-Hofra creció bajo mi tutela y me confiaba hasta los más nimios detalles de su vida. Por eso llegué a conocer que amaba al hijo de un jardinero de su padre, cuyo nombre es Barbec.

Oretes empezó a calmarse y su ceño desapareció ante aquellas palabras.

—Con ese amor en su corazón —siguió Menofa— vino ella misma hasta ti. Ahora muere a causa de ese amor.

—¿Dónde está el hijo del jardinero? —preguntó Oretes.

—En Asuán.

El rey salió precipitadamente y dijo a uno de sus siervos:

—Marcha a Asuán y trae aquí a un joven jardinero llamado Barbec. Lo encontrarás en el jardín del padre de la reina.

A otro siervo ordenó:

—Reúne trabajadores, animales, máquinas. Construye en el lago Chemmis una isla sobre la que edificarás un templo, un palacio y un jardín con árboles frutales y flores y abierto al capricho de los vientos. Que la isla quede dispuesta del todo cuando la luna inicie su mengua.

Luego acudió junto a la reina y anunció:

—Alégrate. Lo sé todo y he enviado a buscar a Barbec.

Ne-Ne-Hofra le besó las manos.

—Será tuyo y tú serás de él y nadie turbará vuestro amor durante un año.

Ne-Ne-Hofra le besó entonces los pies. Oretes la levantó y la besó a su vez. Las rosas volvieron a las mejillas de Ne-Ne-Hofra. La escarlata de sus labios renació y la risa afloró otra vez a sus labios.

Un año completo vivieron Ne-Ne-Hofra y Barbee, el jardinero, en la isla que flotaba sobre la superficie del agua al impulso de los vientos. Aquella isla fue una de las maravillas del Mundo, el retiro de amor más delicioso jamás imaginado. Así transcurrió un año, durante el cual no vieron a nadie y existieron el uno para el otro. Al expirar el año, Ne-Ne-Hofra volvió como reina al palacio de Menfis.

—¿A quién amas más ahora? —preguntó el rey.

Ne-Ne-Hofra le besó y le dijo:

—Vuelvo otra vez contigo, oh buen rey, porque estoy curada.

Oretes se echó a reír.

—¿Es cierto lo que dice Menofa? ¿Es cierto entonces que el remedio contra el amor es el amor? —preguntó entre carcajadas.

—Es cierto —replicó la reina.

Mas de pronto las facciones del rey se alteraron. Adquirió un aspecto terrible.

—No estoy de acuerdo con ello —exclamó.

Ne-Ne-Hofra retrocedió asustada.

—El hombre perdona tu ofensa criminal contra Oretes —manifestó el rey—, pero la ofensa contra el rey ha de ser castigada.

Ne-Ne-Hofra se postró suplicante a sus plantas.

—Silencio —gritó el rey—. Has muerto ya.

Dio una palmada y en la estancia entró una procesión de embalsamadores, cada uno con un instrumento terrible y un ingrediente de su arte repugnante. El rey señaló a Ne-Ne-Hofra:

—He aquí la muerta. Cumplid vuestro deber.

La bella Ne-Ne-Hofra fue conducida sesenta días después a la cripta escogida para ella el año anterior y depositada junto a sus antecesoras. No hubo funerales en su honor en el lago sagrado.

Ben-Hur permanecía a los pies de la bella egipcia al terminar esta historia. Su mano descansaba sobre la de la joven que gobernaba el timón.

—¿Por qué estaba equivocado Menofa? —dijo el joven.

—El amor vive cuando se ama.

—Entonces no existe remedio contra él.

—Sí. Oretes descubrió el remedio.

—¿Qué remedio?

—La muerte. Escuchas bien, ¡oh hijo de Arrio!

Pasaron las horas insensiblemente entre historias y conversaciones. Por fin

atracaron en la orilla y ella dijo:

—Mañana volvemos a la ciudad.

—¿Asistirás a los juegos? —preguntó Ben-Hur.

—Sí.

—Te enviaré mis colores.

Al día siguiente, cercana la hora tercia, Ilderim volvió a su aduar. Al desmontar un hombre de su propia tribu se acercó a él y le dijo:

—¡Oh jeque! Me han ordenado que te entregue este pergamino con la súplica de que lo leas al instante. Si hay contestación esperaré el tiempo que te plazca.

El sello del mensaje estaba roto. Ilderim comenzó a leer al instante. El mensaje comenzaba así: «A Valerio Graco, en Cesárea».

—¡Que Abadón cargue con él! —exclamó el jeque al ver que la carta estaba escrita en latín.

En griego o en árabe hubiera podido leerla. No leía latín y sólo pudo descifrar la firma: «Messala», ante la cual sus ojos chispearon vivaces.

—¿Dónde está el joven judío? —preguntó.

—En el campo de entreno con los caballos —respondió un siervo.

El jeque guardó la carta en su cinturón y volvió a montar a caballo. En aquel momento apareció un extranjero con aspecto de llegar de la ciudad.

—Busco al jeque Ilderim, llamado El Generoso —manifestó.

Su acento y vestidura proclamaban que era romano. Aunque Ilderim no leía latín, lo hablaba, y respondió con dignidad:

—Yo soy el jeque Ilderim.

El romano bajó la mirada hacia el suelo y replicó con fingida gravedad:

—He oído decir que necesitas un auriga para tus caballos en los juegos próximos.

—Sigue tu camino —replicó Ilderim—. Ya tengo auriga.

El romano iba a partir, pero se detuvo un momento y habló de nuevo:

—Jeque, me han dicho en la ciudad que tus caballos son los mejores del mundo.

El anciano árabe se sintió ablandado; retuvo su montura halagado por la lisonja y replicó:

—Hoy no puedo enseñártelos. En cualquier otro momento lo haría, pero hoy estoy muy atareado.

Se dirigió al campo de entreno mientras el extranjero se dirigía a la ciudad con la sonrisa en los labios. Había cumplido su misión.

Desde aquel día hasta el señalado para los juegos todas las mañanas llegaba un hombre, a veces dos o tres, al huerto de las Palmeras, preguntaban por Ilderim y solicitaban al jeque que les admitiera como aurigas de su cuádriga.

Messala vigilaba a Ben-Hur.

El jeque esperó a que Ben-Hur regresara con los caballos del campo de entrenamiento para unirse a él en la tienda. Estaba muy satisfecho, porque los pocos días de entreno habían demostrado que los cuatro caballos corrían como si fueran uno solo, a la misma velocidad.

—Esta tarde podré devolverte a *Sirio*.

Ben-Hur dijo estas palabras al tiempo que acariciaba el cuello del animal.

—Te lo devolveré y engancharé el carro.

—¿Tan pronto? —preguntó Ilderim.

—Con caballos como éstos bastaría un día. No se asustan, tienen una gran presencia y les gusta el ejercicio. Éste —y señaló el lomo del más joven de los cuatro—, este que se llama *Aldebarán* es el más ligero. En una sola vuelta podría sacar a cualquier otro caballo por lo menos tres cuerpos de ventaja.

Ilderim se mesó la barba y contestó con los ojos brillantes de excitación:

—Sí; *Aldebarán* es el más nervioso de los cuatro. Pero ¿qué me dices del más lento?

—Es éste —dijo Ben-Hur señalando a *Antarés*—. Sin embargo, con él ganaremos, porque puede estar todo el día corriendo, hasta que el sol se pusiera, y alcanzaría a cualquier otro caballo más ligero.

—De nuevo tienes razón —replicó Ilderim.

—Sólo temo una cosa.

Ilderim se puso serio.

»En sus deseos por triunfar, los romanos son capaces de violar todas las leyes del honor. En los juegos usan infinitos ardides; en las carreras de cuádrigas sus trampas no perdonan ni se detienen ante nada ni nadie, ni a caballos ni a conductores. Te ruego, por lo tanto, jeque amigo, que vigiles con cuidado tus caballos. Desde hoy hasta después de la gran carrera no dejes que se acerque a ellos ningún extraño. Si quieres estar seguro coloca junto a ellos guardas armados. Si haces este te garantizo la victoria.

—Todo lo que me dices será hecho según tus deseos —respondió al tiempo que desmontaba frente a su tienda—. ¡Por la gloria de Alá! Ninguna mano que no sea la de un fiel los ha de tocar. Pondré guardas por la noche. Ahora, hijo de Arrio, mira esto y ayúdame a entender su contenido, porque está escrito en latín. Lee en voz alta y tradúcelo a la lengua de tus padres.

Ben-Hur empezó a leer con aire descuidado: «Messala a Graco». Se detuvo bruscamente. Un presentimiento pareció acelerar el ritmo de su corazón. Ilderim, que le miraba con atención, observó su turbación.

—Estoy esperando.

Ben-Hur se excusó y comenzó de nuevo la lectura del pergamino, uno de los duplicados del mensaje enviado por Messala a Graco al día siguiente de la fiesta en el palacio.

Leyó los primeros párrafos con voz temblorosa, sin poder contener la emoción que le embargaba al leer la injusticia sufrida por su familia. En un momento de la lectura fue incapaz de proseguir y el pergamino cayó de sus manos. Se cubrió el rostro con ellas y exclamó:

—¡Han muerto, muerto...! ¡Sólo yo quedo con vida!

Ilderim le había observado silencioso, respetando el dolor del joven, desde el comienzo de la lectura.

—Hijo de Arrio —dijo levantándose con solemnidad—: quiero pedirte perdón. Lee ese mensaje para ti y cuando vuelvas a ser dueño de tus emociones dime lo que resta por leer. Avísame cuando estés listo y volveré.

Con estas palabras salió de la tienda y Ben-Hur quedó solo dando suelta a su dolor.

Luego, recobrando el dominio sobre sí mismo, reanudó la lectura de aquel trágico documento. Llegó al párrafo que decía:

«Recuerda lo que hiciste de la madre y hermana del reo e infórmame si viven o están muertas».

Ben-Hur sufrió otro sobresalto. Leyó el párrafo en medio de exclamaciones contenidas.

—¡No sabe si han muerto! ¡Bendito sea el nombre del Todopoderoso! ¡Todavía hay esperanza!

Concluyó la carta y volvió a releerla con más serenidad, lo que confirmó su opinión de que acaso su madre y hermana aún vivieran. Luego llamó al jeque.

—No tenía intención de hablarte de mi vida al acudir a cobijarme bajo tu hospitalidad, sino que sólo pretendía demostrarte mi habilidad con los caballos para que pudieras confiármelos en la carrera. Puesto que esta carta ha llegado a mis manos, me siento obligado a confiártelo todo. Además, por lo que se deduce de este escrito, los dos estamos amenazados por el mismo enemigo, por lo que creo que tendremos que hacer causa común. Voy a leerte la carta y a explicarte por qué he dado signos de debilidad.

El jeque escuchó en silencio la lectura del documento hasta que llegó al párrafo en que le nombraba a él. Al oír lo que Messala decía no pudo dejar de exclamar en un tono de cólera contenida:

—¡Ah, conque bajo la tienda del traidor jeque Ilderim...! ¿Yo traidor? —siguió el anciano jeque mientras sus labios y barba temblaban de cólera y las venas de su cuello se hinchaban y latían como si fueran a estallar.

Ben-Hur le detuvo con un gesto de súplica.

—Un momento, jeque; oye las amenazas de nuestro enemigo:

»«...bajo la tienda del traidor jeque Ilderim, que no podrá escapar por mucho

tiempo a nuestra mano poderosa. No te sorprendas mucho si uno de estos días oyes decir que Magencio, como medida provisional, embarca al árabe y lo manda a Roma”.

—¡A Roma! ¡A mí, a Ilderim, jefe de diez mil jinetes armados con lanzas! ¡A mí, enviarme a Roma!

Se puso en pie con un gesto violento mientras sus ojos destellaban de ira.

—¡Oh Dios...! ¡Un hombre libre como yo, libre como mi pueblo! ¿Cuándo terminarán estas insolencias, cuándo dejarán de tratarnos como esclavos, cuándo pondremos fin a esta vida de perros que parecen arrastrarse a los pies del amo? ¡Sólo quisiera quitarme de encima cinco años, nada más cinco años!

La ira se había adueñado por completo de él y rechinaba los dientes sin poder contenerla. Algún pensamiento cruzó por su mente, porque se detuvo y dirigiéndose a Ben-Hur le asió por un brazo con gesto enérgico y le dijo con pasión:

—Si yo fuera como tú, hijo de Arrio, joven, fuerte, diestro con las armas, y tuviera los motivos que me impulsaran a la venganza... Te digo... ¡Aparta todo disimulo, hijo de Hur! ¡Hijo de Hur, escucha...!

Al oír aquel nombre la sangre de Ben-Hur pareció detenerse en sus venas. Sus ojos llamearon entonces como los del árabe.

—¡Hijo de Hur! ¡Te digo que si yo estuviera en tus circunstancias no podría ni querría estar quieto!

Empezó luego a hablar atropelladamente, sin detenerse, como las aguas que escapan de una presa contenida.

—A mis ofensas personales uniría las que ha hecho al Mundo entero y consagraría mi vida a la venganza. Recorrería país tras país y encendería el odio del género humano contra el romano. Participaría en todas las guerras que hubiera por la libertad y participaría en todas las batallas que se dieran contra Roma. Si me faltaran los hombres haría causa común con lobos, leones y tigres, con la esperanza de alzarlos contra Roma. Usaría toda clase de armas, toda clase de intrigas, y me regocijaría en toda matanza de romanos. No daría cuartel ni lo pediría. De noche imploraría a los dioses, buenos y malos por igual, que me prestaran su ayuda para abatir a Roma: las tempestades, los diluvios, el calor, el frío, las mil epidemias que nos trae el aire y de las que mueren los hombres en el Mundo.

El jeque se detuvo falto de aliento, sin dejar de moverse nerviosamente, lleno de apasionada indignación.

Ben-Hur siguió embargado por la emoción que le había producido oírse llamar por su propio nombre. Por lo menos un hombre le reconocía y aceptaba sin despreciar el nombre de sus padres. Y el hombre era aquel árabe primitivo salido del desierto, a quien no conocía pocos días antes.

¿Cómo habría sabido su secreto? ¿Por la carta? No, la carta hablaba de las injusticias sufridas por su familia. Pero no decía que él fuera la víctima escapada milagrosamente de una suerte terrible.

—Jeque amigo, dime: ¿cómo ha llegado esta carta a tus manos?

—Mis hombres vigilan los caminos que unen las ciudades importantes —respondió Ilderim—. Se la han quitado a un correo.

—¿Se sabe que esos hombres obedecen tus órdenes?

—No. Todo el mundo cree que son ladrones a quienes yo tengo la obligación de cazar y castigar.

—Tú me has llamado hijo de Hur; me has designado con el nombre de mi padre. Creía que nadie en la Tierra me conocía. ¿Cómo lo has sabido tú?

Ilderim pareció turbarse, mas respondió tras un momento:

—Yo te conozco, pero no puedo decirte más.

—¿Es que alguien te obliga a callar?

El jeque se dispuso a marchar sin responder a aquella pregunta. Luego, al observar el disgusto del joven, se volvió hacia él y dijo:

—Te ruego que no hablemos ahora de este asunto. Vuelve a la ciudad, y a mi regreso quizás pueda hablarte abiertamente. Dame la carta.

Ilderim enrolló el pergamino y volvió a cubrirlo con su envoltura. Luego, con nueva energía, manifestó:

—¿Qué contestas a mis palabras? Te he explicado lo que yo haría en lugar tuyo, pero no me has respondido.

—Pienso contestarte, jeque, y lo haré.

El rostro, el tono de voz y hasta el gesto de Ben-Hur cambiaron, llenos de una pasión más intensa y de un odio más implacable que el que el jeque había demostrado momentos antes.

»Haré todo lo que has dicho, haré todo lo que un hombre pueda ser capaz de hacer. Hace muchos años consagré mi vida a la venganza. Los cinco años pasados en Roma estuvieron presididos por este pensamiento. Quise que me educaran para la venganza. Acudí a las clases de los más famosos maestros y profesores en el arte de la guerra. Traté a gladiadores y triunfadores de circos y de ellos aprendí. En los campamentos militares aprendí táctica y disciplina. Todos mis instructores se sintieron orgullosos de mí. Soy soldado, pero aspiro a que me hagan capitán para alcanzar mis fines. Esta idea me impulsó a enrolarme en la campaña contra los Partos. Cuando termine, si el Señor me conserva la vida y la fortaleza..., entonces... ¡seré el enemigo de Roma más implacable! Roma pagará con la sangre de sus hijos todas sus maldades. He aquí mi respuesta, jeque.

Ilderim puso una mano sobre el hombro del joven y dándole un beso de paz respondió:

—Tu dios te apoyará, hijo de Hur. Toma de mí todo cuanto quieras; hombres, caballos, camellos. Ven conmigo al desierto e instalaremos allí nuestro campo de preparación. Juro que mi promesa es fiel y firme. Y ahora, basta. Antes de que la noche caiga oirás hablar de mí otra vez.

Dijo aquello y dando media vuelta brusca se encaminó hacia la ciudad.

La carta interceptada era una completa revelación. Descubría los propósitos homicidas y la intriga tramada para aniquilar a la familia de Hur. Al joven le sirvió como un aviso de lo que le amenazaba. Cuando Ilderim salió de la tienda, Ben-Hur comprendió que necesitaba proceder a una acción inmediata y enérgica.

Se enfrentaba con los enemigos más poderosos que existían en Oriente. Tenía muchas razones para temerlos. No podía permitir que la emoción velara sus pensamientos. Le embargaba un sentimiento de satisfacción al pensar en la posibilidad de que su madre y su hermana vivieran aún.

Sólo una persona podía decirle dónde estaban. Después de tanto tiempo, aquella revelación que ponía punto final a sus investigaciones le parecía un descubrimiento.

Por otra parte, le asombraba que Ilderim conociera su origen: ¿Quién le habría informado? ¿Malluch? No, sin duda que no. ¿Simónides? Menos, porque tenía gran interés en mantener su secreto oculto. ¿Messala? No; hubiera sido peligroso para él.

Salió a pasear por el huerto de las Palmeras. Se detuvo junto al lago sin poder retraerse al recuerdo de los ojos centelleantes de la egipcia y de su maravillosa belleza. No podía olvidar el paseo de la noche anterior, los cantos, las historias deliciosas e inolvidables que le había contado. Sus pensamientos se encaminaron hacia Baltasar, y Ben-Hur descubrió que esto le conducía a pensar en aquel Rey de los judíos que Baltasar esperaba con devoción y paciencia. Un Rey de Judea. Su orgullo le decía que aquello era normal, la llegada de un rey más sabio y poderoso que Salomón, y que junto a él acaso encontrara la ocupación que satisficiera su venganza.

Después de la comida del mediodía Ben-Hur se entregó al examen minucioso de su cuádriga, lo que le entretuvo durante largo rato. Vio con gran placer que era de modelo griego. Era preferible aquel tipo a las cuádrigas romanas. Era un carro de eje ancho, bajo y fuerte, aunque algo más pesado que el romano, inconveniente que compensaba la potencia de los cuatro corceles árabes.

Después del examen sacó los caballos, los enganchó al carro y los condujo al campo de ejercicios, donde los hizo correr durante más de una hora arrastrando la cuádriga.

Por la noche se hallaba lleno de confianza, embargado por el pensamiento de aplazar el asunto pendiente de Messala hasta después de la carrera. Tanto si ganaba como si perdía, alcanzaría su venganza. Le complacía la idea de enfrentarse a su adversario ante los ojos de todo Oriente. No se preocupaba de los demás competidores. Tenía plena confianza en el triunfo. Confiaba en su habilidad y en los cuatro caballos, que como fieles compañeros le darían la victoria.

A la caída de la tarde, Ben-Hur esperó a la puerta de la tienda la llegada de

Ilderim. Quería oír lo que el jeque le diría. Sintió una gran satisfacción tras un baño fresco en el lago y después del ejercicio físico. De pronto oyó el galope de un caballo y tras unos instantes apareció Malluch.

—Hijo de Arrio —le gritó sin desmontar aún—: te saludo en nombre de Ilderim, que te suplica montes a caballo y me acompañes a la ciudad. Te espera.

Ben-Hur no se entretuvo a preguntar. Entró en el departamento de los caballos y *Aldebarán* se adelantó como si quisiera ofrecerle sus servicios. Ben-Hur le acarició con cariño, pero eligió otra montura distinta de las destinadas a la carrera. Poco después los dos amigos partían hacia la ciudad.

Cruzaron el río en barcaza a poca distancia del puente de Seleucis, y tras cabalgar un gran trecho por la orilla volvieron a cruzar el río de la misma forma y entraron en la ciudad por el Oeste. Por fin llegaron a la casa de Simónides. Malluch se detuvo.

—Hemos llegado —dijo.

Ben-Hur reconoció el lugar.

—¿Dónde está el jeque? —preguntó.

—Te guiaré. Ven conmigo.

Un servidor se hizo cargo de los caballos, y antes de cruzar la puerta Ben-Hur oyó que decía:

—Entra, en el nombre del Señor.

Entraron en la estancia en la que Ben-Hur había conferenciado con Simónides algún tiempo atrás. Ben-Hur dio algunos pasos hacia el interior y se detuvo. En la habitación se hallaban tres personas que le miraron con atención. Eran Simónides, Ilderim y Esther.

El joven los contempló y por fin su mirada se posó en Esther. Al ver de nuevo a la muchacha sintió que en el fondo de sus recuerdos surgía la imagen de la egipcia y no pudo evitar la comparación entre una y otra, aunque sólo por un instante. Luego la imagen se desvaneció.

—¡Hijo de Hur!

El joven miró hacia quien le dirigía la palabra.

—Hijo de Hur —repitió Simónides con lentitud, para imprimir toda la importancia que el nombre tenía—: que la paz del Señor, Dios de nuestros padres, sea contigo...

Hizo una pausa y añadió:

—Éste es mi deseo y el de los míos.

Simónides estaba sentado, con aire señero y dominador, y alzaba su cabeza digna de un emperador. Al contemplarle era fácil olvidar los miembros quebrantados y el cuerpo maltrecho del anciano israelita. Cruzó las manos sobre el pecho. Aquella acción y el saludo tenían un significado que Ben-Hur comprendió al instante.

—Simónides —respondió conmovido—: acepto la paz que me ofreces. Como si fuera tu hijo, te la deseo a mi vez. Sólo pido que entre nosotros reine el acuerdo y la igualdad.

Quiso apartar con aquellas palabras la sumisión del comerciante, la relación que mantenía de amo a criado, y establecer otra de igualdad más noble y elevada. Simónides se volvió hacia Esther y dijo:

—Trae un asiento para el amo, hija mía.

La muchacha se apresuró a poner un escaño a disposición de Ben-Hur y se mantuvo en pie, con el rostro arrebolado, contemplando a su padre y al joven. Tras una pausa embarazosa, Ben-Hur avanzó unos pasos, tomó con suavidad el escabel de manos de Esther y lo colocó a los pies del comerciante diciendo:

—Quiero sentarme aquí.

Su mirada se cruzó con la de Esther, y aunque sólo fue por un instante ambos parecieron comprenderse. Ella supo por aquella mirada la gratitud y magnanimidad de Ben-Hur.

Simónides lanzó un leve y quedo suspiro.

—Esther, hija mía, trae los documentos.

La muchacha se dirigió a una alacena y extrajo un rollo de papiros que entregó a

su padre.

—Comencemos por aclarar la situación —dijo éste a Ben-Hur—. Aquí tengo el estado de cuentas que puede darte idea de la situación de tu fortuna.

Simónides desenrolló el primer papiro y comenzó:

»Éste indica las riquezas que pertenecían a tu padre y que pude salvar de la codicia romana. Sólo era dinero; y no lo confiscaron porque, siguiendo una costumbre judía, estaba empleado en letras de cambio sobre los mercados de Roma, Alejandría, Damasco, Cartagonova, Valencia y otras ciudades. Tal suma ascendía a ciento veinte talentos en moneda hebrea.

Entregó el papiro a Esther y tomó el segundo.

»Yo me hice cargo de esos ciento veinte talentos, y ahora verás a cuánto ascienden las ganancias que obtuve con esa cantidad.

La suma que leyó en varios papiros podía resumirse así:

En naves... 60 talentos
Mercancías almacenadas... 110».
Cargas en tránsito... 75».
Camellos, caballos, etc... 20».
Almacenes... 10».
Letras de cambio..... 54».
Metálico... 224».
TOTAL..... 553 talentos

—Añade a estos quinientos cincuenta y tres talentos los ciento veinte del capital original y tendrás seiscientos setenta y tres talentos, lo cual, hijo de Hur, significa que eres el hombre más rico del Mundo.

Volvió a tomar los papiros de manos de Esther y los entregó a Ben-Hur, reservándose uno. El orgullo que reflejaba su rostro provenía de la satisfacción de haber cumplido con su deber.

—Ya no hay nada —añadió bajando la voz, pero no la mirada—, ya no hay nada que no puedas hacer...

El momento era solemne. El mercader cruzó los brazos. Esther estaba ansiosa. El árabe acariciaba nerviosamente sus largas barbas. Recibir una gran fortuna es la prueba más decisiva para el carácter de un hombre.

Ben-Hur tomó los documentos y, luchando con su emoción, dijo con voz ronca:

—Esto es como una luz del cielo enviada para alumbrar mi camino en una noche oscura y tan larga que ya me figuraba que sería eterna. Doy gracias al Señor, que no me ha abandonado, y después a ti, Simónides. Tu fidelidad compensa la crueldad de los demás y redime la naturaleza humana. «Nada hay que no puedas hacer», has dicho. Tienes razón. No quiero que nadie me venza en generosidad en este momento. Serás mi testigo, jeque Ilderim. Escúchame, también, Esther...

Ofreció los papiros a Simónides.

»Te devuelvo la fortuna registrada en estos documentos, Simónides. Hazla tuya y séllala como donación mía a ti y a tus descendientes.

Esther sonreía con los ojos llenos de lágrimas; Ilderim, cuyas pupilas refulgían como brasas, se mesaba la barba nerviosamente. El único que permanecía tranquilo era Simónides.

—Pero ha de ser con una condición —añadió el joven.

Sus interlocutores estaban pendientes de sus palabras.

»Que me devuelvas los ciento veinte talentos que pertenecieron a mi padre.

El rostro de Ilderim se iluminó. Ben-Hur prosiguió:

»Y que me ayudes, con tu inteligencia y tus bienes, en la busca de mi madre y de mi hermana.

Simónides, emocionado, se apoderó de su mano y dijo:

—¡Bendiga el Señor tu buena voluntad! Jamás te faltaré, como nunca falté a tu padre ni a su memoria; pero me es imposible aceptar tu generosidad.

Desplegó el papiro que había empuñado durante la anterior conversación:

—Aún falta algo más. Lee este rollo en voz alta.

Ben-Hur lo leyó:

«Lista de los esclavos de Ben-Hur, bajo la custodia de Simónides, administrador de sus bienes:

»1. Amrah, egipcia, guardiana del palacio de Jerusalén.

»2. Simónides, administrador de la casa, en Antioquía.

»3. Esther, hija del anterior».

Ben-Hur no había pensado que la hija de Simónides heredaba legalmente la condición de su padre, pues sólo había pensado en ella como una rival en belleza de la egipcia, de la que posiblemente se enamoraría. No podía en modo alguno admitir la esclavitud de Esther. Miró a la joven, que se había ruborizado, y devolvió el papiro exclamando:

—Con setecientos talentos, un hombre es infinitamente rico y puede hacerlo que se antoje. Pero más precioso que este dinero es la inteligencia que lo cosechó y el corazón que supo soportar tanta riqueza sin corromperse. Esther, Simónides, no temáis. El jeque Ilderim es testigo de que os declaro libres, libertad que pretendo legalizar por escrito. ¿Puedo hacer algo más? ¡Decídmelo!

—Hijo de Hur —le contestó el anciano—, contigo la esclavitud es agradable. Pero ten en cuenta que una de las cosas que no puedes hacer es darnos la libertad legalmente. Soy tu esclavo perpetuo. Un día tu padre horadó mi oreja en la puerta de tu casa con su lezna.

—¿Mi padre hizo eso?

—No pienses mal de él —explicó apresuradamente Simónides—. Yo le rogué que

me hiciera esclavo suyo de por vida, y nunca me he arrepentido, Fue lo que pagué a Raquel por casarme con ella. Era esclava perpetua.

Ben-Hur paseaba por el aposento, irritado por su impotencia. De súbito se detuvo y exclamó:

—Ya era rico por lo que heredé de Arrio, y ahora obtengo una fortuna mayor y la inteligencia que lo ha logrado. En esto hay un designio divino. Aconséjame, Simónides, lo que debo hacer. Quiero ser digno de mi apellido; y si tú me perteneces legalmente, yo seré tuyo de hecho hasta que muera.

Los ojos del anciano se iluminaron:

—Hijo de mi querido amo: seré tu consejero y te serviré con todas mis facultades. No puedo ofrecerte este cuerpo inútil, pero mi inteligencia y mi amor son tuyos. Sólo te ruego que me confirmes en el sitio que hasta ahora he ocupado.

—¿Cuál es?

—El de Administrador de tus bienes.

—Lo eres desde este momento. ¿Quieres el nombramiento por escrito?

—Eres como tu padre, y me basta tu palabra. Y si nos entendemos...

—Por mi parte no hay duda —anunció Ben-Hur.

—Habla, hija de Raquel —ordenó entonces Simónides apartando la mano de la joven de su hombro.

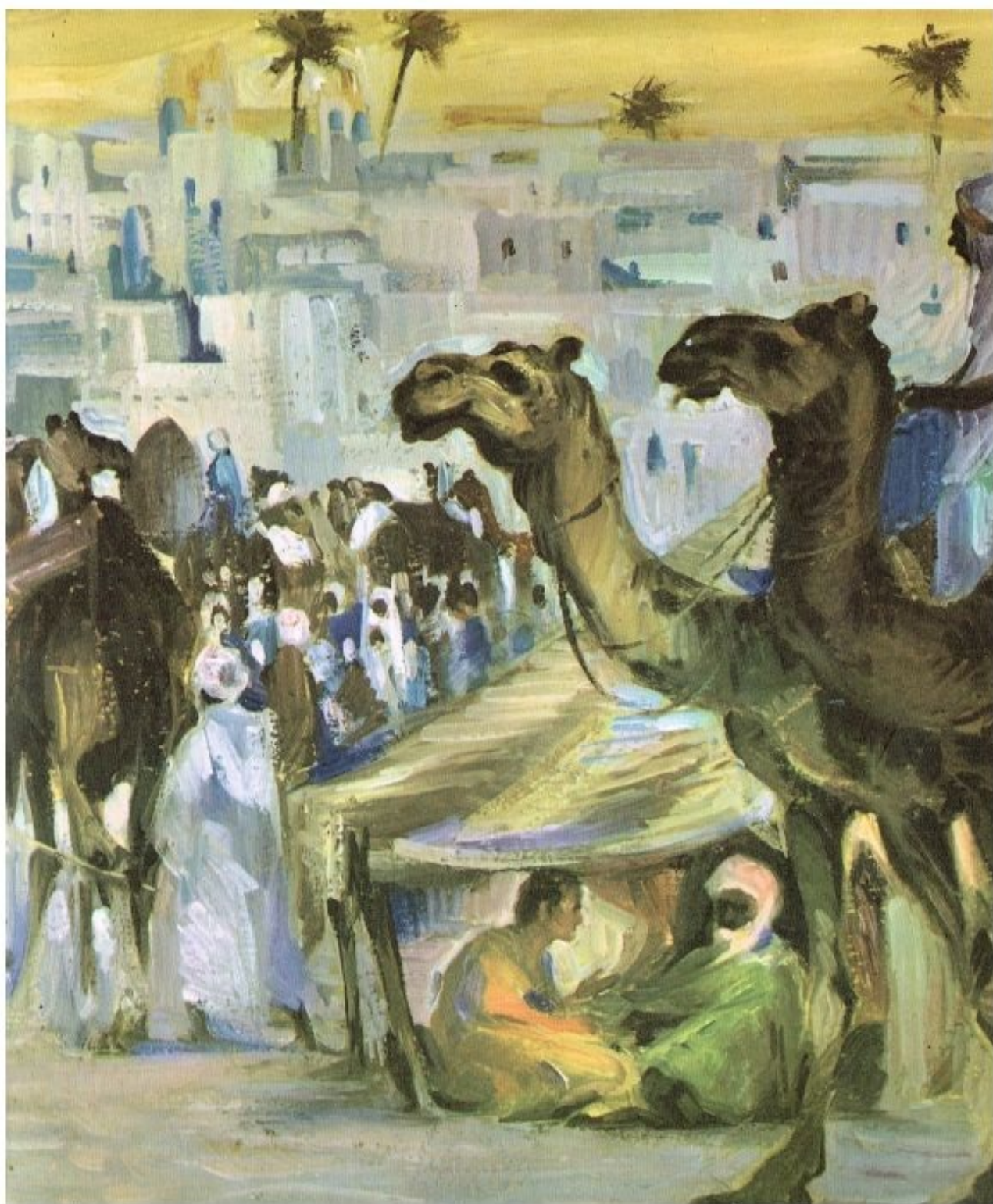
Esther se turbó, cambió de color y al fin, con encantadora dulzura, dijo a Ben-Hur:

—Mi condición es la de mi madre. Te suplico, amo mío, que, puesto que ella ha muerto, me dejes atender a mi padre.

Ben-Hur se apoderó de su mano y la condujo junto al asiento de Simónides.

—Eres una buena hija. Haz lo que quieras —exclamó.

La muchacha abrazó de nuevo a su padre y el silencio reinó en la sala durante unos segundos.



Con un gesto que no había perdido nada de su imperio, Simónides levantó la cabeza.

—Dado que la noche está muy avanzada —dijo con calma a Esther—, y puesto que todavía nos queda mucho trabajo por hacer, ordena que nos traigan un refrigerio.

A la llamada de Esther acudió un criado, al que ordenó ofreciese a los presentes pan y vino.

Después que todos se hubieron servido, Simónides continuó:

—No es aún perfecto el acuerdo, amo mío. A partir de ahora nuestras vidas irán unidas, como van las aguas de los ríos que se entremezclan al unirse. Correrían mejor, buen amo, si se pudieran alejar las nubes que puedan impedir el curso de su corriente. El otro día saliste de esta casa creyendo que yo no deseaba reconocer los derechos que ahora acabo de atribuirte. No es así, ciertamente. De que te reconocí es testigo Esther, y de ello puede darte fe Malluch.

—¡Malluch! —exclamó Ben-Hur.

—Cuando un hombre, como en el caso mío, se ve sujeto a un sillón, debe procurar contar con manos que lleguen adonde él no puede llegar. Ciertamente, Malluch es uno de mis servidores más fieles. —Mirando agradecidamente al jeque prosiguió—: En ocasiones acudo a hombres de corazón bueno, tal como Ilderim el Generoso, de probada lealtad y esforzado valor. Él puede decir si alguna vez te he olvidado o negado.

—La persona de quien me hablabas ¿es éste, buen Ilderim? —dijo Ben-Hur mirando al árabe.

El jeque afirmó con un movimiento de cabeza.

—Difícil es decir lo que un hombre es sin someterle previamente a prueba, ¡oh, buen amo mío! —dijo Simónides—. Yo te vi y creí reconocer en ti a tu padre. Hay a quien la fortuna resulta una maldición disfrazada. ¿Eras tú uno de éstos? Por ello envié a Malluch, a fin de que en este asunto fuera mis ojos y mis oídos. Sus informes dieron fe de que tú eras bueno; por tanto no debes censurarlo.

—En tu gran bondad hay mucha sabiduría —contestó Ben-Hur de modo cordial.

—Tales palabras son para mí como melodiosa música, que me deleita y alegra grandemente —replicó a su vez el comerciante—. Como nube pasajera que oculta el sol ha desaparecido para mí la incertidumbre de no poder entenderme contigo. Dejemos, pues, ahora que nuestras vidas transcurran como los ríos al fundirse y formar uno sólo, y que sea Dios quien las dé la dirección precisa.

Después de guardar silencio durante breves momentos, siguió diciendo:

»A impulsos de la verdad, quiero hablarte ahora en nombre de Dios. Al igual que el tejedor piensa en sus proyectos mientras la lanzadera va de un lado a otro y teje, así fue cómo creció en mis manos la fortuna; muchas veces pienso en la causa de tal

aumento y quedo asombrado. En verdad que alguien más dotado que yo ha estado cuidando por mí, llevando a feliz término todo cuanto emprendía. El feroz simún, que aniquilaba caravanas enteras, respetaba las mías sin ocasionar el menor daño. Si en el mar alguna borrasca encontraban mis barcos, únicamente servía para hacerlos arribar más pronto al puerto. Y todo ello sin yo poder moverme de este sillón. De mis dependientes nunca pude decir que no me sirvieran y me fueran fieles.

—Es para asombrarse, ciertamente —dijo Ben-Hur.

—Tal cosa he pensado yo siempre, y lo seguiré pensando. Ahora, ¡oh mi buen amo!, por fin te he encontrado, tal como yo deseaba. No hay duda de que Dios ha querido que así sucediera, y al igual que tú no dejo de preguntarme: ¿cuál es su propósito? Dios no hace las cosas sin algún motivo, y por ello espero la respuesta a mis preguntas.

Con extraordinaria atención Ben-Hur escuchaba las palabras del buen comerciante.

»Hace muchos años, cuando toda la familia permanecía aún reunida, y tu madre, ¡oh Esther!, estaba todavía conmigo, bella entre las bellas, me encontraba cierto día en el camino que conduce a la puerta Norte de Jerusalén, reposando junto a las tumbas de los reyes, cuando tres hombres sobre sendos camellos pasaron cerca de mí. Eran extranjeros y venían de lejanas tierras. Sus camellos eran grandes y blancos como nunca se habían visto en la Santa Ciudad. El que iba en primer lugar me preguntó: “¿Sabes tú dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Venimos a adorarlo”. Yo, sin comprender, les seguí hasta la puerta de Damasco, y pude oír cómo la misma pregunta que me hicieran se la hacían a cuantas personas encontrábamos, incluso al guardián mismo de la puerta. Igualmente, tal como yo, todos se extrañaban. Poco después olvidé lo ocurrido, a pesar de que durante algún tiempo se habló de ello como de un presagio del Mesías. ¡Aún los sabios nos comportamos a veces como niños! ¿Has visto a Baltasar?

—Le he oído contar su historia —contestó Ben-Hur.

—¡Un milagro, un verdadero milagro! —exclamó Simónides—. Cuando me lo contaba parecía estar oyendo la respuesta tan largamente esperada del cielo, ¡oh amo mío! El propósito de Dios era bien patente a mis ojos. El Rey quiere aparecer pobre, sin amigos, sin séquito ni ejército, sin ciudades y sin ciudadelas. Sólo quiere fundar su Reino y destruir el de Roma. ¡Considera por un momento, oh mi buen amo, qué gran oportunidad se te ofrece! ¡Tú con tu fuerza, diestro en el manejo de las armas, lleno de vigor! ¿Pudo algún hombre aspirar a una gloria mayor?

—¡Pero el Reino, el Reino! —decía Ben-Hur con ansiedad—. ¡El buen Baltasar dice que será un Reino de almas!

—Baltasar ha sido testigo de cosas admirables, ¡oh amo mío!, y yo creo en cuanto dice porque lo ha visto. Pero es hijo de Mizraim, y ni siquiera prosélito. No podemos suponer ni por un momento que tenga un especial conocimiento por el que debemos inclinarnos ante él en un asunto exclusivo entre Dios e Israel. Él recibió directamente,

al igual que los profetas, la luz del cielo. En todo caso, son muchos contra uno, pero el Señor es siempre el mismo. Mi obligación es creer en los profetas. Esther, tráeme el Torah.

Sin aguardar el regreso de su hija, prosiguió:

»¿No es de tener en cuenta el testimonio de un pueblo entero, oh mi amo? Desde Tiro, en la orilla del mar por el Norte, hasta la capital de Edón, al Sur, no encontrarás ni un lector del Sema, ni un limosnero del Templo, ni uno que haya comido del cordero pascual, que pueda decirte que el reino que ha de fundar para nosotros, los hijos de la Santa alianza, el Rey que ha de venir, no sea de este mundo y semejante al de nuestro padre David. Me preguntarás de dónde hemos sacado esta fe. Ahora lo vamos a ver.

En aquel momento apareció Esther cargada con numerosos pergaminos cuidadosamente envueltos en lienzo oscuro y adornados con primorosos rótulos dorados.

—Sostenlos y dámelos según te los pida, hija mía —dijo Simónides con el acento tierno que usaba siempre que se dirigía a Esther—. Sería muy largo para mí citar a todos los santos que han sucedido a los profetas, ¡oh amo mío!, los de los videntes, los de los predicadores que enseñaron desde la cautividad, o de los mismos sabios que recibieron las luces de la antorcha de Malaquías, el último de su linaje. ¿Quién es el Señor del rebaño en el libro de Enoch? ¿Quién sino el Rey de quien estamos hablando? Un nuevo Reino se alza para Él, conmoviendo la Tierra y haciendo caer a los demás reyes de sus tronos. Igual dice el cantar de los Salmos de Salomón: «Mira, ¡oh Señor! y haz surgir un Rey en el momento que creas oportuno. ¡Oh Dios!, un hijo de David que gobierne a Israel, a tus hijos. Y uncirá bajo su yugo para que lo sirvan a los pueblos de los paganos. Y será justo, criado en el temor del Señor... porque gobernará para siempre toda la Tierra con las palabras de su boca». Pregúntale a Esdras, el segundo Moisés, quién es el León que con voz de hombre dice al Águila (que es Roma): «Amaste a los embusteros y has derribado las ciudades de los trabajadores y arrasado sus murallas, aunque daño no te hicieron. Por lo tanto, huye lejos, que la Tierra pueda regocijarse y reponerse, y esperar en la justicia y en la piedad de Aquel que la creó. Y desde entonces no se volvió a ver el Águila». Seguramente sería bastante el testimonio de éstos, ¡oh mi buen amo! —Luego añadió—: Sírvenos un poco de vino, mi buena Esther. Después me darás el Torah.

Esther le acercó un jarro de vino.

Después de haber bebido, preguntó a Ben-Hur:

—¿Tú crees en los profetas, mi amo? Por ser ésta la fe de tus progenitores crees en ellos. Dame, hija mía, el libro que contiene las visiones de Isaías.

Desenrollando a medias el rollo entregado por Esther, leyó:

—«El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en la sombría tierra de la muerte, luz resplandeció sobre ellos. Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el gobierno pesará sobre sus hombros. Lo dilatado de su imperio y la

paz no tendrá término sobre el trono de David, y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre». —Luego volvió a preguntar a Ben-Hur—: ¿Tú crees en los profetas? Entrégame el libro en el que están las palabras del Señor a Miqueas, hija mía. —Tomándolo en sus manos volvió a leer:

—«Pero tú, Belén Efreta, pequeña entre las miles de Judá, de ti me saldrá el que será el señor de Israel». Éste es, sin duda, el Niño que vio Baltasar en la cueva, y al que adoró. Dame ahora, Esther, el libro de Jeremías. —Tomándolo leyó de esta forma:

—«Considera los días que han de venir, dijo el Señor. Saldrá de David en esos días una rama justa y de ella surgirá un Rey que reinará y prosperará y ejecutará la justicia en la Tierra. Judá se salvará en sus días e Israel habitará seguro; como un rey reinará». Lo mismo que un rey, ¡amo mío! ¿Crees en los profetas? Dame el rollo de los dichos de Judá, en quien jamás hubo mancha alguna.

Después de recibir de manos de Esther el libro de Daniel, Simónides prosiguió leyendo:

—«Oid, maestros. Yo vi en la noche visiones, y vi a uno semejante al Hijo del Hombre que venía sobre las nubes del cielo... Y se le dio el dominio y la gloria y el Reino para que todo pueblo y nación y lenguaje le sirviera. Su dominio será un dominio eterno que no acabará nunca, y su Reino no perecerá jamás». —Después de leer estas palabras volvió a preguntar—: ¿Crees tú, amo mío, en los profetas?

—Es bastante. Creo —respondió Ben-Hur.

—Y si el Rey viene pobre, ¿le darás, ¡oh amo mío!, de tus riquezas?

—Le daré hasta el último siclo. Pero dime: ¿por qué ha de venir pobre?

Antes de contestar, Simónides pidió a Esther el libro de Zacarías; luego leyó:

—«¡Alégrate mucho, hija de Sion! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén!! He aquí que tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna». Así entrará el Rey en Jerusalén. ¿Qué ves, amo mío?

—Veo a Roma y a sus legiones —replicó Ben-Hur.

—Serás el amo de las legiones del Rey. Podrás escoger, puesto que tendrás millones.

—¡Millones!

—No debe turbarte el poder, ¡oh mi amo! No sabes cuán fuerte es nuestro Israel. Lo crees como un anciano afligido; pero ve a Jerusalén en la Pascua próxima y verás lo que es. Para medir el poder de Israel debes medir con la regla de la fe, no con la del crecimiento natural.

—¡Oh, si yo tuviera tu juventud! —intervino el jeque Ilderim.

Ben-Hur quedó pensando en las palabras de su amigo, las que le invitaban a consagrar su vida al misterioso Ser. La exaltación de Simónides produjo en Judá la sensación de que una puerta se hubiese abierto en su interior, ofreciéndole lo que siempre había soñado. Al fin habló:

—Admitamos que el Reino del Rey que ha de venir sea igual al de Salomón.

Estoy dispuesto a sacrificar cuanto tengo y valgo por esta causa. Mas ¿he de esperar a que Él venga? Tú que tienes edad y sabiduría, contesta.

—La carta de Messala a Graco es la señal para empezar las hostilidades. No somos lo suficientemente fuertes para contrarrestar su alianza. Si permanecemos con los brazos cruzados nos matarán; de su poder guardo yo pruebas en mi pobre cuerpo. Deseo, sin embargo, saber si tu ánimo es fuerte, ¡oh amo! Recuerdo lo agradable que era para mí el Mundo cuando tenía tu edad.

—Pero a pesar de ello fuiste capaz del sacrificio —dijo Ben-Hur.

—Fue por amor.

—¿Y acaso existe algo más fuerte?

—Sí. La ambición —fue la respuesta del comerciante.

—Cosa prohibida para un buen hijo de Israel.

—Si no la ambición, puede ser la venganza.

—¡La venganza es la ley del judío!

—Hasta los perros y los camellos recuerdan las injusticias —intervino nuevamente Ilderim.

—Algo puede hacerse en tanto llega el Rey. Déjame a mí que siga cuidando de que la fuente de tu fortuna no se seque. Dirígete tú, ¡oh amo mío!, a Jerusalén y desde allí al desierto, a fin de organizar a los hombres de armas de Israel. Llámales por centurias, escoge capitanes, ejércítales en las armas y procura almacenarlas en sitios seguros y secretos. Empieza por Perea; ve luego a Galilea y de allí estarás a un paso de Jerusalén. Desde Perea tendrás a Ilderim al alcance de la mano. Él es dueño de los caminos y te informará de todo lo que en ellos ocurra y pase. ¿Qué contestas, mi amo?

—Pienso que las puertas por donde entré a mi hogar se cerrarán para siempre. Roma no me perdonará, y sus secuaces me perseguirán; las tumbas cerca de las ciudades y las cuevas de los montes serán mi única morada.

Un sollozo de Esther cortó las palabras del joven Ben-Hur. Todos volvieron el rostro hacia ella, quien ocultó el suyo en el pecho de su padre. Simónides, conmovido, abrazó a su hija diciendo:

—Perdona, no tuve en cuenta tu presencia.

—Dejadla. Un hombre puede soportar mejor su suerte si hay alguien que se compadezca de él. Dejad que concluya.

Todos los presentes volvieron a prestar atención a las palabras de Ben-Hur, que prosiguió:

—Puesto que no hay opción para mí, me pondré inmediatamente a cumplir lo que habéis asignado, ya que el permanecer aquí es esperar una muerte innoble.

—¿Es preciso que el compromiso que ahora contraemos se haga constar por escrito?

—Con vuestra palabra basta.

—Así opino yo también —dijo Ilderim.

—Lo dicho, dicho está —añadió Ben-Hur, cerrando de esta sencilla forma el convenio que iba a cambiar por completo el destino de su vida.

—¡Que nuestro Dios nos ayude! —dijo Simónides.

—Sólo una cosa más, queridos amigos. Es mi deseo permanecer libre hasta pasados los juegos. Antes de siete días Messala no recibirá contestación de Graco, y para mí será un placer encontrarle en el circo, a pesar de que en ello arriesgue la vida.

—Estos siete días me servirán para arreglar los bienes que según me has dicho te ha legado Arrio. ¿Son bienes inmuebles?

—Una casa de campo cerca de Miseno y varias más en Roma.

—Mi proposición es que las vendas. Yo colocaré el producto en sitio seguro. Entrégame una relación de todo para que yo pueda disponerlo de la forma más conveniente.

—Mañana mismo te entregaré la relación que me pides.

—Bien. Creo que no hay más que tratar, por lo que por esta noche hemos concluido. Ofrécenos más pan y vino, hija mía. Ilderim nos proporcionará el honor de tenerle como huésped hasta mañana o hasta que lo desee. En cuanto a ti, amo mío...

—He de volver al huerto de las Palmeras. Tengo que sacar mis caballos y a esta hora difícilmente me descubrirá el enemigo.

Apenas había amanecido cuando Ben-Hur y Malluch descabalgaban a la entrada de la tienda.

Al anoecer del día siguiente Ben-Hur contemplaba desde la azotea del almacén un navio que levaba anclas, en el que iba un pasajero autorizado para disponer y ordenar libremente los bienes heredados de Arrio. Al lado de Judá permanecía Esther, los dos en silencio, admirados por el espectáculo ofrecido por la luz de las antorchas que alumbraban a los cargadores y les daban en ocasiones aspectos de genios de algún cuento.

Ben-Hur parecía ensimismado, pensando quizás en todo lo que iba a perder, él que disponía de riquezas, juventud, salud. Una voz interior le inducía a rechazar las propuestas de Simónides, diciéndole que su porvenir estaba junto a la dulce Esther.

—¿Has estado en alguna ocasión en Roma? —preguntó a Esther.

—No. Creo además que no habría de gustarme.

—¿Qué motivos tienes para ello?

—No sé. Roma me infunde pánico —fue la contestación tenue de ella.

Al mirarla recordó el fatal accidente ocurrido con Graco. Tirzah, su hermana, permanecía en aquella ocasión también a su lado. Tal pensamiento le inclinó a ser más afectuoso con Esther.

—Cuando pienso en Roma, me imagino a un monstruo devorador de hermosos paisajes, que atrae a los hombres para conducirlos a la ruina y a la muerte.

—Sigue —solicitó Ben-Hur cuando la joven hubo enmudecido.

—Habiendo sobrevivido a tanto infortunio, ¿por qué has de enfrentarte a ella? ¿No sería mejor que vivieras tranquilo, disfrutando de lo mucho que posees?

—¿Qué deseas que haga?

—¿Es muy hermosa la propiedad que Arrio te legó en Roma?

—Muy hermosa en verdad —contestó Ben-Hur—. Está rodeada de bellos jardines y frondosas alamedas. Ni aun la villa del César puede compararse a la mía.

—¿Es apacible la vida allí?

—Habiendo muerto Arrio y estando yo aquí, no hay nada comparable con la quietud que en estos momentos debe rodear la villa. ¿Por qué tales preguntas, mi buena Esther?

—¡Mi buen amo!

—Llámame hermano, Esther, o amigo; pero no amo, cosa que no deseo ser.

Por causa de la oscuridad Ben-Hur no pudo darse cuenta del rubor de su compañera, ni tampoco del brillo de sus ojos.

—No comprendo cómo, pudiendo vivir tranquilo, prefieres...

—La sangre y el exterminio —dijo él terminando la frase inconcluida de Esther—. Correría los mismos peligros en Roma, y quizás más, toda vez que no sabría de dónde podría venir la muerte ni en qué forma. Dudo que la paz del Mundo se haya

hecho para mí. No puedo disfrutar de ella mientras ignore la suerte de mi familia. Por otro lado, ¿no he de castigar a todos los causantes del mal que sobre mí y mi familia ha caído? Imposible sería vivir tal como tú dices sin que la conciencia me reprochase mi falta de valor.

—¿No hay nada que nosotros podamos hacer para mitigar tu desdicha? —dijo Esther.

—¿Tanta preocupación sientes por mí? —contestó Ben-Hur mientras oprimía entre sus manos una de ella.

—Sí —fue la respuesta de la joven.

Al sentir que Esther temblaba, Ben-Hur recordó a la egipcia, tan seductora, bella, insinuante. Besó la mano que oprimía y dijo:

—Tú serás para mí como una segunda hermana; igual que Tirzah.

—¿Quién es ella?

—La hermana que los romanos me robaron, y a quien debo encontrar si deseo alcanzar la dicha completa.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Simónides, a quien un criado llevaba empujando su sillón.

Los tres contemplaron la partida del barco, mientras en el corazón de Ben-Hur se hacía por completo la luz: se dedicaría por entero a la causa del Rey del que tanto le había hablado su fiel amigo Simónides el comerciante.

Ilderim había encerrado sus caballos en un «khan» cercano al circo. Con él había llevado a sus criados, hombres de armas, camellos; todo lo que poseía. Cuando llegara el nuevo día estaría cerca de su verdadera patria, el desierto.

Judá y él no daban más valor a Messala del que tenía. Creían que no les perseguiría hasta después de la carrera en el circo. Si Ben-Hur le vencía, el vengativo romano no esperaría a la contestación de Graco. Por ello decidió ponerse lejos del alcance de su enemigo.

Malluch les esperaba en el camino, y no daba muestras de estar en el secreto de Judá hablado noches antes en la casa de Simónides. Cuando llegaron junto a él el fiel dependiente entregó un pergamino al jeque, mientras decía:

—Por esta proclama que te entrego verás que tus caballos han sido admitidos en la carrera, así como el orden que seguirán los espectáculos.

Mientras Ilderim leía la proclama, Malluch se dirigió a Ben-Hur diciendo:

—Nada se opondrá a tu lucha con Messala, hijo de Arrio. Igual que tú, él ha llenado todas las condiciones necesarias. Todo, pues, está en regla. Tu color es el blanco y el de Messala oro y escarlata. He puesto mil sidos a disposición de un amigo que estará cerca del cónsul, con el fin de que admita las apuestas de tres por uno, o cinco a diez.

—Bien, fiel Malluch. Hay un romano que sólo apostará en moneda romana. Procura verle esta noche y pon a su disposición los sestercios que te parezca a fin de que busque apuestas con Messala. Quiero que esté centrado en nosotros todo el interés de la lucha. Si deseas complacerme, Malluch, debes hacer todo lo posible para que el público advierta con claridad la oposición entre Messala y yo.

—Cosa fácil es, ciertamente.

—Pues no dejes de ponerlo en práctica.

—Si todas las apuestas son aceptadas, tanto mejor.

—Con todo, no ascenderán a todo lo que me ha robado. Debo además doblegar su orgullo, quebrantarlo, herirlo. No creo que nuestro padre Jacob se ofendiera por ello. Si el caso llega, haz las apuestas hasta con talentos. Diez, veinte, cincuenta...

—Sumas enormes; debo tener garantías.

—Tendrás todas las que precises. Ve a ver a Simónides y dile que así es mi deseo. Dile que no quiero dejar perder esta oportunidad. Además, a nuestro lado está el Dios de nuestros padres. No pierdas tiempo, buen Malluch.

—Antes de partir —dijo Malluch— quiero hacerte saber que alguien ha tomado las medidas del carro que utilizará Messala y ha comprobado que el eje es un palmo más alto que el que tú utilizarás.

—¿Un palmo? —dijo Ben-Hur, en una explosión de alegría—. No quiero decirte

nada ahora, Malluch; sólo que consigas un asiento en la galería sobre la puerta del Triunfo, cercano al balcón que hay frente a los pilares, y mires con mucha atención.

En aquel instante se acercó el jeque Ilderim, con la proclama en la mano, y señaló las últimas líneas.

—¿Qué es esto? Léelo, Ben-Hur.

Así lo hizo Judá. En el pergamino pudo leer todo el programa de la función: una procesión de inusitado esplendor; los honores al dios Conso; carreras; saltos; pugilatos. En cada especialidad se daba cuenta de los nombres y ciudades de los participantes. Se indicaban también los premios en litigio. ¡Cuán lejos se encontraban ya aquellos tiempos en que los romanos se conformaban con una corona de laurel!

La atención de Ben-Hur se centró en las carreras de cuádrigas. El director de los juegos prometía algo nunca visto en Antioquía. Los premios ascendían a cien mil sestercios y una corona de laurel, y eran seis los participantes.

Sólo se permitía la participación de carros de cuatro caballos, y para mayor aliciente debían correr todos a la vez. La descripción de las cuádrigas era así:

- La de Lisipo, de Corinto. Corrió el año pasado en Alejandría y luego en Corinto, en donde fue vencedor. Estaba compuesta de dos tordos, un bayo y un negro. Auriga: Lisipo. Color: amarillo.
- Cuádriga de Messala, de Roma; dos blancos y dos negros. Vencedor en los juegos circenses celebrados en el circo Máximo el año pasado. Auriga: Messala. Color: escarlata y oro.
- Cuádriga de Cleanto, el ateniense; tres tordillos y un bayo. Vencedor en los juegos ístmicos del año último. Auriga: Cleanto. Color: verde.
- Cuádriga de Diceo, el bizantino; dos negros, un tordo y un bayo. Ganó este año en Bizancio. Auriga: Diceo. Color: negro.
- Cuádriga de Admeto, de Sidonio; tordos los cuatro. Ha corrido durante tres años en Cesárea, ganando siempre el premio. Auriga: Admeto. Color: azul.
- Cuádriga de Ilderim, jeque del desierto. Todos bayos. Corren por primera vez. Auriga: Ben-Hur, judío. Color: blanco.

¿Qué significaba el nombre de *Ben-Hur, judío*, en lugar de Arrio? En ello se veía la mano de Messala, conclusión a la que llegaron Ben-Hur y el jeque.

Cuando apenas había caído la noche sobre Antioquía, grandes multitudes de gentes se entregaban al culto de Baco y Apolo. Se notaba cierta particularidad entre las diferentes razas que discurrían por las grandes vías cubiertas. Todos usaban los colores de las cuádrigas que al día siguiente tomarían parte en las carreras. Entre todos ellos predominaban tres colores: el verde, el blanco y el escarlata-oro.

En el interior del palacio de la isla podía verse el espectáculo habitual: la juventud patricia y oficial romana; los jugadores de azar; los perezosos en los divanes. En resumen: tedio y aburrimiento por doquier. Sus tablillas están llenas de apuestas sobre todas las competiciones menos la carrera de cuádrigas, ya que ninguno se quiere arriesgar en apostar en contra de Messala. En el salón sólo se ve el color escarlata-oro. Y nadie duda de la victoria del romano, que se encuentra en un diván rodeado de sus admiradores y secuaces, que le agobian a preguntas:

Entran en aquel momento Druso y Cecilio.

El joven príncipe se echa a los pies de Messala diciendo:

—¡Por Baco, que me encuentro cansado!

—¿De dónde vienes? —pregunta Messala.

—De las calles; de Onfalo y de más allá. Nunca he visto tanta gente. Dicen que mañana veremos al Mundo entero reunido en el circo.

—¿Y qué has encontrado en ellas, Druso?

—Nada.

—Por lo visto Druso no tiene ganas de divertirse —intervino Cecilio—. Pero yo sí. Hemos encontrado a un hombre con menos carne en su cara que una pica, que... ¡Ja, ja, ja, ja!, que ha apostado por Ben-Hur el judío. Yo le pregunté... ¡ja, ja, ja! Perdona, Messala, que la risa me impida continuar.

—Termina de hablar.

—Apostó un siclo.

—¿Un siclo? —dijo alguien mientras todos los reunidos alrededor de Messala prorrumpían en carcajadas.

—¿Y qué hizo Druso? —quiso saber Messala.

—Pues guardar sus tabletas y perder un siclo.

En aquel momento alguien gritó:

—¡Un representante del color blanco! ¡Un blanco aquí!

—¡Que entre! ¡Que venga! ¡Por aquí! ¡Dejadle pasar!

Exclamaciones análogas podían oírse por toda la asamblea, mientras los jugadores abandonaban los juegos, los dormilones despertaban y todos se lanzaban hacia donde el recién llegado se encontraba, con las tablillas de las apuestas en la mano.

—Yo te ofrezco...

—Y yo...

—Y yo...

—Y yo...

El llamado blanco era el judío que había acompañado a Ben-Hur desde Chipre. Había entrado en el salón con mucha tranquilidad, dirigiéndose a la mesa central; y después de recoger su manto con solemnidad gritó:

—¡Yo os saludo, mis nobles romanos!

—¿Quién es el que con tanto desparpajo habla? —quiso saber Druso.

—Un perro de Israel llamado Sanbalat; vive en Roma y posee inmensas riquezas.

El personaje así tratado hablaba:

—Estoy aquí dispuesto a sacrificarme a apostar. Vamos al grano: ¿qué apuestas queréis hacer? Os ruego prisa, ya que tengo un compromiso con el cónsul.

—Tres a uno.

—¿Solamente tres?

—Cuatro, pues —dijo alguien herido por la insolencia de Sanbalat.

—Cinco, dadme cinco; cinco a uno.

Un profundo silencio se adueñó de la multitud, roto de nuevo por la voz del judío, que decía:

—El cónsul me espera... Despachad aprisa.

—Yo te ofrezco cinco.

Era Messala quien hablaba.

—¿Tú, poseedor del espíritu preciso para sustituir al César si muriese? Tú me ofrecerás seis a no dudar.

—Sean seis, si así lo queréis —respondió Messala lleno de orgullo.

Concertada la apuesta, Sanbalat extendió un escrito que decía:

Memorándum. Carrera de cuádrigas. Messala, de Roma, en apuesta con Sanbalat, también de Roma, afirma que vencerá a Ben-Hur, el judío. Importe de la apuesta: veinte talentos. Ventajas para Sanbalat: seis por uno.

Testigos

SANBALAT

Una vez que Sanbalat leyó el memorándum se adueñó de la sala el silencio, roto al fin por Messala, que obligado por las miradas de los presentes a tomar una determinación y firmar dijo:

—¿Cómo sé que tú eres dueño de veinte talentos? Dame prueba de ello.

Sanbalat extrajo un pergamino y se lo ofreció a Messala al tiempo que le decía:

—Tú mismo puedes leerlo.

—«El portador, Sanbalat, de Roma —leyó Messala—, tiene en mi poder y a su orden la cantidad de cincuenta talentos, moneda del César. Simónides».

Llena de asombro, la concurrencia exclamaba una y otra vez:

—¡Cincuenta talentos, cincuenta talentos!

Druso quiso contrarrestar el golpe de efecto dado por el judío diciendo:

—¡Únicamente el César puede disponer de cincuenta talentos! ¡Este judío es un embustero! ¡Fuera con él!

—Tú, perro circunciso: te apostaba veinte talentos, pero ahora te ofrezco cinco, en la misma proporción de seis a uno. Escríbelo así.

Después de rectificado el memorándum, Sanbalat retó:

—Apuesto cinco talentos contra cinco talentos a que el blanco vence. ¡Os desafío colectivamente!

—¡Acaba ya, insolente! —gritó Druso—. Deja ya escrita la apuesta; y si mañana confirmo que dispones de tanto dinero, te doy mi palabra de admitirla.

Aquella misma noche corrió por toda la ciudad la historia de las prodigiosas apuestas y de la rivalidad entre Messala y Ben-Hur, quien durmió toda la noche con un sueño profundo.

El circo de Antioquía se hallaba en la orilla meridional del río, precisamente enfrente de la isla, y presentaba la disposición que por lo general ofrece el plano de estos edificios.

Según la costumbre imperial romana, los juegos eran una concesión al pueblo, y por consiguiente todos podían asistir. Por eso, a pesar de ser tan grande la capacidad de semejantes edificios, mucho antes del anochecer del día anterior a los juegos la multitud ocupaba los alrededores como un ejército acampado.

A medianoche se abrían todas las puertas y las gentes pasaban a ocupar la parte que les estaba asignada, para desalojarlas de la cual hubiera sido preciso un terremoto o un ejército armado de lanzas. Echaban un sueño, si podían, sobre los bancos, hasta que llegaba el día, y almorzaban allí. Cuando el espectáculo empezaba, se les encontraba tan ávidos de ver y oír como si estuvieran frescos y bien reposados.

Los de clase acomodada tenían sus asientos fijos reservados y solían dirigirse al circo a primera hora de la mañana: los más ricos procuraban distinguirse por la riqueza de sus literas o por el séquito de criados y siervos que les seguían.

En el preciso instante en que el gnomon del reloj del sol de la ciudadela marcaba las dos y media, una legión, con armadura completa y desplegando sus águilas y estandartes, bajaba del monte Sulpio; y cuando la última cohorte desaparecía en el puente podría decirse que Antioquía quedaba literalmente abandonada; no porque el circo contuviese a toda la población, sino porque ésta la había abandonado para, por lo menos, presenciar el espectáculo que ofrecían los alrededores.

En la margen del río una gran muchedumbre presenciaba el momento en que el cónsul abandonaba la isla, en una barca del Estado, y era recibido por la legión, espectáculo que por algún tiempo atraía todas las miradas.

A la hora tercera estaba el circo lleno y un toque de clarines imponía silencio anunciando el principio del espectáculo. Las miradas de más de doscientos mil espectadores se dirigían hacia un cuerpo del edificio que formaba el costado oriental.

Allí un basamento se abría en ancha puerta de arco; era la Puerta Magna, sobre la cual se encontraba bastante alta una tribuna magníficamente decorada con las insignias y estandartes de la legión, la tribuna de honor, donde en lugar preferente se sentaba el cónsul. A ambos lados de la Puerta estaban las cuadras llamadas cárceles, protegidas por macizas verjas de hierro soldadas a los pilares. Sobre estas cárceles corría una comisa coronada por una fuerte balaustrada, detrás de la cual empezaba una gradería que se elevaba en anfiteatro, lugar destinado a los dignatarios, ataviados con esplendidez. Aquel cuerpo de edificio ocupaba toda la anchura del circo y estaba flanqueado de torres que, además de darle gracia, servían para mantener los *velaría*; es decir, los doseles o toldos de púrpura que procuraban frescura a aquella parte en lo

más caluroso del día.

A derecha e izquierda de la tribuna del cónsul se hallaban las entradas principales, muy amplias, protegidas por puertas de hierro que se abrían en las torres de los lados de la tribuna.

La palestra era una superficie llana, de extensión considerable, cubierta de fina y blanca arena, donde se verificaban todos los juegos, excepto el de las carreras pedestres.

No muy lejos de la tribuna se levantaba en la arena un pedestal de mármol que soportaba tres pilares bajos y cónicos, de piedra gris, ricamente esculpidos. Todas las miradas se dirigían en los momentos decisivos hacia ellos, porque marcaban la primera meta, el principio y fin de la carrera. Detrás de este pedestal se veían un altar y un pequeño pasaje.

Las paredes que limitaban la arena formaban un muro liso de quince o veinte pies de alto, con una balaustrada encima semejante a la que coronaba las cárceles, Aquel balcón, que daba la vuelta completa al circo, sólo estaba cortado en tres puntos, para permitir la entrada o salida: dos al Norte y uno al Oeste, llamado Puerta del Triunfo, porque, terminado el espectáculo, salían por ella los vencedores, coronados y acompañados de una escolta triunfal.

Al extremo opuesto de la tribuna consular el balcón, como la muralla, tomaba la forma de un semicírculo, sobre el cual se levantaban dos grandes galerías.

Detrás de la balaustrada, a un lado del circo, se hallaba la primera fila de asientos; desde ella se levantaban los siguientes en forma de anfiteatro. Las galerías del Oeste estaban ocupadas por el vulgo.

Suenan las trompetas y la multitud, inmóvil, guarda un profundo silencio presa de intenso interés.

Entre cantos y música aparece por la Puerta Magna el coro de la procesión con que se abren los juegos. El director y las autoridades cívicas de la ciudad abren la marcha, vestidos con largas túnicas y guirnaldas en la cabeza. Luego siguen los dioses, algunos en andas, otros en grandes carros de cuatro ruedas ricamente decorados; detrás van los campeones, en las ropas con que han de tomar parte en el espectáculo.

Las aclamaciones y los aplausos de la muchedumbre agitada se dejan oír en el ámbito del circo, y el director y sus adjuntos saludan al público entusiasmado.

La recepción de los atletas es aún más apasionada, porque apenas se cuenta en el concurso quien no haya apostado por su favorito.

Al esplendor de los carros y a la belleza de los caballos y de sus arneses se une la apostura y elegancia de los aurigas, vestidos con túnicas cortas sin mangas, de lana fina, con los colores señalados en el programa. Cada cual va acompañado de un jinete, excepto Ben-Hur, que, por desconfianza sin duda, prefiere ir solo; además, todos llevan yelmo excepto él.

Cuando pasan ante las graderías los espectadores se levantan en sus bancos y se

eleva un inmenso clamor, en el que se distingue la aguda entonación de las mujeres y de los niños; al mismo tiempo una verdadera lluvia de rosas cae sobre los campeones, amenazando llenar las cuádrigas. Hasta los caballos participan de la ovación, y se puede asegurar que no tienen menor consciencia que sus amos de los honores que reciben.

Pronto se hizo patente el favor que gozaban del público algunos de los aurigas. Veíase en las graderías que casi todos los espectadores —hombres, mujeres y niños— llevaban un color, por lo general una cinta, que clavaban en el pecho o se ponían en la cabeza. Había muchas verdes, amarillas y azules, pero predominaban los colores blanco y el escarlata con oro.

Si el bizantino y el sidonio tenían pocos seguidores, era porque sus ciudades respectivas tenían escasa representación en los bancos. Por su parte los griegos, aunque muy numerosos, estaban divididos entre el corintio y el ateniense, y por esta causa abundaban poco el verde y el amarillo.

El escarlata y oro de Messala no habría predominado tanto si los habitantes de Antioquía, proverbialmente serviles y cortesanos, no hubieran adoptado el color de sus amos. Los campesinos, los sirios, los judíos y los árabes, en parte por la fe que les inspiraban los caballos del jeque, y sobre todo por su odio a los romanos, a quienes deseaban con ardor ver vencidos y humillados, eran del partido blanco, quizás el más numeroso y, de seguro, el más ruidoso.

El interés y el entusiasmo llegó al más alto grado en la segunda meta, en donde, especialmente en las graderías, el color blanco dominaba; el pueblo arrojó todas sus flores y atronó el aire con sus gritos:

—¡Messala! ¡Messala!

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur!

Cuando el desfile hubo terminado los partidarios volvieron a sentarse y continuaron sus conversaciones.

—¡Ah, por Baco! ¡Qué hombre tan hermoso! —exclamó una mujer, cuyo romanticismo se revelaba por los colores que flotaban de sus cabellos.

—¡Y qué caballos! —añadió un vecino que llevaba una insignia del mismo color.

—Todo de oro y marfil. ¡Júpiter permita que gane!

La nota dominante en el bando de atrás era muy diferente.

—¡Cien sidos por el judío! —gritó una voz aguda.

—No seas tan impresionable —le dijo un amigo que pretendía calmarle—. Los hijos de Jacob no son muy partidarios de los espectáculos gentiles, que a menudo son malditos a los ojos del Señor.

—Es verdad. Pero ¿has visto nunca un hombre más sereno y más frío?

—¡Y qué brazo!

—¡Y qué caballos! —añadió un tercero.

—Y aseguran también —dijo un cuarto— que conoce al dedillo las argucias y estratagemas de los romanos.

Una mujer completó el elogio.

—Sí; y es más guapo que el romano.

Así apoyado, el judío gritó de nuevo:

—¡Cien sidos por el hebreo!

—¡Cállate, imbécil! —le increpó uno de Antioquía, desde un banco algo más separado y delantero—. ¿No sabes que han apostado cincuenta talentos contra él, a seis por uno, en favor de Messala?

—¡Guárdate tus sidos, no sea que venga Abraham y cargue con ellos!

—Oye, tú, ¡asno de Antíoco! Cesa ya de rebuznar. ¿No sabes que es el mismo Messala quien los juega?

Así se elevaban disputas por todas partes y se entablaban controversias que no siempre acababan bien.

Cuando terminó, al fin, la marcha y la procesión desapareció por la Puerta Magna, Ben-Hur comprendió que había logrado su deseo ferviente.

Todo el Oriente tenía fijos sus ojos en su rivalidad con Messala.

A cosa de las tres de la tarde, hablando según el estilo de nuestra época, sólo quedaba del programa la carrera de cuádrigas.

Hubo un descanso entre la primera y segunda parte del espectáculo. De pronto, a una señal del director de los juegos, se abrieron las puertas y cuantos pudieron se apresuraron a salir de los pórticos, donde se habían establecido vendedores de comestibles de toda clase. Los que permanecían sentados bostezaban, charlaban, consultaban sus tabletas y, olvidadas ya las discusiones, no quedaban más que dos clases: la de los que ganaban, que se mostraban contentos y satisfechos, y la de los que perdían, que fruncían el ceño.

Sin embargo, quedaba una tercera clase: espectadores que sólo deseaban presenciar la carrera de cuádrigas y se aprovechaban del intervalo para ocupar sus asientos sin incomodar a nadie. Entre ellos estaban Simónides y sus acompañantes, cuyos asientos se hallaban cerca de la entrada principal del lado Norte, enfrente del cónsul.

Cuando cuatro robustos criados atravesaron la gradería llevando al comerciante en su sillón se produjo un movimiento general de curiosidad. Quienes le conocían pronunciaban su nombre, Los que se encontraban cerca lo oyeron y lo transmitieron a lo largo de los asientos, hacia el Oeste, y pronto el público empezó a ponerse de pie en los bancos para ver al hombre del que se contaba en Antioquía una historia fabulosa.

Ilderim fue igualmente reconocido y aclamado; pero nadie supo quiénes eran Baltasar y las dos mujeres cubiertas de velos.

El pueblo les abría paso con respeto y los acomodadores les colocaron en la primera fila, detrás de la balaustrada que daba a la arena, donde se sentaron sobre almohadones y apoyaron los pies en taburetes.

Las dos mujeres eran Iras y Esther.

Después de acomodadas, la segunda dirigió una medrosa mirada a la pista y a las galerías y cerró más aún el velo que cubría su rostro, mientras la egipcia, dejando caer sobre los hombros el velo que la cubría, se dejó contemplar y miró la escena con la aparente indiferencia con que las mujeres acostumbradas al trato social acogen, como si no lo advirtieran, las miradas que se dirigen hacia ellas.

Entretanto unos criados del circo comenzaron a tender una cuerda blanca a través de la arena, de balcón a balcón, enfrente de los pilares de la meta de partida; y otros seis, que salieron de la Puerta Magna, se colocaron ante cada una de las células o cárceles ocupadas por las cuádrigas. Por todas las galerías se levantaba gran vocerío:

—¡Mirad, mirad! ¡El verde ocupa el número cuatro de la derecha! ¡Allá está el ateniense!

—Y Messala, sí, el número dos.

—El corintio...

—¡Mirad el blanco! Ahora cruza por delante de todos, se detiene; es el número uno, el último de la izquierda.

—No es el negro el que se detiene allí; el blanco es el número dos.

—Sí, es verdad.

Los seis porteros vestían el color correspondiente al auriga a quien les correspondía abrir la puerta; y así, cuando cada cual se situó en su puesto vieron en qué célula estaba encerrado cada uno de los seis competidores.

—¿No has visto nunca a Messala? —preguntó la egipcia a Esther.

La judía se estremeció al responder con una negativa. Si el romano no era enemigo de su padre, lo era de Ben-Hur.

—¡Es un hermoso Apolo! —exclamó Iras, y sus grandes ojos brillaron al mover su abanico incrustado en pedrería.

Esther la miró, pensando: «¿Es acaso tan bello como Ben-Hur?».

En aquel momento oyó que Ilderim decía a su padre:

—Sí, su célula debe de ser el número dos.

Y suponiendo que hablaban de Ben-Hur, sus ojos se volvieron hacia ellos.

Al lanzar una rápida mirada sobre la enrejada puerta se cerró más aún el velo y musitó una corta oración.

En aquel momento Sanbalat se acercaba al grupo.

—Vengo precisamente de las cárceles, ¡oh jeque! —dijo, saludando con gravedad a Ilderim, que empezaba a mesarse la barba mientras sus ojos brillaban con ávida curiosidad—. Los caballos están en perfecto estado.

Ilderim replicó:

—Si son derrotados, ruego a Dios que no sea Messala, por lo menos, su vencedor.

Volviéndose luego a Simónides, Sanbalat sacó una tableta y dijo:

—Te traigo algo interesante. Ya recordarás, supongo, la apuesta cruzada anoche con Messala y la que te anuncié que quedaba pendiente; la cual, si al fin era aceptada, me sería entregada, firmada ya, antes de la carrera. Aquí está.

Simónides tomó la tablilla y leyó cuidadosamente el memorándum:

—Sí —dijo—: su emisario vino a preguntarme si tenía tanto dinero tuyo en mi casa. Conserva bien esta tableta. Si pierdes, ya sabes lo que has de hacer. Si ganas —su rostro expresó una gran dureza—, si ganas, ¡oh amigo!, ten mucho cuidado. ¡El firmante querrá escapar! ¡No lo abandones hasta que suelte el último siclo! ¡Esto es lo que ellos harían con nosotros!

—Ten confianza en mí —replicó Sanbalat.

—¿No quieres sentarte con nosotros? —le preguntó Simónides.

—Eres muy amable —replicó—; pero si abandono al cónsul, la joven Roma que le acompaña lo tomará a mal. La paz sea con vosotros.

Terminó el intermedio. Los clarines dieron un toque, y al oírlo acudieron los que

habían abandonado sus asientos con el fin de ocuparlos de nuevo. Algunos criados del circo treparon al muro divisorio y se dirigieron a la extremidad occidental, cerca de la segunda meta: colocaron siete bolas de madera sobre un tablado, mientras otros criados ponían en otro tablado análogo, al otro extremo —es decir, cerca de la meta primera—, otras siete piezas de madera que representaban delfines.

—¿Qué piensan hacer de esas bolas y de esos peces, jeque? —preguntó Baltasar.

—¿No has presenciado nunca una carrera?

—Nunca hasta ahora; y aún no sé por qué estoy aquí.

—Son para llevar bien la cuenta. Al final de cada vuelta, verás cómo echan abajo una bola y un delfín.

Los preparativos estaban ya hechos; a indicación del director, un trompeta, en traje de gran gala, dio la señal del comienzo. El movimiento y las conversaciones cesaron al instante. Todas las miradas se dirigieron hacia el Este y se clavaron en las seis puertas que cerraban las seis células de los campeones.

Un leve carmín, que coloreó las mejillas de Simónides, dio prueba de que también él se dejaba llevar de la excitación general. Ilderim se acariciaba rápida y nerviosamente la barba.

—Mira ahora cuando salga el romano —dijo la bella egipcia a Esther, quien ni siquiera la oyó porque, con su velo apretado a la cara y con las manos sobre él corazón, que latía apresuradamente, sólo esperaba la aparición de Ben-Hur.

El toque del clarín fue corto y penetrante. Al oírlo los encargados de dar la salida, uno por cada carro, se retiraron de detrás del pilar de partida, dispuestos a prestar auxilio a alguna de las cuádrigas si parecía mal dirigida.

Sonó de nuevo el clarín y, a un mismo tiempo, los porteros abrieron las seis verjas.

Aparecieron primero los cinco ayudantes de los conductores, montados. Ben-Hur había rechazado aquel servicio. La cuerda blanca fue echada a tierra para que pasaran, pero fue izada de nuevo a la altura de un hombre. Los porteros aguardaban la señal del palco consular para transmitirla a los conductores respectivos. De pronto los acomodadores de la galería hicieron una señal con la mano y los porteros gritaron con todas sus fuerzas:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Como un huracán, o más bien como proyectiles lanzados de otras tantas ballestas, salieron las cuádrigas. En un momento el circo entero se puso en pie, como electrizado, y los espectadores llenaron el espacio de un clamor inmenso.

Aquél era el momento que tanto y tan pacientemente habían estado todos esperando y del que tanto se venía hablando.

—¡Ahora está allí, allí; mira! —exclamó Iras, señalando a Messala.

—Ya lo veo —respondió Esther, que no miraba más que a Ben-Hur.

El velo se le había caído sobre los hombros. Por un instante la hebrea fue valerosa. Acudió a su mente la idea del gozo que se experimenta al ejecutar un hecho

heroico en presencia de tantos espectadores; y entonces comprendió cómo en tales ocasiones es posible que el alma del hombre, en el frenesí por conseguir la victoria, se burle de la muerte.

Los seis contrincantes estaban a la vista de casi todos los espectadores; pero la carrera propia aún no había empezado, pues habían de tocar la cuerda tendida en primer lugar, con el propósito de igualar el tiempo de partida. Si hubiese sido arrojada sobre los caballos, habría podido producir una confusión entre los hombres y los animales; por otra parte, si las cuádrigas se aproximaban a ella con timidez, corrían el albur de quedarse atrás desde el principio de la carrera; y además perdían la ventaja, siempre disputada, de correr junto al muro, es decir, en la línea interior de la pista.

Esta prueba, con todos sus peligros y consecuencias, era bien conocida del público. La opinión del viejo Néstor, manifestada en el momento en que entregaba a su hijo las riendas de la cuádriga, era verdadera: «No es la fuerza, sino el arte, quien gana el premio: y el ser ligero vale menos que ser cuerdo». Todos esperaban con ansia el resultado de la prueba, que era como un indicio sobre quién sería el vencedor.

Al salir cada conductor miró al principio la cuerda y, después, la codiciada posición junto al muro; así, como se dirigían los seis al mismo punto con furiosa velocidad, parecía inevitable una colisión. Pero no era esto todo. ¿Qué ocurriría si, en el último instante, el director de los juegos no daba la señal de bajar la cuerda?

La pista tenía unos doscientos cincuenta pies de longitud. Se requería vista rápida, mano firme y juicio pronto. ¡Ah, si se distraía uno echando una mirada! ¡Si su entendimiento vagaba por otra parte! ¡Si se escapaba una rienda!

Las cuádrigas se adelantaban juntas hacia la cuerda. En un momento dado el trompeta que se encontraba al lado del director dio un vigoroso toque; y aunque los jueces no pudieron oírlo, por el inmenso clamoreo de la multitud, vieron la acción y aflojaron la cuerda en el momento preciso en que el casco de uno de los caballos de Messala la pisó el primero.

El romano, adelantado, sacudió su largo látigo, aflojó las riendas y con un grito triunfante tomó el puesto contiguo a la muralla.

—¡Júpiter está con nosotros! —gritaron los del partido romano en el frenesí del primer triunfo.

Al propio tiempo la cabeza del león de bronce con que terminaba el eje del carro del romano alcanzó un remo delantero de uno de los caballos del ateniense y lo arrojó sobre los caballos de lanza. Éstos vacilaron, tropezaron y perdieron la ventaja que llevaban. Millares de espectadores, horrorizados, quedaron mudos; sólo los que se sentaban alrededor del cónsul aplaudieron.

—¡Júpiter está con nosotros! —decían sus amigos al ver a Messala dueño de la posición preferente.

—¡Ganará! ¡Júpiter está con nosotros! —gritó con frenesí Druso.

Con sus tabletas en la mano, Sanbalat se volvió hacia ellos; mas un crujido que procedía de la pista le cortó la palabra y no pudo menos de volverse a mirar.

Después de haberse adelantado Mes sala, el corintio era el único que disputaba al ateniense el derecho de pasar primero, y éste procuraba conservar al galope su quebrantada cuádriga. Era fatal que la desgracia lo eliminase de la carrera. La rueda del bizantino, que estaba muy cerca a la izquierda, chocó con la pieza posterior de su carro, la destrozó y magulló los pies del ateniense. Algo crujió, resonó un grito de dolor y de rabia y el desgraciado Cleante cayó bajo los pies de sus propios caballos. Ante aquel espectáculo terrible se cubrió Esther los ojos. El corintio, el bizancio y el sidonio pasaron sobre él; Sanbalat miró a Ben-Hur y volvió de nuevo a Druso y a su facción.

—¡Cien sestercios por el judío! —gritó.

—¡Aceptados! —contestó Druso.

—¡Otros cien sestercios por el judío! —gritó Sanbalat de nuevo.

Nadie pareció oírle. Gritó de nuevo, pero la situación era absorbente en la pista y nadie pensaba más que en gritar.

—¡Messala! ¡Messala! ¡Júpiter está con nosotros!

Cuando la hebrea se aventuró a mirar de nuevo, algunos criados se ocupaban en arrastrar apresuradamente los caballos y el destrozado carro; otros llevaban a Cleante, privado de sentido. De todas las gradas donde se hallase un griego brotaban gritos de execración y de venganza. De pronto vio a Ben-Hur, cuya cuádriga corría al lado de la del romano; detrás de ellos, en grupo, seguían el sidonio, el corintio y el bizantino.

La carrera fue disputada con ardor desde el principio. Los corredores ponían en ella toda su alma; millares y millares de personas estaban pendientes del menor de sus movimientos.

Ben-Hur, como hemos visto, estaba en el extremo izquierdo de los seis al ocurrir el accidente en la lucha por el puesto privilegiado. Por un momento quedó, como los otros, cegado por la reverberación de la arena; sin embargo, procuró no perder de vista a sus antagonistas y adivinar sus propósitos. Lanzó una mirada escrutadora sobre Messala, que era algo más que un competidor para él, y lo vio impasible; la altanería característica del noble patricio aparecía, como siempre, en su rostro, más bello quizás entonces a causa del yelmo que realzaba su varonil hermosura. Ben-Hur, guiado por una imaginación celosa, o bien por efecto de la sombra que sobre el rostro del romano extendía su casco, creyó ver reflejada en sus facciones, como en un espejo, el alma entera de su rival; negra, cruel, *falaz*. Un clima resuelta a todo con tal de conseguir sus propósitos.

Ben-Hur sintió afirmarse su resolución de aniquilar a toda costa a su enemigo. Aun a riesgo de su vida, le humillaría. Premio, apuestas, amigos, honores, todo aquello que excitaba a los demás no tenía para él ningún interés; todo se borraba ante su implacable venganza. Y, sin embargo, no había pasión por su parte; por lo menos esa pasión que ciega, hace perder la cabeza, acelera los latidos del corazón y nubla la vista. No; en él no había ningún impulso de lucha contra la fortuna; no creía en la suerte. Había formado su plan fríamente y, confiado en sus fuerzas, se había puesto a la obra con la mayor minuciosidad; nunca sintióse más dueño de sí mismo, jamás se encontró menos alterado por pasión alguna.

Al ver en la salida que Messala ocupaba el puesto privilegiado, por una especie de rápida e infalible intuición, comprendió que aquél sabía que caería la cuerda con el fin de darle la preferencia. ¿Qué cosa más acorde con el carácter romano sino que sus compatriotas y amigos procurasen ayudar a Messala, primero por el honor nacional y después porque estaban en juego sus fortunas?

Prudentemente, Ben-Hur no se obstinó en luchar en tales condiciones y cedió al punto el puesto a su rival. La cuerda cayó, como ya hemos dicho; y al punto todas las cuádrigas, excepto la suya, saltaron a la carrera, impulsa dos los caballos por el látigo. Se inclinó a la derecha y, con toda la velocidad que le ofrecían sus corceles árabes, se lanzó tras las huellas de su contrincante, formando un ángulo sabiamente calculado para perder el menor tiempo posible y ganar el mayor espacio. Así, mientras los espectadores se lamentaban de la desgracia del ateniense y el sidonio, el bizantino y el corintio se esforzaban con toda su destreza en evitar un choque, Ben-Hur los alcanzó, torció después en otro ángulo igualmente hábil y se situó al fin junto a Messala. La maravillosa destreza que demostraba aquella maniobra no escapó a los ojos de los espectadores experimentados. Esther misma, imitando a los demás, palmoteo con alegre sorpresa. Sanbalat, sonriente, ofrecía sus cien sestercios por

segunda vez, sin encontrar quien aceptase el envite. Y en aquel punto los romanos empezaron a sospechar que Messala había encontrado un competidor tan experto como él, si no mejor. ¡Y éste era un judío!

Corrieron juntos, con un pequeño espacio entre los dos carros, y se aproximaron a la segunda meta.

El pedestal de los tres pilares, visto desde Poniente, aparecía como una muralla en forma de semicírculo, en exacto paralelismo con las paredes del circo y de la pista. Dar la vuelta era considerado, bajo todos los aspectos, como la prueba más evidente de la habilidad de un conductor de cuádriga; en una vuelta semejante cayó Orestes. El interés subió de punto y se produjo un silencio general. Por primera vez pudo oírse el rodar de las cuádrigas, vigorosamente arrastradas por los caballos, que apenas tocaban la arena.

En aquel momento Messala pareció percatarse de la presencia de Ben-Hur y su audacia se manifestó de un modo imprevisto.

—¡Muera Eros y viva Marte! —gritó, y restallando su fusta la dejó caer sobre los cuatro caballos de Ben-Hur, envolviéndoles en un latigazo como jamás habían sufrido los generosos animales—. ¡Muera Eros y viva Marte! —repitió triunfante.

El latigazo fue visto por la mayoría de los espectadores, y el asombro se hizo general. Siguió el silencio. Detrás del cónsul los más atrevidos, temiendo algo inusitado, contuvieron el aliento. El resultado no se hizo esperar mucho tiempo. Como una explosión repentina, la indignación popular estalló en un clamoreo inmenso y prolongado. Lo realizado por Messala era una infamia y una deslealtad nunca vista en los fastos del circo.

Los cuatro corceles árabes saltaron espantados. Hasta entonces nadie había puesto las manos sobre ellos sino para colmarlos de caricias; fueron criados por el cariño de su amo, y su confianza en la bondad del hombre era absoluta, ofreciendo a éste la más admirable lección. ¿Qué habían de hacer seres tan mimados bajo un trato tan indigno sino saltar como si se vieran acosados por la muerte?

En un solo impulso se precipitaron, arrastrando consigo el carro como si fuera una pluma. Llegada la ocasión, toda experiencia es útil. ¿Dónde pudo adquirir Ben-Hur aquella mano, aquella poderosa fuerza, aquel puño de hierro que ahora le había servido de modo tan cumplido? ¿Dónde sino manejando el remo en lucha constante con el mar? ¿Y qué fue para él aquel brusco salto de su cuádriga, salto que hubiera derribado a otro cualquiera que no hubiera sufrido los continuos vaivenes de una galera juguete de las olas?

No perdió su puesto; dio libre rienda a la cuádriga y, con voz llena de caricias, procuró calmar a los corceles, tratando sólo de guiarlos en la peligrosa vuelta; y antes de que la fiebre popular empezara a decrecer había conseguido hacerse de nuevo dueño de ellos. Y no sólo esto, sino que al aproximarse a la meta de partida Ben-Hur había recobrado su posición al lado de Messala y atraído la simpatía y admiración de todo el que no era romano.

Messala, a pesar de su osadía, no creyó oportuno ni seguro burlarse por segunda vez del público, que con tanta claridad había demostrado su simpatía por el judío.

Esther pudo ver la frente de Ben-Hur cuando los caballos daban la vuelta a la meta. Vio de lleno su rostro, un poco pálido, noblemente erguido, pero sereno y hasta plácido. Se dio cuenta de que sólo pensaba en la lucha.

Terminada la primera vuelta, un criado bajó una de las bolas de madera, mientras en el otro extremo bajaban uno de los delfines.

De igual forma, en la segunda vuelta, dejaron caer la segunda bola y el segundo delfín, y lo mismo la tercera bola y el tercer delfín de la tercera vuelta.

En la cuarta, Messala conservaba aún el lado interior y Ben-Hur todavía se mantenía junto a él, mientras los otros tres competidores les seguían como antes. La lucha tenía el aspecto de una de aquellas dobles carreras tan populares en Roma durante el mandato del último César.

El sidonio consiguió ponerse al lado de Ben-Hur en la quinta vuelta, pero pronto perdió aquel lugar. La sexta comenzó sin un cambio de posición en los contendientes.

Sin embargo, había ido aumentando de modo gradual la velocidad de los caballos y se había calentado y exaltado la sangre de sus conductores, que sentían acercarse el momento decisivo. Hombres y bestias conocían que era necesario desplegar en la etapa final el esfuerzo supremo.

El interés que casi desde el principio se había concentrado en el romano y el judío, con profunda y general simpatía por este último, parecía trocarse en ansiedad y desaliento. Los espectadores se inclinaban hacia adelante, inmóviles, siguiendo ansiosa, penosamente, a los aurigas. Ilderim se olvidaba de mesarse la barba y Esther de sus temores.

—¡Cien sestercios por el judío! —gritó Sanbalat a los romanos que se cobijaban bajo el dosel del cónsul.

Nadie respondió.

—Un talento... Cinco talentos... Diez... Lo que queráis...

Y sacudía sus tabletas hacia ellos en son de desafío.

—Acepto tus sestercios —contestó un joven romano, preparándose a escribir.

—No hagas tal cosa —le aconsejó un amigo.

—¿Por qué?

—Mira, Messala ha llegado al máximo de velocidad. ¿No ves cómo se apoya en el borde de su carro y afloja las riendas? Mira ahora al judío.

El primero observó, en efecto, a éste.

—¡Por Hércules! —replicó, presa de desaliento—. Ese perro parece que tira con todas sus fuerzas de las bridas. ¡Lo veo! ¡Lo veo! Si los dioses no protegen a nuestro amigo, el judío va a adelantarse cuando se le antoje... Pero ¡no!... Aún no... ¡Mira! Júpiter está con nosotros. ¡Júpiter nos protege!

Aquel grito brotó espontáneamente de todos los pechos latinos.

En verdad, si Messala había alcanzado el máximo de velocidad, su esfuerzo no le

había dado ventaja alguna; lenta, pero seguramente, empezaba a aflojar. Sus caballos empezaban a agachar las cabezas. Desde lo alto parecía que sus cuerpos, tendidos en la carrera, rozaban la pista; las ventanas de la nariz, abiertas, mostraban sus membranas inyectadas de sangre; los ojos parecían rodar en las órbitas. Los nobles brutos hacían todo lo que podían; pero ¿cuánto tiempo sostendrían aquel paso? ¡Sólo estaban al principio de la sexta vuelta!

Pero he aquí que, al aproximarse a la segunda meta, Ben-Hur quedó tras el carro de Messala. Esto fue lo que levantó el ánimo de los romanos.

La alegría de Messala y su facción llegó al colmo; gritaban, aullaban y agitaban al aire sus colores, y Sanbalat llenó sus tabletas con las apuestas que hacía y que eran aceptadas.

A Malluch, que se encontraba en la galería inferior, sobre la Puerta del Triunfo, se le hacía duro conservar la serenidad. Recordaba la vaga indicación que le hiciera Ben-Hur de que algo sucedería al bordear la meta occidental; pero habían transcurrido cinco vueltas sin que ocurriese nada. Había creído que en la sexta vería la señal del éxito; pero he aquí que Ben-Hur perdía su puesto y apenas conseguía mantenerse a la zaga de su adversario.

Simónides y sus amigos esperaban serenos y silenciosos. El comerciante, inclinado sobre la balaustrada, seguía todos los incidentes. Ilderim estiraba con ansiedad su barba y fruncía las cejas de tal modo que apenas dejaba perceptible un punto brillante de sus ojos, como una chispa de fuego. Esther apenas respiraba. Sólo Iras estaba alegre.

Y así se dio fin a la sexta vuelta: Messala delante e inmediatamente detrás Ben-Hur, tan cerca que recordaba la antigua epopeya: «Volaba delante Eumelo sobre sus caballos fereceos; con los de Troya viene detrás el atrevido Diomedes; junto a la espalda de Eumelo dejan oír su resoplido, como si fueran montados tras él en su propio carro. En la lucha sintió el ardiente hálito y vio sobre él las flotantes sombras de los caballos».

Así llegaron a la meta de partida y dieron la vuelta. Temeroso Messala de perder su puesto, se acercaba cuando podía rasando casi el muro con grave riesgo; un pie más hacia la izquierda y su cuádriga se hubiera hecho astillas. Cuando acabó la sexta vuelta nadie, al mirar las huellas de ambos carros, hubiera podido decir: «Ésta es la de Messala y ésta la del judío». Se confundían en una sola.

Esther vio de nuevo el rostro de Ben-Hur, al doblar la primera meta, más pálido que al principio. Simónides, más perspicaz que su hija, dijo a Ilderim, en el momento que pasaba por delante de ellos:

—Yo no soy buen juez, jeque, pero juraría que Ben-Hur intenta dar un golpe decisivo. Basta con ver su rostro.

A lo cual contestó Ilderim:

—¡Qué frescos y qué vigorosos están sus caballos! ¡Por el esplendor de Dios, amigo, parece que no han empezado aún a correr! ¡Mira, mira ahora!

En los dos tablados sólo quedaban una bola y un delfín. De todas las galerías surgió un rugido y el pueblo aspiró ampliamente el aire, porque ya se acercaba el principio del fin. El sidonio fustigó furiosamente sus caballos, que, precipitados por el dolor y el miedo, se lanzaron desesperados, prometiendo por unos instantes colocarse al frente, mas este esfuerzo sólo se quedó en promesa. Luego el bizantino y el corintio hicieron un supremo esfuerzo, con el mismo resultado negativo. En realidad ya habían perdido la carrera. Así lo comprendieron todos los espectadores y, con un acuerdo maravilloso y perfectamente explicable, todas las facciones, excepto la romana, pusieron sus esperanzas en Ben-Hur, a quien demostraban sus simpatías.

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur! —gritaban; y el poderoso clamoreo dominaba las voces que se alzaban en favor de Messala en la tribuna consular. De las graderías, bajo las cuales pasaba en su carrera, descendió sobre él la simpatía en forma de imperativos y fieros votos.

—¡Aviva, judío! ¡Vuela!

—¡Suelta los caballos! ¡Dales más rienda! ¡Pégales!

—¡No consientas que se adelante a la vuelta! ¡Ahora o nunca!

Sobre la balaustrada, a riesgo de caer a la arena, se inclinaban, extendiendo hacia él los brazos, suplicando, amenazando, implorando el triunfo.

El judío nada oyó; nada pudo hacer mejor en todo el trayecto hasta la segunda meta. Continuaba detrás sin cambio alguno.

Messala empezó a tirar de sus caballos de la izquierda, al dar la vuelta, lo que les hizo menguar velocidad. Estaba muy animado; en su imaginación, más de un altar iba a enriquecerse con sus votos y ofrendas. El genio romano debía quedar satisfecho. Desde los tres pilares sólo faltaban seiscientos pasos para alcanzar la fama y acrecentar su fortuna, sus honores y obtener un triunfo inefable sobre el objeto de su odio.

Desde la galería Malluch vio a Ben-Hur inclinarse hacia sus cuatro corceles y soltar toda la rienda. Su mano vigorosa agitó la larga fusta, que silbó como una serpiente sobre las cabezas de sus caballos, y silbó de nuevo y se agitó amenazadora, aunque sin tocarlos; pero si no cayó sobre sus lomos, sintieron la amenaza y el aguijón y se lanzaron como el huracán. El rostro encendido y los ojos llameantes de Ben-Hur parecían querer infundir en los caballos una irresistible voluntad; y los cuatro, como uno solo, respondieron saltando tras el carro romano.

Entonces Messala, cerca de la meta y a tiempo de dar la peligrosa vuelta, oyó pero no se atrevió a mirar. Dominando los ruidos de la pista sobresalía una voz, la de Ben-Hur. En el antiguo dialecto arameo excitaba a sus caballos como lo hubiera hecho el propio jeque.

—¡Oh *Altair*! ¡Oh *Rigel*! ¿Qué te pasa, *Antarés*? ¿Vas ahora a flaquear? ¡Buenos caballos...! ¡Animo, *Aldebarán*...! Oigo cantar en las tiendas. Ya oigo a las mujeres y a los niños que cantan a las estrellas. *Altair*, *Antarés*, *Rigel*, *Aldebarán*, ¡victoria...! ¡Bien hecho...! Mañana a casa, a vuestra tienda..., a casa... ¡Oh, *Antarés*! ¡La tribu

os está aguardando y el amo os desea...! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Eso es...! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hip...! ¡Hemos derribado al orgulloso! ¡En el polvo yace la mano que nos hirió! ¡La gloria es nuestra...! ¡Ánimo...! La obra está cumplida... Soo... ¡Basta! ¡Quietos!

Lo ocurrido no pudo ser más sencillo, pero tampoco más breve.

Era el momento elegido por Messala para girar y dar la vuelta hacia la meta. Para adelantarle, Ben-Hur había de inclinarse a la izquierda y la buena estrategia requería que aquel movimiento fuese lo estrictamente preciso para no quedar retrasado. Todos entre el público lo comprendieron así, y vieron la señal dada a los caballos y la soberbia salida de éstos. Vieron girar a la cuádriga de Ben-Hur, casi rozando la rueda exterior de la de Messala, en tanto que la rueda interna de Ben-Hur tocaba casi la parte posterior del carro del romano. Esto lo vieron todos; pero, de pronto, oyóse un gran estallido y, más rápidamente que el pensamiento, volaron sobre la pista cien astillas brillantes blancas y doradas, y se vio inclinarse sobre el costado derecho al carro del romano. Arrastrado en la carrera saltó una vez, y otra, y luego otra, y al fin se le vio caer destrozado. Messala, trabado por la cintura, cayó de cabeza hacia adelante.

Como para aumentar el horror de la escena y hacer cierta su muerte, el sidonio, que rasaba el muro detrás de él, no pudo detenerse ni desviarse. Su cuádriga cayó a toda velocidad sobre los restos de la de Messala y sobre su mismo cuerpo.

Como movido por un resorte, el pueblo entero saltó sobre los bancos y aplaudió y gritó frenéticamente.

Algunos echaron una ojeada a Messala. Estaba inmóvil y le creyeron muerto. La mayoría siguió la triunfal carrera de Ben-Hur. No pudieron advertir el diestro tirón de riendas por el cual, haciendo inclinar su carro hacia la izquierda, había alcanzado la rueda de Messala con la extremidad ferrada del eje de su carro, haciéndola astillas.

Sólo vieron la súbita transformación del judío y sintieron el ardor que lo enardecía, como una llamarada de su espíritu, en la heroica resolución y la frenética energía que con los ojos, con la palabra y con los ademanes infundía a sus corceles árabes invencible furia. ¡Y qué carrera! ¡Parecían más bien leones saltando sobre su presa! De no haber sido por el carro, hubiérase dicho que volaban. Cuando el bizantino y el corintio aún estaban a la mitad de la pista, Ben-Hur daba la vuelta a la meta de partida.

¡Y la carrera estaba ganada!

El cónsul se levantó. El público gritó hasta enronquecer; el director de los juegos descendió de su asiento y coronó a los vencedores.

Entre los pugilistas, el afortunado vencedor era un sajón de cabellos y cejas color lino y rostro tan brutal que atrajo una segunda mirada de Ben-Hur, que reconoció en él a un maestro del que fue favorito en Roma. Después echó una ojeada y vio a Simónides y a sus compañeros, que le miraban y le saludaron con la mano. Esther no dejó su asiento, pero Iras se levantó y le dirigió una sonrisa y un saludo con su abanico.

Organizóse el cortejo y, en medio de las aclamaciones de la multitud, que había conseguido sus deseos, atravesaron la Puerta del Triunfo:
Y la fiesta terminó.

Ben-Hur paseaba a orillas del río con Ilderim, esperando que llegase la medianoche; habían determinado con anticipación que a tal hora se pondrían en camino en seguimiento de la caravana, que les llevaba treinta horas de ventaja.

El jeque sentíase feliz. Quiso hacer regios presentes a Ben-Hur, pero éste lo había rehusado todo, insistiendo en que estaba satisfecho con la humillación de su enemigo. La generosa disputa continuaba todavía.

—Piensa —le decía el jeque— en todo lo que has hecho por mí. En lo sucesivo, en toda negra tienda, desde El Akaba hasta el océano, a través del Eufrates y más allá del mar de los Escitas, el renombre de *Mira* y de sus hijos aumentará; y los que ahora los cantan me ensalzarán y olvidarán quizás que ya me encuentro en el declive de mi vida. Las lanzas del desierto que hoy no tienen amo vendrán a mí y mis hombres de espada se multiplicarán. No sabes lo que es tener el imperio del desierto, como ahora lo tendré yo. Me traeré considerables tributos del comercio y amplias inmunidades de los reyes. ¡Ah, por la espada de Salomón! Si mis mensajeros buscan para mí el favor del César, esto será lo que lo traiga... Pero ¿no aceptarás nada?

Ben-Hur repuso:

—Nada, buen jeque. ¿No tengo ya tu mano y tu corazón? Deja que el acrecentamiento de tu poder e influencia pueda servir al Rey que viene. ¿Quién podrá decir que no te lo ha permitido Dios para que lo emplees en su favor? En la obra a emprender puedo tener algún día necesidad de ti; negándome ahora, quedo en libertad para pedirte algo mañana.

En el transcurso de esta conversación llegaron dos mensajeros: Malluch y un desconocido. El primero fue recibido en seguida.

El buen hombre no podía ocultar su alegría por el triunfo del día anterior.

—Pero vayamos a lo que importa —dijo—. El amo Simónides me envía a deciros que, en la reunión de los jugadores en palacio, algunos de la facción romana se apresuraron a protestar contra el pago de las apuestas.

Ilderim dio un brinco y gritó con su voz penetrante.

—¡Por el esplendor de Dios! ¡Oriente decidirá si la carrera fue ganada en buena ley!

—Ciertamente, buen jeque —dijo Malluch—; el director ha pagado el dinero.

—Está bien.

—Cuando le dijeron que Ben-Hur chocó con la rueda de Messala el director se rio y les recordó el latigazo que asestó aquél a los caballos al dar la vuelta a la meta.

—¿Y cómo sigue el ateniense?

—¡Ha muerto!

—¡Muerto! —gritó Ben-Hur.

—¡Muerto! —le hizo eco Ilderim—. ¡Qué suerte tienen todos esos monstruos de romanos! ¿Messala escapó con vida?

—Sí, ha salvado la vida, jeque; pero ésta siempre será una carga para él. Los médicos dicen que vivirá, pero que no podrá volver a caminar.

Ben-Hur elevó los ojos al cielo. Tuvo como una visión de lo que sería de Messala, amarrado como Simónides a un sillón y como él llevado en hombros de sus criados cuando deseara salir. El mercader había resistido bien la prueba; pero ¿qué sería del romano, con todo su orgullo y ambición?

—Simónides me encargó, además, que os dijera que Sanbalat ha tropezado con algunas dificultades. Druso y los que con él se comprometieron al pago de los cinco talentos han puesto el caso en conocimiento del cónsul Magencio, quien ha enviado el asunto al Cesar. Messala también rehúsa pagar, y Sanbalat, siguiendo en ejemplo de Druso, fue a ver al cónsul, y el asunto está pendiente de resolución. Los romanos dicen que a los que protestan del pago no se les debe dispensar, y todos los partidarios de todas las facciones son de igual opinión. La ciudad anda revuelta y escandalizada.

—¿Qué dice Simónides? —preguntó Ben-Hur.

—El amo ríe y se muestra satisfecho. Dice: «Si el romano paga se arruina, pero si se niega al pago queda deshonrado. La política imperial decidirá. Mala táctica sería comenzar la guerra con los Partos infiriendo una ofensa a Oriente. Si disgustan al jeque Ilderim, se atraerán la enemistad del desierto, en el cual tiene el cónsul Magencio que establecer su línea de operaciones». Por tanto Simónides me encarga que os diga que no paséis cuidado. Messala pagará.

Ilderim recobró su buen humor:

—Vámonos ya —dijo, frotándose las manos—. El negocio andará bien si queda a cargo de Simónides. La gloria es nuestra. Voy a dar orden de que nos preparen los caballos.

—Aguarda —dijo Malluch—. Te espera un mensajero. ¿No quieres verlo?

—¡Por el esplendor de Dios! Se me había olvidado.

Malluch se retiró y acto seguido entró un apuesto mancebo de maneras delicadas y gentil apariencia.

—Iras, hija de Baltasar, que también conoce al buen jeque, me encomienda que felicite a Ilderim por el triunfo de sus caballos.

—La hija de mi amigo es muy amable —dijo Ilderim con ojos centelleantes de alegría—. Entrégale este anillo, en prueba del placer que me proporciona su mensaje.

Y sacándose del dedo un valioso anillo, lo puso en manos del mensajero.

—Lo haré como dices, ¡oh jeque! —replicó el adolescente, y continuó—. La hija del egipcio me ha encargado además, que hagas la merced de avisar al joven Ben-Hur que su padre ha ido a residir por algún tiempo en el palacio de Iderneo, donde ella recibirá al joven judío después de la hora cuarta de mañana. Y si el jeque Ilderim le hace este favor, ella le quedará muy agradecida. ¿Qué respuesta debo darle?

El jeque miró a Ben-Hur, cuyas facciones estaban rojas de placer.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—Con tu permiso, ¡oh jeque!, veré a la egipcia.

Ilderim rio. Luego dijo:

—¿No es lícito que un hombre goce de su juventud?

Ben-Hur contestó al mensajero:

—Dile a quien te envía que yo, Ben-Hur, iré a verla al palacio de Iderneo, mañana al mediodía.

El adolescente se levantó, hizo una reverencia y partió.

A medianoche Ilderim emprendió la marcha, tras haber convenido con Ben-Hur en dejarle un caballo y un guía que le indicara el camino para reunirse con él después de la cita del siguiente día.



Al día siguiente Ben-Hur se dirigió desde el Onfalo, que era como el corazón de la ciudad, al punto en que Irasle había citado. Por la columnata de Herodes llegó pronto al palacio de Iderneo.

Primero entró en un vestíbulo de escalinatas laterales, cubierto y flanqueado de alados leones, que le condujeron a un pórtico. La arquitectura, los leones, los muros, el pavimento y el ibis, que en el centro de la escalinata esparcía una menuda lluvia de agua, recordaban el arte egipcio.

En el pórtico, de graciosas y ligeras columnas de blanco mármol, se adivinaba, en cambio, la concepción griega.

Ben-Hur se detuvo a la sombra del pórtico para admirar su delicada ejecución, y luego pasó al interior del palacio. Ante él se abrió una gran puerta de dos hojas y se encontró en un pasaje alto de techo, pero angosto. El pavimento y las paredes, de un color rojizo, eran, no obstante, en su propia sencillez, como un aviso de las bellezas que le esperaban.

Avanzaba despacio, saboreando por anticipado el encuentro con la bella egipcia. Como siempre, le encantaría con sus historias, con cantos, con su tono festivo, con su talento brillante, caprichoso y lleno de fantasía, con sus sonrisas y sus miradas, que sugerían todas las voluptuosidades de Oriente. Era feliz y su alma se cernía en la región de los sueños.

Aquel pasaje le condujo a una puerta cerrada, que se abrió por sí misma apenas llegó a ella sin ruido de cerrojos, en un silencio maravilloso. La extrañeza que le produjo este hecho desapareció en seguida frente al espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Desde la sombra del silencioso pasaje, y bajo el dintel de la puerta, contemplaba el atrio de una casa romana, amplio y suntuoso en grado sumo. No podría decirse con certeza la magnitud de la estancia, pues se prolongaba hasta dar la ilusión de una perspectiva infinita, como en un escenario maravilloso. Jamás había visto un interior semejante.

Ben-Hur vagó en silencio por la estancia, perdido en sus sueños y esperando, como encantado por lo que veía, algo supremamente delicioso. No se sorprendió, al principio, de la soledad de la estancia. En toda casa romana de importancia, el atrio era la sala de recepción de los visitantes. Pensó que cuando Iras estuviese arreglada acudiría en persona o le haría avisar por una esclava. Dos y tres veces dio la vuelta a la estancia.

Sentóse y se entretuvo en examinar un candelabro de bronce delicadamente afiligranado. En la base, sobre un plinto, una sacerdotisa celebraba en un altar. Nada. El silencio que reinaba le inquietaba; escuchaba, sin dejar de contemplar el

candelabro, pero no percibía el más ligero ruido. El palacio estaba silencioso como una tumba.

¿Habría algún error de su parte? Imposible. El mensajero había sido enviado por la egipcia y aquél era el palacio de Iderneo.

Entonces recordó la forma en que, misteriosamente, fue abierta la puerta y cuán silenciosamente volvió a cerrarse por sí misma.

—¡Voy a ver! —murmuró.

Observó puertas, a derecha e izquierda del atrio, que sin duda conducían a los dormitorios, y quiso abrir alguna, pero todas estaban cerradas. Pensó en llamar, en hacer ruido para atraer a alguien; pero avergonzóse de sus temores. Dirigiéndose, pues, a un lecho, se recostó y trató de reflexionar.

Según todas las apariencias, era un prisionero. Pero ¿con qué fin? ¿Y de quién? ¡Si fuese Messala! Miró a su alrededor, sonriendo con aire de desafío. Cada mesa podría ser un arma terrible en su mano. Pero muchos pájaros han muerto de hambre en dorada jaula...

Ben-Hur se levantó, y de nuevo trató de abrir las puertas. Después gritó y llamó una vez, y el eco que devolvió el salón le hizo estremecer. Con toda la calma de que fue capaz se propuso esperar todavía, antes de forzar una de las puertas.

Media hora habría pasado, cuando la puerta por la que había entrado se abrió y volvió a cerrarse tan silenciosamente como antes y sin atraer su atención. En aquel momento estaba sentado en el extremo opuesto de la habitación.

El ruido de unos pasos le hizo estremecer.

«¡Al fin viene!», pensó con cierto estremecimiento, y se puso en pie.

El paso era pesado, como de unos pies calzados con groseras sandalias. Las doradas columnas que estaban entre él y la puerta le impedían ver; se adelantó sin ruido y se apoyó en una de ellas.

Ahora oía voces masculinas, una de ellas bronca y gutural. No podía entender lo que hablaban, porque su lenguaje no era ninguno de Oriente ni del sur de Europa.

Los extranjeros se desviaron hacia la izquierda y se ofrecieron a la vista de Ben-Hur. Eran dos, uno sumamente robusto, ambos altos y vestidos con túnicas cortas. No tenían aspecto de amos de casa ni de criados. Todo lo que veían parecía maravillarles; se paraban delante de cada objeto para examinarlo y tocarlo. Eran dos seres groseros y vulgares. El atrio parecía profanado con su presencia. La tranquilidad y seguridad con que se adelantaban declaraban que estaban allí por alguna determinada finalidad. ¿Cuál era?

A cada momento se acercaban más a la columna en que Ben-Hur se apoyaba. Una estatua que resplandecía, bañada en la aureola de un rayo de sol, atrajo su atención. Se acercaron a ella y se pusieron a plena luz.

Y he aquí que Ben-Hur sintió correr por su espalda un escalofrío al darse cuenta del peligro en que estaba, pues el hombre más alto y robusto de los dos que habían entrado, de abultada faz y miembros desnudos, cubierto de cicatrices y de anchos

hombros hercúleos, era el normando a quien el día anterior coronaron como vencedor en el pugilato.

El instinto le advirtió que la oportunidad de cometer un asesinato era demasiado buena para ser considerada como una mera casualidad. Allí estaban los sicarios, y la víctima no podía ser nadie más que él. Dirigió una mirada ansiosa al compañero del normando, un joven de ojos y cabellos negros, judío en apariencia, y observó que, como el coloso, llevaba el traje que suelen ponerse los púgiles para los combates en la arena. Reuniendo, pues, todas las conjeturas, Ben-Hur no pudo abrigar ya duda alguna; sin que nadie pudiera socorrerle, estaba condenado a morir en aquel espléndido lugar.

Miraba a uno y a otro, y en su interior se verificaba ese fenómeno mental en que la vida entera pasa ante los ojos de nuestra consciencia y la contemplamos como si fuera la vida de un ser extraño. Desde el fondo de esa ignota profundidad, y como sacada por mano invisible, se le ofrecía la visión de una vida nueva en que acababa de entrar, que difería de la antigua en que si en aquélla había sido él la víctima, en adelante serían otros sus víctimas. ¿No había inmolado la primera el día anterior? Este recuerdo habría producido remordimientos a un alma puramente cristiana. Pero el espíritu de Ben-Hur se había amamantado en las enseñanzas del primer legislador judío, y éste no era el último ni el más grande. Había infligido un duro castigo a Messala, pero no cometió con él ninguna injusticia. Había triunfado por permiso del Señor y tenía una gran fe, esa fe que es manantial de fuerza, especialmente ante un peligro inminente.

La vida nueva en que ahora entraba se le aparecía como una misión tan santa como santo era el Rey que había de venir; una misión en que la fuerza aparecía como legal, aunque no fuera sino por ser absolutamente inevitable. ¿Por qué amedrentarse en el umbral de su carrera? Adelante, pues.

En un instante desabrochó la faja de su cintura, destocó su cabeza y se despojó de todos sus distintivos judíos, quedando vestido únicamente con una túnica semejante a la de sus enemigos. Estaba ya dispuesto en cuerpo y alma. Cruzándose de brazos, apoyó la espalda contra el pilar y esperó el desarrollo de los acontecimientos.

El examen de la estatua fue breve. El normando se volvió y dijo unas palabras en aquel desconocido lenguaje; los dos miraron a Ben-Hur, pronunciaron unas cuantas palabras más y se adelantaron hacia él.

—¿Quiénes sois? —preguntó Ben-Hur en latín.

El normando sonrió con una sonrisa que no hizo perder a su rostro nada de su brutal grosería.

—Dos bárbaros —respondió.

—Éste es el palacio de Iderneo. ¿A quién buscáis? Deteneos y contestad.

Los extranjeros se detuvieron y, a su vez, el normando preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Un romano.

El coloso echó atrás la cabeza.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! He oído decir cómo vino Dios al mundo, en cierta ocasión, por haber lamido una vaca una piedra de sal; pero ni Dios puede hacer romano a un judío.

Cuando cesó de reír dirigió de nuevo la palabra a su compañero y ambos avanzaron.

—¡Quietos! —dijo Ben-Hur, abandonando su columna—. Escuchadme una palabra.

Los dos se detuvieron.

—¡Una palabra! —replicó el sajón, cruzándose de brazos, mientras una nube amenazadora empezaba a ennegrecer su rostro—. ¡Una palabra! ¡Habla!

—Tú eres Thord el normando.

El gigante abrió sus ojos azules.

—Eras lanista en Roma.

Thord hizo una señal afirmativa.

—Yo fui discípulo tuyo.

—No —dijo Thord, negando con la cabeza—. ¡Por las barbas de Herminio, nunca he tenido ningún judío para convertirlo en gladiador!

—Pero yo probaré lo que te digo.

—¿Cómo?

—Vosotros venís a matarme.

—Verdad es.

—Entonces deja que tu compañero combata conmigo y te demostraré que es cierto lo que te he dicho.

Una llamarada de buen humor brilló en la ancha faz del normando. Se dirigió a su compañero y le habló; éste contestó en la misma lengua extraña y luego, con la ingenua alegría de un niño que quiere divertirse, el coloso exclamó:

—Esperad hasta que yo dé la señal de empezar.

Acercó un lecho de reposo hasta el punto que le pareció oportuno, se acomodó sobre él extendiendo su enorme cuerpo y, cuando estuvo con toda comodidad, dijo sencillamente:

—¡Vamos, empezad!

Ben-Hur avanzó hasta su antagonista y le dijo:

—Defiéndete.

El hombre, sin hacérselo repetir, puso en guardia sus brazos.

Así plantados uno frente al otro, en la postura académica del pugilista ante su adversario, no parecía existir gran desigualdad entre ambos; por lo contrario, parecían hermanos gemelos. A la confiada sonrisa del extranjero oponía Ben-Hur una seriedad que era anuncio de una destreza que el otro no podía prever. Ambos sabían que el combate sería mortal.

Ben-Hur amagó con su derecha un golpe que el extranjero paró; se guardó con la izquierda, avanzando ligeramente el brazo. Pero ocurrió algo sorprendente. Antes de

que pudiera retirarlo a su posición, Ben-Hur, con la rapidez del rayo, le agarró por la muñeca con aquel terrible puño que tres años de remo habían hecho irresistible y experto. La sorpresa fue tan grande y completa como fulminante la acción. Lanzarse hacia adelante, impulsar aquel brazo hacia la garganta y hombro derecho del extranjero, haciéndole así ejecutar media vuelta que dejó al descubierto su costado izquierdo, golpear con su puño derecho, hiriéndole en la nuca, detrás de la oreja, fueron los rápidos y diversos movimientos de una sola acción irresistible y terrible. No hubo necesidad de un segundo golpe. El púgil cayó pesadamente sin lanzar un grito y con la inmovilidad de un cadáver.

Ben-Hur se volvió entonces a Thord.

—¡Ah! ¿Qué? ¡Por las barbas de Herminio! —gritó éste, asombrado, incorporándose en el lecho y echándose a reír a carcajadas—. Yo mismo no lo hubiera hecho mejor.

Contempló a Ben-Hur con frialdad de pies a cabeza y, levantándose, se acercó con una admiración que no pretendía disimular.

—Es mi treta, la que he practicado durante diez años en las escuelas de Roma. Tú no eres judío. ¿Quién eres?

—¿Conociste a Arrio, el duunviro?

—¡Quinto Arrio! Sí; era mi patrono.

—Tenía un hijo.

—Sí —dijo Thord, y sus abotagadas facciones se animaron con una ligera expresión de inteligencia—. Conocí al hijo; hubiera sido un magnífico gladiador. El mismo César le ofreció su patrocinio. Yo le enseñé el golpe que tú has dado a ése; una treta imposible de ejecutar a no tener un brazo como el mío, y que me ha hecho ganar más de una corona.

—Yo soy el hijo de Arrio.

Thord se le acercó más y le examinó con atención. Sus ojos brillaron al fin con un placer ingenuo y, riendo, le ofreció la mano.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Y él me había dicho que encontraría aquí a un judío, un perro judío cuya muerte sería el mayor servicio hecho a los dioses!

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Ben-Hur, estrechando su mano.

—Él. Messala. ¡Ja! ¡Ja!

—¿Cuándo, Thord?

—Anoche.

—Yo creí que estaba herido.

—Nunca volverá a caminar. En la cama estaba cuando me lo dijo entre lamentos.

Una vivida imagen del odio había sido expresada en pocas palabras. Ben-Hur comprendió que el romano, mientras viviera, sería siempre peligroso y le perseguiría sin descanso. A Messala no le quedaba nada más que le endulzara la vida sino la venganza; él le había arrebatado la gloria y la salud y Sanbalat le había despojado de toda su fortuna. Ben-Hur pasó revista en su imaginación, con gran clarividencia, a los

distintos modos en que su enemigo podía ser un estorbo peligroso en la obra a emprender por el Rey que iba a llegar. ¿Por qué no acudir a los medios que el romano empleaba? El hombre alquilado para matarlo podía a su vez ser alquilado para deshacerse de aquella bestia feroz: sólo tenía que ofrecer mayor salario. La tentación era fuerte y casi cedió a ella. Pero al mirar a su enemigo, tendido de espaldas, formó en seguida un plan y preguntó al coloso:

—Thord, ¿cuánto te ha dado Messala para matarme?

—Mil sestercios.

—Todavía podrás cobrarlos, si haces lo que voy a decirte; y añadiré, por mi parte, tres mil más.

El gigante reflexionó en voz alta:

—Ayer gané cinco mil; los mil del romano hacen seis mil. Dame cuatro mil, buen Arrio, sólo cuatro mil, y me tendrás a tu servicio, aunque el viejo Thord, mi tocayo, me mate con su martillo. Dame los cuatro mil y mato al patricio si te parece bien. Sólo tendría que taparle la boca con la mano... Así...

Ilustrando la acción con el ejemplo, puso su mano sobre su propia boca.

—Comprendo —contestó Ben-Hur—: diez mil sestercios son una fortuna. Podrás volver a Roma y abrir una taberna cerca del circo Máximo y vivir como conviene al primero de los lanistas.

Hasta las cicatrices de la cara del normando enrojecieron de placer al oír la pintura del porvenir soñado.

—Te daré los cuatro mil —continuó Ben-Hur—, y por ese dinero no tendrás que manchar de sangre tus manos. Escúchame, Thord: ¿no es cierto que se me parece tu compañero?

—Hubiera dicho que era una manzana del mismo árbol.

—Bien; si me pongo su túnica, y le visto con mi traje, y tú y yo nos vamos juntos, dejándole aquí, ¿no cobrarás tus sestercios de Messala igualmente? Poco trabajo te costará decirle que ya estoy muerto.

Thord reía hasta saltársele las lágrimas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Diez mil sestercios! Jamás gané tal suma con tanta facilidad. ¡Y una taberna junto al Máximo! ¡Todo por una mentira y sin una gota de sangre! ¡Ja, ja, ja! Dame tu mano, hijo de Arrio. Vete descuidado ahora... Si alguna vez vas a Roma, no dejes de preguntar por la taberna de Thord el normando. ¡Por las barbas de Herminio! ¡Tendrás el mejor vino, aunque haya de quitárselo al César!

Se estrecharon la mano de nuevo y procedieron al cambio de vestidos. Acordaron que, por la noche, un mensajero iría a la morada de Thord con los cuatro mil sestercios. Cuando concluyeron, el coloso llamó a la puerta de entrada, que abrieron en seguida. Salieron ambos del atrio y se dirigieron a una habitación adyacente, donde Ben-Hur completó su atavío con los groseros vestidos del pugilista muerto. En el Onfalo se separaron.

—No faltes, ¡oh hijo de Arrio! ¡No faltes a mi taberna del circo Máximo! ¡Ja, ja,

ja! Por las barbas de Herminio, ¡en mi vida pensé ganar una fortuna con tanta facilidad! ¡Que los dioses te guarden!

Antes de abandonar el atrio, Ben-Hur había echado una ojeada sobre el púgil tendido en el pavimento, y quedó satisfecho al verlo en traje de judío, pues su semejanza con él era notabilísima. Si Thord cumplía con la palabra que le había dado, el engaño quedaría siempre en secreto.

Por la noche, en casa de Simónides, Ben-Hur contó lo que le había ocurrido en el palacio de Iderneo. Ambos convinieron en que, pasados algunos días, se haría una deposición ante la autoridad para que se procediese a la busca del hijo de Arrio. En caso preciso acudirían al propio Magencio, y si no se descubría el misterio dejarían en paz a Messala y a Graco, que se considerarían libres de su enemigo y felices. Ben-Hur podría con toda libertad dirigirse a Jesuralén y hacer investigaciones sobre la suerte y paradero de su familia.

Al despedirse los dos, Simónides estaba sentado en su sillón, en la azotea, mirando al río, y le deseó buen viaje y la paz del Señor con la ternura de un padre. Esther fue a despedirle hasta la escalera.

—Si encuentro a mi madre, Esther, vendrás con ella a Jerusalén para que seas la hermana de Tirzah.

Y al pronunciar estas palabras, la besó.

¿Fue sólo de paz aquel beso?

Cruzó el río cerca del último campamento de Ilderim, donde encontró al árabe que había de servirle de guía.

Sacaron los caballos.

—Éste es el tuyo —dijo el árabe.

Ben-Hur le reconoció. ¡Era *Aldebarán*! El más ligero y magnífico de los hijos de *Mira*, el más querido del jeque después de *Sirio*. Comprendió que tras aquel don había quedado sangrando el corazón del buen jeque.

El cadáver encontrado en el atrio del palacio de Iderneo fue enterrado de noche; y como parte del plan de Messala se envió a Graco un correo anunciándole la muerte de Ben-Hur para su satisfacción.

No mucho tiempo después, cerca del circo Máximo de Roma, se veía una taberna con la siguiente inscripción sobre la puerta:

THORD, EL NORMANDO

SEXTA PARTE

Treinta días después de que Ben-Hur saliera de Antioquía, Valerio Graco fue sustituido por Poncio Pilatos. El cambio costó a Simónides cinco talentos en moneda romana, entregados a Sayano, entonces en el apogeo de su poder, con el fin de ayudar a Ben-Hur en sus riesgos para localizar a su familia en Jerusalén.

El fiel servidor dedicó a esto las ganancias obtenidas de Druso y sus amigos, convertidos en enemigos acérrimos de Messala, que en Roma había caído en un descrédito completo.

A la mañana siguiente de aquella en que la cohorte enviada a relevar la guarnición de la Torre Antonia colocara las insignias militares en las murallas, una multitud marchó a Cesárea, donde se encontraba Pilatos, para suplicarle que retirara aquellos símbolos del poder romano.

Durante cinco días con sus cinco noches asediaron las puertas del palacio sin conseguir ser recibidos por el gobernador. Al final éste les rodeó de soldados, y la multitud, en lugar de resistir, se humilló ofreciéndole sus vidas. Por último Pilatos hizo llevar las insignias a Cesárea. Graco había procurado no exponerlas a la vista del pueblo judío durante los once años de su gobierno.

Pilatos, para ocultar su maldad bajo buenas acciones, ordenó una inspección en las prisiones de Judea. Pidió una lista de todos los presos y de los delitos de cada uno. Esto le dio crédito durante cierto tiempo.

El resultado fue la liberación de centenares de personas contra quienes no había acusación alguna. Algunas habían sido olvidadas incluso por las propias autoridades. Uno de estos casos dioses en la Torre Antonia, fortaleza construida por los macedonios, que ocupaba las dos terceras partes del monte Moria y que más tarde Juan Hircanio convirtió en fortaleza para la defensa del Templo. Herodes había prolongado sus murallas con el fin de fortalecerla más. Los romanos no tardaron en comprender la importancia de esta torre.

Durante la administración de Graco fue utilizada como prisión para los acusados de revolucionarios, y ¡pobre de éstos si habían sido apresados en día de revuelta! Nunca más volvían a ver la luz del sol.

La orden de Pilatos se recibió en la Torre; fue cumplida con presteza y se preparó un informe para el gobernador, que la esperaba en su palacio del monte Sion.

Cuando apareció el alcaide de la Torre, el tribuno en persona le recibió con estas palabras.

—Entra, Gesio.

Algo en el rostro del recién llegado hizo que los presentes quedaran en silencio.

—¡Oh tribuno! —dijo, inclinándose—. Miedo me da decirte lo que me trae ante tu presencia.

—Otro error, ¿no es eso, Gesio?

—Si fuera sólo un error, no temería tanto.

—Cualquiera puede burlarse del César. Sigue, Gesio. Un crimen, alguna infidelidad, todo menos ofender a las águilas, pues en este caso... Habla, Gesio, habla.

—Hace ocho años me nombró carcelero Valerio Graco —dijo Gesio con lentitud—. La víspera de tal día había corrido la sangre por las calles como consecuencia de un motín. Dimos muerte a varios judíos, mientras que nosotros tuvimos algún herido. Se comentó que habían querido matar a Valerio, a quien derribaron de su caballo de una pedrada. Con la cabeza vendada, y sentado donde tú te encuentras, ¡oh tribuno!, me notificó el nombramiento. «Aquí tienes el plano de los calabozos del piso bajo», me dijo tendiéndome un pergamino. «También los del primero y del segundo. Te los entrego para que los guardes. Ve en seguida y entérate de la disposición de los departamentos. Observa las condiciones de cada celda. A nadie más que a mí tienes que dar cuenta de tus acciones». Al salir, me dijo: «Dame el plano del piso bajo. Mira este calabozo, el que está marcado con el número V. En él están confinados tres hombres muy peligrosos, pues no sé de qué medios se han valido para obtener un secreto de Estado. Están encerrados allí para toda su vida. Ahora sólo tengo que decirte algo más, lo que no deberás olvidar si no quieres lamentarlo: La puerta del calabozo número V no debe ser abierta en ningún caso. Si alguno de los tres prisioneros muere, la misma celda será su tumba». Dicho esto, me despidió.

Al terminar de hablar Gesio extendió el plano, que extrajo de su túnica, sobre la mesa ante el tribuno y prosiguió diciendo:

—Éste es el piso bajo.

Todos los presentes miraron el siguiente plano:

P A S I L L O				
V	IV	III	II	I

—Deseo yo ahora, ¡oh, tribuno!, hacerte una pregunta —continuó con humildad el carcelero, a lo que accedió el tribuno con un gesto—. ¿No era mi obligación juzgar exacto el plano que ves?

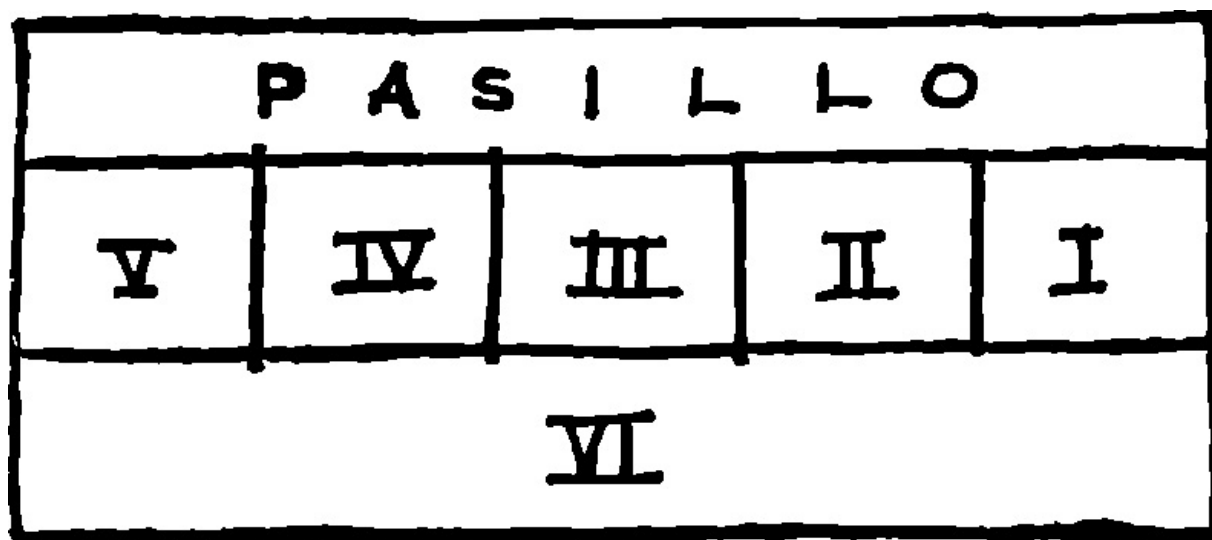
—No podías hacer otra cosa.

—Bien. Pues no es exacto. No es exacto —continuó el carcelero— porque en él figuran sólo cinco calabozos, cuando en realidad hay seis.

—¿Seis dices?

—Voy a demostrarte cómo es en realidad el piso.

Gesio trazó en una de sus tabletas el siguiente diagrama:



El tribuno, creyendo que con esta explicación quedaba terminada la historia, dijo:

—Haremos un nuevo plano corregido, y te lo daré. Ven mañana y recuérdámelo.

—Escúchame aún, ¡oh tribuno!

—Mañana, Gesio, mañana.

—Lo que tengo que decirte es de tal importancia que no debe demorarse.

Ante la insistencia del carcelero, el tribuno se sentó de nuevo pacientemente.

—No distraeré por mucho tiempo tu atención —dijo el carcelero con humildad—. ¿No tenía yo que dar crédito a Graco en lo que me dijo sobre los tres prisioneros?

—Desde luego. Tu deber era dar crédito a lo que se te indicó sobre ellos. Tres hombres encarcelados por cuestión de Estado.

—Bien; pues tampoco es cierto —continuó Gesio.

—¿No? —exclamó el tribuno con evidente interés.

—Escúchame y juzga tú mismo. Tal como se me indicó, registré todos los calabozos, con la única excepción del número v. Durante ocho años he pasado alimento por el ventanillo de su puerta, diariamente, y en cantidad suficiente para tres personas. Ayer me acerqué por curiosidad a la puerta y, tras forzarla, entré en el calabozo, donde encontré a un solo hombre, ciego, sin lengua y desnudo. Sus cabellos caían por su espalda, sucios y largos. Las uñas de sus dedos habían crecido de forma tal que más parecían garras de un ave de rapiña. Le pregunté por sus compañeros y movió la cabeza negativamente. Contemplé el suelo y las paredes. Aparecían lisas y limpias. Si allí habían muerto dos hombres, ¿dónde estaban sus huesos?

—Por tanto, tú crees...

—Creo que en la celda número v solamente ha habido un prisionero.

—Ten cuidado con lo que dices, pues si es así Graco mintió a sabiendas.

—Es posible que él fuera engañado.

—Tenía razón —dijo con calor el tribuno—. Por lo mismo que tú has dicho, tenía razón. ¿No has pasado durante ocho años alimento para tres personas a través del ventanillo?

—Únicamente te he contado la mitad de la historia, ¡oh tribuno! Cuando la hayas oído completa me darás la razón. No ignoras lo que hice con aquel hombre: mandé que le bañaran, le cortaran el cabello y uñas, y después de vestirle le dejé en libertad. Pues bien; ha vuelto, y con lágrimas en los ojos me ha suplicado le tornara a su celda. Me he dejado conducir y ha vuelto al calabozo, en donde el infeliz me ha señalado un agujero similar a aquel por donde introducíamos los alimentos. Al llegar a él, el prisionero lanzó una especie de aullido, como el de una fiera, y oí como respuesta desde el otro lado un débil gemido. Le aparté y llamé yo a mi vez. Me respondieron con estas palabras: «¡Alabado seas, Señor!». Con gran asombro, ¡oh tribuno!, reconocí la voz de una mujer. «¿Quién eres?». Y de nuevo la voz contestó: «Una mujer de Israel, enterrada aquí con su hija, Socórrenos pronto o moriremos». Las animé diciéndolas que pronto volvería y por eso acudo a ti.

—Tienes razón, Gesio. El plano es falso, así como la historia de los tres prisioneros. Con seguridad que hay romanos mejores que Valerio Graco.

—En efecto —admitió el carcelero.

—Hay que hacer constar esto. —Mirando luego a los que le rodeaban, el tribuno añadió—: Vamos a ver a esas mujeres. Venid todos.

—Tendremos que abrir una brecha en el muro —dijo Gesio satisfecho.

Ordenó entonces el tribuno a un escriba que hiciera venir hombres con los instrumentos necesarios.

—Como tendremos que rectificar el informe para el gobernador, suspendedlo por ahora.

Al poco todos estaban ante la celda número v.

Al entrar en la celda número v el tribuno y sus acompañantes pudieron ver que se trataba de una espaciosa habitación, con paredes de roca viva, sin labrar, al igual que el pavimento. Era tal como la había trazado Gesio en una de sus tabletas.

Gesio el carcelero gritó ante la abertura de la celda.

—¿Quién hay adentro?

—¡Somos nosotras! —replicó la mujer levantándose.

Después las prisioneras oyeron golpes contra la roca y comprendieron que estaban abriendo el camino hacia la libertad. A cada golpe del pico demoledor los sonidos eran más perceptibles. Ya podían oír las voces de sus libertadores, y al poco, ¡oh dicha!, por entre una hendidura brilló la luz de una antorcha.

—¡Es él, madre, es Judá! ¡Al fin nos ha encontrado! —gritó Tirzah.

—¡Dios es bueno! —replicó la madre con dulzura.

Pronto la puerta quedó derribada, y un hombre, blanco de polvo, entró en la celda seguido de otros, portadores de antorchas. Todos se hicieron a un lado para dar paso al tribuno, quien vio cómo las mujeres huían de él mientras decían:

—¡No os acerquéis! ¡Somos impuras! ¡Impuras!

Tales voces procedían de la oscuridad del rincón en donde se habían refugiado. Las antorchas temblaron en las manos de los hombres.

—¡Impuras! ¡Impuras! —continuaba la voz, lenta y trémula como un gemido de agonía.

Ella y Tirzah estaban leprosas, y con aquellos gritos, en el momento de su libertad, cumplían con su deber.

Ser leproso equivalía a estar excluido de la sociedad; a ir cubierto con andrajos, con la boca tapada, a no ser que tenga que gritar: «¡Impuro! ¡Impuro!». A quienes padecen este mal se les niega la entrada en los templos y sinagogas; han de vivir en el desierto o en tumbas abandonadas, convertidos en espectros que vagan por el Hinnón y el Gehena.

El tribuno oyó con terror el grito, pero no retrocedió.

—¿Quiénes sois?

—Dos mujeres que mueren de hambre y de sed. No os acerquéis. ¡Somos impuras!

—¿Quién te hizo encerrar y por qué motivo? ¿Desde cuándo estáis aquí? Cuéntame tu historia —preguntó el tribuno.

—Yo soy la viuda de cierto príncipe de Jerusalén, llamado Ben-Hur, amigo de los romanos, y ésta es mi hija. Mas ¿cómo puedo decirte el porqué de estar encerradas aquí? Valerio Graco puede decir quién era nuestro enemigo. ¡Oh, mira y ten piedad

de nosotras! ¡Mira a qué estado nos han reducido!

A la luz de una antorcha el romano escribió la respuesta.

—Tendrás consuelo y justicia, mujer —dijo—. Ahora te enviaré alimento y bebida...

—Y ropas y agua para lavarnos, te lo suplico, ¡oh generoso romano!

—Cuanto quieras.

—¡Que la paz sea siempre contigo! —exclamó la viuda sollozando—. ¡Dios es bueno!

—Prepárate, porque esta noche te dejaré libre a la puerta de la Torre. Ya conoces la ley. Ahora, adiós; ya no volveré a verte.

Dicho esto, con una señal a los hombres que le rodeaban, salieron todos de la celda, a la que llegaron poco después esclavos con agua, una jofaina y paños, así como alimentos y dos vestidos de mujer.

A la mitad de la primera vigilia, ambas mujeres fueron puestas en libertad.

—¿Adonde dirigirnos? ¿Qué será de nosotras?

Por la vertiente oriental del monte Olivete, y a la misma hora en que Gesio el carcelero ponía al tribuno en antecedentes de lo ocurrido en la Torre Antonia, subía un joven robusto, cubierto únicamente con un flotante traje de lienzo, que avanzaba con paso lento mirando a derecha e izquierda, como comparando el cambio habido en el paisaje desde que lo viera por última vez.

Cercana ya la cumbre apresuró el paso; ya en ella se detuvo como contenido por una fuerza insuperable, y contempló el paisaje que se le ofrecía desde allí.

El paisaje era Jerusalén. No la Ciudad Santa de nuestros días, sino la Ciudad Santa de Cristo tal como la dejó Herodes; y el viajero no era otro sino Ben-Hur, quien quitándose el turbante contempló la ciudad de sus padres.

Tras contemplar la ciudad, el pensamiento de Ben-Hur voló hacia su hogar. Para entonces ya el disco del sol parecía apoyarse en las lejanas cimas de los montes del Oeste. La suave melancolía del momento hizo que su pensamiento recapacitase los deberes que le habían llevado de nuevo a Jerusalén.

Recordó el día en que, mientras buscaba con Ilderim los lugares estratégicos en el desierto, llegó un mensajero con la noticia de la sustitución de Graco por Poncio Pilatos.

Decidió regresar, ya que Graco había partido y Messala continuaba inválido, en busca del paradero de su madre y hermana, pues no había obstáculo que no pudiera vencer el dinero. Cuando las encontrase las llevaría a un lugar seguro y, tranquilizado ya, podría dedicarse por entero al Rey prometido. Aquella misma noche consultó con Ilderim, y obtuvo su consentimiento. Tres árabes le acompañaron hasta Jericó, en donde los dejó con los caballos, y se adelantó solo hacia Jerusalén, adonde Malluch iría a buscarle.

Éste era en líneas generales el proyecto de Ben-Hur.

Le pareció prudente permanecer en la sombra y no darse a conocer a las autoridades romanas para evitar cualquier peligro. Malluch era hombre fiel y capaz en tales investigaciones. Pensó en el lugar ideal para empezar sus pesquisas, y decidió que sería la Torre Antonia, lugar presentado por la tradición popular como un laberinto de lóbregos calabozos, que contribuían a mantener el terror entre la población judía. Empezar por allí le parecía lo más lógico, ya que tarde o temprano le conduciría adonde estuvieran.

Sabía por Simónides que Amrah, la nodriza egipcia, vivía aún.

Ben-Hur pensó que si lograra encontrarla daría un gran paso en sus investigaciones.

Iría primero a la vieja casa y buscaría a Amrah. Así que, después de la puesta del sol, descendió por la vereda que conducía al lecho del Cedrón. Encontró a un pastor

en el punto de intersección entre la villa de Siloán y los pozos del mismo nombre y con él entró en la ciudad por la puerta del Pescado.

Era ya noche cerrada cuando Ben-Hur se separó del pastor.

Áspero era el empedrado de las calles, y lóbregas las casas alineadas a un lado y a otro de ella.

Contemplando el lado Norte de la Torre Antonia, Ben-Hur se detuvo admitiendo que era inexpugnable, asentada en tan inconmovibles cimientos... Si su madre y su hermana estaban encerradas allí, ¿qué podría hacer para conseguir su libertad? Ni aun con un ejército entero podría lograrlo.

Desesperado, se internó por la calle que conducía frente a la Torre. Más arriba de Bezeta encontraría un «khan» donde pensaba alojarse, pero no pudo resistir la tentación de ir primero a su casa, hacia donde el corazón le empujaba.

¡Cuán agradables le parecieron los saludos de las personas con que se cruzaba, aun sin llegar a conocerle!

Al final llegó a su casa, a la casa de sus padres.

¡A su mente acudieron tantos recuerdos! Se paró ante la puerta del costado septentrional, donde aún se veía el pergamino con la inscripción: Esta casa es propiedad del emperador, lo que daba a entender que nadie había entrado ni salido por aquella puerta desde la separación de la familia.

Golpeó tres veces con una piedra, pero no obtuvo otra contestación que el sonoro eco que se propagó en el interior. Examinó puertas y ventanas sin que apareciese ningún signo de vida. Lo mismo ocurrió con las de la fachada occidental. Amrah no daba señales de haberle oído.

Recorrió la fachada sur con igual resultado. Arrancó el pergamino de las puertas, lo tiro a una zanja y se sentó en la escalinata, rogando por el nuevo Rey, hasta quedar dormido.

Pocos momentos después las siluetas de dos mujeres aparecieron por el lado de la Torre Antonia y se acercaron al palacio.

—¡Ésta es la casa, Tirzah!

La muchacha sollozó, calladamente, sobre el hombro de su madre.

—Vámonos, hija mía, porque... cuando amanezca nos echarán de la ciudad para no regresar jamás.

—Por un momento creí que podríamos estar en nuestra casa; pero estamos leprosas y pertenecemos sólo a la muerte.

Como dos espectros se deslizaron hasta la puerta, donde vieron la consabida inscripción: «Esta casa es propiedad del emperador».

La madre gimió con angustia.

—¿Qué te pasa, madre mía? Me asustas.

—¡El pobre ha muerto, hija mía! ¡Oh Tirzah! ¡Él ha muerto!

—¿Quién, madre?

—¡Tu hermano! Se lo han quitado todo... ¡Hasta la casa!

—¿Qué haremos, madre?

—¡Ya nunca podrá socorremos ni ampararnos!

—¡Pobre! —dijo Tirzah.

—Ya no podemos hacer otra cosa que buscar un agujero donde reposar, y pedir limosna al borde de los caminos. Mendigar..., o de lo contrario...

—Morir, madre mía. ¿Qué nos queda sino morir?

—¡No! —dijo la madre con firmeza—. Dios nos ha señalado nuestra hora. Confiemos en Él. ¡Vamos!

Se dirigieron hacia la esquina del oeste. Al echar una ojeada a las ventanas, tirando de Tirzah, pudo ver todo el horror de su miseria: los labios carcomidos; los ojos empañados por humor purulento; los brazos apergaminados y escamosos. Nadie habría distinguido quién era la madre y quién la hija, pues las dos aparecían igualmente envejecidas a consecuencia de la enfermedad.

—Hay un hombre en la escalinata. Evitemos su encuentro. Parece dormir, Tirzah. Estate aquí quieta; voy a examinar la puerta.

Tras atravesar la calle, la madre tocó el postigo. El hombre suspiró en aquel instante, y al volverse su cabeza quedó expuesta a la luz de la luna. La mujer le miró, se estremeció de pies a cabeza, corrió luego hacia Tirzah y le dijo:

—¡Es tu hermano, mi hijo, tan cierto como que Dios existe!

—¡Mi hermano! ¡Judá!

—Ven —dijo la madre—. Vamos a mirarle las dos juntas, pero una sola vez..., una sola... Después tú, Señor, ampararás a tus siervas.

Las dos, cual fantasmas, se detuvieron ante el joven. Una de sus manos pendía fuera del escalón, y Tirzah intentó besarla, más la madre la contuvo:

—¡No, por tu vida! ¡No, por tu vida! ¡Impura! ¡Impura!

La joven se apartó como si el leproso fuera el hermano.

Conteniendo sus ansias por abrazar a su hijo, la pobre mujer contemplaba la faz del dormido, de varonil hermosura, y recordaba cuántas veces lo hiciera cuando era pequeño. Contempló la fina barba, los labios rojos y los brillantes dientes. ¡Cuán hermoso aparecía a los ojos de su madre!

Ni todo su amor podía frenar el impulso de abrazar al hijo amado. Sentía una necesidad imperiosa de hacerlo. Justamente en el momento en que le habían encontrado, tenían que renunciar a él. Se arrodilló, y sus descamados labios rozaron la suela de sus sandalias, cubiertas aún por el polvo del camino, y las besó una y otra vez, poniendo toda su alma en estos besos.

Ben-Hur se revolvió en su sueño, y las dos mujeres le oyeron decir:

—¡Madre! ¡Tirzah! ¿En dónde estáis?

Lucharon por contener sus sollozos, mas les consoló el saber que él no las había olvidado.

Contemplaron a Ben-Hur por última vez, para grabar en sus mentes aquel rostro querido, y luego desaparecieron en las sombras.

Después de algunos minutos, y cuando el joven aún dormía, apareció otra figura de mujer, que se detuvo al ver al hombre reclinado en la escalinata. Se acercó despacio, abrió el postigo y volvió a mirar al durmiente antes de entrar en el edificio.

Desde la oscuridad, Tirzah y su madre oyeron la ahogada exclamación de la mujer, que con aire receloso tomó la mano de Judá y la besó con ternura.

Despertóse Ben-Hur y sus ojos se posaron en los de la mujer.

—¡Amrah! ¿Eres tú? —exclamó.

Sin poder contestar, la pobre mujer cayó sollozando a los pies de Ben-Hur, quien siguió preguntando a la esclava:

—¡Habla, habla pronto, Amrah, te lo suplico! Dime, ¿dónde están mi madre y mi hermana?

La mujer sollozó con más fuerza.

Desde la oscuridad, Tirzah quiso dar un paso, pero nuevamente la madre la contuvo.

—¡No te muevas! ¡Impura! ¡Impura!

Entre la imposición tiránica de su corazón y el amor de madre, triunfo éste.

—¡Ibas a entrar! —dijo Ben-Hur, viendo el postigo abierto—. Ven, quiero entrar contigo. Esta casa es mía. ¡Caiga la maldición de Dios sobre los romanos que mintieron!

Ambos entraron en la mansión, mientras que Tirzah y su madre se tendían en el polvo para contemplar aquellas puertas que nunca más habrían de traspasar.

Cuando el día llegó las gentes del pueblo, a pedradas, las hicieron dejar la ciudad.

—¡Sois de la muerte! ¡Id, pues, con los muertos!

Y al oír estas palabras escaparon corriendo.



Al contemplar las piedras que forman el brocal del pozo de En-Rogel, y después de haber bebido de sus cristalinas aguas, los viajeros que llegan a Tierra Santa se detienen allí, sonriendo ante la forma primitiva con que se sacaba el agua en lejanos tiempos, y se extasían ante la vista de los montes Morí y Sion. Aquél termina en Ofel y éste donde se acostumbra situar la ciudad de David.

Después de contemplar las ruinas de los sagrados edificios dirigen su vista hacia el monte de la Ofensa; a la izquierda, el cerro del Mal Consejo.

Habían transcurrido dos días desde el encuentro de Amrah y Ben-Hur cuando aquélla se dirigió temprano al pozo de En-Rogel, donde tomó asiento en una piedra. Al poco llegó un hombre con una cuerda y un cubo, cuya misión era sacar agua para los demás, que preguntó a la mujer si deseaba llenar el cántaro que llevaba en unión de una cesta. Amrah repuso con una seña de negación.

No se debía a la casualidad el que se encontrara allí.

Tal como tenía por costumbre, desde que la desgracia entrara en la casa de sus amos, había acudido la noche anterior al mercado a fin de adquirir carne y legumbres. En él había escuchado la historia de la liberación de dos infelices mujeres de la celda vi de la Torre Antonia y del modo cómo habían dado con ellas.

Había convenido con Ben-Hur en que, para evitar ser descubierto, la visitaría todas las noches. La alegría de poder darle noticias de su madre y su hermana quedó empañada al pensar en el disgusto que le produciría saber que ambas estaban leprosas. Las buscaría por entre las tumbas donde vivían los leprosos, sin preocuparle que él mismo pudiera verse atacado por la misma enfermedad. «¿Qué hacer?» se decía una y otra vez la pobre mujer.

Al final, inspirada por el gran afecto que sentía por sus dueños, decidió ir al pozo de En-Rogel, donde sabía que los leprosos acudían en busca de agua y era muy probable que Tirzah y su madre acudieran también. No contó a Ben-Hur nada de lo oído en el mercado, y esperó que, si no las reconocía, ellas si la reconocerían a ella.

La noche anterior Ben-Hur había ido a verla, y los dos habían hablado largo rato. La mujer hubo de esforzarse por no contar al joven lo que ocurría.

Al día siguiente llegaría Malluch y empezarían las pesquisas.

Poco antes de la salida del sol, y cuando Ben-Hur se había ido, Amrah se preparó y salió de casa en dirección al pozo de En-Rogel, donde ahora se encontraba en espera de los acontecimientos.

Empezaron a acudir niños, mujeres, ancianos renqueantes con un bastón en una mano y un cántaro en la otra, todos acercándose poco a poco.

Amrah, vigilante, permanecía quieta, creyendo a veces reconocer a Tirzah y a su

madre entre aquella especie de espectros. Su vista se había posado en más de una ocasión en la ancha boca de entrada a una tumba, cerca de la cual se hallaba una piedra de grandes dimensiones, en donde al parecer no moraba nadie. Con asombro vio que de aquella tumba salieron dos mujeres, una apoyada en la otra, y notó que su corazón palpitaba con rapidez. Amrah las contempló y creyó ver que se estremecían. El hombre del pozo recogió algunos guijarros para tirárselos, mientras las mujeres prorrumpían en maldiciones. Todos gritaron:

—¡Impuras! ¡Impuras!

«Estas dos deben de ser nuevas y desconocedoras de las costumbres de los leprosos», pensó Amrah al verlas aproximarse al pozo.

Se levantó y salió a su encuentro con la cesta y el cántaro, mientras oía a su alrededor:

—Esta mujer debe de estar loca para ofrecer comida a estos muertos que andan.

—Y quizás viene de muy lejos —decía otra.

Sin hacer caso, Amrah proseguía. Cuanto más cerca se encontraba, mayor desosiego e inseguridad le embargaban. ¿Serían ellas? A unos cuatro o cinco pasos se detuvo. ¿Era aquélla la señora a quien tanto amaba? ¿Era aquélla la Tirzah que ella había amamantado? ¿La que alegraba la casa con sus canciones, la bendición de Dios que le prometía consuelo de su vejez? El alma de la buena mujer estaba abrumada por la pena.

«Estas dos son muy viejas para ser ellas —dijo para sí—. Me retiraré».

—¡Amrah! —dijo una de las leprosas cuando ya ella se volvía.

Dejando caer el cántaro la asustada mujer preguntó:

—¿Quién me llama?

—¡Somos nosotras las que buscas!

—¿Es mi ama? —gritó la egipcia—. ¡Oh, ama mía! ¡Ama mía! ¡Bendito sea el Señor, que me ha permitido encontraros! —siguió mientras se arrastraba en dirección a Tirzah y a su madre.

—¡Detente, Amrah! ¡No te acerques a nosotras! ¡Somos impuras!

La sirvienta cayó sobre el polvo, gimiendo de tal forma que sus sollozos eran oídos por la gente del pozo. Luego preguntó:

—¿Y Tirzah, ama mía? ¿Dónde está?

—Estoy aquí, Amrah. ¿No quieres darme un poco de agua?

Apareció en la egipcia el espíritu de servidumbre, y levantándose dijo:

—He traído pan y carne.

Intentó extender la servilleta en el suelo, pero su ama no la dejó.

—No hagas esto, Amrah. Esa gente no te lo perdonaría, y a nosotras nos negaría el agua. Déjanos la cesta aquí, llena el cántaro de agua y dánoslo; nos los llevaremos a nuestra caverna.

La gente dejó paso a la sirvienta, y hasta le ayudaron a llenar de agua el cántaro, tal era la compasión que inspiraba.

Una vez llenó el cántaro, y entregado a las dos leprosas, la viuda dijo:

—¡Gracias, Amrah!

—¿No hay nada que pueda hacer por ti, mi ama?

—Sí; sé que Judá ha vuelto, pues le vi hace dos noches en la escalinata de nuestra casa. Una cosa puedes hacer aún por nosotras: no debes decirle que estamos aquí, ni que nos has visto.

—¡Pero si él os está buscando! ¡Ha venido de muy lejos sólo por saber de vosotras!

—Nada debes decirle, Amrah. En adelante nos servirás, como lo has hecho hoy, trayendo lo más preciso para sustentarnos. Vendrás por la mañana y por la noche y... y... nos hablarás de él —terminó con voz temblorosa.

—¡Me producirá tanto dolor saber que se afana por encontraros y no poder decirle dónde estáis!

—Puedes decirle que estamos bien. Pero no, Amrah. Deberás callar por completo. Ahora vete, y regresa cuando sea de noche.

—¡No podré soportar el silencio, oh mi ama! ¡Será tan duro para mí!

—Más duro sería para nosotras que nos viera tal como estamos. Vete ahora —terminó la infeliz mujer, tomando el cántaro y marchando en dirección a la tumba.

Amrah partió triste y silenciosa.

Por la noche volvió; y así, por la mañana y por la noche, les sirvió cuanto podían desear, que no era mucho si se piensa que no estaban tan mal como en la Torre durante los ocho últimos años, ya que al menos, en la tumba en donde ahora vivían, el sol entraba y así podían aguardar a la muerte más apaciblemente.

El quinto día del mes séptimo, por la mañana, Ben-Hur se levantó triste y descontento.

Para entonces Malluch ya estaba recogiendo informes en la Torre Antonia. Se dirigió al jefe de la fortaleza, le explicó lo ocurrido con la familia Hur y le dijo que deseaba saber si vivía alguno de sus miembros, para solicitar del cesar la restitución de todos sus bienes. El tribuno le relató lo ocurrido y le permitió copiar el informe relativo a las dos mujeres.

Corrió luego Malluch a referir a Ben-Hur cuanto sabía. El dolor de éste no puede ser descrito. Su rostro demostró el tormento que consumía su corazón.

—¡Mi madre y mi hermana leprosas, leprosas! —gemía una y otra vez desgarrado por el dolor y la cólera, y al mismo tiempo proyectaba planes de venganza—. ¡Voy a buscarlas! ¡Quién sabe lo que estarán sufriendo en estos momentos! ¡Quizás estén muriendo!

—¿Adonde vas? —le preguntó Malluch.

—¡Sólo hay un sitio donde puedan estar!

Intentó Malluch persuadirle de que delegara en él para buscarlas, pero no consiguió que dejara de acompañarle hasta el lugar en donde los leprosos se reunían, o sea el cerro del Mal Consejo.

Durante todo aquel mes, y al siguiente, continuaron haciendo pesquisas y ofrecieron recompensas que no dieron resultado, pues las dos mujeres siempre conseguían desviar las sospechas.

Todo lo que pudieron saber, al tercer mes de indagar, fue que, dos meses antes, dos leprosas habían sido apedreadas en la puerta del Pescado por orden de las autoridades, y supusieron que se trataba de ellas.

Una pregunta se hacían: ¿dónde estaban?

¡No se conformaban con que las dos pobres mujeres fueran leprosas: tenían que apedrearlas, y ello en su misma ciudad natal! ¡Quizás estén muertas!

Lleno de cólera volvió al «khan». En el patio se encontraba un numeroso grupo de personas, en su mayoría jóvenes, que por su aire demostraban proceder de otra provincia. No tardó en saber que eran galileos, llegados por diversos fines, pero sobre todo para tomar parte en la fiesta de las Trompetas, la cual se celebraba aquel mismo día. Pensó que era en ellos donde podía encontrar el apoyo necesario para la obra que se proponía emprender.

Les imaginó cubiertos de armaduras y sometidos a la disciplina romana. ¡Él haría de todos ellos formidables legiones!

Un hombre apareció en aquellos momentos y preguntó:

—¿Qué hacéis aquí? Los rabinos y los ancianos han ido al Templo a hablar con

Pilatos. ¡Daos prisa; vamos con ellos!

—¿Para hablar con Pilatos? ¿De qué? —preguntaron.

—Aseguran que el nuevo acueducto ha de ser pagado con dinero del Templo.

—¿Con el tesoro santo? —preguntaron con indignación.

—Debemos seguir a la comitiva. ¡Hemos de ir a protestar!

—¡Estamos listos! —exclamaron desprendiéndose de las vestiduras inútiles.

Intervino Ben-Hur:

—Soy de Judá. Hombres de Galilea, ¿queréis que vaya con vosotros?

—¡Vamos a luchar!

—No seré yo el primero en huir.

—Pareces fuerte. Ven, si así es tu deseo.

—Creéis que habrá lucha. ¿Con quién?

—Con la guardia.

—¿Legionarios?

—¿En quién han de confiar los romanos sino en ellos?

—¿Y con qué armas?

Todos le contemplaron en silencio. Luego continuó:

»Saldremos del paso como podamos, pero hemos de elegir un jefe. Los legionarios siempre tienen alguien que les dirige.

Para dirigirse al Pretorio, nombre que pomposamente daban al palacio de Herodes en el monte Sion, habían de cruzarse las tierras bajas al norte y al oeste del Templo. De norte a sur pasaron por el Akra, distrito de la Torre Mariana. Al grupo se unieron otros, que comentaban con exasperación la noticia del día. Cuando llegaron a la puerta del Pretorio los rabinos y ancianos habían entrado en él, y una enfurecida multitud quedó afuera.

Un destacamento armado, al mando de un centurión, guardaba la puerta, por donde salía y entraba una gran muchedumbre. Un galileo preguntó a uno de los que salían:

—¿Qué pasa ahí adentro?

—Los rabinos están esperando audiencia. Pilatos les ha visto y por el momento se la ha negado. Ellos le han enviado un emisario para que sepa que no se marcharán si antes no son recibidos.

—¡Entremos! —dijo Ben-Hur.

El grupo entró y llegó a un gran espacio cuadrado en cuyo lado occidental se alzaba la residencia del gobernador. Una gran multitud llenaba este espacio y miraba hacia un pórtico guardado por otra compañía de legionarios.

Cerca de este pórtico podían verse, a través de la apretada multitud, los turbantes de los rabinos, cuya impaciencia se comunicaba a la masa agolpada detrás de ellos.

—Si eres gobernador, ¿por qué no sales? Pilatos, ¡sal afuera!

—¡Para nada se cuenta aquí con Israel! —gritó un hombre—. ¡No somos más que unos perros de los romanos!

—¿Crees que saldrá?

—Ya se ha negado tres veces.

—¿Qué harán los rabinos?

—Lo mismo que en Cesarea: acampar hasta que les dé audiencia.

—¿Se atreverá a tocar el tesoro?

—¡Quién sabe! ¿No fue un romano el que profanó el Tabernáculo? ¿Es que para los romanos hay algo sagrado?

Así transcurrió el día, que trajo consigo un aguacero que no consiguió disminuir la multitud. Ésta iba en aumento y gritaba:

—¡Que salga! ¡Que salga!

Mientras tanto Ben-Hur procuraba mantener a los galileos en un grupo compacto. Pensaba que Pilatos deseaba que el pueblo le proporcionara ocasión de emplear la fuerza. Se produjo un griterío inmenso. Ben-Hur alzó a uno de los galileos sobre la multitud, y por él supo que un grupo de hombres armados con palos, y vestidos como los judíos, pegaba a la gente del pueblo.

—¿Quiénes son?

—Por Dios que son romanos disfrazados. Sus palos caen sin piedad sobre la gente. He visto caer a un rabino al suelo de un golpe dado en la cabeza.

Dejando al hombre en el suelo Ben-Hur gritó:

—¡Vamos a entendernos con los vapuleadores, hombres de Galilea! ¡Corramos hacia los árboles y armémonos de gruesas estacas!

Armados ya, acometieron a golpes a los romanos, que titubearon.

Los golpes se repetían sin cesar y era Ben-Hur el que más y mejor golpeaba. Su habilidad en el manejo de las armas se hacía notar. Allí donde llegaba los grupos se deshacían como un montón de hojas secas barridas por el viento. Su grito de guerra animaba a sus amigos e infundía pánico a sus enemigos, que por fin corrieron a refugiarse en el pórtico, seguidos por los galileos, a los cuales detuvo Ben-Hur.

—¡Quietos, quietos, compañeros! Ahora viene el centurión con la guardia, y no podemos luchar con estas armas. ¡Que cada cual vaya por donde pueda!

—¡No huyáis, perros de Israel! —gritó el centurión.

—Si nosotros somos perros, vosotros sois chacales de Roma —replicó el joven—. No os preocupéis, que ya volveremos.

Una gran muchedumbre se agolpaba en las afueras, en las azoteas, en las calles, gritando y rezando.

Cuando Ben-Hur salió, el centurión de la otra guardia le gritó:

—Tú, insolente, ¿eres romano o judío?

—He nacido aquí. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Espera, y nos veremos las caras. Eso es lo que quiero de ti.

—¿Tú solo? —se burló el joven—. He aquí un bravo romano, hijo del bastardo Júpiter romano. ¿No ves que estoy desarmado?

—Toma mis armas. Yo buscaré otras.

El pueblo calló al darse cuenta del reto del centurión. Ben-Hur pensó que aquélla era una buena ocasión para luchar por la causa del nuevo Rey.

—Estoy dispuesto. Dame tus armas. No necesito el yelmo ni la coraza.

Mientras los soldados también permanecían silenciosos, la muchedumbre se preguntaba quién sería aquel apuesto mancebo que desafiaba al centurión romano.

Durante breves instantes ambos contendientes se atacaron. Al fin Ben-Hur hizo penetrar su espada por el costado de su enemigo, que cayó pesadamente al suelo.

Ben-Hur, con un pie sobre el cuerpo del centurión, cual un gladiador, levantó el escudo sobre su cabeza para saludar a los soldados inmóviles ante la puerta.

El pueblo demostró con fuerte griterío su alegría por la victoria del judío.

Dirigiéndose a uno de los soldados, Ben-Hur dijo:

—Tu compañero ha muerto como un soldado. No deseo sus despojos, pero sí la espada y el escudo.

Dicho esto se alejó con los galileos, que no cesaban de aclamarle. Pero Ben-Hur les dijo:

—Debemos separarnos a fin de que no nos persigan. Esta noche nos reuniremos en el «khan» de Betania. Tengo que deciros algo de interés para Israel.

—¿Quién eres? —preguntaron.

—Un hijo de Judá —respondió.

—Nos veremos en Betania —replicaron.

—Llevad con vosotros, para que pueda reconocerlos, esta espada y este escudo.

Y tras decir esto desapareció con presteza.

El pueblo recogió a sus muertos y heridos, contento en parte por la victoria alcanzada por aquel joven a quien no cesaban de ensalzar.

De esta forma se dio a conocer Ben-Hur y ganó autoridad sobre los galileos, con lo que preparó el camino para la causa del Rey anunciado.

SÉPTIMA PARTE

Después de celebrada la reunión en el «khan» de Betania, Ben-Hur partió para Galilea. Su hazaña en la vieja plaza del Mercado le había proporcionado fama y gran influencia.

Al finalizar el invierno disponía de tres legiones, copia exacta de las romanas. Aun pudiendo preparar más, no lo hizo con el fin de no despertar los recelos de los romanos y de Herodes Antipas.

Se esforzó en adiestrar a las tres legiones a fin de que estuvieran dispuestas para la acción. Enseñó a los oficiales el manejo de las armas. Una vez entrenados, les mandó a sus respectivas aldeas para que ellos a su vez instruyeran a otros hombres, y así formó el núcleo de nuevos ejércitos.

Tal obra se consiguió gracias a la habilidad, celo, fe, abnegación y paciencia de Ben-Hur. Para ello contó también con el apoyo de Simónides, sin el cual quizás no lo hubiese logrado.

Las tribus de Aser, Zabulón, Isacar y Neftalí constituían Galilea. El judío nacido cerca del templo despreciaba a sus hermanos del Norte, pero el Talmud ha dicho: «El galileo ama el honor y el judío el dinero».

Aborrecían a Roma con la misma intensidad con que amaban a su país. En su última guerra contra los romanos perdieron la vida más de ciento cincuenta mil galileos.

Vivían en paz con todo el Mundo, ya que consideraban a todos como compatriotas suyos.

En un pueblo de tal carácter, la noticia de la llegada del nuevo Rey había de producir honda impresión.

Ben-Hur les hablaba de los profetas y de Baltasar, quien le esperaba en Antioquía.

Una tarde, cuando descansaba sentado a la puerta de la caverna que les servía de cuartel general, Ben-Hur recibió, por mediación de un árabe, una carta.

Abrió los sellos y leyó:

Jerusalén, Nisán IV.

Se encuentra entre nosotros un profeta, que según muchos dicen es Elias, que ha permanecido muchos años en el desierto. Yo mismo le he visto y oído, y me he convencido de que espera al mismo Rey que esperamos nosotros.

Jerusalén entera ha salido para ver a este profeta, y en el monte Olívete, donde predica, parece como si fuera el último día de Pascua.

Si puedes venir, hazlo, y así podrás juzgar por ti mismo.

MALLUCH

—Según esta carta, amigos míos, nuestros deseos se verán pronto cumplidos. Ha aparecido en Jerusalén el heraldo del Rey que todos esperamos y anuncia su llegada —dijo Ben-Hur a sus amigos con el rostro resplandeciente.

Después de dirigir una carta a Ilderim y otra a Simónides para darles cuenta de las noticias recibidas, Ben-Hur esperó a que llegara la noche.

Luego, acompañado de un guía, em prendió el camino hacia el Jordán, siguiendo las huellas de las caravanas que van de Rabat-Amón a Damasco.

Aun cuando la intención de Ben-Hur era buscar un lugar al amanecer para descansar hasta la noche siguiente, amaneció mientras aún estaba en el desierto, por lo que continuaron el viaje hacia un valle conocido por el guía y al que no tardarían en llegar.

Le apartó de sus pensamientos la voz del guía, que llamó su atención sobre un grupo de jinetes que les seguía.

—Es un camello, y además un hombre a caballo.

Ben-Hur pensó en Baltasar y en Iras y se sorprendió al comprobar que se trataba de ellos.

¿Se daría a conocer? Le extrañaba encontrarlos solos en el desierto. El camello se había acercado al caballo de Ben-Hur, y cuando éste miró hacia arriba Iras levantó las cortinas y le contempló con sus grandes ojos.

—¡La bendición del cielo sea con vosotros! —dijo Baltasar con emocionada voz.

—¡Y con vosotros la paz del Señor! —contestó Ben-Hur.

—Aunque mi vista se encuentra cansada por los muchos años, no creo equivocarme al decir que tú eres el hijo de Hur, a quien conocí en la tienda de Ilderim el Generoso.

—Y tú eres Baltasar, culpable en parte de que yo me encuentre ahora aquí. ¿Adonde vas solo?

—El que está con Dios nunca está solo. No obstante, puedo decirte que partí con una caravana que se dirige a Alejandría pasando por Jerusalén. Esta mañana, impaciente por ir tan despacio, nos hemos adelantado.

—Te ruego, Ben-Hur, que nos indiques alguna fuente a fin de poder desayunar —intervino Iras.

—Pronto llegaremos a esa fuente, bella egipcia, y comprobarás que sus aguas son tan dulces como las de Castallia. Pongámonos, pues, en marcha.

Al poco rato llegaron al cauce de un hondo torrente. Tenían que avanzar con precaución, pues a causa de las últimas lluvias estaba reblandecido el terreno. Al final de aquel estrecho paso apareció ante su vista un maravilloso valle en el que crecían vides, palmeras y olivos silvestres. A la entrada de un bosquecillo corrían las aguas transparentes de un arroyo, las cuales brotaban al pie de una roca en donde se leía el nombre de Dios, sin duda escrito por algún viajero sediento en señal de gratitud.

Echando pie a tierra, y mientras Baltasar oraba con devoción, Ben-Hur comprobó que no existían huellas humanas, lo que por el momento les convertía en dueños de aquel edén. Iras pidió al etiope, su servidor, que le diera una copa con el fin de saciar su sed en las cristalinas aguas del arroyo.

Iras y Ben-Hur se dirigieron al arroyo, donde Iras llenó la copa y se la ofreció a

Ben-Hur, quien dijo:

—Por favor, te lo ruego, bebe tú primero.

—En mi país hay un proverbio que dice: «Mejor es ser copero de un afortunado, que ministro del rey».

—¿Afortunado?

—Sí. Al concedernos éxitos los dioses, lo hacen para demostrar que están de nuestro lado. ¿No triunfaste en el circo? ¿No diste muerte a un centurión?

El combate sostenido con aquel centurión romano debía de ser conocido por todo el Oriente. Ben-Hur sintió que se ruborizaba, no sólo por la fama que adquiriría, sino por sentirse admirado por aquella bella joven. Nadie sabía, no obstante, el nombre del triunfador, conocido solamente por Malluch, Simónides e Ilderim. Viéndole un tanto confuso, Iras levantó su copa diciendo:

—Gracias, dioses de Egipto, por haberme permitido descubrir un héroe. Por vuestro honor, bebo yo ahora. ¡Y tú, hijo de Hur! ¿Es que es común que un valiente se vea derrotado por una mujer? Bebe ahora, y ve si encuentras palabras dulces para mí.

Tomando la copa, y procurando disimular su turbación, el joven Hur contestó:

—Los hijos de Israel no tienen dioses a quienes brindar.

¿Sabría la egipcia todo lo relativo a él? ¿Conocería el trato concluido con Ilderim y sus relaciones con Simónides? ¿Sería ella enemiga suya? Aquellos pensamientos cruzaron su mente mientras levantaba la copa y decía:

—Hermosa y dulce doncella: de ser yo egipcio, griego o romano, diría: ¡Doy gracias a los dioses por permitir que yo permanezca en el Mundo y pueda contemplar los encantos y bellezas representados en la dulce Iras, la más encantadora de las hijas del Nilo!

—Has pecado contra los dioses —dijo la egipcia poniendo la mano suavemente sobre el hombro de Ben-Hur—. Los dioses por los que has libado son falsos. Debiera denunciarte a los rabinos.

—Tal denuncia carecería de importancia, si se tiene en cuenta tantas cosas como sabes de mí.

—Iré más lejos. Acusaré a la judía que cuida de las rosas en la casa del gran comerciante de Antioquía. Te acusará a ti de impiedad, y a ella...

—¿De qué la acusarás?

—La diré lo que me has dicho con la copa levantada, y pondré a los dioses por testigos.

Antes de que pudiera contestar a la bella Iras, Baltasar se acercó a la fuente y dijo:

—No es bastante con que te dé las gracias por habernos proporcionado la visión de este magnífico valle. Ven, aposéntate a nuestro lado y participa de nuestro pan.

Después de lavarse las manos, y mientras el criado preparaba toallas, se sentaron a la usanza oriental y comieron los excelentes manjares que el etíope les servía.

Cuando dieron fin a la comida, Baltasar preguntó a Ben-Hur:

—Cuando te alcanzamos me pareció que tus pasos se dirigían a Jerusalén. ¿Puedo preguntarte si vas allí?

—Sí; voy a la Ciudad Santa.

—Siento prisa por llegar. ¿Podrías decirnos si existe otro camino más corto que el de Rabat-Amón?

—Sí, hay uno que yo me propongo seguir; pero es más difícil y peligroso.

—No importa. Estoy impaciente y ansioso por llegar. Muchas noches oigo en sueños una voz que me dice: «¡Levántate, Baltasar! ¡Aquel que por tanto tiempo has esperado va a llegar!».

—¿Te refieres al Rey de los judíos? —preguntó Ben-Hur conteniendo la respiración.

—Sí, de Él hablo —respondió el anciano.

—¿Es que sabes noticias tuyas?

—Sólo las palabras que oigo en mis sueños.

—Pues yo tengo noticias más concretas, que estoy seguro te alegrarán —dijo Ben-Hur mostrando la carta que había recibido de Malluch y dándosela a leer al anciano.

Cuando Baltasar concluyó la lectura exclamó elevando la vista hacia el cielo:

—¡Gracias, Dios mío! Ahora sólo te suplico que me concedas la gracia de volver a ver al Salvador. Luego moriré tranquilo.

Ben-Hur preguntó al anciano.

—¿Todavía crees que será un Salvador y no un Rey?

—No sé qué contestarte, aunque nada he sabido desde la última vez que hablamos en el aduar del jeque Ilderim que haya modificado mi convicción.

—Tú dijiste —observó Ben-Hur respetuoso— que el Enviado sería Rey, aunque no a la manera del César, puesto que su reino sería espiritual y no material.

—Sigo opinando lo mismo. La diferencia entre tu fe y la mía es que yo espero un Rey para las almas y tú lo esperas para los hombres.

Hizo una pausa, como si buscara las palabras apropiadas para expresar sus sentimientos, y luego prosiguió:

«Escucha, hijo de Hur, y quizás consiga convencerte de la superioridad del Reino que yo espero sobre el que tú deseas. Nadie puede decir desde cuándo creen los hombres en la existencia del alma. Seguramente esta fe viene desde nuestros primeros padres. A lo largo de los siglos ha mantenido su vigor con mayor o menor fortuna. Algunos pueblos han creído en ella con firmeza; otros han dudado; otros, en fin, la han rechazado. Pero a lo largo del tiempo Dios ha ido enviando relámpagos de

lucidez que han depurado y aclarado a los hombres la certeza de esta fe en la inmortalidad de nuestras almas.

»Si ahora nos preguntamos qué tiene más valor: esta vida corta y llena de sinsabores o la otra destinada a las almas, la contestación no es dudosa, hijo de Hur: la vida terrena es como un minuto cuando la comparamos con la eternidad junto a Dios. Ahora bien, si consideras la perfecta existencia que nos espera tras la muerte y cómo las pasiones y la ignorancia han ofuscado en nosotros la comprensión de esa otra vida, entenderás cuán necesario es que venga un Salvador, mucho más necesario y apremiante que el advenimiento de un nuevo Rey y un nuevo Imperio.

Baltasar enmudeció y un profundo silencio se adueñó del improvisado campamento. Luego el anciano volvió a tomar la palabra:

—Prosigamos nuestro camino. Lo que te he dicho aumenta en mí los deseos de ver al Enviado.

Dio una palmada y el etíope les sirvió vino. Apuradas las copas, el esclavo recogió los utensilios y se pusieron en marcha, con el propósito de alcanzar la caravana de Baltasar, que les había adelantado durante aquel descanso.

Dada la lentitud de la marcha de la caravana, y ante la impaciencia de Baltasar, prosiguieron el viaje solos.

Ben-Hur sentía que el corazón le latía con más rapidez cuando la bella Iras posaba sus ojos en él. Cualquier objeto, por simple que fuese, que atrajera la atención de la egipcia cobraba gran interés para él. Cuando la cortina del «khan» se corrió le pareció menos esplendorosa la luz del día.

La mujer, con femenina coquetería, procuraba atraer sobre ella la atención del joven engalanándose con sus más preciosos adornos.

Al llegar la noche plantaron la tienda a orillas de un estanque formado por aguas de lluvia y se dispusieron a pernoctar.

Durante la segunda guardia, que había correspondido al joven Hur, se encontraba éste ante la tienda, con el pensamiento perdido en la bella Iras, cuando notó que una mano, a cuyo contacto se estremeció, se posaba suavemente sobre su hombro. Al volverse vio que era la bella egipcia, quien le sonreía.

—Creía que dormías —dijo Ben-Hur.

—He salido a contemplar las estrellas, mis viejas amigas. El sueño es para los viejos y los niños.

Tomando la mano de la joven, Ben-Hur dijo:

—¿He sido, acaso, sorprendido por un enemigo?

—Los enemigos odian. Has de saber que cuando era niña Isis me besó en el corazón, y no permitirá que la enfermedad del odio me acometa.

—Veo por tu lenguaje que no participas en los pensamientos de tu padre.

—De haber presenciado lo que él, quizás sí participaría, y tal vez lo haga cuando sea vieja. La religión no debiera existir para los jóvenes. Sólo poesía, alegría, amor. El Dios de mi padre es demasiado serio para mí. Tengo un deseo, ¡oh hijo de Hur!

—¿Existe quizás alguien que se atreva a negártelo?

—Mi deseo es muy sencillo. Deseo protegerte.

—No seas enigmática como la esfinge de tu patria. Dame siquiera el extremo del hilo, como Ariadna, con el fin de que pueda penetrar en el laberinto de tu alma. ¿Por qué preciso protección? ¿Por qué has de ser precisamente tú quien me proteja?

Dirigiéndose a su camello, la bella Iras le habló:

—¿Cómo adivinas?, ¡oh tú, veloz ejemplar de los rebaños de Jacob! ¿Verdad que alguna vez tropiezas y entonces no desprecias que te ayuden, aunque la ayuda proceda de una mujer? Por ello mereces un beso —y la egipcia rozó con sus labios la frente del bruto—, porque en tu alma noble no existen recelos ni sospechas.

—¿No comprendes, ¡oh Egipto!, que con mi silencio garantizo la vida de otros?

—Puede ser —dijo con viveza la egipcia—. O mucho mejor, así es.

Ben-Hur retrocedió un paso y preguntó con voz alterada:

—¿Cómo sabes tú que así es? ¿Qué es lo que sabes?

—¿Cuándo comprenderán los hombres que nuestros sentidos son más penetrantes? Durante todo el día he estado observándote y he comprendido que sobre ti pesa una gran responsabilidad. He escuchado tu conversación con mi padre. Aquel a quien vais a buscar es un Rey, el Rey de los judíos, más poderoso que Herodes, ¿no es así? Desde la mañana he estado soñando. Si te refiero mi sueño, ¿harás tú lo mismo con el tuyo?

Al ver que Ben-Hur permanecía callado, la egipcia intentó rechazar su mano y apartarse de él.

—¡Quédate, te lo suplico! Quédate y habla.

—He tenido una visión —dijo Iras— en la que una gran guerra estallaba. Algo como si César y Pompeyo hubieran vuelto. Una gran nube de polvo cubrió el Mundo entero, y cuando volvió la claridad el poder de Roma había desaparecido. Salió a la luz una nueva raza de héroes, y yo me dije: el que sirva al nuevo Rey, conseguirá de él todo lo que desee.

Estremeciéndose el joven, pues aquel sueño había sido el suyo, y la pregunta la misma que él se había hecho.

—¡Ya lo veo, ya lo veo! —dijo Ben-Hur—. Muéstrame el camino a seguir y lo emprenderé, aunque nada más sea por tu amor.

—Tiéndete al lado del camello, encima de tu capa, y te contaré una historia que llegó a Alejandría por el curso del Nilo.

Se tendió tal como la egipcia le había dicho, mientras ella se aposentaba en un asiento que se había procurado cerca del camello.

—Estoy dispuesto. Habla —dijo Ben-Hur, alrededor de cuyo cuello había pasado Iras uno de sus brazos.

En la montaña más elevada se encuentra el palacio de la más bella de las diosas: Isis. Su esposo, el poderoso y sabio Osiris, sentía a veces celos, pues sólo en esto los dioses se parecen a los mortales.

Retoando en cierta ocasión (no existen días para los dioses) en la azotea de su palacio de plata, miró a lo lejos y vio a Indra, que pasaba por el confín del Universo con un ejército de monos sobre sus águilas.

Regresaba de su victorioso combate contra Raksakas, llevando a Rama, el héroe humano, y a la más bella de las diosas después de Isis, Sita, su esposa.

Desde la azotea Isis saludó a Sita. Fíjate bien, sólo a Sita. Entre los que marchaban y la pareja de la azotea se interpuso un velo de tinieblas: Osiris había fruncido el ceño, y enfadado ordenó a su esposa que se fuera a casa.

—Para hacer un ser perfectamente feliz, no necesito tu ayuda —le dijo—. ¡Márchate!

—Me voy, mi dulce señor. Pero sé que no tardarás en llamarme, ya que

sin mí no solamente serás incapaz de hacer un ser perfectamente feliz, sino que tú mismo no serías feliz sin mí.

Tomó Isis su silla y sus agujas, y marchó a hacer calceta y a vigilar a su esposo.

Y mientras la fuerza creadora de Osiris se dejaba sentir, su mujer seguía haciendo calceta sin perder un solo punto.

Cerca del sol, como una mancha en el espacio, apareció un jirón de niebla. Al verla Isis pensó que su esposo deseaba crear un mundo, mientras seguía convencida de que pronto sería llamada por Osiris.

De esta forma fue creada la Tierra. Fue al principio una masa fría y abandonada en el vacío infinito. Después, poco a poco, apareció primero un valle, luego una montaña, luego un mar, pero sin que brotara ningún signo de vida. Por fin, a la orilla de un río, apareció algo. Este algo se levantó; y cesando de hacer calceta Isis contempló el nacimiento del primer hombre, cosa buena de ver. A continuación vio cómo brotaban los demás seres, plantas, animales, insectos, reptiles.

Durante algún tiempo el hombre fue feliz, lo que hizo exclamar a Osiris:

—He conseguido una criatura feliz. ¿Para qué te necesito a ti? —dijo dirigiéndose a su esposa. Ésta permanecía en silencio, esperando, demostrando tanta paciencia como poder Osiris. Ella sabía que la vida no es suficiente para dar felicidad al hombre.

Pronto pudo observar que el hombre pasaba mucho tiempo ensimismado, con rostro en el que se veía el enfado.

Nuevos síntomas de la voluntad creadora se dejaron sentir, y los valles y montañas se cubrieron de verdor. Aparecieron flores cual estrellas y el mar tomó el color azul del cielo, lo que dio al hombre nuevas señales de felicidad.

Sonrió Isis y reanudó su calceta, pensando que tales cosas producirían al hombre una felicidad poco duradera. Nuevamente abandonó Isis su calceta para, asombrada, ver cómo todo lo creado, inmóvil hasta el momento, recibía el don del movimiento. Los pájaros empezaron a volar, los cuadrúpedos a correr, los árboles movieron sus hojas y ramas y los ríos corrieron hacia el mar, que a su vez batía las olas sobre las costas.

Ante tal maravilla el hombre fue feliz como un niño, lo que satisfizo a Osiris, que no había precisado ayuda de su esposa, a quien se lo dijo.

—Todo está muy bien, dulce señor, y servirá para algún tiempo más.

Y así sucedió. Al acostumbrarse el hombre a tanta maravilla dejó de alegrarse y tornó a su tristeza.

Tronó de nuevo la voluntad creadora de Osiris, y todas las cosas, mudas hasta aquel momento, empezaron a emitir sonidos, producidos para complacer al hombre.

Admirada de tanta belleza, también Isis quedó suspensa. Luego pensó:

«Bien, ya está todo: color, movimiento, sonido. La obra de mi señor está completa».

Durante mucho tiempo, más del que había transcurrido, el hombre fue de nuevo feliz; pero Isis estaba segura de que el ser para quien su esposo había creado tanta maravilla tornaría a su tristeza, y al fin tal cosa llegó.

Acostumbrado el hombre, languidecía en su tristeza, lo que hizo exclamar a Isis:

—Señor, tu criatura se muere de tristeza. ¿Quieres que yo te ayude a conseguir su entera felicidad?

En su orgullo, Osiris ni contestó. Fue entonces cuando Isis, terminando el último punto de su calceta, hizo un ovillo y lo lanzó al espacio. Cayó al lado del hombre, quien al oír el ruido levantó la cabeza y vio cómo la primera mujer aparecía ante él y le tendía su mano. La abrazó él, y ambos vivieron de esta forma feliz durante toda la eternidad.

—Así cuentan a orillas del Nilo, ¡oh Ben-Hur!, cómo fue el principio de lo bello.

—¿Qué fue de Osiris? —preguntó el joven.

—Dejó a un lado su orgullo y llamó a palacio a su esposa, y juntos vivieron felices, ayudándose siempre el uno al otro.

—¿No debo hacer yo lo mismo que el primer hombre?

—¡Ay amor! —suspiró la egipcia apoyándose sobre el pecho de Ben-Hur—. Encontrarás al Rey y le servirás, conquistando sus más ricos dones, y su mejor soldado será mi héroe.

—¡Si el Rey me concede una corona, la pondré a tus pies! ¡Serás mi reina, la más bella de las reinas, y mi felicidad será eterna!

—¿Permitirás que te ayude, y me contarás todas las cosas?

—¿No tienes bastante con mi amor? —preguntó Ben-Hur que sintió enfriar su entusiasmo ante aquella pregunta.

—Sólo la completa confianza es indicadora del amor perfecto.

—Eres cruel, adorada Iras.

Dirigiéndose de nuevo al camello, y depositando un beso en su frente, la hija de Baltasar respondió:

—Toma ese beso, noble animal, ya que en tu amor no existió la desconfianza.

Y tras estas palabras, desapareció.

Tres días después llegaron a las orillas del Jabbek, en donde se hallaban más de un centenar de hombres. Uno de ellos se acercó y les ofreció de beber. Contempló con curiosidad el camello y dijo:

—Hermoso animal. Vengo del Jordán, donde se ha congregado gran número de gentes, llegadas algunas sobre magníficos camellos. No he visto, no obstante, ningún ejemplar como éste. ¿De qué raza es?

—¿Dónde se ha reunido la gente que dices?, ¡oh ilustre amigo!

—En Betabara.

—Escapa a mi sentido cómo en un lugar como Betabara, que siempre ha aparecido desierto, se congrega tanta gente.

—Se ve que sois forastero y que desconocéis, por tanto, las buenas nuevas.

—¿A qué buenas nuevas te refieres?

—Ha aparecido un hombre que dice llamarse Juan el Nazarita, hijo de Zacarías. Predica cosas extrañas, y dice ser el enviado por el Mesías. Ha vivido, según cuentan, toda su vida en una caverna, más allá de En-Gedi.

—¿Qué cosas predica?

—Algo de lo que nunca en Israel se dijo. Él mismo lo llama «arrepentimiento y bautismo». Nadie sabe qué hacer con él. Unos le preguntan si es el Cristo, otros que si es Elias. Pero a tales preguntas él sólo dice: «Yo soy la voz del que clama en el desierto. Enderezad el camino del Señor».

El hombre, llamado por sus compañeros, intentó marcharse, pero Baltasar le retuvo con otra pregunta.

—¿Encontraremos a ese predicador en el lugar donde vosotros le visteis?

—Sí, en Betabara.

—No cabe duda de que se trata del heraldo de nuestro Rey —dijo Ben-Hur dirigiéndose a Iras.

—Partamos —habló Baltasar—. Me encuentro con fuerzas para continuar el viaje.

Acamparon en las cercanías de Ramet-Gilead, donde se dispusieron a descansar.

—Partiremos al amanecer —dijo Ben-Hur.

—El Rey no debe de andar muy lejos de su heraldo —dijo Iras, que se retiró seguidamente.

A la mañana siguiente, cuando ya llevaban algún tiempo de marcha, Ben-Hur dijo a Baltasar:

—Falta poco para llegar.

Avivaron el paso de sus cabalgaduras y pronto divisaron gran cantidad de tiendas y animales con las patas trabadas. La multitud empezaba a dispersarse.

Nadie prestaba atención a los recién llegados; tal era la impresión de las palabras que habían oído, acerca de las cuales discutían con ardor.

Creían que habían llegado demasiado tarde; y entonces vieron que se acercaba a ellos un personaje singular.

Parecía ser un salvaje. La piel de su rostro era reseca como un pergamino, y una descuidada cabellera, sucia y enmarañada, le caía por la espalda. Se cubría con una especie de camisa de piel de camello e iba descalzo.

Se movía, no obstante, de forma viva y a cada momento apartaba con la mano sus indomables cabellos.

La visión de aquel personaje hizo exclamar a Iras:

—¿Es ése el heraldo del Rey?

—Es el nazarita —contestó Ben-Hur sin mirarla.

También él sentía extrañeza ante aquel asceta, a pesar de estar acostumbrado a ver a otros en el desierto, cubiertos de harapos y sufriendo toda clase de martirios. Su entusiasmo por la llegada del Rey sufrió un brusco desencanto. Le recordaba a los criados de los baños romanos, repugnantes en su pobreza, en las Termas públicas. Por eso solamente acertó a decir:

—Es un nazarita.

No produjo sorpresa, en cambio, a los ojos de Baltasar, quien sabía que los caminos de Dios eran muy diferentes a como la mayoría de los hombres los imaginaban. Él no pensaba igual, por lo que esperó pacientemente.

En cada uno de los presentes fueron distintos los sentimientos suscitados por aquel hombre.

En aquel momento otro personaje, que había estado sentado sobre una piedra a la orilla del río, se levantó y marchó en dirección al camino que seguía el nazarita, hasta que ambos llegaron a juntarse. El predicador, como herido por una visión, contempló al hombre y levantó las manos en ademán de detener a la multitud. Todos permanecieron quietos, escuchando, mirando al que Juan señalaba. La estatura de éste era mediana, y sus ademanes tranquilos y reposados. Se cubría con una túnica y no llevaba alforjas, cinturón ni báculo.

Tales pormenores no pasaron inadvertidos a la multitud, pero quedaron paliados por la atracción que ejercían la faz y la cabeza del hombre.

Bajo las bien arqueadas cejas pudieron ver un rostro con unos ojos rasgados, de color azul oscuro; nariz propia de rostro hebreo; un cutis fino y un cabello y barba ondulados y brillantes a los que el sol arrancaba reflejos de oro. Ningún bravo guerrero habríale considerado enemigo peligroso, ni las mujeres habrían tenido desconfianza de él.

Todo su ser reflejaba inteligencia, amor, piedad y melancolía, aunque quizás fuera una mezcla de todo ello. Adivinábase un alma noble, condenada a vivir entre miserables pecadores. Nadie podría decir que en tan bello rostro asomase signo de debilidad alguna, sino más bien enérgica voluntad.

Despacio, majestuosamente, se acercó a los tres y clavó sus ojos en los de Ben-Hur, que a caballo, con su lanza, era digno de atraer la atención de un rey. Luego los posó en Baltasar, pero no sobre Iras, a pesar de que su belleza atraía siempre la atención.

—¡Contemplad al Cordero de Dios que quita el pecado del Mundo! —gritó de repente el nazarita rompiendo el silencio de la multitud. Luego volvió a clamar con voz estentórea:

»¡Contemplad, contemplad os digo, al Cordero de Dios que quita el pecado del Mundo!

Baltasar no precisaba mayor explicación, por lo que cayó de rodillas.

Juan el Bautista volvió a clamar:

—¡Éste es Aquel de quien yo he dicho: «Después de mí viene un varón que es mayor que yo, porque está por encima de mí». Yo he visto cómo el Espíritu descendía del cielo en forma de paloma y se posaba en Él. No le conocía, mas El que me envió me dijo: «¡Sobre el que se posase el Espíritu, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo!». —Hizo una pausa y concluyó—: ¡Éste es el Hijo de Dios!

Con los ojos arrasados en lágrimas, Baltasar exclamó:

—¡Él es, Él es!

Entretanto Ben-Hur había contemplado el rostro del desconocido, ganado por la pureza de sus facciones, su ternura, su humildad y su santidad. Su alma, empero, dudaba, y no dejaba de preguntarse: «¿Quién será este varón? ¿Será el Mesías? ¿Será el Rey? ¿Tendrá razón Baltasar y no Simónides, y no vendrá este hombre a reconstruir el reino de Salomón, ya que carece del genio y carácter de Herodes? Podrá ser Rey, pero no de la clase de los de Roma».

Se veía incapaz de llegar a ninguna conclusión. Su memoria parecía traerle el recuerdo de haber visto a aquel hombre, pero no le era tan fiel como para saber dónde y cuándo le había visto.

Al final, débil al principio, pero con claridad diáfana después, recordó la escena junto al pozo de Nazaret. Eran las manos de aquel hombre las que le habían acariciado cuando perecía de sed. Le pareció volver a oír las maravillosas palabras:

—¡Éste es el Hijo de Dios!

En el momento en que descendía del caballo para rendir homenaje a su bienhechor, Iras gritó:

—¡Mi padre se muere, Ben-Hur! ¡Socórrelo!

Se dirigió con presteza hacia el caído Baltasar, que había perdido el sentido. Corrió en busca de agua y a su regreso vio que el extranjero había desaparecido.

Baltasar recobró sus sentidos y sus primeras palabras fueron:

—¿Dónde está Él?

—¿Por quién preguntas, padre amado? —dijo Iras.

—¡Por el Redentor, el Hijo de Dios, quien en su divina providencia ha permitido que volviera a verle!

—¿Piensas igual tú?, ¡oh hijo de Hur!

—Debemos esperar, ya que los tiempos están llenos de prodigios —contestó el joven.

Al día siguiente, cuando los tres escuchaban de nuevo la voz de Juan el Nazarita, éste exclamó:

—¡Mirad el Cordero de Dios!

Miraron hacia donde el predicador señalaba y vieron la delicada figura del desconocido. En la mente de Ben-Hur brilló una nueva idea.

—¿Es que acaso no puede ser Redentor y Rey al mismo tiempo? ¿Tendrán razón los dos, Baltasar y Simónides?

Preguntó luego a uno de los que se encontraban cerca de ellos quién era aquel hombre, y obtuvo la siguiente respuesta:

—No es otro que el hijo de un carpintero de Nazaret.

OCTAVA PARTE

—Esther, di que me traigan una copa de agua.

—¿No quieres vino, padre?

—Que traigan agua y vino.

Estaban en Jerusalén, en el cenador del antiguo palacio de los Hur. Desde la barandilla que daba al patio, Esther llamó a un criado, en el momento en que otro le presentaba un rollo sellado.

—Para el señor —dijo al entregarlo.

Esto sucedía el 21 de marzo, tres años después de la anunciación de Cristo en Betabara.

Durante aquel tiempo Ben-Hur, que no podía sufrir el estado ruinoso de la casa de sus padres, había comprado el palacio a Poncio Pilatos por mediación de Malluch, quien procedió a repararlo y le devolvió y aun superó su antiguo esplendor. No quiso, sin embargo, figurar todavía como su propietario ni recobrar en público su verdadero nombre. De vez en cuando acudía a su ciudad natal y pasaba unos días en la casa paterna, pero siempre de incógnito y como huésped. No descuidaba sus asuntos de Galilea, ni olvidaba al Rey; pero sólo el descanso era el móvil que le llevaba a su casa. En ella estaban Baltasar e Iras. Ésta le fascinaba con su hermosura; el padre le causaba admiración con su vigor intelectual, realmente prodigioso en cuerpo tan débil y agotado.

Simónides y Esther habían llegado pocos días antes de Antioquía. El viaje fue en extremo penoso para el anciano, que se instaló en un palanquín entre dos camellos que no siempre marchaban al mismo paso. Pero una vez en la ciudad natal no se cansaba de contemplarla; pasaba el día en la azotea y en la terraza, en una silla semejante a la que tenía en Antioquía, y paseaba su ávida mirada por los contornos. A la sombra del cenador presenciaba la salida del sol, seguía su curso hasta el ocaso y recordaba a su esposa, más amada cada día. Sin embargo, no desatendía sus negocios. Al frente de su casa en Antioquía había dejado a Sanbalat, de quien recibía a diario una larga carta; él, también diariamente, enviaba a Sanbalat un mensajero con instrucciones tan precisas y minuciosas que excluían toda iniciativa por parte del empleado y toda eventualidad, salvo las que el Todopoderoso no permite prever a los mortales.

Cuando Esther volvió al cenador el sol, que bañaba la terraza, la envolvió en un nimbo de luz que resaltaba su belleza.

Miró el rollo, se detuvo, lo observó con más atención que la primera vez y se ruborizó: el sello era de Ben-Hur. Entonces apresuró el paso.

Simónides examinó el envoltorio un momento y también reconoció el sello. Lo rompió y entregó el papiro a su hija.

—Toma, lee —dijo.

Miró escrutador a la joven y vio que una expresión de tristeza cubría su rostro.

—Sabes de quién es, ¿verdad, Esther?

—Sí..., es... es... de... nuestro señor.

Aunque había tartamudeado, no vaciló al mirar a su padre, que aseguró con calma:

—Tú le amas, Esther.

—Sí —respondió la joven.

—¿Has pensado bien en ello?

—He procurado no pensar en él, padre. Es decir, en pesar sólo como en un amo a quien debo mucho. Pero ha sido en vano.

—¡Eres digna hija de tu madre! —murmuró pensativo el anciano, que calló un momento y luego añadió—: Dios me perdone; pero si yo me hubiera apoderado de su fortuna, como estaba en mi mano hacer, tu amor no habría sido despreciado. El dinero lo puede todo.

—Eso hubiera sido peor para mí, padre, porque entonces no habría podido estar orgullosa de ti ni aspirar a él. ¿Quieres que lo lea?

—Espera un poco. Por tu bien, hija mía, he de decirte una cosa. Él no te ama.

—Ya lo sé —contestó resignada.

—La egipcia le ha hechizado con sus astucias y su belleza —prosiguió él—. Pero, como todas las de su raza, carece de corazón. Una hija que desprecia a su padre no puede ser buena esposa.

—¿Desprecia a su padre?

Él afirmó. Luego añadió:

—Baltasar es un sabio gentil; a pesar de ello, Dios le ha favorecido, pero ella se burla de él. Ayer, hablando de su padre, confesó: «La locura es perdonable en los jóvenes; sólo la sabiduría excusa a los ancianos». Frase digna de un romano por su crueldad. Como no estoy lejos de la debilidad intelectual que achaca a su padre, me apliqué sus palabras; pero yo sé, no en balde tu madre era hija de Judá, que jamás pensarás eso de mí...

—Soy hija de mi madre, como dices —murmuró Esther besándole y con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, eres una buena hija.

Después de una pausa el anciano, poniendo la mano en el hombro de la joven, continuó:

—Cuando se haya casado con la egipcia se arrepentirá y se fijará en ti. Se lamentará cuando se dé cuenta de que ha sido víctima de la ambición de esa mujer, que tiene los ojos puestos en Roma. Para ella es el hijo de Arrio el duunviro, no de Hur, príncipe de Jerusalén.

Ella no pudo disimular el efecto que le produjeron estas palabras.

—¡Sálvale, padre, antes de que sea tarde! —suplicó.

El anciano negó con la cabeza.

—Se puede salvar al hombre que se ahoga; no al que se enamora.

—Pero tú tienes mucha influencia sobre él. Está solo en el Mundo. Hazle ver el peligro que corre; explícale cómo es esa mujer.

—Con eso le salvaríamos de ella, pero no conseguiríamos que se fijase en ti —dijo Simónides frunciendo el entrecejo—. Como mis padres, soy un esclavo y no puedo decirle: «Señor, mi hija es más hermosa que la egipcia y te ama con sinceridad». He vivido tantos años libre que estas palabras me quemarían la lengua.

—No me comprendiste, padre. Únicamente pensaba en su felicidad, no en la mía. Ya que le amo, quiero ser digna de su respeto: sólo así puedo excusar ante mí mi propia locura. Deja que te lea ahora la carta.

—Bien, hazlo.

Ella leyó:

Nisám, 8.

Desde el camino de Galilea a Jerusalén.

El Nazareno también está en camino. Sin que lo sepa le acompaño con una de mis legiones. Le segunda nos sigue. Podremos justificar el que tantos vayamos juntos con la celebración de Pascua. Al ponernos en marcha nos dije: «Iremos a Jerusalén, y todas las cosas que han dicho de Mí los profetas tendrán cumplimiento».

Poco tenemos que esperar ya.

Apresúrate.

La paz sea contigo, Simónides.

BEN-HUR

Esther devolvió a su padre la carta con un sollozo reprimido. La carta no contenía la más mínima alusión a ella. No siquiera había incluido en la última línea un cortés «y con los tuyos». Por primera vez en su vida sintió la mordedura de los celos.

—Ocho, ocho —murmuró Simónides—, y estamos a...

—Nueve.

—Entonces deben de estar en Betania.

—Quizá lo veamos esta noche —exclamó la joven con alegría, olvidando su anterior desengaño.

—Es posible. Mañana es la fiesta de los panes ázimos y querrá asistir a ella. Quizás veamos también al Nazareno; quizás a ambos.

Apareció el esclavo con el agua y el vino. Esther sirvió a su padre. En aquel momento Iras entró en el cenador. Jamás había estado tan hermosa. Parecía muy alegre; se desenvolvía segura de su belleza, pero sin afectación. Esther se acercó a su padre con el corazón oprimido.

Irás les saludó con gran cordialidad y dijo:

—Me recuerdas, Simónides, a los sacerdotes persas, que suben a la azotea del templo para rezar al sol poniente. No sé nada más de su culto, pero se lo puedes preguntar a mi padre, que es de la casta de los Magos.

El mercader hizo una cortés reverencia y replicó:

—Hermosa egipcia, creo que tu padre no se ofendería si yo dijera que lo que sabe de Persia es una fracción ínfima de su sabiduría.

Iras sonrió con ironía.

—Hablando como tú, a lo filósofo, una parte ínfima implica otra más grande. ¿No será atrevimiento preguntar cuál es la parte más grande de esa cualidad que le atribuyes?

Simónides clavó en ella sus graves ojos.

—La verdadera sabiduría tiene como meta a Dios. La más grande reside en el conocimiento de Dios, y Baltasar es el hombre, entre todos los que conozco, que lo posee en mayor grado.

Tras estas palabras bebió un trago de la copa. La egipcia, irritada por la contestación, se volvió a Esther.

—Un hombre millonario, con mercancías en el mar, no puede entender lo que gusta a las mujeres. Dejémosle solo. Vamos a la azotea a hablar.

Se encaminaron a ella y se acodaron en el mismo lugar donde años atrás Ben-Hur arrancó sin querer el ladrillo que dio principio a sus desgracias.

—¿Has estado alguna vez en Roma? —preguntó Iras jugueteando con un brazalete que se había quitado.

—No —contestó Esther con timidez.

—¿Y no has deseado ir?

—No.

—¡Qué miserable ha sido tu existencia!

Después de esta exclamación la egipcia lanzó un suspiro. Luego añadió:

»¡Pobrecita! Los pajarillos de Memfis que no han abandonado su nido saben tanto como tú.

Ante el rubor y la consternación de Esther, agregó en tono encantador y confidencial:

»No te molestes. Tan sólo quería bromear. En compensación, te diré lo que no diría a nadie, ni a la propia Simbel si me quisiera sonsacar ofreciéndome un ramillete de lotos húmedos aún por las aguas del Nilo.

Sus ojos centellearon, y para disimular su fulgor lanzó una carcajada.

»Viene el Rey —exclamó.

Esther la miró sorprendida.

»El Nazareno —aclaró Iras—. Aquel de quien tanto han hablado nuestros padres y a quien sirve Ben-Hur. —Y agregó, bajando aún más la voz—: El Nazareno llegará mañana, y Ben-Hur esta noche.

Esther intentó disimular su turbación; bajó los párpados, se sonrojó y no pudo ver

la sonrisa triunfal de la egipcia.

—Mira; aquí está su promesa —dijo Iras sacando un papiro, y agregó—: Regocíjate conmigo, amiga mía; esta noche le tendremos aquí. Ben-Hur posee un palacio junto al Tíber y ha prometido regalármelo; naturalmente, ser su dueña significa ser la...

Calló al oír un rumor de pasos apresurados en la calle; se asomó un instante a la barandilla y exclamó:

—¡Bendita seas, Isis! Es él, el mismo Ben-Hur. Aparece mientras estábamos hablando de él. ¡Si esto no es de buen agüero, los dioses no existen!

La hebrea la miró con el rostro encendido y con una expresión, por primera vez en su vida, no muy lejos de la cólera. No bastaba que se hubiera prohibido pensar, excepto en fugitivos sueños, en el hombre a quien amaba; había de oír de labios de la afortunada rival proyectos y esperanzas de aquella felicidad que le estaba vedada. Ben-Hur ni siquiera aludía a ella, la esclava, en la misiva dirigida a su padre; en cambio, enviaba a la egipcia una carta entera, cuyo contenido adivinaba. Por eso exclamó:

—¿Tanto le amas, o es Roma lo que amas?

La egipcia avanzó un paso; inclinó su altanera cabeza muy cerca de la de Esther y dijo:

—¿Qué te importa? ¿Es por ventura algo tuyo, hija de Simónides?

Esther, temblorosa empezó a decir:

—Es...

Un pensamiento que relampagueó en su cerebro le impidió continuar. Palideció, se agitó y, cuando se recobró, terminó la frase:

—Es amigo de mi padre.

Por nada del Mundo hubiera confesado su condición de esclava en aquel momento.

Iras sonrió de modo más irónico que antes.

—¿Nada más que eso? —Volvióse y, mirándola por encima del hombro, añadió—: Voy a recibirle. La paz sea contigo.

Esther contempló cómo desaparecía por las escaleras y, ocultando el rostro entre las manos, lloró con amargura su vergüenza y su dolor, mientras resonaban en sus oídos las palabras de su padre: «Si yo me hubiera apoderado de su fortuna, como estaba en mi mano hacerlo, tu amor no habría sido despreciado».

Una hora más tarde, mientras Baltasar, Simónides y Esther se hallaban en el salón principal, entraron juntos Iras y Ben-Hur.

El joven hebreo saludó a Baltasar y se volvió para hacer lo mismo ante Simónides, pero al ver a Esther se detuvo absorto.

Veía en ella una mujer distinta, hermosa y dulce. Y mientras la miraba, una voz misteriosa le amonestó por haber olvidado ciertas promesas y deberes. Se turbó por un momento. Luego, recobrando la serenidad, se acercó a la hebrea y la saludó:

—Sea contigo la paz, Esther. —Y luego a Simónides—: Y contigo, Simónides. Dios te bendiga, aunque sólo sea por haber sido tan buen padre para esta joven.

Esther oyó la bendición con los ojos bajos. Simónides respondió:

—Repito la Bendición de Baltasar, hijo de Hur. Sé bienvenido a la mansión de tus padres. Siéntate y hábame de tus viajes y, sobre todo, del maravilloso Nazareno. ¿Cómo es? ¿Qué hace? Tú eres el único que puede saberlo. Te ruego que tomes asiento entre nosotros dos, para que no perdamos ni una sola de tus palabras.

Esther le acercó un escaño con solicitud y él le dio gracias.

Cuando se hubieron sentado, y después de cambiar algunas palabras, Ben-Hur exclamó:

—Y ahora os hablaré del Nazareno.

Los dos ancianos se dispusieron a escuchar.

—He ido muchos días tras Él, estudiándole y procurando descubrir algo que me indicara quién es y cuáles son sus designios. Le he observado en circunstancias más que suficientes para formar criterio sobre un hombre; y al mismo tiempo que me convencía de que es un hombre como yo, me daba cuenta de que es un hombre superior a todos los demás.

—¿En qué aspecto es superior? —inquirió el mercader.

—Ahora lo sabréis.

La entrada de alguien en el salón le cortó la palabra. Se levantó con los brazos abiertos y exclamó con alegría:

—¡Amrah, querida Amrah!

La viejecita, con el rostro iluminado por el gozo, sin reparar en los que la rodeaban, se arrodilló a los pies de su señor, abrazó sus rodillas y besó sus manos sumisamente. Ben-Hur le devolvió con cariño el abrazo y preguntó:

—Amrah, ¿todavía no sabes nada de ellas...?

La anciana estalló en sollozos más elocuentes que las palabras.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —exclamó Judá tras un silencio.

En los ojos del joven brillaron unas lágrimas que procuró ocultar. Cuando logró dominarse del todo se sentó y dijo:

—Amrah, siéntate a mi lado. ¿No quieres? Entonces siéntate a mis pies y escucha lo que tengo que contar a estos amigos de un Hombre maravilloso que ha aparecido en la Tierra.

La anciana hizo lo que su dueño le ordenaba y quedó extasiada mirándole, demostrando que su único placer en el Mundo era contemplarle. Ben-Hur, inclinándose ante los ancianos, comenzó de nuevo:

—No quisiera contestar a vuestra pregunta de quién es el Nazareno sin antes contaros algunas de las muchas cosas que le he visto hacer. Y más aún siendo que mañana llegará a esta ciudad para visitar el Templo, al cual llaman «la casa de su Padre», donde se nos dará a conocer. Mañana, pues, sabremos los israelitas quién de vosotros dos, Baltasar o Simónides, tiene razón.

Baltasar se frotó las temblorosas manos y preguntó:

—¿Dónde podré verle?

—El tumulto en las calles será extraordinario. Así, pues, donde mejor estarás será en el terrado de las galerías, sobre el pórtico de Salomón.

—¿Nos acompañarás?

—No; pueden necesitarme mis amigos en la comitiva.

—¿Comitiva? ¿Viaja con cortejo? —preguntó Simónides.

Ben-Hur leyó en el pensamiento del mercader y se apresuró a contestar:

—Viaja con doce hombres, pescadores y labradores; uno de ellos es publicano; todos de la más humilde condición, y hacen sus viajes a pie, sin preocuparse del viento, del frío, de la lluvia ni del sol. Al verlos detenerse en medio del camino al llegar la noche, comer un poco de pan y echarse a dormir en el suelo, más me acordaba de los pastores que vuelven del mercado con sus rebaños que de los nobles y los reyes. Sólo cuando el Nazareno se quita el lienzo de la cabeza para mirar a alguien o sacudirse el polvo he podido apreciar que es el Maestro.

Tras una pausa prosiguió:

»Vosotros sois hombres de experiencia; sabéis tan bien como yo que somos a veces esclavos de nuestras pasiones; que es poco menos que una ley de nuestra naturaleza consagrar la vida a la persecución de ciertos ideales. Recordando, pues, esta ley, ¿qué diríais de un hombre que puede convertir en oro las piedras que pisa y prefiere vivir en la indigencia?

—Los griegos le llamarían filósofo —observó Iras.

—No, hija —rectificó Baltasar—. Los filósofos jamás poseyeron una facultad tan extraordinaria.

—¿Y cómo estás tan seguro de que la posee ese hombre?

Ben-Hur respondió prestamente:

—Le he visto transformar el agua en vino.

—¡Es asombroso! —murmuró Simónides—. Pero lo más raro es que, si tiene tanto poder, quiera vivir en la pobreza.

—No tiene nada suyo y no codicia los bienes de los demás. Se compadece de los

ricos en vez de ansiar sus bienes. Pero hablemos de otra cosa. ¿Qué pensaríais de un hombre capaz de multiplicar siete panes y dos peces, que tenía para él y sus compañeros, en una cantidad suficiente para alimentar a cinco mil personas y dejar todavía los cestos llenos? Yo he visto hacer esto al Nazareno.

—¿Lo viste? —dijo Simónides.

—Sí; y hasta comí pan y pescado. Pero he visto más todavía. ¿Qué opinaríais de un hombre que sanase a los enfermos con sólo dejarles rozar su túnica o hablarles a distancia? Yo he sido testigo de ello muchas veces. Dos ciegos llamaron al Nazareno cuando abandonábamos Jérico. Tocó Él sus ojos y vieron. Le presentaron un paralítico en unas angarillas, y Él dijo sencillamente: «Vete a tu casa». Y el tullido fue andando con la camilla a cuestas. ¿Qué decís a eso?

El mercader no atinaba con una respuesta.

«¿Supondréis, como yo he oído decir, que el Nazareno es un taumaturgo, un charlatán? Pues permitidme que os cuente cosas aún más extraordinarias que yo he presenciado. Todos sabéis que hay una maldición de la que uno no puede librarse más que por la muerte: la lepra.

Al oír estas palabras Amrah apoyó las manos en el suelo como para incorporarse; pero se contuvo a tiempo y escuchó con ávido interés.

»Pues bien —prosiguió Ben-Hur con vehemencia—, he aquí lo que yo he presenciado. Cuando estábamos en Galilea, un leproso se acercó al Nazareno y le dijo: “Señor, si Tú quieres, puedes curarme”. Oyó Él el ruego, le tocó con la mano y respondió: “Quiero. ¡Sé curado!”. Inmediatamente, el leproso se vio libre de su mal y quedó sano como los miles de personas que presenciamos el hecho.

Amrah se puso en pie con agitación febril. No quería perder ni una sola de las palabras que pronunciaba su señor; pero el nerviosismo le impedía fijar su atención en ellas.

»Otro día se presentaron a Él diez leprosos —agregó Ben-Hur— y se arrodillaron diciendo: “Maestro, Maestro, ten piedad de nosotros”.

—¿Y sanaron?

—Sí; apenas habían recorrido unos pasos, la enfermedad había desaparecido sin dejar más huellas que las espantosas vestiduras que llevaban puestas aquellos hombres.

—Jamás se habían oído semejantes cosas en Israel —murmuró Simónides en tono respetuoso.

Amrah abandonó la estancia sin que nadie se percatara de ello.

Ben-Hur prosiguió:

—Simónides: lo que enloquece a los demás hombres, riquezas, honores, reinos, a Él no le atrae... ¿Qué opináis de esto?

El mercader meditaba con la barba hundida en el pecho; de pronto levantó la cabeza y contestó resueltamente:

—El Señor existe y todavía resuenan las palabras de los profetas: «No ha llegado

todavía el tiempo de la siega». Esperad a mañana; tendremos la respuesta.

—Sea —dijo Baltasar sonriendo.

Y Ben-Hur asintió:

—Sea. —Y agregó—: Pero todavía no he terminado. Yo he presenciado todos esos prodigios; pero ha realizado otros superiores, algo que nadie ha hecho desde la creación del Mundo, por ser imposible para los hombres. Hasta ahora no ha habido ningún ser capaz de arrebatarse a la muerte sus presas; vosotros no sabéis de nadie que haya devuelto la vida a un cuerpo que la haya perdido. ¿Quién puede hacer tal cosa?

—Dios —contestó Baltasar en un tono de convicción.

Ben-Hur inclinó la cabeza con reverencia.

—Sabio egipcio, no quise pronunciar esa palabra hasta que brotase de tus labios. Yo comparto tu afirmación, porque nada es imposible para el Omnipotente. Simónides, Baltasar, decidme: ¿qué hubierais pensado al verle inutilizar la labor de la muerte con sólo unas palabras, sin ceremonias, como quien despierta a un dormido?

—Sólo Dios es tan grande —dijo Baltasar a Simónides.

—Y notad que sólo os refiero lo que he visto al mismo tiempo que otros muchos. Y por el camino presencié un hecho más milagroso todavía. En Betania murió y fue sepultado un hombre llamado Lázaro; y cuando ya llevaba cuatro días en la tumba, que estaba tapada con una gran piedra, el Nazareno llegó allí. «Quitad la piedra», ordenó. «Señor, mira que hiede», le advirtió una mujer llorosa. Cuando quitaron la piedra vimos el cadáver amortajado. Muchos éramos los presentes, y todos oímos las palabras que el Nazareno pronunció en voz alta; «¡Lázaro, sal afuera!». Y no es posible describir nuestra admiración cuando vimos al amortajado venir hacia nosotros. Y ahora que no tengo nada más que añadir, sólo os pregunto, respondiendo a la pregunta de hace un momento de Simónides: ¿No es un ser superior, no es algo más que un hombre ese Nazareno?

La pregunta hizo enmudecer a todos los presentes durante irnos segundos; pero a continuación se produjo una controversia que duró hasta medianoche. Simónides no lograba interpretar de otra manera las palabras de los profetas, y Ben-Hur adquiría el convencimiento de que Baltasar tenía razón al asegurar que el Nazareno era el Redentor que tanto deseaba, y de que también estaba en lo cierto Simónides al creer que era el Rey tan ansiado por los israelitas.

—Mañana se aclarará todo. Sea con vosotros la paz.

Y se despidió para volver a Betania.

Amrah fue la primera persona que aquel día salió de Jerusalén. Partió al amanecer. Iba en busca de sus señoras más temprano que de costumbre. Los guardianes, acostumbrados a verla todos los días, la dejaron pasar sin interrogarla.

Cruzó la vertiente oriental del monte Olívete, deteniéndose de vez en cuando a descansar, y llegó al Jardín del Rey, ciudad de los leprosos. Divisó a su señora a la puerta de la tumba. Tirzah aún dormía. La enfermedad de la madre había alcanzado un punto tan avanzado, que la infeliz no se quitaba el velo en presencia de su hija, para no afligirla.

La pobre mujer estaba sumida en sus reflexiones. Pensaba en Amrah, que aparecería con los manjares y el agua, portadora de noticias, en cuanto el sol traspusiera la cima del monte Olívete.

Aquella era su única satisfacción. Las noticias que por mediación de Amrah recibía de su hijo la consolaban. Al menos, Judá estaba bien y era rico. Cuando sabía que él se hallaba en el palacio que tan dulces recuerdos tenía para ella, permanecía inmóvil todo el día con los ojos fijos en la ciudad.

Mientras pensaba en todo esto y deseaba la muerte, prohibida por su ley, una mujer apareció jadeante en la cima de la colina. La viuda se tapó la cabeza con el velo y gritó con voz bronca y extraña:

—¡Inmunda! ¡Inmunda! ¡No te acerques a mí!

Mas antes de que pudiera advertirlo, Amrah estaba a sus pies. A pesar de las protestas de su ama, el amor de la esclava, tanto tiempo reprimido, se había desbordado, y besaba y tornaba a besar el vestido de la leprosa. La viuda, en vista de que no lograba zafarse de ella, intentó calmarla.

—Pero ¿qué haces, Amrah? ¿Quieres demostrarme tu amor desobedeciéndome? Infeliz... ¡Has perdido a tu amo y te has perdido a ti misma! ¡Jamás podrás regresar a su lado!

Amrah seguía besándola y sollozando.

»La ley también te alcanza a ti. Ya no podrás volver a Jerusalén. ¿Qué será de nosotras sin comida y sin noticias de Judá? ¡Desgraciada, desgraciada! ¡Nos has perdido!

—Ten piedad de mí —gimió Amrah, que seguía echada en el suelo.

—Tú debiste tenerla de nosotras. ¿Qué haremos? Ya no nos queda ninguna esperanza. ¡Ingrata! ¿Creías que era poca la cólera celestial que pesaba sobre nosotras?

Los gritos despertaron a Tirzah, que apareció en el umbral de la tumba. Eran extraordinarios los progresos que en ella había hecho la enfermedad. Preguntó qué ocurría y la esclava intentó correr hacia ella, pero la madre gritó con severidad:

—¡Detente! No quiero que la toques. Aléjate de aquí antes de que alguien te vea... En fin, haz lo que quieras: me olvidaba de que ya estás condenada a compartir nuestra suerte...

La viejecita, pugnando con la emoción que la enloquecía, logró balbucir:

—¡Oh señora! No soy infiel, y menos ingrata... Es que te traigo buenas noticias.

—¿De Judá? —preguntó la viuda con avidez y casi descubriendo su rostro.

—Vive un Hombre maravilloso que puede curaros —prosiguió Amrah—. Con una palabra logra hacer desaparecer enfermedades y resucitar muertos. He venido para acompañaros a verle.

—¡Pobre Amrah! —exclamó Tirzah con acento compasivo.

Amrah notó el matiz de duda que ocultaban aquellas palabras y gritó:

—¡No, no; es tan cierto como que existe Dios de Israel! No miento. No perdamos tiempo; seguidme. Esta mañana pasará por el camino que conduce a la ciudad. Dentro de un momento saldrá el sol. Desayunaos y marchemos.

La madre, que había escuchado con curiosidad, preguntó:

—¿Quién es?

—Un nazareno.

—¿Quién te habló de él?

—Judá.

—¿Judá...? ¿Está en casa?

—Llegó ayer por la noche.

La viuda calló para no descubrir su emoción.

—¿Y Judá te ha enviado a nosotras con la noticia? —inquirió.

—No; supone que habéis muerto.

—Una vez, un profeta curó a un leproso; pero había recibido poder de Dios —murmuró la madre a Tirzah con semblante pensativo, y agregó—: Amrah, ¿cómo está enterado mi hijo de que ese hombre posee semejante poder?

—Judá le ha seguido. Le ha visto sanar a un leproso; luego a diez; después a todos los que acudían.

La mano de la viuda temblaba. Deseaba creer el relato. Desde el momento en que su hijo lo afirmaba, el hecho no podía ser una patraña; pero deseaba saber por qué aquel Hombre tenía la facultad de realizar milagros. La viuda reflexionó largamente. De pronto, en su mente penetró un rayo de luz y exclamó:

—¡Debe de ser el Mesías!

Y lo dijo con toda naturalidad, como quien confía en las promesas hechas por Dios a su pueblo.

—Un día, todo Israel se enteró de la noticia de su nacimiento. Me acuerdo muy bien de ello. Hoy ya debe de ser un hombre... Será Él. —Y agregó dirigiéndose a Amrah—: Sí, sí, iremos contigo. Trae el agua que está en el ánfora de la tumba y come con nosotras. Luego nos marcharemos.

El almuerzo fue breve, porque la excitación les había quitado el apetito. Al

ponerse en marcha les asaltó una duda. Había tres caminos de Betania a Jerusalén; y aunque no distaban mucho uno de otro, estaban lo bastante separados como para impedirles ver al Nazareno si se equivocaban de derrotero.

Un breve diálogo con Amrah fue suficiente para que la viuda comprendiera que la esclava no conocía nada del país allende el Cedrón, y menos aún las intenciones del Hombre que iban a ver, si podían. Se hizo cargo de ambas: Amrah y su hija, por distintas razones, la consideraban como su guía, y ella aceptó el cargo.

—Iremos primero a Betfage —les dijo—. Y allí, si el Señor nos favorece, sabremos lo que hemos de hacer.

Descendieron por la colina hasta Tophet y el Jardín del Rey y se detuvieron en el sendero que, a través de los siglos, habían trazado con sus pasos los caminantes.

—¡Temo que no nos permitan ir por el camino! —dijo la madre—. Es preferible que vayamos por el campo, entre las rocas y los árboles. Hoy es día de fiesta, y en aquel lado veo indicios de muchedumbre que espera. Si cruzamos por aquí el monte de la Ofensa podremos apartarnos del camino de aquella gente.

Tirzah, que había llegado allí con gran dificultad, perdió los ánimos al oírlo.

—El monte es muy escarpado, madre, y yo no puedo subir.

—Ten en cuenta que vamos en busca de la salud y de la vida. Mira, hija mía, cómo brilla el sol. Y allí vienen algunas mujeres que nos apedrearán si nos detenemos aquí. Vamos, haz un esfuerzo.

Así la madre, aunque padecía torturas no inferiores a las de su hija, procuraba animarla. Amrah acudió en su ayuda; y si hasta entonces no había tocado el cuerpo de las leprosas, en aquel momento, a despecho de todas las consecuencias y contra la voluntad y las órdenes de su ama, la fiel servidora pasó el brazo de Tirzah por sus hombros y le dijo:

—Soy fuerte a pesar de mi edad. Apóyate en mí. El camino no es largo. Con mi ayuda podrás subir.

La colina que querían remontar estaba llena de zanjas y de ruinas. Cuando llegaron a la cumbre descansaron un momento, y la madre sintió que la vida volvía a ella al contemplar el bellissimo paisaje.

Entre los olivos y mirtos que llenaban la colina vieron aparecen columnitas de humo que indicaban la proximidad de los peregrinos, por lo que ellas debían apresurarse.

Tirzah, a pesar de la buena voluntad de la esclava, gemía de dolor a cada paso; finalmente, cuando estaban entre el monte de la Ofensa y el Olívete, se desplomó.

—Continúa adelante con mi madre. Déjame aquí.

—No, no, Tirzah —replicó la viuda—. La salud sin ti carece de valor para mí. Además, no podría decir a Judá que te abandoné.

La madre, que se había inclinado sobre su hija, miró en torno con desesperación. No podía pensar en curarse sin Tirzah. Iba a darse por vencida y a ponerse en manos de Dios, cuando vio a un hombre que avanzaba con prisa por el camino oriental.

—¡Anímate, Tirzah! Viene un hombre que nos dará noticias del Nazareno.

Amrah ayudó a sentarse a la muchacha y la sostuvo mientras llegaba el caminante.

—Madre, ¿no te acuerdas de nuestro estado? Ese hombre huirá de nosotras después de maldecirnos o de apedrearnos.

—Ya veremos.

Era lo único que podía decir, dado el comportamiento de los hebreos para con los leprosos.

Cuando el hombre estuvo cerca de ellas la madre descubrió su rostro y lanzó el grito de aviso:

—¡Inmundas! ¡Inmundas!

Pero el hombre, con gran asombro de la viuda, no se detuvo.

—¿Qué deseáis? —preguntó cuando estuvo a unos cuantos pasos de ellas.

—¡Cuidado! ¿No te has dado cuenta del mal que padecemos?

—Mujer, soy un mensajero del que devuelve la vida y la salud con una sola palabra. No tengo miedo.

—¿Te refieres al Nazareno?

—Al Mesías —corrigió el apóstol.

—¿Es verdad que entrará hoy en la ciudad?

—Ahora está en Betfage.

—¿Y por qué camino irá, maestro? —interrogó la madre.

—Por éste.

La viuda unió las manos y alzó los ojos al cielo.

—¿Quién crees que es? —preguntó él compasivo.

—El Hijo de Dios —contestó ella con sencillez.

—Espérala aquí entonces; pero sube a esa peña, porque le escolta un gran gentío, y llámale cuando pase. Si tu fe iguala a tu conocimiento de la verdad, te oírás aunque estalle el cielo. Yo me dirijo a Jerusalén para anunciar Su llegada y para que le preparen un recibimiento digno de Él. Sea contigo y los tuyos la paz, mujer.

El desconocido reanudó la marcha.

—¿Has oído, Tirzah? El Nazareno ha de pasar por este camino. Te ruego, querida, que andes un poco más. Esa roca está sólo a un paso.

Tirzah se puso en pie con gran esfuerzo, ayudada por Amrah; pero, a poco, ésta se detuvo y dijo:

—Esperad; el hombre regresa.

Esperaron.

—Te suplico que me perdones, mujer —dijo el caminante acercándose—. De pronto me he acordado de que el sol estará muy alto antes de que llegue el Nazareno. La ciudad está muy cerca y no necesitaré el agua; acepta la mía, por favor. Y no lo olvides: llámale cuando pase.

Diciendo esto, le entregó una calabaza llena de agua, y se la puso en la mano en

vez de dejarla en el suelo.

—¿Eres hebreo? —preguntó asombrada.

—Sí. Y también soy un discípulo de Cristo, que nos enseña a obrar como lo he hecho. Nos indica cuál es el verdadero significado de la palabra «caridad». Nuevamente os deseo la paz.

Así que hubo desaparecido, se encaminaron a la roca, alta como una persona, que estaba a unos treinta pasos del camino. Subieron y se ampararon a la sombra de un árbol que extendía sus ramas sobre la piedra; luego bebieron el agua de la calabaza. Tirzah se adormeció y la madre y la sierva guardaron silencio para no despertarla.

Poco antes de terminar la hora tercia apareció en el camino una muchedumbre que se dirigía hacia Betfage y Betania. Al empezar la hora cuarta la cima del Olivete fue ocupada por un gran gentío que enarbolaba palmas. Entonces la viuda despertó a su hija.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

—Que ya llega —contestó la madre—. Estas gentes vienen de la ciudad a esperarle. Y ese rumor que se oye lo producen sin duda los que le acompañan. Quizás todos se encuentren aquí.

—Entonces es muy posible que no nos oiga.

La viuda temía lo mismo, así que preguntó:

—Amrah, ¿cuál fue el nombre que, según Judá, dieron al Nazareno cuando curó a los diez?

—Dijeron: «Señor, apiádate de nosotros», o «Maestro, ten piedad de nosotros».

—¿Nada más?

—Eso fue lo que oí.

—Es bastante —murmuró para sí la viuda.

—Judá dijo también que salieron a su paso en el camino.

Entretanto las dos multitudes avanzaban. En la que iba hacia la ciudad, las leprosas distinguieron a un hombre montado en un asno, ante el cual la gente cantaba y bailaba. El hombre llevaba descubierta la cabeza y vestía de blanco. Poco después, ya cerca de ellas, vieron su rostro aceitunado bajo sus cabellos castaños, en los que incidían los rayos solares. No miraba ni a derecha ni a izquierda; su semblante expresaba una dulcísima ternura ante el espectáculo que se desarrollaba ante él. Las leprosas no necesitaron que nadie les indicase quién era el Nazareno.

—Ahí está, Tirzah —exclamó la madre—. Vamos, hija mía.

Se adelantó hasta el borde de la roca y allí se postró de hinojos. La hija y la esclava hicieron lo mismo. La muchedumbre que había salido de la ciudad se detuvo casi ante ellas, como esperando la llegada de la otra multitud. Los millares de personas que la componían gritaban a coro, blandiendo las palmas:

—¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Estas voces arrancaban ecos al valle y a los montes. Por fuerza tenía que quedar ahogada la voz de las leprosas por aquella algazara; sólo por un milagro se lograría que las oyera.

—Adelantémonos un poco más, hija mía; de lo contrario no nos oirá.

Avanzaron irnos pasos tambaleándose y lanzaron el grito de aviso, levantando los brazos. Al ver su faz espantosa la gente enmudeció aterrorizada. Tirzah, amedrentada, cayó de bruces. Se oyeron gritos de rabia y temor:

—¡Son leprosas, son leprosas!

—¡Apedreadlas!

—¡Dios las maldijo! ¡Matadlas!

Estos gritos se confundían con los cantos de alabanza de los que, por estar más lejos, no se habían percatado de lo ocurrido. Pero hubo personas, en las que los dones maravillosos del Nazareno habían despertado una chispa divina, que se volvieron hacia el Hombre. Éste se detuvo ante las tres mujeres. La viuda sintió una profunda emoción al contemplar aquellos grandes y dulces ojos, que brillaban en un rostro bello y triste.

—¡Maestro, Maestro! ¡Te necesitamos! ¡Tú puedes curarnos! ¡Ten piedad de nosotras, ten piedad!

—Mujer, ¿crees que Yo puedo hacerlo? —interrogó.

—Sí; Tú eres el que nos prometieron los profetas: el Mesías.

Los ojos del Hombre refulgieron, y exclamó con calor:

—Mujer, mucha es tu fe. Hágase lo que pides.

Por un momento, como olvidándose de los que le rodeaban, permaneció inmóvil; luego reemprendió su camino.

—¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Bendito, tres veces bendito sea el Hijo que Él nos ha enviado!

Poco después las dos comitivas, la de Betfage y la de la ciudad, rodearon al Nazareno con ruidosas exclamaciones de júbilo y se alejaron de donde estaban las leprosas. La viuda se cubrió el rostro y estrechó a Tirzah entre sus brazos gritando:

—Hija mía, no cabe duda de que es el Mesías y me ha dicho que nos curaremos. ¡Estamos salvadas...! ¡Salvadas!

Y las dos siguieron postradas de hinojos mientras la multitud desaparecía tras el monte. El milagro empezó cuando ya eran rumor lejano los cánticos y las exclamaciones.

El primer síntoma que notaron las leprosas fue el de que sus corazones latían con más fuerza; la circulación de la sangre se aceleró en sus cuerpos produciendo un inefable bienestar. Las dos sintieron que sus fuerzas resurgían y que un gran fervor y una dulzura infinita, que las hacía dichosas y paralizaba su pensamiento, les llenaba el alma. La consciencia del cambio que se operaba en ellas engendró un sublime gozo en sus almas, cuyas huellas conservarían toda su vida, y no acertaban a pensar en otra cosa que en su agradecimiento.

Esta transformación, pues tal fue más que curación, tuvo otro testigo además de Amrah: Ben-Hur, que seguía constantemente al Nazareno, había oído la invocación de la mujer, visto su repugnante rostro y escuchado la contestación. Su interés por el Maestro era más vivo cada día, así como su deseo de desvanecer sus dudas acerca de su misión. Y este deseo era aún más intenso por su convicción de que aquel mismo día, antes de ponerse el sol, el Hombre se daría a conocer a todos. En consecuencia, Ben-Hur se apartó del cortejo y sentóse en una piedra esperando que pasara la

multitud.

Desde su asiento había cambiado saludos con varios hombres del séquito. Eran galileos de las legiones por él organizadas e iban armados con espadas cortas que ocultaban bajo sus mantos. Poco después pasó un árabe que conducía dos caballos, que a una seña de Ben-Hur se detuvo.

—Espera aquí —le dijo cuando todos, hasta los más rezagados, hubieron desaparecido—. Deseo llegar pronto a la ciudad y *Aldebarán* me hará falta.

Y después de haber acariciado al animal se dirigió hacia las mujeres, que sólo le interesaban como sujetos de experiencia, para ver si hallaba la explicación de aquel misterio, que tanto le preocupaba.

Mientras avanzaba se fijó en la más baja de las tres y se restregó los ojos, creyendo ser víctima de una alucinación.

«Tan cierto como hay Dios que es Amrah» —exclamó para sí.

Apretó el paso y, pasando entre la madre y la hermana sin fijarse en ellas, se detuvo sorprendida ante la sierva.

—¡Amrah! ¿Qué haces aquí?

Ella fue hacia él y cayó de rodillas a sus pies, cegada por el llanto y sin poder proferir una palabra en su lucha entre la alegría y el temor.

—¡Oh, Señor, Señor! ¡Cuán bueno es nuestro Dios!

De súbito, la expresión de Amrah al mirar a las leprosas hizo que Ben-Hur se volviera hacia ellas cuando se ponían en pie. Su corazón dejó de latir; quedó petrificado, mudo, sobrecogido.

La mujer que había invocado antes al Nazareno, con los descarnados brazos en alto, miraba al cielo con los ojos llenos de lágrimas. Pero ¿era sueño o realidad? En su vida había visto Judá a una mujer tan extraordinariamente parecida a su madre; su madre que, salvó algunos cabellos blancos, se le aparecía tal como era cuando se la arrebató el romano. Y la joven que estaba a su lado sólo podía ser Tirzah; una Tirzah convertida en una mujer hermosa, espléndida, pero, sin embargo, igual al recuerdo que de ella conservaba. Sin poder dar crédito a sus ojos, dijo con voz trémula:

—¡Amrah, Amrah...! ¿Mi madre, Tirzah? ¡Dime que es verdad, que no me engañan mis ojos!

—¡Háblales tú, amo mío! —contestó la anciana.

Sin esperar más corrió hacia ellas con los brazos abiertos, gritando:

—¡Madre! ¡Tirzah!

La madre y Tirzah confundieron sus exclamaciones con las de Judá y también corrieron hacia él; pero la madre, de pronto, se detuvo con expresión de indecible espanto.

—¡No te acerques, Judá! ¡Inmundas, inmundas...! ¡Detente!

Judá no obedeció ante aquel grito, indicio de la instintiva reacción del amor materno, y las estrechó entre sus brazos, riendo y llorando con ellas.

La madre fue la primera en recobrarse.

—No seamos ingratos al ser felices —dijo—. Empecemos nuestra existencia juntos y agradezcamos la dicha a Aquel a quien se la debemos.

Los cuatro se arrodillaron y la viuda rezó un salmo en voz alta. Tirzah y Ben-Hur repetían las palabras maternas con la misma fe que ella. Una vez hubo terminado la plegaria, Judá se apresuró a preguntar:

—¿Quién será el Nazareno, el hijo de un carpintero...?

Ella le miró con su antigua ternura y le contestó, como había respondido al Nazareno:

—El Mesías.

—¿Y a quién debe Su poder?

—Sólo lo sabremos por el uso que hace de él. ¿Ha hecho daño alguna vez a alguien?

—No.

—Entonces puedo afirmar que su poder procede de Dios.

No era tarea fácil borrar de la mente de Ben-Hur los prejuicios que en ella habían arraigado. Él sólo concebía los atractivos materiales: el honor, la gloria, la corona imperial. Medía a Cristo con su misma medida, en vez de medirse a sí mismo por la de Cristo.

La madre fue la primera en aludir a lo que tenían que hacer:

—¿Adonde iremos ahora, hijo mío?

Ben-Hur observó la piel de su madre, por si quedaban en ella señales de lepra, y vio que no era así. Luego se quitó el manto y lo entregó a su hermana para que cubriese su desnudez, que hasta entonces había pasado inadvertida a causa de la repulsiva enfermedad. Al desprenderse del manto descubrió la corta espada reluciente que llevaba al cinto.

—¿Estamos en guerra? —preguntó, alarmada, la madre.

—No.

—Pues ¿por qué vas armado?

—Por si fuera necesario defender al Nazareno.

Al decir esto Ben-Hur no confesaba toda la verdad.

—¿Acaso son enemigos suyos los romanos?

—Por desgracia, madre, no todos sus enemigos son romanos.

—¿No es hebreo y hombre pacífico?

—Es el hombre más pacífico que ha existido; pero los doctores y los rabinos aseguran que es reo de un gran crimen.

—¿De cuál?

—El Nazareno dice que un gentil merece tanta gracia ante el Señor como el judío obediente y austero. Predica una nueva ley.

La madre guardó silencio y todos se apiñaron a la sombra del árbol. Judá indicó la conveniencia de que acataran las disposiciones de la ley en tales casos. Luego ordenó al árabe que se adelantase y le esperase con los caballos en la puerta de la ciudad, y

después acompañó a las amadas mujeres hacia el monte de la Ofensa. Con paso ligero y alegre no tardaron en llegar a un sepulcro cercano al de Absalón, en el valle del Cedrón. Después de asegurarse de que nadie habitaba en él, las tres mujeres entraron, mientras Ben-Hur se apresuraba a preparar cuanto exigía su nueva situación.

En la parte alta del Cedrón, Ben-Hur había levantado dos tiendas, para que su madre y hermana moraran en ellas hasta que un sacerdote certificase legalmente su curación. Esto le impidió asistir a la gran fiesta del templo. En cambio pudo oír el largo y penoso relato de las dos mujeres, que contribuyó a encender más su ira contra los romanos.

Su mente bullía con locos pensamientos. Deseaba sublevar Galilea, levantar a todo el pueblo judío contra el poder de Roma. Luego recordó al Nazareno y su mensaje de paz y de justicia.

Ansioso de dar principio a su empresa, olvidaba con frecuencia la naturaleza de aquél Hombre y el motivo de su Misión. En el milagro operado en Tirzah y su madre veía una nueva confirmación de su poder inmenso.

Mientras tanto los alrededores del Cedrón y el camino que conducía a la puerta de Damasco se llenaban de tiendas, pequeños adueros y cabañas improvisadas para albergar a la multitud de peregrinos que acudían a Jerusalén a celebrar la Pascua.

De vez en cuando Ben-Hur recibía en su tienda a misteriosos mensajeros, hombres de aspecto belicoso con quienes mantenía largas conversaciones en voz baja. Así se mantenía al corriente de los acontecimientos, y supo que en Jerusalén se tramaba un atentado contra la vida del Nazareno. Sin embargo, estaba convencido de que nadie lo intentaría en un momento en que Él gozaba de máxima popularidad entre el pueblo.

Al atardecer del 25 de marzo, Ben-Hur dispuso su caballo y se aprestó para dirigirse a Jerusalén aquella misma noche.

El campo estaba desierto, ya que los peregrinos habían acudido a la Ciudad Santa a inmolar corderos en los atrios del Templo, pues era la víspera de la Pascua.

Ben-Hur entró en la ciudad por la puerta Norte. Jerusalén, con todas sus luces encendidas, brillaba para gloria y honor de su Señor, el Dios de Israel.

Se apeó a la puerta del «khan» desde el que hacía más de treinta años partieran hacia Belén los tres magos, se dirigió a la casa de sus padres y entró en la gran sala.

Con hábil rodeo, como todos los jóvenes cuando pretenden ocultar los impulsos de su corazón, Ben-Hur preguntó por Baltasar, aunque su verdadero interés era ver a la egipcia.

Cuando terminó de hablar apareció Iras envuelta en una blanca nube de velos. Pronto se dio cuenta del cambio sufrido en la mujer. Con voz fría y las facciones duras, la egipcia habló y sus palabras fueron inesperadas:

—A tiempo llegas, hijo de Hur. Mañana sería tarde para darte las gracias por tu hospitalidad, ya que para entonces espero no permanecer aquí. Dime, príncipe de Jerusalén, ¿qué es del hijo del carpintero de Nazaret, hijo de Dios a la vez, y del que se esperan tantas cosas?

—No soy yo quien debe guardarle —replicó el joven.

—¿Acaso ha destruido el poderío romano? ¿Dónde está la capital de su Reino?

Las palabras de la egipcia no demostraban que hablara en broma. Más que enojosas, tales preguntas eran insoportables.

—Ten paciencia, ¡oh egipcia!

—Creí que para ahora tú serías gobernador o virrey. Lamentaría que aún no dispusieras de ese reino que yo habría de compartir contigo.

—Estás dando muestras de que Isis puede besar el corazón de una favorita y no por ello hacerla mejor.

—En lugar de llegar tu Rey montado en un brioso corcel, cubierto con regia armadura y seguido de centurias galileas, entra en la ciudad a lomos de un pollino y con los ojos llenos de lágrimas. ¡El Rey! ¡El Redentor de los hombres llorando como un niño! ¡Ja, ja, ja!

Ben-Hur sentía que la cólera se apoderaba de él.

—Quise tener paciencia —continuó la mujer—; esperé a ver si al fin daba muestras de su poder. Vi cómo entraba por la puerta de Susa y el Patio de las Mujeres. Cuantos presenciaron su entrada esperaban, tan ansiosos como yo misma, la ceremonia de su proclamación. ¡Ja, ja, ja! Ni tan siquiera dijo esta boca es mía. Igual que una mujer, recogió su túnica y siguió adelante. ¡Todavía sigue en pie el viejo Imperio romano!

Con la esperanza de un Rey guerrero perdida, junto con su venganza personal, Ben-Hur dijo con humildad:

—Quisiera conocer el designio que tú alimentas. No obstante, sólo te pido que no hablemos más de este asunto. Cuéntame lo que pretendes; y si es preciso olvidarte, lo haré así y seguiré mi camino solo.

—Puedes hacer lo que gustes. Tienes el permiso para dejarme, ya que nada tengo que explicarte.

—Que la paz te acompañe, pues —dijo él dirigiéndose a la salida.

—Sólo una palabra, joven Hur. ¿Piensas en lo que sé de ti?

—¿Qué es ello, bella egipcia?

—La historia de un judío que escapó de las galeras; del que dio muerte a un hombre en el palacio de Iderneo y que lo mismo hizo con un centurión en la plaza del Mercado. Ese mismo judío ha preparado tres legiones galileas para combatir al gobernador romano y, por tanto, al Imperio. El jeque Ilderim es uno de sus aliados. ¿Qué sucedería si alguien contara todo esto en los oídos de quien tú sabes? Veo que palideces, joven Hur. Tú has vivido en Roma y sabes bien lo que podría suceder si alguien relatase todo esto y añadiera que se trata del hombre más rico del Oriente. Las representaciones del circo cobrarían esplendor, y los peces del Tíber se sentirían agradecidos.

Sin impresionarse, el joven hebreo respondió:

—Sé muy bien que estoy en tus manos. También sé que podría darte muerte, pero eres mujer. En el desierto no darán conmigo las centurias romanas; y si lo intentasen, bosques de lanzas se elevarían para herir a la aborrecida Roma. Sólo una cosa te suplico: ¿Quién te ha contado todas esas cosas de mí?

—Las he recogido de un sitio y de otro. La lona de la tienda de mi padre no es obstáculo grande para evitar enterarse de las conversaciones que han tenido Ilderim y él. También de ti, hijo de Hur, he obtenido tales conocimientos.

—¿Sólo es así como has llegado a saber todas estas cosas? ¿Nadie más ha contribuido a ello?

—No.

—Gracias. Que la paz sea contigo —saludó Ben-Hur después de lanzar un suspiro de satisfacción.

—Espera —dijo ella—. Te ruego que no me guardes rencor, ¡oh hijo de Hur!, porque te diga que conozco los motivos por los que Arrio te nombró su heredero. Juro por todos los dioses egipcios que temo, con sólo pensarlo, que puedas caer en manos de Roma. —Hizo una pausa y prosiguió—: No existe la verdadera felicidad en una mujer si su vida no la llena el amor. Cuando tú eras adolescente tenías un amigo que se portó contigo tan mal que os convertisteis en enemigos. Después de estar mucho tiempo separados, volvisteis a encontraros en el circo de Antioquía.

—¡Messala!

—El mismo. Tú, noble príncipe, sálvalo. Por causa de las apuestas que le obligaste a hacer quedó en la miseria. A consecuencia de las heridas que le infligiste arrastrará, durante el resto de sus días, un cuerpo inválido. Sólo tú puedes salvarle. Seis talentos no representan nada para tu cuantiosa fortuna, y para él...

—¿Te ha encargado Messala que me digas esto, bella egipcia?

—No puedo contestar a tu pregunta. Opina como gustes. Has de saber que

Messala es un espíritu noble y que...

—¿Acaso haría él por mí lo que me pides que yo haga por él? ¡Responde, por tus dioses! Calma mi ira, o no respetaré tu condición de mujer —clamó Ben-Hur asiendo a la mujer por brazo.

—¡Suéltame, vil judío! ¿Creiste que mi amor por ti era verdadero? Has de saber que todo fue por él. Ahora han de ser veinte talentos más. Con ellos pagarás la repugnancia que he soportado al mantenerme a tu lado. Ordena a ese mercader que administra tu fortuna que entregue a la orden de Messala los veintiséis talentos.

—¡Escucha, egipcia! Puedes decir a Messala que he recobrado la fortuna que él me arrebató; que he regresado de las galeras adonde él me condenó; que mi hermana y mi madre, encarceladas por su denuncia y encerradas en la Torre Antonia, están libres y llenas de salud, y que Roma no conseguirá despojarme de la herencia de Arrio, ya que ha sido vendida y su importe administrado por Simónides y garantizado con una salvaguardia imperial. Añade que junto con mi desprecio no le envío mi maldición, pero sí a alguien que es la síntesis de todas las maldiciones.

Condujo luego a la mujer hasta la puerta y la despidió.

Dejando a Iras, Ben-Hur salió del salón, pensando con horror que durante muchos años él y sus amigos habían estado a merced de la bella egipcia. Sintió herida su vanidad por no haber descubierto la conexión entre ella y Messala.

—¡Gracias a Dios, esta mujer no ha ejercido más influencia sobre mí! —dijo en voz alta, y añadió—: Me parece que nunca la he amado de veras.

Pensando si Baltasar sería cómplice de su hija, llegó a la azotea.

Detrás del sillón del buen Simónides, desde donde se contemplaba gran parte de la ciudad, encontró Ben-Hur dormida a la joven Esther. La contempló sin querer despertarla, y comparó su belleza, bondad y dulzura con la perversidad de Iras.

Ben-Hur cruzó por entre la multitud que asaba la carne para sus ofrendas y viose invitado por muchos para que se quedara entre ellos; mas él les dio gracias y continuó hacia el «khan», donde había dejado el caballo, para volver a las tiendas. A poco distinguió antorchas, a cuya luz brillaban las picas de los soldados de Roma.

¿Adonde irían a aquellas horas, rodeando a varios personajes de la clase sacerdotal, del partido de Caifás y de Anás?

El hebreo puso su atención en tres personajes, quienes parecían los más importantes por las atenciones que les dispensaban los esclavos. Reconoció en el de la izquierda a uno de los jefes de servicio en el Templo, así como en el de la derecha a uno de los sacerdotes. El del centro no le era conocido; quizás por llevar la cabeza baja parecía más bien un preso a quien condujeran a algún suplicio. Aquel hombre levantó la cabeza por un momento, y con gran asombro reconoció en él a Iscariote, uno de los discípulos del Nazareno. Ben-Hur vio cómo el cortejo se dirigía hacia la garganta del Cedrón y se preguntó con qué objeto irían hacia el fondo del torrente aquellos hombres escoltados por tal número de soldados romanos.

Les siguió de lejos; y llegaron al huerto de los Olivos. A través de un portillo distinguió la figura inconfundible del Nazareno, y cerca de él a sus discípulos.

Entonces comprendió todo. Judas Iscariote había vendido al Maestro. Ben-Hur esperó con ansiedad para ver la reacción del Nazareno, para ver cómo Él se defendía, pero sólo escuchó estas palabras:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret —contestó uno de los sacerdotes.

—Yo soy el que buscáis.

Ante la sencillez con que fueron dichas aquellas palabras muchos de los presentes se dejaron caer al suelo temblando. Tal vez nada hubiesen hecho; pero entonces se adelantó Judas y dijo con una voz dulce y falsa:

—¡Salve, Maestro! —y después le besó.

—¿Con este beso entregas al Hijo del Hombre, Judas? —replicó el Nazareno sin obtener contestación. Y dirigiéndose de nuevo a los soldados, volvió a preguntar—: ¿A quién buscáis?

—A Jesús de Nazaret.

—Yo soy.

Entonces se adelantaron los soldados para prender al Mesías. Los discípulos intentaron defenderle, y uno de ellos arrancó de un tajo la oreja de uno de los que pretendían atar al Maestro.

El Maestro, en uno de sus actos milagrosos, restauró la oreja cortada del sicario diciendo al herido:

—No sufras más.

Soldados y discípulos quedaron sumidos en la mayor perplejidad. Luego el Maestro se dirigió al discípulo que había empuñado la espada y le dijo:

—Guarda tu espada en la vaina. El cáliz que mi Padre me envía, he de apurarlo hasta las heces.

Los soldados se dispusieron a llevárselo. Ben-Hur pensó desesperado: «He de hacer algo para impedirlo».

La turba había vuelto a envalentonarse y rodeó al Maestro. Los soldados se pusieron a sus lados y la comitiva emprendió el regreso a la ciudad. Ben-Hur se desprendió de su túnica y de su turbante y se abrió paso hasta el hombre que llevaba la cuerda que ataba al Nazareno. La tomó entre sus manos y se colocó al lado de Jesús.

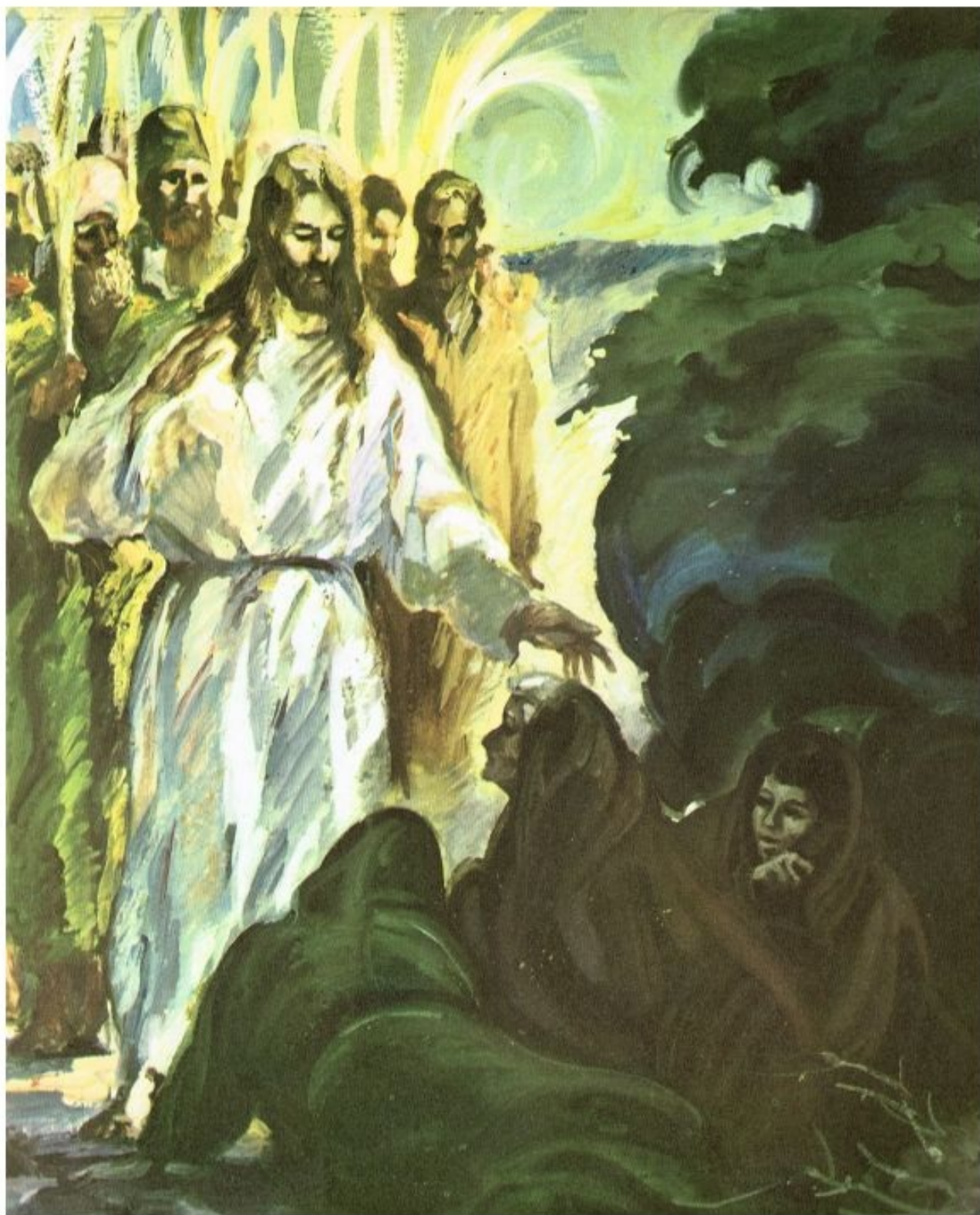
—¡Maestro, Maestro! —murmuró apresuradamente—. ¡Dime que sigues a estos hombres por Tu voluntad! Soy tu amigo: ¿quieres que haga algo?

La multitud que seguía al cortejo crecía por momentos. Algunos empezaron a darse cuenta de la presencia de Ben-Hur y de que algo raro ocurría. Rodearon a Ben-Hur y empezaron a gritar con los puños levantados:

¡Cogedle, matadle; es uno de ellos!

Ben-Hur, cuyas fuerzas centuplicó la ira, se abrió paso a puñetazos y empellones. Volvió sudoroso y ensangrentado al lugar donde había dejado su manto. Se lo puso, volvió al «khan» en busca de su caballo y regresó a sus tiendas en Cedrón.

Aquella noche apenas pudo conciliar el sueño. Su fe en la restauración del reino de Israel empezaba a vacilar... pero soportaría con paciencia aquel desengaño y se casaría con Esther.



Ya había amanecido, cuando llegaron dos jinetes a la puerta de la tienda de Ben-Hur. Al ser invitados por el joven a tomar asiento, ambos hombres se negaron con estas palabras.

—No es posible, hijo de Judá. El Nazareno ha sido juzgado y condenado ante Pilatos, quien por dos veces quiso declararlo inocente, pero ante la insistencia de los sacerdotes terminó por decir: «Sobre vosotros caiga ese crimen». A lo que éstos y el pueblo entero respondió: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Pronunciada la sentencia, el árbol de la Cruz va a ser levantado en el Gólgota.

Ben-Hur llamó al criado árabe y le ordenó que preparase los caballos. Después de tomar algunos alimentos vistióse y, enfundando su espada, se preparó para partir.

—¿Adonde vas? —preguntó uno de los recién llegados.

—A reunir a las legiones galileas —replicó.

—Todos están de parte de los sacerdotes. Sólo nosotros permanecemos fieles.

Empuñando las riendas, el joven hebreo exclamó:

—Pero ¿qué se proponen?

—Matarle.

—Entonces ¡corramos al Gólgota!

Durante el camino tropezaron con muchos grupos excitados compuestos por hebreos de Libia, Egipto, Antioquía, en suma de todas las tribus y castas de Jerusalén, de Judea, de Israel, que acudían atropelladamente a ver morir en la cruz a Jesús.

Ben-Hur distinguió a Simónides, llevado por sus criados en un sillón, y a Esther, que le acompañaba. Se acercó y les dijo:

—Que la paz sea con vosotros. Si os dirigís al Gólgota, esperad hasta que termine el desfile, y luego os acompañaré.

—La voluntad de Baltasar será la mía, hijo de Hur. Díselo a él; viene en esa otra litera.

Ben-Hur levantó las cortinas y distinguió el pálido rostro de Baltasar, que al reconocerle preguntó:

—¿Podremos ver al Nazareno?

—Le veremos, buen anciano. Ha de pasar cerca de aquí.

Furiosos, crueles, escarnecedores, los gritos de la multitud anunciaron la llegada del Mesías, que avanzaba penosamente tras una escolta de legionarios de brillantes armaduras. Estaba exhausto; avanzaba con pasos vacilantes, cargado con la cruz que habría de llevar hasta el lugar del suplicio; en sus sienes descansaba una corona de espinas, y pendía de su cuello una tablilla con una inscripción. Sus pies dejaban huellas de sangre en el suelo. Su piel estaba lívida, sus sienes desgarradas por la corona de espinas. Un campesino trataba de ayudarle a soportar el peso de la cruz.

Cuatro legionarios romanos trataban de defenderle, con poco éxito, de los golpes, salivazos, insultos y pedradas de la muchedumbre. Cuando llegó a la altura de Ben-Hur y sus amigos el Maestro levantó los ojos hacia ellos. Esther se abrazó a su padre. Simónides empezó a temblar. Baltasar enmudeció y Ben-Hur exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!

Como si hubiera adivinado sus sentimientos, el Nazareno volvió la cabeza y su mirada pareció bendecir a aquel grupo.

Simónides gimió desesperado:

—¿Y tus legiones, hijo de Hur?

—Sólo estos dos hombres han permanecido fieles.

El comerciante inclinó la cabeza, experimentando la angustia de ver sus esperanzas muertas para siempre.

Seguían al Nazareno dos hombres cargados con sendas cruces. Eran dos ladrones, que habían de morir uno a cada lado del Maestro.

Detrás de todos ellos, con paso arrogante, iba un mitrado, al que seguían los guardianes del Templo, el Sanedrín y una larga fila de sacerdotes.

—He visto a Caifás —dijo Simónides después de haber contemplado al altivo pontífice—. Todo prueba que el Nazareno es el verdadero Rey de los judíos, como la tablilla que le han colgado del cuello dice.

—Mirad allí. Hay unas mujeres que lloran. ¿Quiénes serán? —dijo Esther señalando a un grupo de cuatro mujeres y un hombre.

—Es Juan, el discípulo más querido del Maestro; la que se apoya en su brazo es María, la madre del Redentor —repuso Ben-Hur.

Entre los gritos de la multitud sobresalían las palabras de:

—¡Crucifícadle, crucifícadle! Es el Rey de los judíos, el destructor del Templo.

—Partamos de aquí —dijo Simónides.

Absorto en sus pensamientos, Ben-Hur no oyó el llamamiento. Vio a un grupo de galileos y dirigiéndose a ellos les dijo:

—Es el momento de luchar por la causa por la que os armé. Reunid a todos los demás y esperad al pie de la cruz, dispuestos a libertar al Nazareno. Yo os daré la señal.

—Él no es el Rey. Le vimos entrar en el Templo, después de abandonarnos en la puerta Hermosa, y rehusó el trono de David. El pueblo de Galilea no está con Él. Ya que así lo ha querido, que muera. Si deseas luchar por la libertad, cuenta con nosotros.

Ben-Hur, indeciso, se cubrió la cara con las manos, estremeciéndose a impulsos de la lucha entre su voluntad y una voz interior que le hacía desistir.

La voz de Simónides tornó a oírse:

—Estamos esperándote, Ben-Hur. Vamos.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Ben-Hur marchó tras la litera de Baltasar. Esther iba a su lado. Una mano y un designio ocultos conducían los pasos de Ben-Hur.

Sin saber cómo, Ben-Hur se encontró junto a sus amigos cerca del lugar del suplicio.

Sobre la cumbre del Gólgota se encontraba el sumo sacerdote, que se distinguía por sus vestiduras de los otros sacerdotes que le rodeaban.

Ben-Hur vio que algo nuevo aparecía en la pálida faz del Maestro. A su mente llegaron las palabras del Nazareno:

—Yo soy la resurrección y la vida.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por los secos golpes de un martillo. Ben-Hur distinguió cómo soldados y obreros preparaban las cruces para el martirio.

—Que tus hombres se apresuren —dijo el sumo sacerdote al centurión que mandaba la tropa.

—Las cruces están listas.

—Primero el Nazareno, a ver si es verdad que puede salvarse Él solo.

Cuando los romanos tomaron a Jesús, un estremecimiento sacudió a la multitud.

—Si el Señor no nos ayuda, Israel está perdido.

—Oremos, buen Simónides —dijo Ben-Hur—. La voluntad del Señor ha de verse cumplida.

Miró hacia la cruz, en la cumbre del Gólgota, y volvió a sentir en su espíritu las palabras:

—Yo soy la resurrección y la vida.

Mientras el Nazareno era clavado en la cruz, los soldados se repartían sus vestiduras.

—Ponedle Je cara al Templo —sonó la voz del pontífice.

Lo alzaron, colocaron la cruz dentro del hoyo, y el cuerpo del Hijo del Hombre pendió de sus ensangrentadas manos y de sus escarnecidos pies. Ni aun así lanzó una exclamación de dolor; sus labios se movieron para decir:

—Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

La aparición de la cruz sobre el fondo azul del cielo hizo que de las gargantas de la multitud surgiera un grito de salvaje alegría. Desde la cruz la mirada del Cordero de Dios se dirigió a su pueblo, que con tanta ignominia había renegado de Él.

Un súbito velo se extendió sobre la superficie de la Tierra y la envolvió en un prematuro crepúsculo. Los gritos cesaron, las bocas enmudecieron, las montañas fueron cubiertas por las sombras como para ocultarse de aquel sangriento espectáculo.

Simónides intentó tranquilizar a Esther, que, pálida, contemplaba todo.

—No te asustes, mi buena Esther. Pronto pasará esta nube.

—Son los espíritus del aire, que tratan de ocultar este horrendo sacrilegio a los ojos del Universo.

—¿Por qué no habré muerto yo cuando mis compañeros? ¡Oh, Melchor! ¡Feliz Gaspar! —clamaba Baltasar desesperado.

La oscuridad se hizo más intensa. Los dos ladrones fueron levantados en sus cruces. La muchedumbre, cada vez más asustada, permanecía muda.

La voz de un soldado gritó:

—Si es verdad que eres el Hijo de Dios, ¿por qué no te salvas a Ti mismo?

Cuando la oscuridad fue total los ánimos del sumo sacerdote y de su séquito vacilaron. Los entendidos en astronomía discutían sobre el fenómeno que presenciaban.

—Puede ser un eclipse —dijo uno.

Otros, en su interior, pensaban que el fenómeno tenía relación con el suplicio del Nazareno. Los soldados romanos, espionando cada gesto del crucificado, comentaban:

—Puede que sea en realidad el Mesías, y entonces...

Entretanto Ben-Hur y sus amigos, que se habían acercado al pie de la cruz, rezaban para que el Señor acelerase el fin.

Uno de los ladrones se dirigió a Jesús:

—Si en verdad eres el Hijo de Dios, ¡sálvate a Ti mismo y sálvanos a nosotros!

Al oír aquel ruego respondió el otro ladrón:

—Nosotros hemos recibido el castigo por nuestros crímenes. Pero Él, ¿qué mal ha hecho? —Dirigiéndose luego al Nazareno continuó—: ¡Oh, Señor, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino!

—En verdad te digo —respondió Jesús con voz firme y clara— que hoy entrarás conmigo en el Paraíso.

—¡Esto es lo que yo he oído en mis sueños! —exclamó Ben-Hur dirigiéndose a Baltasar—. Su Reino no es de este mundo. Igual que tú, mi buen anciano, veo yo ahora con los ojos de la fe.

La noticia de que el Nazareno había ofrecido el Paraíso al ladrón corrió de boca en boca. Todos se preguntaban si en verdad aquel a quien habían crucificado sería el Mesías. Cuando llevaba ya tres horas clavado se oyó clamar al moribundo:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Entonces recordó Ben-Hur que Él le había dado de beber; tomó una esponja de las empleadas para refrescar los labios de los condenados y corrió hacia Jesús ante los gritos de la gente:

—¡Déjalo, déjalo!

En el momento de llegar al pie de la cruz Judá vio cómo el rostro de Aquél, que él había visto magullado y manchado por la sangre, resplandecía con un brillo sobrenatural y al mismo tiempo decía:

—Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Después, con un estremecimiento y un grito de agonía, el Hijo de Dios expiró.

—Ha muerto —dijo Ben-Hur a sus amigos cuando volvió junto a ellos—. ¡Todo ha concluido!

La noticia de su muerte corrió con rapidez increíble. Al fin el pueblo había conseguido sus propósitos. Las asustadas gentes se preguntaban si su sangre caería sobre ellos.

Un fuerte temblor sacudió la tierra. Las gentes, despavoridas, pretendían huir, sin saber adonde acudir ni dónde ocultarse. La tierra se resquebrajaba a sus pies y todos se atropellaban en confuso montón. En su loca huida derribaron al sumo sacerdote sin respetarle, desgarraron sus vestiduras y le cubrieron de barro y de polvo.

Cuando brilló de nuevo la luz del sol únicamente se encontraban al pie de la cruz la madre del Nazareno, las fieles mujeres de Galilea, el discípulo preferido del Señor, Ben-Hur y su familia. El buen Baltasar había muerto a consecuencia del terremoto. Sus restos fueron llevados a la ciudad y depositados en el salón de los huéspedes de la casa de los Hur. Quiso Ben-Hur avisar a Iras y la buscó en la casa, mas no pudo hallarla. Preguntó a los criados; ninguno supo darle razón del paradero de la egipcia.

Habían transcurrido nueve días desde la curación de Tirzah y de su madre cuando ambas fueron llevadas a casa, en la que a partir de entonces las palabras más solemnes que se pronunciaban eran siempre:

DIOS PADRE Y CRISTO HIJO

Cinco años habían transcurrido desde el día de la crucifixión del Mesías. Un caluroso día de primavera, Esther, esposa de Ben-Hur, se hallaba en la bellísima villa de Miseno. Todo a su alrededor respiraba el más puro estilo romano, excepto el traje de corte judío de Esther.

Tirzah y dos hermosos niños jugaban sobre una piel de león. Eran los hijos de Esther y Ben-Hur. De pronto un siervo apareció en el salón:

—Señora —dijo dirigiéndose a Esther—: en el atrio está una mujer que desea ser recibida por ti.

—Condúcela aquí.

A los pocos minutos entró en el salón una mujer de aspecto extraño. Esther se levantó y palideció intensamente.

—Pero..., eres tú..., eres...

—Sí; soy Iras, la hija de Baltasar.

Esther trató de dominar su sorpresa y ordenó al criado que dispusiera un asiento para su visitante.

—No —dijo Iras con sequedad—: me voy en seguida.

Las dos mujeres se miraron en silencio. Apenas si quedaban rastros de la antigua belleza de la egipcia. Tenía aspecto descuidado y sucio en facciones y vestidos, que revelaban a las claras que su vida no había discurrido por los cauces de la felicidad y el bienestar.

Iras rompió el silencio y preguntó con amargura:

—¿Son tuyos esos niños?

Esther respondió con una sonrisa:

—Sí. ¿Quieres besarlos?

—Les asustaría —respondió Iras.

Luego se acercó a Esther, que retrocedió un paso sin querer.

—No temas —dijo la egipcia—. Traigo un mensaje para tu esposo. Su enemigo ha muerto. Yo misma lo he matado para vengarme de las infamias que me ha hecho sufrir durante todos estos años.

—¿Su enemigo?

—Sí; Messala, el romano. Dile además que el mal que le he deseado ha caído sobre mi cabeza.

Esther no pudo contener las lágrimas al oír el tono desgarrador de Iras. Quiso acercarse a la egipcia, pero ésta la contuvo con un gesto y dijo:

—No, no lo hagas. Dile a Ben-Hur que al fin he descubierto que romano y malvado son palabras sinónimas.

Quiso entonces marcharse, pero Esther la contuvo.

—Espera, Iras. Habla con mi esposo. No te guarda rencor. Nosotros somos cristianos.

—No; no he conseguido lo que quería. Pero dentro de poco todo habrá concluido para mí.

Esther, vacilante e indecisa, preguntó:

—¿No podemos hacer algo por ti...? ¿No desearías que...?

—Sí; una sola cosa deseo —respondió Iras cortando las vacilantes palabras de Esther.

La hebrea dirigió su vista en la dirección de la mirada de Iras y comprendió lo que ésta deseaba.

—Sí, puedes hacerlo.

Iras se acercó a los niños. Se arrodilló a su lado y acarició y besó sus cabecitas. Luego, con lentitud, se puso en pie y sin añadir una sola palabra salió precipitadamente de la casa.

Aunque Ben-Hur hizo después cuanto pudo por averiguar su paradero, no pudo hallarla. Sospechó un trágico fin de la existencia de aquella mujer, arrastrada por la ambición.

El anciano mercader Simónides vivió hasta una edad muy avanzada. En el año décimo del reinado de Nerón se decidió por fin a abandonar la dirección de los negocios. Vendió las galeras de su flota. Una noche, reclinado en su habitual sillón de inválido en la azotea de su casa de Antioquía, en compañía de Esther, Ben-Hur y sus tres nietos, contemplaba cómo la última de sus galeras, llegada de Roma la víspera, se balanceaba en las aguas del río.

Desde el día de la crucifixión hasta aquél, sólo una sombra había turbado la felicidad de la familia: la muerte de la madre de Ben-Hur. Su fe cristiana había

mitigado el dolor de la separación.

La nave les había traído noticias del comienzo de las persecuciones contra los cristianos iniciadas por Nerón. Cuando discutían aquellas noticias apareció Malluch con un mensaje para Ben-Hur.

—Un árabe lo ha entregado y ha vuelto a partir sin esperar respuesta.

Ben-Hur leyó con rapidez el mensaje y luego dijo a Simónides:

—Escucha lo que este pergamino dice:

Yo, Ilderim, primogénito de Ilderim el Generoso y jeque de la tribu de Ilderim, a Judá, hijo de Hur.

Tú sabes lo mucho que mi padre te amaba. Lee el escrito que te incluyo y conocerás su voluntad y la mía.

La paz sea contigo y los tuyos.

ILDERIM, JEQUE

Ben-Hur desenrolló a continuación un papiro amarillento por los años y leyó su contenido:

Ilderim, llamado el Generoso, jeque de la tribu de Ilderim, a mi primogénito y sucesor:

Todo cuanto poseo, hijo mío, será tuyo el día de mi muerte, excepto la propiedad junto a Antioquía conocida por el nombre de huerto de las Palmeras, que deseo legar al hijo de Hur, que tanta gloria nos proporcionó en la arena del circo. A él y a los suyos para siempre.

ILDERIM EL GENEROSO, JEQUE

—¿Qué opinas de esto? —preguntó Ben-Hur a Simónides tras la lectura de los dos documentos.

Simónides permaneció silencioso, con la mirada perdida en el río, y luego respondió con acento solemne:

—Hijo de Hur, el Señor nuestro Dios ha sido muy generoso para contigo. ¿No crees que ha llegado el momento de decidir lo que quieres hacer con tu inmensa fortuna?

—Lo he decidido hace mucho tiempo. Está a disposición de nuestra causa. Pero ¿cómo emplearla mejor en ella? Aconséjame, te lo ruego.

Simónides guardó un largo silencio y luego respondió:

—Sé que has entregado grandes cantidades a la iglesia de Antioquía. Sin embargo, la luz de la fe está amenazada en la capital del Imperio. ¡En Roma no puede afirmarse la luz de la fe!

—Dime, ¿qué puedo hacer yo?

—¡Creo que puedo dar respuesta a esta pregunta! Los romanos y el mismo Nerón sólo respetan dos cosas, para ellos sagradas por encima de todas las demás: las cenizas de los muertos y los sepulcros. Has oído el peligro que corren nuestros hermanos en Roma. No podemos construir templos en la superficie de la capital; pero tú puedes hacerlo bajo tierra, y para evitar su profanación, entierra en ellos los cadáveres de quienes mueran por la fe.

Ben-Hur se puso en pie, excitado y conmovido por aquel proyecto.

—¡Es una idea grandiosa! —exclamó—. No tardaré de ponerla en práctica. La misma nave que nos trajo la noticia de las persecuciones me llevará a Roma. Zarparemos mañana.

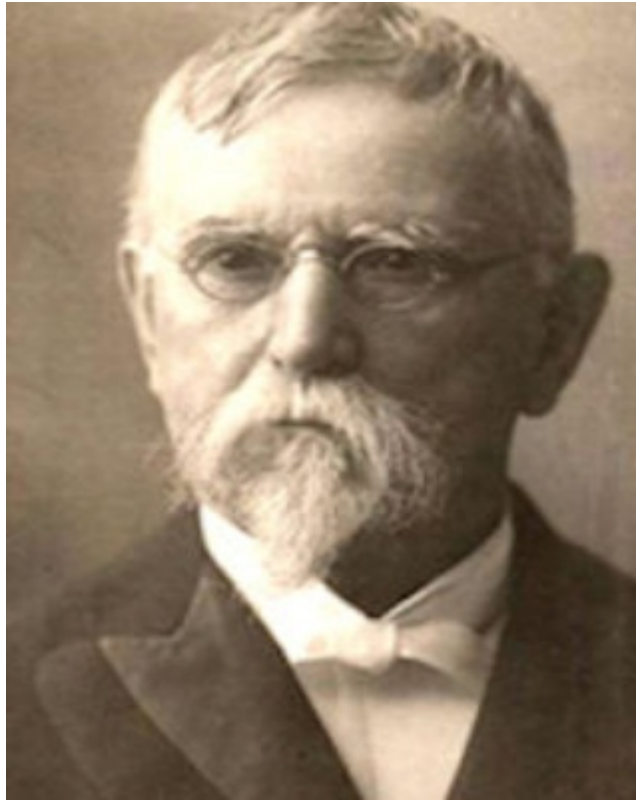
Luego, dirigiéndose a Malluch, añadió:

—Disponlo todo para mañana. Tú me acompañarás.

Durante toda la conversación Esther había guardado silencio. Al ver que su esposo la miraba, como si esperase de ella alguna palabra, la hija de Simónides exclamó:

—¡Oh esposo mío! No quiero ser un obstáculo en tus esfuerzos por servir a la causa de Cristo. Sólo te ruego que me lleves contigo para que pueda ayudarte.

Si alguno de los lectores de este libro visita en Roma las catacumbas de San Calixto podrá comprobar en qué fue empleada la fortuna de Ben-Hur. De aquella vasta tumba surgió el Cristianismo que terminó por vencer a los Césares romanos.



Nació en Brookville, en el Estado norteamericano de Indiana, el 10 de abril de 1827 y murió en Crawfordsville, población del mismo Estado, el 15 de febrero de 1905. Fue el segundo de los cuatro hijos del Gobernador de su Estado natal, quien para contrarrestar su indisciplina y su espíritu rebelde, le obligó a interrumpir sus estudios a los 16 años. El joven Wallace se vio obligado a trabajar en diversos empleos modestos, incluyendo el de copista en las oficinas del condado. Al mismo tiempo leía todo lo que podía y acudía con frecuencia a la biblioteca estatal de Indianápolis, capital de su Estado. Estudió leyes, participó en la Guerra de México, y en 1846 y 47 fue director de un periódico desde cuyas páginas defendía la ideología del partido «Free Soil». Fue ayudante general de Indiana. En mayo de 1855 se casó con Susan Arnold. En 1856 llegó a senador y organizó en Crawford una compañía de soldados que tomó parte en la Guerra de Secesión entre el Norte y el Sur. Alcanzó el grado de mayor general y colaboró en la conquista de Fort Danielson. En 1864 rechazó al general J. A. Early, salvando así la ciudad de Washington. Perteneció al tribunal militar que juzgó a los asesinos del presidente Lincoln.

En 1873, cuando tenía 46 años, publicó su primera novela, *El Dios Justo*, sobre la leyenda de los aztecas, basada en *La conquista de México*, de W. H. Prescott. La novela tuvo muy poca aceptación entre el público. De 1878 a 1881 fue gobernador del territorio de Nuevo México, y entre 1881 y 1885 embajador en Turquía. En 1880 compuso *Ben-Hur*, la más célebre de sus novelas realmente la única que alcanzó la celebridad, que surgió como un desafío con el libre pensador Robert G. Ingersoll, cuyo belicoso ateísmo inclinó a Wallace a definir y expresar sus convicciones

religiosas. Ben-Hur fue uno de los *best-sellers* de fines del siglo pasado y conservó su popularidad durante aproximadamente cuarenta años, hasta el punto que llegaron a venderse 2.500.000 ejemplares. También tuvo un enorme éxito en sus versiones teatrales y cinematográficas. Otras obras suyas son: *The Boyhood of Christ* (1888), *The Prince of India* (1893), novela sobre el judío errante, y *The wooing of Makkatoon* (1897), colección de poesía.

Notas

[1] Una parte de este párrafo tuvo que ser cambiada debido a un error de imprenta, que había copiado una parte del párrafo siguiente (*Nota del Editor digital*) <<